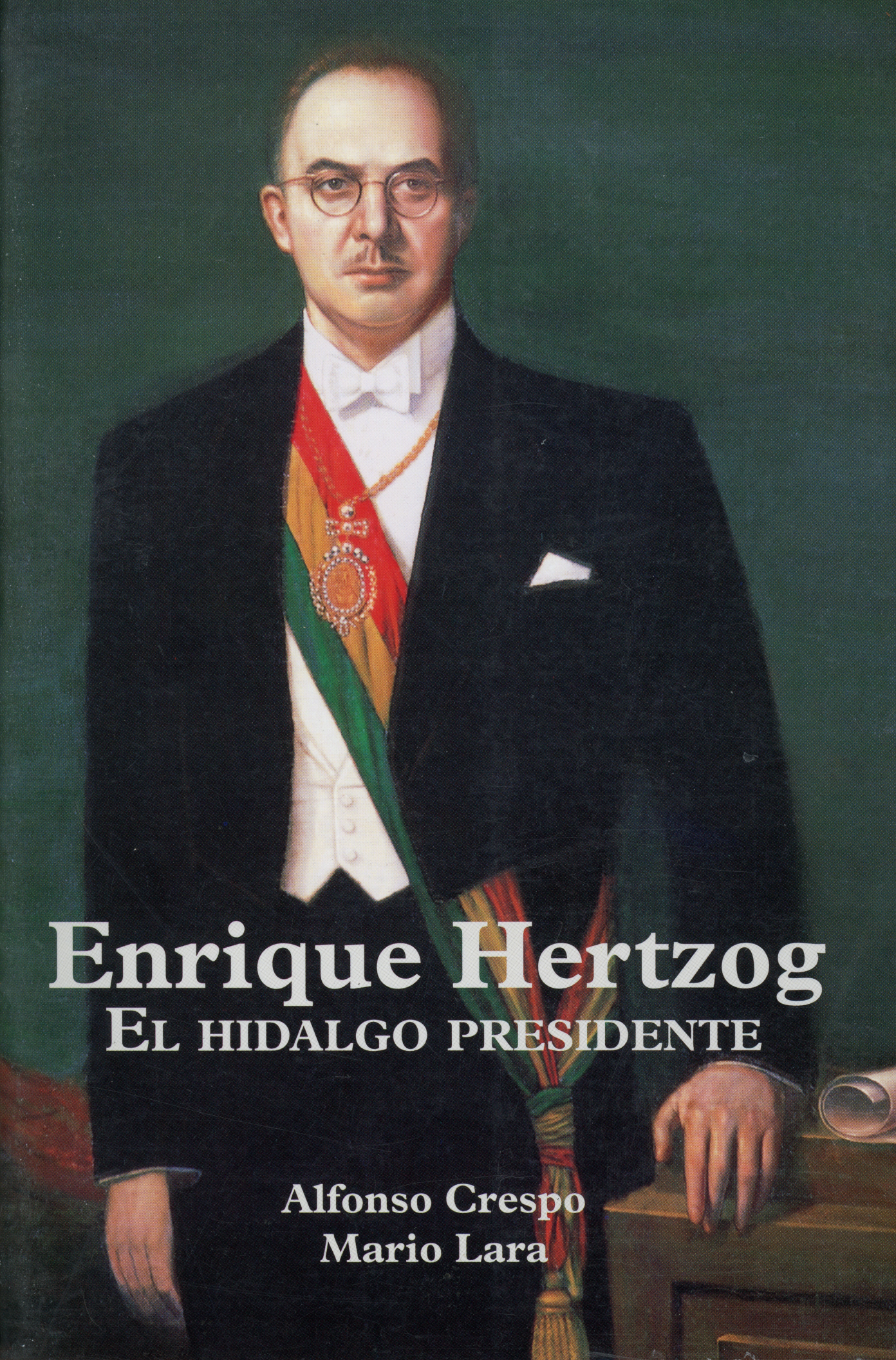


Enrique Hertzog

El hidalgo presidente

Alfonso Crespo
Mario Lara

Enrique Hertzog fue presidente de Bolivia desde agosto de 1947 hasta octubre de 1949, apenas 957 días. Por su calidad moral, cultura y experiencia administrativa estaba dotado excepcionalmente para conducir a su país a destinos superiores.
En su corto período obtuvo logros valiosos: en la negociación de una salida al mar; enlaces ferroviarios internacionales; conformación de un plantel ministerial de alta calidad, la idea de mantener los recursos de las regiones en su lugar de origen y muchas otras decisiones inteligentes y justas.
A su intachable presencia se opusieron adversarios implacables, militares adictos al nazi-facismo o políticos ávidos de poder tan impacientes que urdieron una maraña de oposición para alzarse en armas y ahogar al gobierno del presidente Hertzog.

Enrique Hertzog

El hidalgo presidente

Enrique Hertzog

El hidalgo presidente

Alfonso Crespo
Mario Lara

A Consuelo Hertzog de Puiggari,
alma de este libro.

© Derechos exclusivos: Consuelo H. de Puiggari y los autores.

Portada: Retrato por Luis Vergara A.
Diseño de carátula y diagramación: Elena González.
Impresión: Didi de Arteta S.A. / Domingo Casanova 458, Lince, Lima.
Lima, setiembre de 1997.

PALABRAS PRELIMINARES

Comencemos preguntando: ¿Por qué fue tanto tiempo desplazado el presidente Enrique Hertzog del protagonismo que le corresponde? Pues, simplemente porque sucedió algo comparable a un teatro, donde al terminar la obra y bajar el telón para dar paso al aplauso y comentario sobre el desempeño de los actores, estallan ruidosos disturbios afuera y entonces la atención de la concurrencia se vuelca a las calles. Y, qué mala suerte, la crítica de la obra queda en suspenso, olvidada por la emoción del alboroto. Del mismo modo, al concluir el gobierno Hertzog, cuando debía pronunciarse el juicio del público, la conmoción de la revuelta y la consiguiente implantación de un largo período de violencia arrojaron a la desesperanza cualquier análisis del tiempo de normalidad política y apagaron la luz sobre su protagonista.

El presidente Hertzog debió esperar, con el triste prefijo «ex» en el pecho en lugar de sus medallas, relegado de la memoria del país y retirarse a vivir en soledad su parte de la historia. En ese trance comprendió que su personalidad de pacifista no ameritaba precisamente un libreto de película pretendiente de popularidad.

Pues le hacemos retornar a su país, vivo en las páginas de un libro.

Para conocer a fondo al protagonista no se lo puede separar de la imagen tutelar de su madre, doña Eduviges Garaizábal, extraordinaria dama que moldeó al hijo ajustándolo a los más estrictos cánones de la moral y la dignidad. Ella tuvo insignes méritos pedagógicos y como pionera de la defensa de los derechos de la mujer. Y en lo privado, para el gobierno del hogar, añadió la fuerza emocional de la ternura y la entereza de madre viuda, resuelta a hacer de su hijo el ciudadano ejemplar. A su lado permaneció, vigilante y afectiva, protegiéndolo en todas las circunstancias, como cuando su hijo era el joven que antes de

sus salidas por las noches debía poner rodilla en tierra para recibir la bendición materna en la misma postura medieval de quien iba a ser armado caballero. Sin saberlo, era precisamente lo que hacía la madre con su hijo: armarlo caballero. O cuando éste concluyó sus estudios de medicina en Francia y demoraba su regreso a casa, la imponente madre se caló el sombrero, tomó su valija y emprendió el largo viaje a París hasta retornar con el hijo y devolverlo a la ciudad donde debía afrontar su destino.

Ahí maduró, en el prestigio de su profesión, en su crédito político y en el servicio patriótico durante la guerra del Chaco, cuando en hospitales de avanzada combatió frente a frente con la muerte, la enemiga del hombre de paz.

Su destino le tenía reservadas amargas pruebas. Primera, la acción de los militares que desencadenaron una tormenta de sadismo. En un solo recuerdo se condensa ese tiempo de días de oprobio, en los cuales la radioemisora oficial anunciaba «hasta el momento han sido fusilados...» y revelaba nóminas de ilustres ciudadanos victimados. Hertzog mismo, si bien salvó la vida, llevó en el cuerpo cicatrices de martirio.

Los verdugos... los mismos que hicieron padecer lágrimas y sangre a la Nación desde sus albores; aquéllos que hemos alimentado, vestido y a quienes hemos entregado armas, mal apuntadas al enemigo en las guerras exteriores y sí certeras para fusilar a sus propios compatriotas. Claro: es muy probable que no sean todos los uniformados, que no sean tantos, pero toda vez que resuenan pasos de ganso se siente fundado temor. Aguardamos ansiosos en este nuevo tiempo que sea efectivo el rechazo de los golpes de Estado pactados en las cumbres de gobernantes, porque de su resolución nace una aurora con destellos de esperanza.

Tras el largo penar, el fin de la tiranía en esa etapa permitió vivir un tiempo luminoso con las elecciones más puras que registra la historia boliviana. A la justa de caballeros salieron a medirse dos ejemplares ciudadanos, Hertzog y Luis Fernando Guachalla, en hidalga competencia, sin la menor omisión en el juego limpio.

No fue un gobierno fácil, ni mucho menos. Los desestabilizadores atacaron con renovada furia. Será suficiente a este prefacio reflexionar: cuán fácil resulta a los ávidos de poder a cualquier precio atacar a un presidente cuando éste no cuenta con respaldo de un ejército adicto, el apoyo compacto de su propio partido y está dramáticamente solo.

Tal como era de esperar, atacado y sin solución a la vista, terminó por caer rendido físicamente. Hasta que el Presidente renunció a su mandato y se desencadenó la sublevación de militares y paisanos que lograron capturar las guarniciones del país planteando tácita guerra civil. Finalmente, con la traición militar de por medio, el gobierno cayó en el puño de los nacionalistas.

Mirando al pasado es posible ver cómo a los líderes del golpe les faltó claridad de conciencia y visión de futuro. Antes de ese final, sólo reclamaban por el resultado favorable en elecciones que les habían sido desconocidas; mas, al subir al poder el doctor Hertzog se cebaron en él injustamente. No atacaban a golpistas, dictadores o tiranos. Atacaban a un mandatario legítimo, a un ciudadano virtuoso comprometido a servir a la Nación con la ley en las manos. Los nuevos habitantes del Palacio Quemado se entregaron a triturar las instituciones, paralizaron la maquinaria de producción, con resultados catastróficos.

Hoy se puede juzgar cuán profundas pueden ser las equivocaciones teóricas, las utopías agrias y la ceguera de sus incautos seguidores. Mientras en Europa caían por los suelos el muro de Berlín y las estatuas de los dioses soviéticos, aquí, los comunistas se atragantaban con su estupor y los nacionalistas se recogían a las recetas democráticas y económicas abominadas en su prédica. Hoy quisieran cambiar el significado de su estandarte cuyas tres siglas sugieren todavía inestabilidad, confiscación y explosión social.

Nuestro protagonista, finalmente, emprendió el camino del exilio. El destierro es siempre un desgarramiento doloroso; y lo es más para un hombre que se entregó a venerar al país desde las manos de su madre hasta el más alto grado de servicio público. Es algo que se rompe en las entrañas. Se siente lo que sintió Eneas al dejar a sus espaldas la amada Troya en llamas. Se sufre presintiendo que la última luz se apagará en cualquier parte, pero no en la patria donde se abrió los ojos a la primera luz de la vida.

En la calma del exilio, el Presidente aplacó decepciones en la convalecencia de la melancolía. Confió a sus amigos el porqué de su decisión de renuncia.

En resumidas cuentas, reflexionó, trató de salvar su conciencia, el respeto de sí mismo porque, al fin y al cabo, a la hora postrera, uno se

presenta a Dios con su propia verdad y no con ajenas interpretaciones de sus circunstancias personales.

Y al ver al personaje salir del escenario, a ganarse la vida modestamente en Buenos Aires, con su bagaje de integridad y con los bolsillos vacíos, algo que resulta insólito en estos tiempos, no podemos dejar de conmovernos.

Amargo destino el de este hombre llegado a la Presidencia en los brazos de la democracia y que, precisamente en la fiesta de su triunfo, ve desatarse la tormenta de las fuerzas malignas que lo acosaron sin cesar, hasta acabar con él.

Si le hubiera sido dado el prodigio de prolongar la vida hasta este tiempo, se habría maravillado comprobando que décadas de oprobio y confusión llegaron a su fin y que un Presidente novedoso, Sánchez de Lozada, pese al lastre de su partido, se presentaba desconcertando a los políticos con un lenguaje gringo, mentalidad moderna y enfoque práctico de los problemas criollos resolviéndolos a la manera de los directorios gringos con orden, lógica y patriotismo. Con tales virtudes estaba gobernando él, que poseía las condiciones intelectuales y la pureza de corazón requeridas. Pero ya se sabe, ese amargo destino...

Capítulo I

AQUELLA MUJER...

Se llamaba Eduviges, Eduviges Garaizábal de Hertzog, madre de nuestro protagonista. Era hija de un vasco, José Miguel de Garaizábal, venido a América a mediados del siglo pasado, y de Concepción Laime, boliviana, hija de españoles, radicada en el pueblecito yungueño de Irupana donde poseían una tienda de «ultramarinos», es decir mercaderías provenientes de Europa: telas apropiadas para el clima de la región, conservas, medicinas y artículos alimenticios, negocio próspero que les permitía vivir con cierta holgura.

La pareja Garaizábal-Laime tuvo tres hijos: Eduviges, Manuela y Pablo. Estos dos últimos murieron en su primera juventud.

Eduviges (nacida en 1867) mostró ser una muchacha inteligente y ansiosa por aprender, motivo por el que su madre la inscribió, apenas cumplidos los seis años, en el colegio de los Sagrados Corazones de La Paz, dirigido por monjas francesas, con las que guardaba gran amistad. Concluidos los estudios de primaria y secundaria, Eduviges viajó a Europa, en compañía de Raquel Montes, pariente del presidente y condiscípula suya en los Sagrados Corazones. Visitó en España a la familia de su padre para dirigirse luego a París, donde se acababa de inaugurar la exposición universal de 1889. Allí perfeccionó su aprendizaje del idioma francés, cuyas bases le fueran inculcadas por las monjitas de La Paz.

De vuelta a Bolivia, Eduviges contrajo matrimonio en 1891, con un contador profesional llamado Enrique Hertzog, de ascendencia alsaciana y religión protestante, que trabajaba en la compañía minera Unificada de Bolivia, en la que su padre era socio propietario en Corocoro, población altiplánica situada a unos doscientos kilómetros de La Paz.

Enrique Hertzog estaba vinculado con la sociedad paceña, en especial con miembros del partido Liberal: Alfredo y Moisés Ascarrunz,

Emilio Zalles, Isaac Eduardo, Adolfo Lemmerick, Emilio Yanguas, Oscar Sanjinés y otros de esa generación.

De acuerdo con costumbres en boga en esa época entre las clases acomodadas, la nueva pareja visitó Europa en viaje de bodas. Era la segunda vez que Eduviges recorría el viejo continente, circunstancia que aprovechó para llevar a su flamante esposo al caserío español de Loyola, santuario de la Compañía de Jesús, donde consiguió que Enrique adoptara la religión católica. Fue una de las primeras entre las múltiples ocasiones que sobrevendrían después, donde Eduviges dio muestra de sus profundas convicciones y formación religiosas adquiridas en los Sagrados Corazones.

Eduviges era una mujer alta, esbelta y de andar ligero, cabello negro, rostro armonioso, nariz breve y labios delgados. En su fisonomía resaltaban unos enormes y bellos ojos grisáceos, de mirada a veces melancólica. Tenía la voz grave, capaz tanto de acentos autoritarios como tiernos. Sus relaciones con el esposo fueron siempre cordiales, aunque a veces le reprochase ciertas condescendencias de algunos amigos con los que aquél se reunía.

El matrimonio era propietario de una vasta residencia situada entre las céntricas calles Ayacucho y Mercado, y gerentaba la «Botica Boliviana», una de las más acreditadas de ese entonces.

Don Enrique y doña Eduviges tuvieron cinco vástagos: José Enrique, protagonista de esta biografía, nacido el 10 de noviembre de 1897; Carlos, María Mercedes, Teresa y Luis, todos ellos nacidos en La Paz. Luis fue hijo póstumo, pues vino al mundo un mes después de la muerte de su padre.

Vivieron un tiempo en París con sus hijos y luego de problemas económicos producidos por la quiebra de la Banca Debesse, donde tenía invertido su capital, retornaron a Bolivia y se reintegraron a la vida hogareña de La Paz. Enrique (padre) se dedicó al ejercicio de su profesión al mismo tiempo que colaboraba con el presidente Pando.

Don Enrique, padre, murió el 24 de mayo de 1904, víctima de una broncopulmonía. A partir de ese día, doña Eduviges asumió la entera responsabilidad de educar a sus hijos y sostener la economía del hogar. Fue abnegada y estricta en la primera tarea y esforzada en la segunda, pues con la muerte del padre la situación financiera había sufrido desmedro. Hubo de vender la casa de la calle Mercado para adquirir otra,

menos espaciosa en la calle Potosí, en la que más tarde subalquiló unas habitaciones a un diputado cochabambino llamado Daniel Salamanca.

Fue doña Eduviges quien más contribuyó a modelar el carácter de su hijo José Enrique, el primogénito y principal apoyo desde su tierna infancia, a quien inculcó «un recto pensar y, aún más, un recto actuar en todos los instantes de la vida, como normas permanentes de conducta», según sus propias palabras.

Una anécdota reveladora, relatada por éste, años más tarde: «Una tarde vi a mi madre indignada cuando llegué a casa con el ojo morado de un puñetazo y llorando para inspirar su compasión. Su reacción fue: -«No quiero hijos cobardes. Vuelva jovencito donde quien le ha pegado y no regrese hasta hacer otro tanto con él». -Me dirigí a casa de René Gutiérrez (hijo del futuro presidente José Gutiérrez Guerra), mi contrincante, y abalanzándome sobre él, le di una paliza en regla. Volví a la casa satisfecho y mi madre me recibió complacida.»

«Mi madre era alegre y expansiva en nuestras horas de descanso; festejaba las salidas de ingenio, los cuentos graciosos, y no había para nosotros premio más grande que verla reír cuando acertábamos a contarle algo divertido».

«Personalmente, yo la veo reclinada a mi cabecera cuando en París, a la edad de seis años, me dio pulmonía que puso mi vida en peligro. La veo, más adelante, manifestar su contento al finalizar el curso cada año al llevarle una colección de medallas, mis primeros premios en el colegio «San Calixto».

«La recuerdo alegre y orgullosa cuando le llevé mi título de médico cirujano y, finalmente, la veo tranquila y complacida el día que tomé estado, casándome con la mujer amada. El destino no quiso que ella me viera ungido con la banda de presidente de Bolivia, pues falleció un año antes. Mas tuvo la satisfacción de ver a sus hijos con títulos profesionales y trabajando en sus respectivas especialidades.»

Doña Eduviges era terminante en su juicios, que generalmente resultaban certeros; pero cuando sabía que estaba equivocada, su natural nobleza y probidad la hacían rectificarse tan pronto como se daba cuenta de ello. Esta honradez de criterio le granjeó el respeto y afecto de cuantos la conocieron. «Recuerdo el día que, después de presentarle un nuevo amigo, me dijo: «no mira de frente, cuídate de él». Contesté que era un muchacho muy bueno, a lo que me replicó: «tiempo al tiempo». En

efecto, pocos meses después, tuve la pena de comprobar que el certero juicio de mi madre se cumplía».

«Inflexible en lo que a moral se refiere, jamás permitió conversaciones licenciosas ni comentarios ligeros sobre otras personas. Los refranes le encantaban y para cada circunstancia tenía la sentencia apropiada. La mayor parte pertenecía, seguramente, al refranero de todos los tiempos, pero había algunos que eran suyos y los aplicaba con exactitud».

«Debíamos lucir siempre correctamente vestidos, con pulcritud. Repetía: «como te veo, te trato». Un refrán suyo y que no lo he leído en ningún libro era: «la felicidad es una larga paciencia», para indicar que aún las personas más infelices pueden labrar su dicha haciendo acopio de paciencia en todos los instantes.»

«Tenía tantos otros refranes que sería largo enumerar. Esa era la forma de impartirnos sus inolvidables enseñanzas; nosotros, de tanto escuchar los refranes, acabábamos por aprenderlos y aplicarlos en nuestra vida.»

«Los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia no fueron letra muerta para ella. Eran la norma de su vida. Los cumplía y los hacía cumplir por sus hijos, y no dejamos jamás de practicarlos.»

Eduviges estaba vinculada con los círculos sociales y políticos liberales de esa época. Gozó de la amistad de los presidentes José Manuel Pando e Ismael Montes, así como de las principales familias paceñas: los Cusicanqui, Zuazo, Ballivián...

También conservó la de sus amigas de los Sagrados Corazones, entre ellas María Carrasco, hija de José Carrasco, propietario de «El Diario» de La Paz, y casada con Benigno Lara, político y periodista de nota. Ambas guardaban la costumbre de saludarse con sus nombres de solteras: «¿Cómo te va, Eduviges Garaizábal?» «Muy bien, María Carrasco». Por el resto de sus días serían las colegialas de sus primeros afectos.

Eduviges había efectuado estudios de pedagogía, tanto en Francia como en Bolivia, de modo que cuando tuvo que sostener su hogar, no le fue difícil obtener trabajo. Durante el gobierno de Montes fue nombrada directora del internado de la Escuela Normal de Sucre y profesora de dicho establecimiento, cargos que desempeñó durante varios años. Se reincorporó luego al magisterio de La Paz, en el liceo de señoritas «Venezuela», y más tarde fue nombrada directora de la escuela «Pantaleón Dalence», en la ciudad de Oruro. Actualmente, una escuela fiscal de La Paz lleva su nombre.

Fue fundadora del Ateneo Femenino de La Paz, en cuya representación viajó a Lima en 1924; como delegada de Bolivia asistió a la primera Conferencia Interamericana de Mujeres realizada en la misma ciudad, ocasión en que pronunció dos conferencias sobre los temas «Ayuda a la mujer viuda y con hijos, que quedan sin fortuna» (ella sabía bastante al respecto) e «Igualdad de la mujer en el trabajo», que luego recopiló en un folleto. Fue, en realidad, precursora en Bolivia y una de las primeras en América en defender los derechos de la mujer pues hasta ese momento no se había organizado en ninguna nación sudamericana un movimiento semejante. En el transcurso de su vida escribió numerosos estudios sobre el tema, en publicaciones nacionales y extranjeras.

En 1925 asistió a la Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres efectuada también en Lima. En esta oportunidad, completó las iniciativas presentadas en la Primera Conferencia, con iniciativas tendentes, como las anteriores, a mejorar la situación social e intelectual de la mujer. Esta vez añadió el problema indígena.

El primer trabajo presentado por doña Eduviges fue «La necesidad de la Instrucción Secundaria para la mujer: su utilidad». Abogaba para que en dicho ciclo se impartiese a la mujer conocimientos de jurisprudencia, derecho civil y mercantil. Además, ciencias domésticas como higiene, psicología del niño, puericultura y economía doméstica. Sostuvo además que «la religión debe ser la base fundamental de la educación de la mujer y debe estudiarla sin descanso, porque ella la siente en el infinito de su alma».

Un segundo trabajo tuvo por tema la «Fundación de Bancos para la mujer pobre, en todas las capitales departamentales». A su juicio se debería fundar un Banco o Casa de Préstamos sólo para mujeres pobres, siendo más consideradas en los préstamos las que tuvieran hijos. «Estas desgraciadas -expresó- serán víctimas del deshonor o de una ley de la naturaleza, cual es la muerte del esposo; pero son desvalidos miembros de la sociedad. Esas mujeres podrían emprender un negocio o establecer una industria para lo cual será necesario que los bancos les faciliten dinero a bajo interés».

Prueba recurrente de que esta mujer excepcional estaba adelantada a su tiempo es su vigorosa campaña para que se reconociese a la mujer ciertos derechos cívicos hasta entonces privilegio del varón, entre ellos

el del voto. Para sostener su causa, se apoyó incluso en preceptos bíblicos. «El Evangelio nos recuerda que la mujer y el hombre son libres, racionales, inmortales y redimidos con la sangre de Cristo. Las religiones católica, ortodoxa y protestante son las más humanas al respecto.»

También le preocupaba la alfabetización del indio, tema sobre el que dictó una conferencia en la Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres. «Cuando contemplo una hermosa propiedad rural pienso que toda esta belleza proviene del sudor del indio, mal remunerado y peor tratado.» Insistió en que la Conferencia se ocupase de este problema, recomendando, entre otras disposiciones, que los dueños de los fundos o fincas fuesen obligados a crear una escuela rural en su propiedad; a llevar dos veces al año a un médico que vacunase a los niños contra la viruela y la fiebre tifus, enfermedades epidémicas en esos años. Los propietarios estarían obligados a pagar de su propio peculio los sueldos del maestro, del médico y el sostenimiento del botiquín y la escuela.

En suma, doña Eduviges iba más allá de lo que, decenas de años después, dispondría la reforma agraria dictada en 1953.

Es evidente que tales inquietudes sociales y el empeño en imponer reformas concretas tenían necesariamente que repercutir en el ánimo de sus hijos, en especial del mayor, Enrique, que admiraba a su madre. La preocupación por el bien público y el apego a los preceptos religiosos que luego mostraría arrancarían de ese origen. Eduviges era apasionada por los autores franceses y españoles. Conocía de memoria los poemas de Santa Teresa de Avila y el pensamiento de la cubana Concepción Arenal.

Era también erudita en la historia nacional, cuyos episodios sobresalientes gustaba relatar a sus hijos. El mariscal Andrés de Santa Cruz era uno de sus personajes favoritos.

Tendría la satisfacción de ver a sus hijos obtener títulos profesionales en regla. Enrique, médico cirujano; Teresa, profesora de dibujo y educación física; Luis, geólogo, químico y profesor de ciencias naturales, llegó a ser director del Museo de Ciencias Naturales; Carlos, contador público, gerente de una importante casa comercial. Por infortunio, Mercedes murió cuando terminaba sus estudios en el Instituto Normal Superior, pérdida de la que doña Eduviges jamás pudo hallar consuelo. Su pesar se redoblaría cuando murió Luis, en 1950, como resultado

remoto de una herida recibida en el desastre militar de Irindagüe, durante la guerra del Chaco.

Enrique tuvo con su hermano Carlos una relación fraternal extraordinaria. Se apoyaban mutuamente en las circunstancias dolorosas que les tocó vivir. En política tenían coincidencias esenciales y se complementaban intelectualmente, pues ambos disfrutaban de la buena literatura, poesía y reflexiones filosóficas e intelectuales de alto vuelo. Carlos se desposó con Ema Cortés, trabajó en una firma importadora en Oruro y luego en la casa central en La Paz, donde posteriormente llegó a ser socio por su gran capacidad empresarial y su acrisolada honradez. Su hermana Teresa participaba de numerosas obras de beneficencia y se casó con Roberto Pacheco, médico y diplomático.

Los Hertzog Garaizábal constituirían un núcleo familiar solidario como pocos. Huérfanos de padre desde corta edad y dependiendo exclusivamente de la sacrificada solicitud materna, aprendieron a cultivar los valores morales que los guiarían durante todas sus vidas.

Las primeras letras

En 1902, cuando contaba cinco años de edad, Enrique ingresó a la escuelita dirigida por doña Cipriana de Bustamante, en la calle Indaburu. Constaba solamente de un aula y los alumnos debían sentarse en modestas sillas de paja de Caracato. Allí aprendió las primeras letras. Doña Cipriana tenía una ayudante llamada Angelita, que colaboró con ella durante muchos años y a su muerte asumió la dirección de la escuelita. «De ambas conservo un recuerdo tierno y afectuoso porque si bien doña Cipriana era a veces severa, siempre era justa; mientras Angelita era toda bondad y nos ayudaba extraordinariamente, sobre todo a los niños distraídos y poco aplicados como yo», rememoró un día.

Al año siguiente, 1903, Enrique y su hermano Carlos fueron inscritos en una escuela de mayor nivel, dirigida por la señorita Isabel Burmeister, quien más tarde contrajo matrimonio con un coronel apellidado Hayllot, miembro de la misión militar francesa acreditada en Bolivia.

También de ella guardó gratísimo recuerdo: «Doña Isabel Hayllot fue para mí, como para varios de sus exalumnos, una amiga fiel y consejera invalorable.»

De su presencia en la escuela Burmeister, relata un episodio: «Recuerdo que un día vino mi padre acompañando al presidente de la República, el general Pando, para visitar el establecimiento. Todos los niños nos pusimos muy contentos y cantamos con mucha alegría. Desde ese día yo me vanagloriaba ante los muchachos hablando de mi amigo el general Pando».

Algún tiempo más tarde, doña Angelita y su esposo, el señor Bustamante, fundaron la escuela del «Niño Jesús», en la calle México. Eran unas simples habitaciones pequeñas y oscuras en la planta baja de un edificio de apartamentos, de propiedad del coronel Aníbal Alaiza. Sin embargo, el afecto maternal que doña Angelita prodigaba a sus pequeños alumnos hizo de esta escuela una de las favoritas de ese sector de la ciudad, San Pedro. Muchos paceños que luego ocuparon cargos de importancia aprendieron a leer y las cuatro operaciones de aritmética en el «Niño Jesús».

Cumplido el año de aprendizaje en el «Niño Jesús», Eduviges decidió buscar para Enrique y Carlos una escuela primaria, de preferencia católica. Cuál mejor que los «Sagrados Corazones» dirigida por las monjas francesas.

Pero había un inconveniente. «Los Sagrados» era exclusivamente un establecimiento educativo para niñas. Este tipo de obstáculo, lejos de amilanarla, la acicateaba. Como madre viuda que era, visitó a la directora del colegio, madre Matet, llevando de las manos a sus hijos. «Madre: no existe en La Paz una escuela donde yo pueda poner a mis dos hijos varones, que ya han pasado por la escuela elemental, y vengo para que designe usted a alguna de las Madres para que se haga cargo de su educación; los noto cada día más indisciplinados y me es imposible tenerlos en casa sin hacer nada.» La superiora puso objeciones: «Doña Eduviges, el colegio no está preparado para educar varones y menos todavía a varones rebeldes.»

Seguramente doña Eduviges argumentó en forma tan convincente que logró se creara una sección especial para niños, a cargo de la Madre Guillermina. Luego comunicó la buena noticia a sus amigas interesadas en el colegio. El día de la inauguración surgió un primer grupo formado por Jorge Sáenz García, Lisímaco y Rafael Gutiérrez Granier, José Luis y Rodolfo Aramayo Zapata, Flavio Machicado (sí, el después legendario propulsor de las «flaviadas», conciertos semanales de música

clásica), Abel y César Ríos, Luis García Cornejo, Humberto Palza y Ernesto Velasco. «Hasta el último día de mi vida conservaré el recuerdo de la madre Guillermina, esa monja admirable que se encargó de guiar nuestros primeros pasos», comentó Hertzog ya en la vejez.

Los Sagrados Corazones continuaron recibiendo alumnos durante varios años. Entre ellos figuraron, hacia 1928, los pequeños Luis Adolfo y Jorge Siles, que un 6 de agosto salieron a desfilar portando el uniforme de los Colorados de Bolivia , el legendario regimiento de la guerra del Pacífico.

Madre Guillermina era una profesora excepcional. Poseía una magnífica preparación docente y un sentido rígido de la disciplina, así como una extraordinaria percepción del alma de cada niño.

«Era suave y tierna con los sentimentales, moderadamente alegre con los eufóricos y severa con los coléricos. Recuerdo que al final del curso todos sentíamos un afecto filial por esa monja excepcional», dijo Hertzog, años después.

El curso fue ejemplar. Los ocho muchachos a los que pronto se sumaron otros amigos se convirtieron en estudiantes puntuales, prolijos y respetuosos. «Las monjas de los Sagrados Corazones no araron en el mar. Pienso en madre Rafaela, madre Lucienne, Inés, Victoria, Emmanuel y otras cuyo nombre recuerdo con inextinguible gratitud y cariño», concluye.

Además de doña Eduviges, fue sor Guillermina quien despertó en él la afición a la lectura que le acompañaría siempre. Gracias a ella descubrió al escritor americano Samuel Smiles, el autor de «El carácter», «El trabajo» y otros manuales de ese orden; leyó conmovido el «Corazón» de Edmundo d'Amicis, y con admiración el «Criterio» de Jaimes Balmes. Le entusiasmaron también «El corsario negro» y «Sandokan» de Emilio Salgari, y agotó las obras de Julio Verne, siendo «La vuelta al mundo en ochenta días» aquella que más le impresionó. Después, sus lecturas escalarían otros niveles.

En San Calixto

Vencidos dos años de estudios en los Sagrados Corazones, Enrique y sus compañeros iniciaron estudios «preparatorios», o sea del ciclo primario, en el colegio San Calixto dirigido por los padres jesuitas.

De los cinco años que pasó en él, recuerda sólo experiencias agradables. Siempre fue el mejor alumno de su curso, con calificaciones anuales máximas y el codiciado «premio de excelencia» al final. Enrique adquirió no sólo instrucción intelectual sino una formación moral que complementaba y enriquecía la prodigada por su madre.

Entre quienes fueron sus profesores guardó memoria especial del padre Juan Cordero «tan bueno, excelente y manso», que habría de morir treinta años después, siempre apegado a generaciones de alumnos formados por él.

Profesor de historia universal y de Bolivia era el padre Luis María Capitán, quien lo inició especialmente en la literatura española: «Fue el primero que me habló de José María Gabriel y Galán, Gustavo Adolfo Becquer, José Zorrilla y, por supuesto, de Cervantes, Calderón de la Barca, Azorín, Pío Baroja y Valle Inclán. Este maestro influyó enormemente en mi vida fomentando mi amor a la lectura», rememora.

Un tercer maestro que se destaca en sus recuerdos fue el padre Pedro Descottes, francés, hombre de ciencia especialista en astronomía, física y química. «La ciencia del padre Descottes era múltiple pues, además de ser un extraordinario astrónomo, era un notable sismólogo que instaló en el sótano de la iglesia un sismógrafo vertical y dos horizontales que fueron, en su momento, los aparatos más modernos de América del Sur». Fue él quien fundó la radio «Fides», que aún perdura después de muchos avatares.

Enrique Hertzog prosiguió sus estudios en San Calixto hasta graduarse de bachiller en 1915. Durante el resto de su vida mantendría apego y respeto singulares para esos sacerdotes venidos de Europa, que le condujeron a descubrir maravillosos horizontes.

En suma, Enrique, a pesar de su orfandad, tuvo una niñez dichosa, frecuentó los mejores colegios y cultivó amistades que conservaría toda su vida. «Mis amigos se disputaban por venir a nuestra casa de la calle Murillo. Algunas veces venían también nuestras primas y las amiguitas de nuestras hermanas, Mercedes y Teresa. Creo inútil decir que se anudaban pequeños flirts entre mis amigos y las invitadas, siempre bajo la alerta vigilancia de mi madre.» Recordaba con afecto a Alberto Villegas, Roberto Ballivián y otros. Después de la última vacación llegó el momento de iniciar los estudios universitarios.

Los estudios de medicina

Enrique no caviló mucho, porque esta disciplina le atrajo siempre. Entre sus antepasados estaba el doctor Enrique Segundo Hertzog que ejerció exitosamente su profesión incursionando, a veces, en el terreno de la política.

Con flamante título de bachiller bajo el brazo, se inscribió en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Andrés de La Paz, en el año universitario de 1916. Sabía que los estudios eran arduos y costosos, pero disponía del aliento de su madre, siempre presta a cualquier sacrificio cuando se trataba de sus hijos.

Decano de la Facultad era el doctor Claudio Sanjinés, eminente cirujano, amigo de la familia. Adjunto a la Facultad funcionaba el Instituto de Bacteriología, dirigido por el doctor Néstor Morales Villazón, otro facultativo que pronto tomó interés personal en dirigir y orientar al nuevo alumno.

No pasaban de diez inscritos en el primer año; entre ellos dos mujeres, Marert, hija de un catalán y Rosa Mercedes Guerra, «muy apreciables por lo discretas, formales y amables».

Las primeras clases versaron sobre los temas anatomía descriptiva, a cargo del doctor Alejandro Sardón, física médica dictada por el profesor Belisario Díaz Romero, histología explicada por el doctor Emilio Lara Quiroz y, por último, botánica médica a cargo del farmacéutico doctor Eduardo Sagárnaga.

Entre estos primeros catedráticos, quien impresionó más al flamante estudiante fue Díaz Romero, un libre pensador erudito cuyas ideas lo fascinaron. Era un hombre sabio, cuyas lecciones estaban plenas de ciencia teórica. Una de las lecciones que Hertzog recordaba se refería a la eternidad de la materia. «Nada se crea, nada se pierde, todo se transforma», repetía. Sólo después de muchos años pude comprobar que esta fórmula, que venía desde la Antigüedad, era rigurosamente verdadera, y lo sería siempre. Díaz Romero era autor del libro «Ecclesia versus Ciencia».

Sus compañeros de curso fueron Abel Ríos, amigo desde el colegio, David Capriles, hijo de un ex vicepresidente de la República; José Abigail Sanjinés, Juan Encinas, José Antonio Hartman y Adolfo Diez de Medina.

En esos años, la Facultad de Medicina estaba someramente equipada y se advertía escasez de instrumental, laboratorios y otros elementos indispensables. «Mi colección de huesos no era completa y yo me contentaba con tener un cráneo, una mano y un pie, casi íntegros, que guardaba en una habitación especial cedida por mi madre junto a la del zapatero remendón que vivía en el segundo patio».

En el segundo año se agregó la materia de anatomía nerviosa, la del cerebro y la médula espinal, con cantidad de conceptos que había que memorizar; «los últimos meses estudiábamos hasta las tres de la mañana, durmiendo unas tres horas para volver a comenzar. Creo que nunca sorteamos valla más difícil». Siguieron el curso de fisiología nerviosa.

En el tercer año cursó patología interna, con don Elías Sagárnaga y patología con el doctor Renato Riverín, excelentes profesores. Al comenzar este año Eduviges cayó gravemente enferma, atendida por el doctor Morales Villazón, quien poco después ofreció a Enrique un puesto en el instituto. «Es de imaginar la alegría con que recibí esta noticia; podría por fin ayudar a mi madre, que había hecho tanto sacrificio por mí.» En efecto, la situación económica de la familia era bastante precaria, al punto que Carlos, hermano de Enrique, tuvo que abandonar estudios que había comenzado en Sucre, para ir a trabajar en una mina del Perú, «La Joya». A su vez, Eduviges asumió el cargo de directora del internado de la Escuela Normal de Señoritas en la capital de la República.

Así llegó Enrique al cuarto año de estudios al cual se agregaron las materias de clínica propedéutica a cargo del doctor José D. Tapia y de medicina operatoria y técnica quirúrgica dictada por el doctor Juan Antonio Osorio en el anfiteatro del hospital de San Juan de Dios, en la calle Mercado de la ciudad de La Paz. Según Enrique, el doctor Osorio fue uno de los profesores más eficientes que tuvo en la Facultad.

En los últimos tramos de su formación profesional siguió las clases de clínica médica dictada por el doctor Emilio Lara Quiroz y clínica quirúrgica, por el doctor Bilbao Rioja, ayudado por el doctor Pedro Valdivia. En el sexto año se sumó la materia de oftalmología, dictada por el doctor Adolfo Trigo Achá.

Cierto día se abrió un concurso para cubrir dos vacantes de practicantes en el hospital militar de La Paz. Enrique obtuvo el primer pues-

to. «Creo inútil decir la alegría de mi madre y hermanos. Dejé el Instituto de Bacteriología y al despedirme el doctor Morales Villazón expresó: «Enrique, has obtenido brillantemente tu nuevo cargo, que es una especie de símbolo y anuncio anticipado de tu promisorio futuro. De hoy en adelante síguelo al pie de la letra. Aproxímate a las cumbres de la vida, no a los abismos; mira y admira lo más bello, no lo más bajo; procura imitar lo excelso, no lo inferior.» Más tarde, Enrique le visitó, luciendo esta vez el uniforme de subteniente.

Los estudios y su trabajo en el hospital ocupaban todo su tiempo. En ese entonces su hermano Luis cayó gravemente enfermo con fiebre tifoidea, contagiando a sus hermanas Teresa y Mercedes. Esta última falleció a las pocas semanas, pese a que la atendieron los mejores médicos de La Paz. La muerte de esta hija tan dilecta causó un gran dolor en Eduviges, quien nunca pudo consolarse de esa pérdida. Hoy reposa a su lado, en el cementerio de La Paz.

El último año de estudios comprendía las especialidades de ginecología y obstetricia, a cargo del doctor Natalio Aramayo; pediatría, enseñada por el doctor Morales Villazón; psiquiatría y neurología, cuyo profesor era el doctor Arturo Ballivián Otero. Recuerda Enrique: «El doctor Aramayo no era muy elocuente pero era tan práctico que para él no había secretos en su especialidad.»

Vencido en 1923 el séptimo y último curso de estudios, Enrique redactó su tesis para optar el título de doctor en medicina y cirugía. Escogió el tema de cirugía del pericardio y fue aprobado sin dificultad. La dedicó a don Daniel Sánchez Bustamante, una de las mentalidades más brillantes de ese tiempo, amigo de la familia y uno de los hombres que más hizo por su formación moral. Enrique Hertzog recibió el diploma de médico cirujano en 1925.

Es de imaginarse la ufanía con que doña Eduviges asistió a la ceremonia del juramento en la Universidad de San Andrés de La Paz. Veía así cómo sus sacrificios eran recompensados. Aunque era un flamante cirujano, su Enrique gozaba ya de considerable prestigio profesional, gracias a la experiencia adquirida en los hospitales militares. No tardó en atraer también pacientes civiles, cuyo número iría acrecentándose con los años.

Mientras tanto en el país...

En 1925 se celebró el primer centenario de la independencia de Bolivia y el presidente Bautista Saavedra puso empeño para rodear de brillo esta conmemoración. La ciudad de La Paz fue dotada de nueva pavimentación; se modernizó la avenida 16 de Julio; fue organizada una exposición internacional que contó con pabellones de los países americanos y se concluyó el ferrocarril Atocha-Villazón que conectó la red ferroviaria boliviana con la argentina. Conquista relevante: se dictaron leyes sociales de avanzada para la época, tales como el seguro social para enfermedades y accidentes de trabajo.

Todo ello fue factible porque la economía del país atravesaba un periodo de relativa prosperidad. El estaño se cotizaba a precios que rendían utilidades considerables a los industriales e ingresos al Tesoro público. Gracias al empeño de Simón I. Patiño se había conseguido eliminar en escala significativa la intromisión de capitales y técnicos chilenos en varias empresas mineras. La situación social en las minas era relativamente tranquila.

Muy poco se avanzó respecto al problema marítimo, pese al empeño de la diplomacia boliviana para que no se ignorase a Bolivia en el conflicto sobre Tacna y Arica entre el Perú y Chile, lo que finalmente se solucionó en 1927 con prescindencia absoluta del vecino andino confirmando aquel adagio de que las naciones no tienen amigos ni enemigos, sólo intereses. Bolivia aún no lo había entendido.

Como siempre, el fenómeno político se asentaba en bases económicas. En este caso, la caída del partido Conservador y el desplazamiento de la capital de la República fueron originadas por el declinar de la minería de la plata, cuyas exportaciones en 1895 habían sido de siete y medio millones de dólares para caer a dos millones de dólares unos años después. Las minas del cerro Potosí, Huanchaca y otras que habían hecho la fortuna de la princesa de la Glorieta, Gregorio Pacheco, Aniceto Arce (ex presidentes, ambos), Justo Pastor Sainz y otros, inclusive el presidente Alonso depuesto por la Revolución Federal, cedieron ante las explotaciones mineras de Llallagua, de Simón Patiño.

El advenimiento del siglo XX coincidió con la gradual sustitución de la extracción de plata por la de estaño y otros minerales. Pocos años antes, un minero cochabambino llamado Simón Iturri Patiño laboraba

una mina en las cercanías de Oruro, con escasos resultados hasta el día en que tropezó con la veta de estaño más rica del mundo, convirtiéndose en multimillonario. La era del estaño había comenzado y debía prolongarse, con altibajos, hasta el medio siglo. Simultáneamente, el eje económico del país se deslizó del sur al norte del territorio y los presidentes conservadores del siglo pasado fueron reemplazados por gobernantes paceños. La patriarcal sociedad paceña se vio incorporada a un escenario de telones cambiantes, con ritmo agitado y sucesos inesperados. Los Hertzog Garaizábal entraban a un mundo nuevo.

En esos años finiseculares se había agudizado un latente conflicto regional entre Chuquisaca y La Paz, representadas en lo político por los partidos Conservador y Liberal. Manzana de la discordia era el afán de La Paz por sustituir a Sucre como capital de la República. Los protagonistas estaban frente a frente: Severo Fernández Alonso, presidente de la República y su principal opositor el general José Manuel Pando, jefe del partido Liberal.

Bien entendido, la burguesía paceña, en la que se contaban Enrique (padre) y Eduviges Hertzog, pertenecía a las filas liberales y, cuando estalló la guerra civil, prestaron ayuda financiera a las tropas paceñas.

Conflicto deplorable, librado entre hermanos. Cuando La Paz proclamó la rebelión, Alonso acudió desde el sur para sofocarla. Se produjeron escaramuzas en el primer y segundo cruceros y un trágico episodio en la población altiplánica de Ayo Ayo, donde un contingente de jóvenes chuquisaqueños alistados en las fuerzas leales al gobierno fue acorralado por los nativos en la iglesia del lugar y allí fueron masacrados. Pando triunfó al final y la capital de la República fue trasladada a La Paz, cometiéndose así un grave atropello constitucional e histórico. José Enrique era todavía muy niño –tenía tres años– para percatarse de lo que ocurría entre sus compatriotas.

A Bautista Saavedra (1920-1925) sucedió Hernando Siles, político chuquisaqueño nacido en 1881, abogado de prestigio, publicista y diplomático, miembro del partido Republicano. Intentó dar consistencia a su gobierno reclamando la participación de los partidos Liberal y Republicano Genuino, lo cual se consiguió a medias. Entonces decidió crear su propia tienda política, la Unión Nacional o Nacionalismo, convocando a políticos jóvenes como Enrique Baldivieso, Carlos Salinas y otros. Unos acudieron con el sincero propósito de colaborar pero

otros fueron guiados por simples ambiciones personales. Siles había olvidado que muy raras veces un partido político perdurable se crea desde el poder.

Durante el gobierno 1926-1930 estalló la crisis económica mundial de 1929 que afectó a Bolivia al disminuir el volumen y precios de sus exportaciones de minerales. Esto le impidió emprender obras públicas importantes y debió limitarse a modernizar el aparato económico del país para lo cual obtuvo el asesoramiento técnico de la misión americana Kemmerer que recomendó sustanciales innovaciones administrativas.

En 1928 el Paraguay atacó el fortín boliviano Vanguardia y en represalia los bolivianos capturaron los fortines paraguayos Boquerón, Toledo y Corrales. La guerra parecía inevitable y fue en tal trance que Siles mostró su dimensión de estadista al obtener que el Paraguay fuese reconocido culpable por una comisión internacional creada al efecto. Al mismo tiempo, aplicando el adagio latino de «Si vis pacem, parabellum», rearmó al país mediante un contrato con la firma inglesa «Vickers». La sabiduría de esta previsión se revelaría cuatro años más tarde, cuando, bajo Daniel Salamanca, estalló la guerra y Bolivia no se encontró inerme. Desgraciadamente, buena parte de ese armamento cayó en manos paraguayas a causa de sucesivos contrastes del ejército boliviano.

Siles fue derrocado en 1930 cuando intentó prorrogar su mandato. Se esfumó la Unión Nacional y después de un gobierno interino de pocos meses, encabezado por el general Carlos Blanco Galindo, fue elegido Daniel Salamanca, tribuno cochabambino.

No queda testimonio de que Enrique Hertzog hubiera participado en política en el gobierno de Saavedra ni en el de Siles. Durante esos años ejerció su profesión de cirujano, o estuvo ausente en Europa.

Poco tiempo después de titularse como médico Hertzog viajó a Francia para perfeccionar su profesión. En esa ocasión, en París, en un concurso del hospital militar de Val de Grace, obtuvo la más alta calificación entre los médicos extranjeros de ese curso. En 1927 el presidente Siles le designó cónsul de Bolivia en Francia, cargo que desempeñó durante un año. Antes, en 1925, había sido cónsul interino.

Hablaba correctamente el francés, de modo que pudo ambientarse con facilidad. Tanta, que comenzó a ceder a las tentaciones de la vida

mundana. La madre, desde la distancia, seguía velando por su hijo. Le advirtió de los peligros y en sendas cartas conminatorias le rogó que pusiera empeño en sus estudios, amenazando con visitarlo en París, en caso necesario. Antes le había escrito: «Estuve con el Presidente, muy atento conmigo, y me dijo que «esperaba no perdieras el tiempo como muchos lo hacen»; que a ti te ha mandado con buena voluntad porque comprende que serás útil a tu patria. Escribe a Su Excelencia, porque me dijo «tendré mucho gusto en recibir sus cartas y que me pida lo que crea necesario.»

Enrique, que veneraba a su madre, emprendió con celo redoblado sus estudios de especialización en cirugía.

Al bordear la treintena, Enrique Hertzog era un hombre de mediana estatura, más bien delgado, de tez blanca y amplia frente; ojos de mirar penetrante, pese a que portaba gafas debido a una miopía congénita; usaba discreto mostacho y lucía siempre impecable y elegante. Su voz tenía un leve dejo autoritario y era conciso en sus expresiones. Fueron contadas las ocasiones en las que se le vio enfadado, pese a un carácter algo impaciente y perfeccionista. Sus opiniones eran claras y contundentes. Culto, de muchas lecturas sobre temas históricos y culturales, además de los propios de su profesión, gustaba dialogar con amigos selectos sobre temas de actualidad literaria o científica. Era leal en sus amistades pero podía ser rencoroso cuando recibía un agravio o sufría una injusticia. Agradaba a las mujeres por su encanto personal, su cortesía y galantería y sabía demostrarles su reciprocidad.

Capítulo II

SALAMANCA Y LA GUERRA DEL CHACO

No fue el prestigioso médico quien cortejó a la política, sino ésta la que llamó a sus puertas dando una nueva orientación a su vida. Nos referimos a la Política, así con mayúscula, es decir al servicio del país y de sus instituciones democráticas; no a la politiquería.

En este caso, la política estaba personificada en un estadista ilustre: Daniel Salamanca. Fue él quien llamó a la puerta del consultorio y arrancó al profesional médico para confiarle otras tareas más vastas.

Las cosas ocurrieron así: En noviembre de 1930, es decir cinco meses después de la revolución que derrocó al presidente Hernando Siles, Hertzog recibió la visita de un amigo de la infancia, José Crespo Gutiérrez, quien le manifestó su deseo de presentarlo al doctor Daniel Salamanca, líder del partido Republicano Genuino y candidato a la presidencia en las próximas elecciones.

Enrique ya lo conocía pues años atrás Salamanca, entonces diputado por Cochabamba, alquilaba un apartamento en la casa de los Hertzog en la calle Potosí. Salamanca lo recordó expresando que le era grato ver nuevamente a quien en aquel entonces era un adolescente, convertido en flamante profesional. Por su parte, Hertzog reconoció sin esfuerzo al hombre enjuto, siempre vestido de negro y con un perenne cigarrillo en los labios, que salía cada día de su habitación para dirigirse a pie al Parlamento.

De la entrevista de noviembre recuerda Hertzog: «Conversamos de muchas cosas. Salamanca inquirió sobre mis opiniones personales, preguntándome a qué partido pertenecía y al responder yo que a ninguno, me invitó discretamente a ingresar al partido Republicano Genuino. Agradecí sus amables palabras y me despedí muy impresionado por su cordialidad y el profundo respeto con que recordaba a mi madre, para

quien me encargó saludos. Había algo en él que no se podía pasar por alto, la inteligencia de las preguntas y sus respuestas. No había una palabra de más ni de menos en su conversación.»

Posteriormente Hertzog volvió a visitar a Salamanca para expresarle su asentimiento: sí, se incorporaba al partido.

El partido Republicano fue fundado en Oruro el 3 de enero de 1915 por una convención de elementos disgregados del partido Liberal o independientes. Se eligió presidente honorario de esta nueva agrupación política al general José Manuel Pando, ex presidente de la República; como jefe activo fue aclamado el doctor Daniel Salamanca. El nuevo partido recibió el nombre de Unión Republicana.

No era un partido organizado sobre principios doctrinales opuestos al liberalismo. Su programa se limitaba a enunciados generales entre los cuales se mencionaba los siguientes: reserva de tierras baldías, de yacimientos de carbón y piedra y de manantiales de petróleo no concedidos; política ferroviaria contra el sistema de monopolios; educación especial de la raza indígena; fomento de la solidaridad obrera; leyes sobre salarios, jornadas y accidentes de trabajo; leyes de protección a la infancia; protección especial de la raza indígena y amparo de su propiedad territorial.

El partido giraba en torno de la personalidad de Daniel Salamanca, el tribuno cochabambino de gran prestigio. Nacido en 1863, el líder tenía sólo dieciséis años cuando estalló la guerra del Pacífico; demasiado joven para alistarse en el ejército, era ya adulto cuando las secuelas nefastas de esa contienda se dejaron sentir. Bolivia había perdido su mar, acaso porque sus soldados retornaron a sus montañas después de la batalla del Alto de la Alianza, sin combatir por la victoria o el aniquilamiento final. «Vencer o morir» sería una de las consignas que desde su primera juventud abrigó Salamanca.

Estudió derecho, pero nunca ejerció la profesión. Hombre de muchas lecturas, expositor pausado y contundente, ingresó en política como diputado de Cochabamba. Siendo ministro de Hacienda en el gobierno del general Pando tuvo alguna intervención en el tratado de Persépolis por el cual Bolivia cedió el Acre a Brasil. Nuevo desencanto: la extensión territorial del país era cercenada por los cuatro costados y esta vez él, Daniel Salamanca, así fuera en un papel secundario, había participado en esta triste negociación diplomática.

Llevaba una vida austera, casi conventual, y aparte del cigarrillo no se le conocían vicios. Atacado desde muy joven por una dolencia gástrica, sabía soportarla con resignada entereza. Es indudable que esa enfermedad conformó su carácter reconcentrado y algo lúgubre, al tiempo que templaba su espíritu.

La ascensión a la Presidencia no modificó el austero estilo de su vida y, por el contrario, pareció acentuarlo. Encerrado en su gabinete trabajaba de diez a doce horas diarias, con pequeños descansos para un liviano refrigerio al mediodía. Tenía el privilegio de poseer una asombrosa memoria que le permitía retener detalles que normalmente habrían podido pasar inadvertidos o ser echados al olvido. «Tenía los expedientes en la cabeza», recordaba Hertzog. Su salud, siempre frágil, no era impedimento para que él desarrollara con singular energía las labores administrativas propias de la Presidencia. Convocaba con frecuencia a sus ministros, más para impartirles instrucciones que para recibir información. Siempre cortés, les escuchaba atentamente y podía solicitarles consejo a menudo sobre asuntos acerca de los cuales él ya había meditado una decisión.

«Salamanca jamás se familiarizó con las masas partidarias», escribe su biógrafo David Alvéstegui, y añade que dominaba a la multitud con la elocuencia de sus palabras y el respeto reverencial con que eran escuchadas siempre.

Era escrupuloso en lo tocante a gastos públicos. En varias ocasiones sufragó de su peculio personal erogaciones que otros habrían cargado al erario público: esto ocurrió, por ejemplo, cuando se enteró de que no existía partida para cancelar el costo de una recepción efectuada en el Palacio el día de la inauguración de su mandato. En otra ocasión recibió de uno de sus ministros el regalo de un valioso reloj por su cumpleaños; agradeció el presente pero lo devolvió con palabras muy amables.

Descansaba sólo los domingos, aprovechando el tiempo libre para salir al campo. Ya no a la riente campiña cochabambina, sino al altiplano árido y severo. Le atraía el lago Titicaca y solía visitar las ruinas de Tiahuanacu; un día dispuso que uno de los monolitos fuese trasladado a una plaza de la ciudad de La Paz, decisión que provocó una agria polémica con gente que se oponía a ello. Eso ocurrió en plena guerra del Chaco.

Recibía nutrida correspondencia privada, pedidos, quejas, informaciones, chismes anónimos. Contestaba o hacía contestar con su secre-

tario o con su hijo Rafael aquello que merecía respuestas y ordenaba la destrucción de lo infame.

Hacía ya varios años que había fallecido su esposa y sólo le acompañaban sus hijas Laura y Raquel, casadas respectivamente con los señores Guzmán y Moscoso. Ese era su hogar, en cuya intimidad eran también admitidos contados amigos como Rafael de Ugarte y su esposa Cristina Quiroga.

Relata David Alvéstegui en su libro «Salamanca»: «La vida de Salamanca en el llamado palacio de gobierno de La Paz, era la continuación llana de la simplicidad de existencia que hizo de él un asceta laico y que le elevó a la más alta cima del respeto público. La pasividad física del trabajo de gabinete, permitiendo el despliegue del esplendor mental en toda su magnífica amplitud, era asimismo nada más que la reanudación de los hábitos del estudioso que desde la infancia consumía las horas alternando entre lecturas y anotaciones. Su agilidad intelectual le permitía invertir en la labor cotidiana un tiempo mínimo, y de ahí provenía que nunca estuviese en retraso. Su milagrosa memoria que persistía en prestarle una ayuda excepcional, le permitía reanudar un trabajo tomándolo en el punto donde lo había dejado a causa de una interrupción obligada, sin tener que repasar lo que ya había sido considerado. Esto significaba una enorme economía de tiempo y de ahorro de consultas a notas sueltas o a informaciones de amanuenses. Los augurios que se hicieron de que el trabajo habría de quebrantarle, aburrirle y ponerle en trance de retirarse, iban fallando sucesivamente.»

Otros miembros prominentes del nuevo partido le acompañaban, entre ellos el doctor José María Escalier que se incorporó en 1916. Era un prestigioso médico radicado en Buenos Aires, donde gozaba de gran renombre profesional y apreciable fortuna. En su consultorio y en el hospital Rivadavia acogía a los bolivianos con solicitud personal bondadosa y en muchos casos generosa. De él escribe David Alvéstegui: «Patriota fervoroso, la prolongada ausencia del suelo natal sirvió tan solo para avivar en él la llama de la devoción cívica.» Respondiendo a ella, Escalier decidió intervenir en política sin abrigar ninguna ambición personal y guiado exclusivamente por el propósito de servir a Bolivia. Había, empero, en su intento –pleno de unción patriótica– un fondo de candor que su buena fe espléndida le impedía percibir.»

Durante el resto de su vida sería convocado por su partido para solucionar situaciones difíciles o amainar rivalidades. Figuraría en varias opciones presidenciales para resultar siempre pospuesto ante la ambición personal de otros líderes del partido Republicano. Uno de ellos era Bautista Saavedra.

Nacido en La Paz en 1870, abogado y catedrático universitario, político combativo y ambicioso, Saavedra entraría inevitablemente en conflicto con Salamanca, temperamentalmente diferente a él.

En los años de oposición transcurridos desde 1915 hasta 1920 reinaría entre ambos una paz precaria que se disiparía luego de la revolución del 12 de julio, cuando provocó la escisión del republicanismo en dos fracciones: el sector saavedrista y el sector salamanquista. Este adoptó el nombre de partido Republicano Genuino.

Es innegable que frente a un partido Liberal centralizado en la figura prócer de Montes y que comenzaba a declinar por acción del tiempo, el Republicanismo surgía como la pieza de recambio que el país anhelaba.

A Montes sucedieron en la presidencia Eliodoro Villazón y José Gutiérrez Guerra, aristócrata chuquisaqueño educado en Europa, refinado, y más docto en asuntos económicos que políticos. Con él como presidente (1918-1920) el liberalismo labró su propia caída.

En contraste, el partido Republicano atrajo la colaboración, aparte de los personajes mencionados, de meritorios ciudadanos en su mayoría cochabambinos subyugados por el carisma de Salamanca: Demetrio Canelas, Joaquín Espada, Luis Calvo, Florián Zambrana, Arturo Pinto Escalier, David Alvéstegui.

Organizó Salamanca su primer gabinete ministerial, otorgando las carteras de la manera siguiente: de Relaciones Exteriores, Daniel Sánchez Bustamante, ciudadano de gran prestigio en el país, de filiación radical, vinculado al mandatario por afectos recíprocos; de Gobierno, Luis Calvo, genuino; de Hacienda, Luis O. Abelli, liberal, industrial minero; de Instrucción, Bailón Mercado, liberal; de Fomento, Florián Zambrana, genuino; de Guerra, coronel José L. Lanza, liberal.

Prefecto de La Paz

Elegido presidente, Salamanca invitó a Hertzog a mediados de 1931 para asumir el cargo de prefecto y comandante general del departamento de La Paz. «Yo le expresé que no tenía experiencia de administración pública y temía hacer mal papel. Me contestó que cada vez que tuviera alguna duda la consultase con él. Así lo hice.»

El 1 de mayo de 1931 juró el cargo. Contaba como colaboradores a expertos funcionarios: Primitivo Sánchez; Luis Gosálvez Indaburu; el ingeniero español avecindado en Bolivia Vicente Burgaleta; el director de caminos a Yungas Andrés Santa Cruz, nieto del Mariscal; Rafael Bustillos, pariente de Bautista Saavedra; José Pérez, un sorateño mundano y afectivo. Sánchez e Indaburu eran liberales, detalle que no desmerecía la confianza de Hertzog.

Una de las primeras obras emprendidas por el flamante prefecto fue la canalización del río Choqueyapu, cuyos periódicos desbordes provocaban daños a la población. Luego, se preocupó de continuar los trabajos de vinculación carretera con los Yungas, acaso porque esta región evocaba en él recuerdos de infancia.

Cuán alejadas estaban esas actividades de las que hasta entonces desempeñara en su gabinete médico. Sin embargo, supo adaptarse a ellas y, lo que era mejor, encontró deleite en hacerlo. «La prefectura era como la presidencia de una pequeña república, a la que sólo faltaban las relaciones exteriores. Cada departamento tenía a sus órdenes a la policía y se ocupaba de las escuelas departamentales. Se podía trabajar con buen éxito pues contaba con un presupuesto departamental suficiente, honrada y eficientemente manejado por don José Normand», recuerda.

A partir de entonces, sin mengua de su vocación médica, comenzó a esbozarse la silueta del futuro hombre de Estado. Había heredado el sentido de responsabilidad, fortalecido por una notoria firmeza de carácter y el afán de hacer bien las cosas. Era un prefecto dinámico que trabajaba un crecido número de horas diarias siempre dispuesto a desplazarse a cualquier lugar o ciudad provincial que lo reclamara. Pero hay un detalle significativo: los pobladores de algunas aldeas altiplánicas esperaban con tanto o mayor interés la llegada del médico que la del prefecto.

El hogar

Hertzog había pasado ya la treintena y consideraba que era tiempo de encontrar a la compañera de su vida. La elección de Hertzog no fue difícil y recayó en la persona de una joven cruceña, Edna Sánchez, hija del político liberal don Plácido Sánchez y de doña Raquel Cronembold de Sánchez. Después de un feliz noviazgo, la boda se efectuó el 31 de diciembre de 1931.

Edna pertenecía a una familia tradicional cruceña. Su padre, don Plácido, era un parlamentario liberal y diplomático de nota que representó al país como ministro extraordinario y plenipotenciario en las legaciones de Bolivia en Chile, Argentina, Paraguay, España y Bélgica. La hija, educada con esmero, había nacido en Santa Cruz el 23 de octubre de 1911 y tenía ocho hermanos, Irma y Raquel, Gustavo, Alfredo, Edmundo, Gaspar, Juan y Francisco. Muy bella, había conocido a Enrique en una reunión social que celebraba el cumpleaños de una amiga de la familia. Tenía un temperamento sensitivo, demasiado sensitivo quizá para la esposa de un político combativo como a poco se revelaría Hertzog con toda la secuela de persecuciones, torturas, confinamientos, destierros y estrecheces económicas que acarrearía ese temperamento opositor a gobiernos totalitarios y arbitrarios.

Hertzog se delineaba ya como una figura política prominente. Era estimado en muchos círculos y así lo prueba la cena de despedida de soltero que le brindaron amigos y ciudadanos importantes: los ilustres políticos José Luis Tejada Sorzano, Enrique Baldivieso, Demetrio Canelas, José Gabino Villanueva, Florián Zambrana; los industriales y hombres de negocios Carlos Víctor Aramayo, Ashton, Minor Gainsborg, Ezequiel Jáuregui, Flavio Machicado, Juan Perou, Jorge Sáenz; los profesionales Juan P. Alcoreza, Luis Calvo, Carlos Crespo, Manuel Carrasco, Hugo Ernst, Eduardo López y más de un centenar de miembros del «gotha» social, político y profesional de esos años.

El hogar de Hertzog-Sánchez tuvo tres hijos: Enrique, Consuelo y Teresa. Posteriormente los hijos de Hertzog contrajeron matrimonio durante su exilio en Buenos Aires: Enrique, casado con María Elena Cosulich Caballero, chuquisaqueña; Consuelo con Ricardo Puiggari, argentino; Teresa con Jaime Bedoya, argentino. Con el correr de los años tuvo nueve nietos: Jaime, Teresa, Alejandro, Santiago y Bernardita

Bedoya; Ricardo, Enrique y Carola Puiggari; y la menor María del Carmen Hertzog, hija de Enrique, el hijo.

La función pública

A principios de abril de 1932, el presidente Salamanca decidió modificar su gabinete ministerial e invitó a Hertzog a la cartera de Gobierno, encargada hasta la fecha a don Luis Calvo, que recibió nuevas funciones.

«Hice las mismas objeciones que para la prefectura, pero el Presidente me tranquilizó pidiéndome que le consultase cuando tropezase con algún problema. Así lo hice siempre.»

Una de las primeras visitas que recibió fue la del doctor Tomás Manuel Elío, jefe del Partido Liberal que aún sin participar en el gobierno estaba representado por el vicepresidente Tejada Sorzano.

Fue un diálogo entre dos hombres impregnados de un depurado sentido cívico, superior a cualquier diferencia partidaria que pudiese existir. Tema primordial de las preocupaciones de uno y otro era la delicada situación internacional, pues ya se oían ruidos de sables en el Chaco. Elío quería reasegurar a Salamanca, por intermedio de su ministro de Gobierno, que el partido Liberal sabría mantener una conducta acorde con las circunstancias, es decir no obstaculizar su política internacional. Cuando Hertzog informó a Salamanca sobre el propósito y resultado de la entrevista con Elío, recibió parabienes. «Se ha desenvuelto usted como un veterano político».

Hertzog se identificó estrechamente con Salamanca, el hombre reacio a entregar su confianza pero comprensivo de que en adelante podría contar con un leal e inteligente colaborador.

Viudo desde hacía muchos años, Salamanca había reducido el núcleo de sus relaciones personales a su hijo Rafael y sus dos hijas Laura y Raquel. Rehuía la vida social y en sus raras horas libres gustaba visitar al poeta Franz Tamayo, asistir a sus charlas sobre literatura griega y otros temas culturales. Ser invitado a participar en esos coloquios entrañaba un privilegio porque Tamayo y él eran los dos únicos paceños integrantes de ese mundo impenetrable.

La guerra del Chaco

Treinta y cinco años tenía Hertzog cuando estalló la guerra del Chaco, en julio de 1932. Su categoría militar aún no había sido llamada a filas, pero le cabría formar parte del gobierno al que la historia había asignado esta tremenda responsabilidad. Desde el primero hasta el último día acompañó a Salamanca en diversas funciones públicas ligadas directa o indirectamente con la empresa bélica.

Fue, pues, actor, aunque sin desempeñar ningún papel protagónico en ese drama que hirió las fibras más recónditas de la Nación y exigió al pueblo considerables sacrificios.

Desde luego, se trató de la inmolación de cincuenta mil hombres blancos, mestizos e indígenas que durante tres años se turnaron en llamamientos sucesivos a defender ese territorio patrio, alejado de los centros vitales, azotado por quemante clima, sin agua ni recursos naturales, enormes distancias e insuficientes vías y medios de comunicación. El peor enemigo no era el paraguayo; lo eran esos obstáculos desmesurados y agobiantes.

Dice mucho del espíritu de sacrificio del pueblo boliviano el hecho de vivir el víacrucis absorbiendo derrotas y siempre esperanzado en la victoria. Nunca señal de derrotismo, nunca una rebelión contra un mando militar inepto y sobrepasado por la magnitud de su responsabilidad. Un pueblo que acompañó a Salamanca confiado hasta el final en que ese taumaturgo hermético habría de dar en algún momento con la clave del éxito.

Hertzog se contaba entre los hombres que lo acompañaban. En el primer momento él habría preferido trasladarse al frente de operaciones y poner en práctica sus aptitudes de cirujano; pero Salamanca le retuvo y sólo en 1933, en las fases finales de la contienda, le fue dado satisfacer ese deseo, cuando asumió la dirección de tiendas y hospitales de campaña.

En junio de 1932 fue designado ministro de Fomento y Comunicación y más tarde ministro interino de Guerra y Colonización en reemplazo de Joaquín Espada.

Incorporado al círculo íntimo del Presidente, compartió con él esa época de angustia durante la cual las malas noticias provenientes del Chaco se sucedían prácticamente de día en día.

Desempeñaba interinamente la cartera de Guerra cuando se produjo el episodio de laguna Chuquisaca, origen de la guerra. El 15 de junio, una escuadra boliviana al mando del mayor Oscar Moscoso había ocupado este depósito de agua, fenómeno geológico raro en el Chaco. La laguna, a la que Moscoso dio el nombre de Chuquisaca, había sido descubierta meses atrás por los paraguayos y su posesión tenía forzosamente que ser codiciada por uno y otro contendiente.

Alarmado ante la eventualidad de que este incidente se agravara y provocara el desencadenamiento de hostilidades armadas, Salamanca intentó evitar complicaciones. Relata Roberto Querejazu en su libro «Masamaclay»: «Don Daniel Salamanca no había podido recuperar la calma desde que supo la noticia del incidente. Los días siguientes llamó a conferencias al ministro de Relaciones Exteriores, al ministro de Guerra, cargo que Enrique Hertzog desempeñaba interinamente, y al jefe del Estado Mayor, para estudiar el asunto a fondo. En la primera reunión el canciller, Juan María Zalles, el ministro interino de Guerra, doctor Hertzog y el general Filiberto Osorio sostuvieron la tesis de que convenía conservar el fortín a toda costa. El presidente reiteró su opinión en sentido contrario. La ocupación del fortín paraguayo traería la guerra según toda probabilidad. En dos reuniones posteriores, a las que no asistió Zalles, el presidente Salamanca reiteró su argumentación. El doctor Hertzog acabó por guardar un silencio aprobatorio».

Lo que aconteció después dio plena razón al Presidente, que no fue escuchado por el comando militar. Los paraguayos retomaron el fortín y estalló la guerra.

¿Cabe a Hertzog alguna responsabilidad? Si bien en un comienzo opinó por conservar el fortín a toda costa luego, persuadido por la argumentación del Presidente, no insistió en ese punto de vista. De todos modos, poco podía hacer pues una suerte fatal de «deus et machina» había decidido que ambos pueblos se enfrentaran por las armas.

Más tarde, entre los papeles personales dejados por Hertzog se halló unas notas manuscritas que explicaban así su silencio en aquella reunión con Salamanca: «Cuando él dice que yo acabé por guardar silencio respecto a este punto, tiene razón. Guardé silencio sencillamente porque me convenció de que su opinión era la mejor. Yo no era sino ministro interino de Guerra y estimé que era menester, y lo más pru-

dente no echar leña en la hoguera, ya que los militares se encargaban de echarla a toneladas.»

En una declaración pública expresó: «Durante ese tiempo, colaboré con el doctor Salamanca con renovada decisión pues estaba compenetrado con su enorme sufrimiento frente a su impotencia para luchar contra dos enemigos: los paraguayos y los militares descontentos y alzados. Recuerdo que un día recibió la noticia de que su hijo Alberto había muerto en el frente de batalla «por imprudencia». Salamanca contestó con este telegrama: «Todos los soldados mueren heroicamente en el Chaco; sólo el hijo del presidente Salamanca debía morir por imprudencia.» Me recomendó pedir a las personas que venían a darle el pésame por esta desgracia que no le mencionaran el nombre de su hijo y hablaran de cualquier otro tema. Esta actitud fue admirable por la dignidad y sobriedad con que recibió a todos los visitantes.»

Alberto Salamanca Ugarte había nacido en Cochabamba el 25 de diciembre de 1907. Efectuó sus primeros estudios en el colegio San Calixto de La Paz, pocos años después del paso de Hertzog por esas aulas; luego estudió agronomía en Buenos Aires y se graduó de ingeniero. Cuando su categoría militar fue llamada a filas fue uno de los primeros en alistarse. Siguió un curso de oficiales de reserva y fue incorporado al regimiento 24 de infantería en noviembre de 1932, primero, y después al regimiento Castrillo que actuaba en el sector del fortín paraguayo Nanawa. La muerte le dio cita el 14 de noviembre de 1933. Cuando se trasladaba a su puesto de comandante en primera fila fue alcanzado por un disparo paraguayo. Murió instantáneamente.

En esa época se habló de que algunos oficiales del comando le exponían deliberadamente al peligro por ser hijo «del Presidente que había llevado al país a la guerra». Es poco probable que así fuera pues en esa época el general Hans Kundt era comandante en jefe y no habría participado ni permitido semejante maldad.

Sin embargo, esta suspicacia no abandonaría el alma atribulada de Salamanca. Quizá temeroso de que se repitiera una perfidia semejante, impidió que Hertzog se enrolase en el ejército. Le designó inspector general de Sanidad Militar, creyendo así protegerle en alguna forma. Por lo menos Hertzog así lo entendió.

Para Salamanca la guerra fue una pesadilla prolongada durante tres años que compartió plenamente con Hertzog y otros colaboradores cercanos.

No puede aducirse que el Presidente deseara la guerra, aunque tampoco intentó evitarla. Era cautivo de una problemática emocional y mental que arrancaba desde la juventud. La pérdida del Litoral y del Acre atenaceaba su ánimo como dos experiencias infaustas que rehusaba repetir. Había que defender el Chaco costase lo que costase. Era un desafío final para la Nación y ésta debía afrontarlo si deseaba sobrevivir.

Por desdicha, desde un principio se produjo un desencuentro con los altos mandos militares, fatal para el resultado de las operaciones bélicas. Después de Boquerón, cuando quedó demostrada la impotencia del ejército y la mediocridad de sus jefes, Salamanca creyó ineludible su intervención tanto en la estrategia como en las tácticas de las operaciones militares, provocando así el resentimiento castrense.

Agregábase a ello un factor de imponderabilidad que en resumidas cuentas decidió el curso de la guerra: el medio físico abrumador por su clima y sus distancias. Si el medio físico afectó sobre todo a las tropas bolivianas, las distancias contuvieron la marcha hasta entonces victoriosa de los paraguayos, quienes en la etapa final de la contienda debieron afrontar los mismos problemas que acosaron a los bolivianos al comienzo. El territorio chaqueño era demasiado grande para que en él pudieran maniobrar los ejércitos débiles de ambos contendientes.

La contradicción entre Salamanca y el alto mando remató con el vergonzoso episodio de Villa Montes, en el cual el Presidente se vio obligado a dimitir, ante la amenaza de que si no acataba dicha exigencia, el alto mando paralizaría las operaciones militares y pactaría con el enemigo. Frente a tal contingencia, el amargado y fatigado Presidente cedió. Al poco tiempo cesaron las hostilidades gracias a un pacto suscrito en Buenos Aires por el gobierno de José Luis Tejada Sorzano.

Salamanca anticipó ese conflicto entre el poder civil y la insubordinación militar, desde el comienzo de la guerra. En 1932, al despedir al comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Quintanilla, exclamó: «Vaya usted al Chaco, general, y coseche laureles. Los triunfos que usted obtenga servirán para su gloria. Si sufre contrastes, la responsabilidad de los mismos recaerá sobre mí». Tres años después, amargado y desilusionado, exclamaría: «Todo he dado a los jefes militares. Todo, menos cabeza...»

Desde un principio abrigaba el temor de que la calidad profesional de los jefes militares no estaría a la altura de las exigencias de una guerra que exigiría los máximos sacrificios sin garantía de éxito. ¿Por qué no la impidió? ¿Le habría sido posible hacerlo? Probablemente no. Estaba en marcha una dinámica bélica difícil de ser contenida. Siles lo había logrado en 1928, gracias a la ductilidad y tacto diplomático, pero la mentalidad de Salamanca era distinta, y en ella era el orgullo el que primaba.

En sus relaciones con el alto mando, el Presidente procedió siempre con mesura, respetando sus prerrogativas sin renunciar a las propias. No dejaron de llegarle denuncias sobre las ambiciones políticas de David Toro. Su reacción fue: «Señor, si él gana la guerra, que mande en Bolivia así sea por diez años. Ya encontraremos la forma de librarnos de una tiranía doméstica. Lo importante es ganar la guerra.» Olvidando las insolencias de Toro, en cierta oportunidad no accedió a un pedido del comando superior para la separación de dicho coronel «intolerable por su indisciplina».

Con el alma destrozada, Salamanca murió a los pocos meses. Se dijo que sus últimas palabras fueron: «El protocolo me mata», refiriéndose al acuerdo de Buenos Aires que dio fin a la guerra.

Aunque estas transacciones eran tal vez inevitables dada la fatiga existente en el país después de tres años de descalabros militares, ciertos colaboradores del ex presidente, entre ellos Enrique Hertzog, recalcaron que en el momento de firmarse los pactos en Buenos Aires, el ejército boliviano contaba con 60 mil hombres, frente a 50 mil del ejército paraguayo.

En el frente de combate

Como reacción contra el derrocamiento del presidente Salamanca, Hertzog renunció a toda función oficial en la sede y envió un mensaje al general Peñaranda pidiéndole ser movilizado como cirujano del regimiento de caballería Santa Cruz comandado por su amigo Oscar Aramayo Ortiz. El general en jefe le destinó como cirujano del regimiento Pérez 3 de infantería que era una pequeña división con dos mil soldados desplegados en la orilla sur del río Pilcomayo en defensa de

Villa Montes, cuya eventual captura por los paraguayos habría significado un gravísimo contraste para el ejército.

Era jefe del Pérez el coronel Armando Sainz, «un militar que casi no dormía de noche porque siempre estaba vigilante visitando las compañías, bien confiado en la integridad de sus subordinados».

Villa Montes era un reducto militar comandado por otro jefe de calidad excepcional, el general Bernardino Bilbao Rioja, quien tenía como segundo en el mando al general Oscar Moscoso, otro militar de alto mérito. Fue gracias a ellos que la plaza soportó el asedio paraguayo, traducido en enfrentamientos diarios con crecientes bajas. Hertzog y otros médicos que colaboraban con él tuvieron una labor agobiadora en la atención de heridos que llegaban día y noche a los hospitales de campaña.

Era cada día más evidente que la guerra se asomaba a su término, tanto por el agotamiento de los paraguayos –ahora alejados de sus bases– como por la impotencia boliviana para lanzar una contraofensiva de envergadura. Transcurrían ya tres años desde que se iniciaran las hostilidades y era tiempo de ponerles fin. Además, Salamanca ya había desaparecido del escenario, para bien o para mal del país. Sin duda él no habría transigido hasta «vencer o morir».

Con criterio más realista, el nuevo presidente, José Luis Tejada Sorzano, que había asumido el cargo en calidad de vicepresidente, y su ministro de Relaciones Exteriores, Tomás Manuel Elío, asumieron la responsabilidad histórica de buscar la paz. Ambos eran tan patriotas como Salamanca, pero su criterio era más flexible y realista.

El 12 de junio de 1935, día en que cesaron las hostilidades, Hertzog fue nombrado cirujano de la novena división. Desempeñó el cargo durante dos meses y fue durante este tiempo que recibió noticia de la muerte de Salamanca, ocurrida el 17 de julio en Cochabamba. «Recibí la noticia con profundo sentimiento. Él había sido para mí un maestro, un gran amigo e incomparable consejero. Su recuerdo me ha acompañado siempre.»

Luego fue nombrado director del hospital militar de Muyupampa, que él mismo había fundado. Era un hospital de evacuación próximo a la región donde se habían librado los últimos combates de la guerra. El hospital llegó a atender cerca de mil quinientos heridos y enfermos y contaba con diez cirujanos. Más tarde fue trasladado a La Paz, como

director del hospital militar situado en el colegio Militar. Con el grado de teniente coronel volvió a la vida civil para reiniciar su actividad profesional.

La muerte de Salamanca, ocurrida a fines de 1935, fue el penoso acontecimiento que influyó en su decisión de abrir una puerta a la política.

La separación que impuso la guerra a los esposos Hertzog fue muy penosa, en particular para Edna que no cesaba de reclamar su presencia. Esta es una de las muchas cartas que le envió al frente de operaciones: «La Paz, diciembre de 1934. Mi Enrique adorado: Cuando te esperaba, recibí tu telegrama diciéndome que no podías venir. He querido sobreponerme y no llorar, pero no me ha sido posible. Cada uno de tus viajes es para mí como si me estrujaran el corazón y más esta vez que yo estaba con la ilusión de verte hoy. No nos queda más que resignarnos, por doloroso que sea. Tú tienes que cumplir tu deber. Me parece oírte repitiéndome esto. Cuídate mucho, mi adorado, piensa en tu mujer y en tu hijo que esperan ansiosos tu regreso. Te beso con toda el alma.»

Enrique recibió decenas de estas cartas durante sus largas ausencias.

Los puntos sobre las íes

En una recepción efectuada el 11 de enero de 1936 en el Palacio Quemado con la asistencia del presidente Tejada Sorzano, el coronel David Toro, jefe del Estado Mayor, pronunció palabras inapropiadas atacando al ex presidente Salamanca y acusándole de ser culpable de los desastres militares de la guerra del Chaco «por su ciega y suicida intervención en la conducción de la guerra». Le condenó asimismo «por el absurdo criterio hegemonista, increíblemente dispuesto a alzarse frente al ejército».

Tales acusaciones no podían quedar sin respuesta. Pocos días después se publicó un «Manifiesto a la Nación» suscrito por los ex colaboradores José Almaraz, Demetrio Canelas, Joaquín Espada, Enrique Hertzog, José Antonio Quiroga, Rafael de Ugarte, Ovidio Urioste y José Gabiño Villanueva, todos pertenecientes al partido Republicano Genuino.

Fue un documento notable por la entereza cívica que se requería para emitirlo en circunstancias en que el alto mando militar era todo-

poderoso, así como por la ponderación y acierto con que se levantaron los cargos formulados por Toro.

Decía en sus párrafos relevantes: «La intervención del presidente de la República en las operaciones bélicas, acusación formulada por el coronel Toro, parece derivar del desconocimiento de las atribuciones constitucionales del jefe del Estado frente a la institución armada. El Presidente es el jefe nato del ejército y en caso de guerra internacional ejerce el comando superior de las tropas de campaña.» Esta premisa se apoyó en la Constitución y la ley orgánica del Ejército.

Proseguía el manifiesto: «La acusación, si ella procediese, tendría que plantearse no en el terreno de las atribuciones, sino en el del acierto o desacierto... El coronel Toro, puesto en ese plano, tendría que probar que los desastres de Boquerón, Arze, Yujra, Nanawa, Toledo, Campo Grande, Alihuatá y Carmen, que marcan los jalones principales de la desgraciada campaña, han tenido por «única causa» -como dice en su lenguaje altisonante- la intervención del presidente Salamanca. En cuanto al gran desastre de Picuiba, que tuvo por efecto dar el golpe de gracia a la moral defensiva de Bolivia y fue el corolario del derrocamiento de Salamanca, el coronel Toro se ha abstenido de señalar una causa concreta.» Eso era para poner el dedo en la llaga pues, como es sabido, el responsable de la tragedia de Picuiba fue Toro.

Documento sereno pero contundente, el manifiesto señaló otra desaprensión del discurso de Toro: «En lo tocante a la política, lo que puede demostrarse es que elementos militares del comando, bien conocidos, tomaron la guerra internacional y las posiciones ejecutivas deparadas por ella como una oportunidad para cultivar formas de caudillismo militar, que tienen en el estado actual de cosas una demostración harto elocuente.» Tan elocuente, que pocas semanas después Toro derrocaría a Tejada Sorzano mediante la intervención de Busch.

Luego, los ocho firmantes subrayaron: «De nuestra parte, sostenemos que el espíritu de rebeldía militar, unido a la ausencia de concepto de responsabilidad de algunos de los comandos que hemos mencionado, ha concurrido con carácter permanente a determinar no sólo los desastres de la guerra, sino la iniciación misma de ella...

«Apelando a los propios archivos del estado mayor y del gobierno, creemos estar en condiciones de probar:

«1. Que la guerra del Chaco, desde su origen, fue un proceso constante de desobediencia militar;
2. Que la guerra se desenvolvió entre renovados conflictos debidos al estado de resistencia o insubordinación de dichos comandos contra la autoridad del Capitán General;
3. Que el pueblo y el gobierno bolivianos cumplieron su deber, prestando sin medida su sangre, aportando los elementos bélicos y los recursos necesarios para la defensa nacional;
4. Que los comandos militares a que nos hemos referido, esterilizaron los sacrificios de la Nación y los cuantiosos elementos puestos en sus manos, llevando al ejército de desastre en desastre;

«Que, en nuestro concepto, lo que ha faltado a los generales Osorio, Quintanilla, Peñaranda, Sanjinés, a los coroneles Toro, Rivera, Rodríguez, etc., ha sido el concepto del deber, la disciplina, la ambición por la gloria. La guerra, en medio de la brutalidad y ferocidad, requiere virtudes bien arraigadas de que infortunadamente no hemos visto muchas pruebas en los elementos directivos de la campaña. Nuestra generación, hija de una política utilitaria y del conformismo con la decadencia nacional, ha dado de sí, en lo civil y en lo militar, notas bastante decepcionantes, que deprimirían para siempre la fe en nuestros destinos, si no se hubieran también descubierto fuerzas profundas, revaloradas, de una vitalidad capaz de sobreponerse a los contrastes. En lo militar hay figuras cuyos nombres repite la voz popular y que han pasado a nuestro recuerdo envueltas en un nimbo de sacrificio viril y de gloria. Citemos solamente a los muertos: Germán Jordán, Aguirre, Manchego, Castrillo, Ustarís, Pabón, Bavía, Rocha y tantos otros. Entre los que sobreviven, muchos han sabido cumplir su deber con austeridad y abnegación y han salido con honor ileso, comprometiendo la gratitud nacional.»

Canelas, Hertzog y los demás firmantes del documento concluyeron así: «Invocamos el derecho que nos asiste para pedir que se abra una amplia y justiciera investigación, en la cual deberán establecerse las responsabilidades de todos los que intervinieron en el manejo y dirección de la guerra.»

La reacción del alto mando no se hizo esperar. A los pocos días de la difusión del manifiesto, salió una orden general dando de baja a Enrique Hertzog del puesto que ocupaba en el ejército. Luego fue confinado

al Beni. Los siete otros firmantes, a quienes fueron agregados los ciudadanos Hermilio Monroy, Natalio Peña, Agustín Villegas, Juan Guerra, Salomón Nogales, Zacarías Benavides, Gerardo Berríos, Octavio Fernández de Córdova y Eduardo del Granado, fueron enviados a diferentes distritos alejados del país.

La recompensa

El 1 de abril de 1936, a los pocos meses de haber reabierto su consultorio, Hertzog y otros dirigentes del partido Republicano Genuino fueron sindicados de tramar una conspiración. Se fraguó una carta en que Hertzog aparecía dando instrucciones para el alzamiento, documento apócrifo que algunos diarios de La Paz publicaron bajo presión del Estado Mayor, foco de la intriga. Aunque Tejada Sorzano todavía ocupaba la presidencia, los jefes militares ni siquiera le informaron sobre el confinamiento de Hertzog, Demetrio Canelas y otros salamanquistas al oriente del país. El domicilio de Hertzog fue allanado a tempranas horas de la mañana y él conducido primero al cuartel del regimiento Calama, luego a Viacha y por último a Trinidad.

Exasperado, Hertzog negó haber intervenido en cualquier trajín conspiratorio. Reflejan su indignación varias cartas enviadas a Edna y las que ella respondió con igual enfado. Aquí va parte de esa correspondencia íntima, reveladora de la solidaridad y afecto existente entre los dos esposos, condenados a separarse con frecuencia en los años por venir. Edna, venciendo su temperamento sensitivo y salud frágil, soportaba con coraje y devoción estos azares políticos que perturbaban su hogar y alejaban al padre de sus hijos.

La primera carta fue enviada por Enrique en su camino al confinamiento, el 3 de abril: «Mi Edna adorada: ...Ya sabes a las actividades a las que me hallaba dedicado. Mi profesión y los pocos amigos a quienes visitaba, no me dejaban tiempo para ninguna otra actividad. Sabes también cuántas otras veces he protestado por el tiempo que me quitaban algunos amigos políticos que deseaban mi colaboración con la resurrección del Partido. Aunque mi fe republicana se mantenía firme, así como mi repudio por la forma antipatriótica con que se manejaba la Nación en los graves momentos, era bien conocido que no quería yo

que estos quehaceres ajenos a mi profesión me quitaran el tiempo que debía dedicar para ganar lo necesario al sostén tuyo y de nuestros hijos.»

De Edna, el 7 de abril: «Ayer fui con mamá a Palacio para ver al Presidente, quien nos recibió enseguida. Agotaré hasta el último recurso para defenderte de la calumnia infame por la que te persiguen. Los señores José Crespo Gutiérrez y José Daniel Antelo han dirigido una comunicación al ministro de Gobierno pidiéndole la organización de un proceso. Yo personalmente pediré que se te juzgue. Toda esta infamia es fraguada por unos cuantos militares canallas, Dios sabe con qué fin. De esta clase de gente siempre hay que esperar lo peor. Ahora hay que tener más fe que nunca. Dios no ha de abandonarnos en estos momentos angustiosos. Cuídate mucho, mi bien. Ya sabes que para mí, la vida sin ti no tiene ninguna razón de ser. Todos los días pido a Dios justicia para nosotros y que confunda a los que te calumnian y que al arrancarte de mi lado han destrozado mi corazón. Te abraza y te besa infinidad de veces con inmenso cariño tu Edna»... y el 26 de abril ...«Ayer, cumpleaños de nuestro Enriquito, te he recordado y pensado más que nunca... La Corte ha declarado procedente la demanda de hábeas corpus que presenté y ha ordenado que te pongan en libertad. Tengo la esperanza de que muy pronto estarás con nosotros, tal vez en unas semanas más, si es que se obedece la orden de la Corte de Justicia. Y si no, vamos a seguir insistiendo para que se aclare esto. Se dice que es un tal Carlos Montenegro, que trabaja en el Estado Mayor, quien ha fraguado la carta que te atribuyen. Además, el señor Carrasco me encargó te dijera que las publicaciones que había hecho «El Diario» sobre este asunto habían sido mandadas por el Estado Mayor.»

No cabía duda: Hertzog había sido víctima de una intriga fraguada por los militares para distraer la atención del gobierno de Tejada Sorzano, mientras daban los últimos toques al golpe que se aproximaba y les encumbraría en el poder.

Las relaciones de los esposos Hertzog, como siempre, eran muy tiernas. De Trinidad, él solicita hacer gestiones para su liberación y visitar a las autoridades, pero recomienda: «no vayas nunca sola ni con Teresa (su hermana) ni con la Nena (Raquel de Herrera, su cuñada). Ruégale a tu mamá te acompañe a todas las oficinas que necesites. Tu porte debe ser severo y no darás la mano a ninguno de mis enemigos».

Otra carta: «Se dice claramente en el periódico que estábamos en una revolución a base del asesinato de los principales políticos y militares. Esta es una calumnia que sólo los que han fraguado nuestro asesinato pueden concebir para cohonestar sus futuros crímenes.» Aquí, ¿la intuición de Hertzog presiente ya los asesinatos de Chuspipata?

Y prosigue... «A quienes susurraban que los genuinos andaban en trajines conspirativos les contesté que por patriotismo no podíamos admitir la idea de una revuelta en el país, pues ello traería consecuencias gravísimas para el porvenir de las petroleras, ya que el Paraguay esperaba un pretexto para apoderarse de Camiri y Sanandita. Y no habríamos sido nosotros, los genuinos, tan criminales o necios para cometer semejante atentado contra el país.»

«Yo era partidario de la formación de un frente único para evitar la lucha fratricida... No temo a la muerte. La he visto varias veces de cerca y la desafiaré varias veces impávido si llega el caso, pero temo a la calumnia y a los calumniadores. Quiero que pidas al presidente de la República que no deseo ser confinado ni desterrado, sino que se me juzgue y me condene con el máximo rigor si soy culpable. A mis hijos, esos tesoros de mi corazón y a ti mi esposa adorada, todo mi amor.»

Carta de Edna, 30 de abril de 1936: «Mi Enrique adorado: En unos días más la Corte ordenará al Estado Mayor que ponga en libertad a todos los que han recurrido al hábeas corpus. Veremos si hacen caso a la justicia.»

A estas tribulaciones políticas se añadía la preocupación por el estado de salud de doña Eduviges, aquejada de fuertes dolores en los ojos y pérdida progresiva de la visión a punto de buscar curación en Buenos Aires, no sin antes enviar a Trinidad una carta a su hijo: «Me voy el 24 de este mes pues los dolores en el ojo izquierdo son fuertes y, poniéndome en manos de la Providencia, me marcho a Buenos Aires. Pudiera ser tal vez que no vuelva. Yo no sé qué presentimiento tengo de que voy a morir. Como Dios está en todas partes, voy resignada y por esto te mando tal vez mi última bendición en esta carta. Yo pido día y noche por ti a la Divina Providencia.»

Ese espíritu religioso fue la fuerza reconfortante que sostuvo a Eduviges en los trances penosos de su vida. Volvió a escribir a Enrique: «Queridísimo hijo: Hoy es Jueves Santo, día en que hace dos mil años

sucedió la tragedia del Gólgota. Desde hace ocho días rezo y hablo con nuestro Señor a toda hora pidiendo por ti. Como comprenderás, sufro lo indecible por la prueba a la que nos ha sometido la Divina Providencia y que espero acabará pronto. Enrique, vuelve los ojos a Dios. El está sobre las pasiones humanas y todo lo puede. Nosotros, miserables pequeños gusanos, nos movemos en nuestro círculo pequeño. Piensa que el Divino Maestro te está purificando en el crisol de la adversidad. Hoy más que nunca ofrece tu corazón al Dios de las alturas, que ve y pesa las acciones humanas. Él es grande y será tu sostén. Te bendice tu madre. Eduviges.»

Su esposa y su madre. Los dos seres que le ayudan a soportar los primeros sinsabores de la política, actividad que no buscó pero de la que ya no podría desprenderse en el futuro. Él que pensaba consagrarse exclusivamente a su profesión, ha de pagar ahora su colaboración con un presidente patriota en un trance definitorio para su Patria. Su innato sentido de justicia se rebela contra ello y en adelante militará con ahínco en su Partido, al que nunca abandonará. Su objetivo será, sobre todo, introducir normas de decencia en la política, para eliminar las taras tradicionales que hacen penosa y frustrante esa actividad para gente honrada y patriota.

El poder en manos militares

En estas circunstancias, el frágil gobierno de Tejada Sorzano fue derribado por los militares. El coronel Germán Busch, héroe de la guerra del Chaco pero bisoño político, es instrumento de la ambición del general David Toro y, en nombre de este, dio el golpe en la madrugada del 17 de mayo de 1936.

Tejada Sorzano, gran señor de la política, sin ninguna ambición de mando, entrega desdeñosamente el poder a los conjurados civiles y militares. Oigamos su propio relato: «Dormía tranquilamente cuando a las siete de la mañana fui despertado por algunos militares que decían buscarme por orden del coronel Busch. Ordené que el portero les indicara que yo estaba en cama y que podría recibirlos a las nueve. Los comisionados se fueron pero pocos minutos después recibí un mensaje

telefónico descomedido que decía: «El coronel Busch no puede esperar y si no se abría la puerta de ingreso a la casa, ella sería violentada a balazos». Mandé contestar que no fueran necios y que ya me estaba vistiendo. Mientras las comisiones volvían redacté mi renuncia y la entregué. La víspera, el coronel Busch me había afirmado textualmente: Señor presidente, mientras yo esté a cargo del ejército, no sucederá nada. Esté usted tranquilo.»

Tejada Sorzano volvió a la vida privada con la misma serenidad y elegancia desplegada durante toda su existencia, lamentando la suerte de la Patria pero íntimamente satisfecho por haber cumplido con creces su deber de ciudadano. Su vida se extinguió apaciblemente dos años después, en 1938.

Fue el tercer y último presidente liberal que tuvo el país, los anteriores fueron Ismael Montes y Eliodoro Villazón. Una trilogía excepcional de gobernantes ilustrados y honrados que desempeñaron el mando siguiendo vías legales y no mediante golpes de Estado.

Tejada y Hertzog trabaron amistad personal en época de Salamanca, cuando el primero era vicepresidente y el segundo desempeñaba alguno de los ministerios. Hertzog no colaboró con Tejada en su breve periodo presidencial y, por el contrario, sufrió el confinamiento en Trinidad y Pelechuco dispuesto por los militares a espaldas del Presidente cuya autoridad fue siempre limitada.

Tan precaria situación era hasta cierto punto simbólica del ocaso del partido Liberal en la historia. Había recibido un golpe mortal en 1920 con la revolución de Saavedra y los años restantes solo fueron un irreparable declinar. Ya no hubo más presidentes liberales, pese a que en las filas de ese partido abuelo, figuraban aún estadistas distinguidos como Tomás Manuel Elío y Juan María Zalles.

Cualquiera de ellos habría sido un óptimo presidente. Pero el remezón provocado por la guerra del Chaco y las corrientes sociales que empezaban a extenderse en el mundo, sellaron definitivamente el ocaso del partido Liberal en Bolivia. Aunque los méritos personales de algunos de sus miembros reclamarían su participación en futuros gobiernos, el Partido, como tal, no volvería a ejercer el poder. Una etapa histórica había terminado.

Toro y Busch

Al desalojar a Tejada Sorzano de la presidencia, Busch sólo había actuado como simple esbirro del general Toro que lo utilizó una vez más, tal como ocurrió en Villa Montes en ocasión del golpe contra Salamanca. Era el tiempo en que Busch admiraba a su «padre David» y obedecía ciegamente sus órdenes.

Toro ingresó en el Palacio Quemado y se posesionó del mando sin tropezar con ninguna resistencia. El país no había salido todavía del estupor de la derrota y el ejército era dominante pues ya no tenía enemigo extranjero por enfrentar.

Con la pretensión de dar a su gobierno un tinte socialista, el nuevo presidente buscó la colaboración de políticos de esa tendencia y dictó inconvenientes medidas como la caducidad de las propiedades de la Standard Oil, creando en su lugar a Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos; el nombramiento de un linotipista en el ministerio de Trabajo; y buscó el apoyo sindical y de algunos políticos que después formarían el MNR, entre ellos Víctor Paz Estenssoro y Wálter Guevara.

De su propio lado, los partidos opositores también intentaron organizarse. Desde Santiago de Chile, Bautista Saavedra dirigió una carta en este sentido a Enrique Hertzog que se hallaba en La Paz, en junio de 1937: «Distinguido señor y amigo: ...Creo que las circunstancias son favorables a un entendimiento o concordancia de las fuerzas civiles para atender al restablecimiento de la normalidad institucional... Habría que buscar una fórmula de fácil entendimiento sin procurar que cada fracción o partido político haga sus reservas o distingos... Habría que buscar también el acuerdo con los liberales o con los miembros del Centro, que parece disuelto. Asimismo, se podría buscar la cooperación de elementos neutrales y de prestigio dentro del país. Es preciso despertar la conciencia cívica de la nación. Nosotros firmaríamos el documento de acuerdo.»

La proposición de Saavedra no halló eco entre los otros partidos, motivo por el cual, como político pragmático que era, buscó aproximarse a Busch y tentarlo. Por supuesto, lo consiguió. No le fue difícil convencer a Busch, un ingenuo en política, de que él era el hombre designado por el destino. En julio de 1937, depuso a Toro, «el papá David», sin mayor resistencia.

Encumbrado a una posición que excedía su escasísima experiencia administrativa, Busch desarrolló una política errátil amparada por buenas intenciones, pero incapaz de llevarlas a una praxis meditada. Convocó a una convención nacional que lo eligió presidente constitucional para poco después proclamarse dictador. El 7 de junio siguiente lanzó un decreto que obligaba a las empresas a entregar al Estado el 100% de sus ingresos en moneda extranjera; estatizó el Banco Central; abofeteó al escritor Alcides Arguedas y ordenó el fusilamiento del industrial minero Mauricio Hochschild, a quien salvó la intercesión humanitaria de Dionisio Foianini, ministro y amigo de Busch.

Rebosante de buenas intenciones, pero incapaz de llevarlas a la práctica, impetuoso como un torrente, Busch creyó encontrar en la violencia la forma adecuada para gobernar. Ello estaba en su temperamento, pero fue causa de su perdición. Un día de agosto de 1939, abrumado por la acumulación de problemas, aplicó esa violencia a su propia persona descerrajándose un disparo de revólver en la sien. El meteoro había sido consumido por su propia llama.

La súbita extinción del presidente provocó el desconcierto y alivio simultáneos en el ambiente político del país. A la muerte del héroe del Chaco, asumió la presidencia interina el general Carlos Quintanilla, un militar de vieja escuela, caballeroso y bien intencionado. Durante la guerra había ejercido brevemente el comando en jefe del Ejército, después de la renuncia del general Osorio. Poco podía hacer para rectificar el curso de las operaciones militares que no pudieron evitar el sitio y la caída de Boquerón, como primer contraste. El fortín Boquerón había sido la amarga y heroica prueba de heroísmo de la guarnición durante treinta días sin auxilio, en un sacrificio que se prolongó hasta el agotamiento de municiones y de resistencia física. Poco después, fue removido del puesto.

Al final de la campaña volvió al frente de operaciones y recuperó el prestigio perdido.

Sin ambición política, apoyado por los sectores derechistas de la opinión pública, se empeñó en que la ciudadanía recuperase los atributos democráticos vulnerados desde la caída de Salamanca y convocó a elecciones populares con este objeto.

Encontró que el panorama político había sido profundamente alterado por la guerra y la posguerra. Los partidos tradicionales, como el

Liberal y el Republicano, habían perdido el vigor de antaño y se insinuaban nuevas corrientes de tendencia socialista y extrema izquierda. No había líderes civiles, al punto que se tuvo que acatar la contingencia de que el nuevo presidente fuese nuevamente militar, esta vez elegido por vías democráticas.

Se escogió al general Enrique Peñaranda, que ostentaba una honorable hoja de servicios durante la guerra, sensiblemente mancillada por aquel episodio de Villa Montes, cuando los militares destituyeron a Salamanca.

Un grupo de ciudadanos jóvenes que después constituirían el Movimiento Nacionalista Revolucionario figuró en las elecciones parlamentarias. Resultaron favorecidos por el voto popular Víctor Paz Estenssoro, Rafael Otazo, Wálter Guevara, Fernando Iturralde, Augusto Céspedes y Germán Monroy, que iniciaban así sus respectivas carreras políticas.

Los partidos de izquierda presentaron la candidatura presidencial de José Antonio Arze. La democracia volvía a ser puesta en vigencia.

El breve tránsito de Quintanilla por la presidencia fue marcado por su tolerancia con todos los partidos y, exceptuando un inexplicable atropello físico cometido contra un héroe del Chaco, el general Bernardino Bilbao Rioja, logró restablecer el clima de relativa tranquilidad que el país reclamaba desde hacía largo tiempo.

Quintanilla provenía de una promoción militar estimulada por el gobierno del general Ismael Montes que contrató misiones de instructores militares alemanas. Era el estilo del kaiser, es decir de los grandes desfiles, vistosos uniformes y el «paso de ganso» de los soldados en las paradas militares. Quintanilla estudió un tiempo en academias militares alemanas y retornó imbuido del espíritu teutón, más en sus cualidades que en sus defectos. Sin ser un notorio estratega, fue ascendiendo regularmente en el escalafón militar hasta llegar a general al estallar la guerra del Chaco. Ya ha sido relatado el desempeño que le cupo: nada brillante, pero honorable. No participó en el episodio de Villa Montes, lo cual ya es bastante significativo de su decencia. Con el mismo espíritu, ahora cumplía su deber ciudadano demócrata.

Capítulo III

DE PEÑARANDA A VILLARROEL

La candidatura presidencial de Peñaranda fue auspiciada por los partidos Socialista y Republicano Socialista, dirigidos por Carlos Salinas Aramayo y Waldo Belmonte Pol. El partido Republicano Genuino adoptó una actitud prescindente: «Nos pareció decoroso no sumarnos en favor de Peñaranda pues considerábamos que, si bien tenía méritos suficientes por su actuación en la guerra del Chaco, su actitud en Villa Montes respecto al doctor Salamanca había sido muy poco digna y valerosa.»

Resultó elegido Peñaranda, quien asumió el poder el 15 de abril de 1940.

Si hubo militar boliviano que jamás aspiró a la presidencia, ese fue el general Peñaranda. Nacido en 1892 en Sorata, departamento de La Paz, y militar de vocación, pasó gran parte de su juventud en las guarniciones del interior. Se le juzgaba como un profesional que sin ser brillante reunía aptitudes para el mando. La guerra del Chaco lo sorprendió comandando tropas en esa región. Su desempeño durante la campaña fue impecable y suyo fue el mérito de que la catástrofe de Campo Vía no revistiese más graves proporciones, pues logró salvar una parte de los regimientos amenazados de ser sitiados. Eso le valió la designación de comandante en jefe del ejército, rango que conservó hasta el fin de la campaña.

Bisoño en política, sucumbió a la perniciosa influencia del general Toro y tuvo el desacierto de encabezar el inicuo sitio de Villa Montes cuando él, Busch y otros jefes obligaron al presidente Salamanca a renunciar, rodeándolo con un impresionante movimiento de tropas y elementos bélicos.

Durante los gobiernos de Tejada Sorzano, Toro, Busch y Quintanilla se mantuvo en sus funciones castrenses, ocupando la alta posición que le correspondía.

Como presidente, fue tolerante y apegado a la ley pero, como era de anticipar, mostró inexperiencia política. Procuró llenar este vacío buscando el aporte de prestigiosos políticos o de personajes independientes. Figuraron en sus sucesivos gabinetes personajes como Tomás Manuel Elío, liberal; Joaquín Espada, Luis Calvo, Rubén Terrazas, Arturo Pinto Escalier y Enrique Hertzog, republicano-genuinos; Alberto Ostria Gutiérrez, Alberto Crespo Gutiérrez, Eduardo Anze Matienzo, independientes; Carlos Salinas, socialista; Pedro Zilveti Arze, republicano socialista.

Peñaranda persiguió tres objetivos primordiales para su administración. El primero, unir a la familia boliviana sobre bases democráticas y la eliminación de las rencillas partidistas. Con este propósito sus gabinetes ministeriales fueron integrados por personas de diferentes grupos políticos. Invitó a Víctor Paz Estenssoro para la cartera de Economía pero el jefe movimientista renunció a las pocas semanas pretextando un aparente desacuerdo con el ministro de Hacienda, Joaquín Espada, sobre un problema monetario. Al aproximarse el fin de su mandato, en 1943, Peñaranda convocó a los dirigentes de los partidos tradicionales para que presentasen una candidatura única. La revolución del 20 de diciembre frustró su propósito.

En segundo término, la reconstrucción económica y financiera de posguerra. Entre las medidas adoptadas figuran la cancelación de los saldos de deudas de guerra con el Paraguay; la reconstitución de las reservas monetarias; la estabilización monetaria sobre la base de un cambio legal único asentado en los factores reales de producción y de consumo. A este efecto gestionó compromisos de créditos y asistencia técnica de los Estados Unidos para ejecutar un programa vial y de diversificación industrial confiado a la Corporación Boliviana de Fomento.

Y el tercero, la reorganización de las fuerzas armadas, gravemente sacudidas por la derrota del Chaco. Declaró más tarde: «Esa era mi mayor ambición. Que el ejército se reconstituyera como una institución modelo en disciplina, apoliticismo y capacidad técnica.» En la visita que efectuó a los Estados Unidos a mediados de 1943, durante su

entrevista con el presidente Roosevelt, obtuvo de éste y del general Marshall la concesión de ayuda militar consistente en la provisión de material bélico por valor estimado en treinta millones de dólares, dentro del sistema de «lend lease» reconocido por los Estado Unidos a países como Chile, el Perú y otras naciones del continente. Este aporte americano también se frustró debido a la revolución en puertas.

En la entrevista con el presidente americano, Peñaranda logró que éste, en presencia del secretario de Estado Cordell Hull, el subsecretario Summer Wells, el canciller boliviano Tomás Manuel Elío y el embajador en Washington Luis Fernando Guachalla, prometiera que una vez concluida la Guerra Mundial los Estados Unidos plantearían a Chile y el Perú la necesidad de conceder a Bolivia una salida al océano Pacífico «en acción de justicia internacional y en aras de la paz americana». El problema sería abordado sobre la base de compensaciones económicas y con la cooperación americana.

Por último, Peñaranda adelantó al presidente americano que Bolivia esperaba participar en las conferencias de paz de posguerra y que en el momento oportuno solicitaría de los Estados Unidos, como compensación a su cooperación a la causa aliada mediante la venta de minerales estratégicos a precios no especulativos, la cesión de la fundición de estaño de Texas. No queda constancia de que Roosevelt accediera a este pedido. En todo caso estos planes, al igual que los anteriores, fueron frustrados por el derrocamiento de Peñaranda a los pocos meses de la entrevista en Washington.

Luego de la visita a los Estados Unidos, Peñaranda recorrió México, Cuba, Haití, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Brasil. Acompañado por el canciller Tomás Manuel Elío, expuso en cada uno de ellos la aspiración boliviana de recuperar su salida al océano Pacífico, lo cual despertó protestas chilenas.

Peñaranda representó a Bolivia con dignidad y, aunque su gira continental fue sobre todo protocolar, aprovechó de esas oportunidades para actualizar acuerdos de tipo financiero y otros, que después quedaron en suspenso.

Cabe anotar que el Presidente contó con la asesoría de los siguientes brillantes diplomáticos de carrera: Luis Fernando Guachalla en los Estados Unidos; Enrique Finot en México; Alcides Arguedas en Venezuela; David Alvéstegui en Brasil y Eduardo Anze Matienzo en el Perú.

Peñaranda los había designado en atención a sus méritos desechando los usuales favoritismos políticos o de familia en este tipo de cargos públicos.

Entre los meritorios aciertos y los errores del gobierno de Peñaranda figura la transacción con la Standard Oil por el desalojo de sus concesiones petrolíferas. Esta operación, realizada en Río de Janeiro bajo presión de los Estados Unidos, significó el pago de una indemnización nominal de dos millones de libras esterlinas a la compañía americana.

Por entonces se produjo la celada de una carta fraguada por los servicios secretos inglés y americano que atribuían al mayor Elías Belmonte, agregado militar en Berlín, trajines conspirativos con miras a implantar un régimen nazi en Bolivia. Estaba en pleno la guerra europea y había interés de Inglaterra en persuadir al presidente americano Roosevelt sobre el peligro de que el nazismo se extendiera en América latina. Una comedia de espionaje que, sin embargo, impulsó al gobierno boliviano a romper relaciones con Alemania y expulsar a su ministro en La Paz. La falsedad de esa carta fue aclarada años después. Uno de los pocos bolivianos que denunció la patraña y censuró las medidas represivas adoptadas por el gobierno contra la oposición del MNR, fue Enrique Hertzog. Pero el mal ya estaba hecho y Peñaranda no adoptó medidas represivas contra Hertzog, a quien respetaba, a punto tal que un tiempo después lo nombró su ministro de Trabajo y Previsión Social.

Al iniciarse el gobierno de Peñaranda, Hertzog continuaba sumido en sus actividades profesionales y docentes en la facultad de Medicina de La Paz. Decidió aceptar una invitación de un colega argentino, el doctor Atilio J. Costa, para realizar una visita promocional a su cátedra con dos profesores adjuntos, Julio Manuel Aramayo y Roberto Suárez Morales, acompañados por un grupo de alumnos. Recibieron múltiples atenciones, visitaron la facultad de Medicina de La Plata y viajaron luego a Montevideo, también invitados por la facultad de Medicina. «Visitamos sus hospitales e institutos comprobando la perfecta organización del servicio hospitalario uruguayo y de su sanidad pública.»

Hertzog era un médico siempre interesado en profundizar su experiencia profesional, empeño facilitado por su dominio de dos idiomas extranjeros: el francés, perfeccionado durante sus estudios en París, y el inglés. Devoraba los libros científicos y estaba al tanto de los progresos

de la ciencia médica, en especial la cirugía. La práctica obtenida en los hospitales de campaña durante y después de la guerra del Chaco, sumada a estos nuevos conocimientos teóricos, hacían de él uno de los cirujanos más requeridos del país.

Tenía importantes amigos en el exterior. Entre ellos, el argentino profesor Oscar Ivanisevich, más tarde ministro de Salubridad del gobierno de Perón y médico de Evita.

Estos viajes al exterior y sus ocupaciones profesionales no le habían desvinculado de la política. En 1943 fue designado jefe del partido Republicano Genuino que comenzaba a rehacer sus filas.

Cuando en mayo de 1943 el presidente Peñaranda viajó a los Estados Unidos, quedó en su reemplazo Waldo Belmonte Pol, presidente del Congreso. En charla particular, Belmonte informó a Hertzog sobre la intención del Presidente de reorganizar su gabinete ministerial y que pediría su concurso. No era actitud nueva: desde tiempo atrás, muchos republicano-genuinos –Joaquín Espada, Rubén Terrazas, Arturo Pinto Escalier– habían integrado sus ministerios.

Hertzog aceptó la invitación e ingresó al nuevo gabinete formado por Carlos Salinas, del partido Socialista como ministro de Relaciones Exteriores; Pedro Zilveti Arze, republicano saavedrista como ministro de Gobierno; Luis Calvo, republicano genuino, ministro de Hacienda. A Hertzog le fue asignada la cartera de Trabajo y Previsión Social.

«Tan pronto como me hice cargo de la cartera, me ocupé del presupuesto del ministerio, que era el más magro de todos. Hablé directamente con don Luis Calvo de un plan que había ideado, aumentando en uno o dos centavos de dólar el impuesto por libra de estaño exportada.» Esta iniciativa no llegó a realizarse.

En 1941, la aparición de un nuevo partido político, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, entrañó un desafío para los partidos tradicionales, el Republicano y el Liberal que colaboraban con Peñaranda. Desde el primer momento, el MNR mostró su agresividad opositora acusando al gobierno de estar sometido a los Estados Unidos y a la minería personificada en los tres «barones del estaño», Patiño, Aramayo y Hochschild.

Eran los años de la Segunda Guerra Mundial y las simpatías del nuevo partido se inclinaban ostensiblemente en favor de la Alemania de Hitler que en esa época acumulaba victorias militares.

La prensa y los parlamentarios movimientistas censuraban al gobierno de malbaratar la venta de estaño y goma. La acción demagógica ejecutada por sus parlamentarios y el periódico «La Calle» logró impactar a los sindicatos mineros encabezados por Juan Lechín, aliado al MNR, provocando huelgas que culminaron en un enfrentamiento con tropas del ejército en Catavi y media docena de bajas entre los trabajadores. Una provocación fatal, la llamada «masacre de Catavi».

La inclinación pro-nazi del MNR coincidió con la del régimen militar argentino, de idéntica tendencia, y con una logia militar boliviana denominada «radepa», contracción de «razón de patria», integrada por oficiales ex combatientes del Chaco que se habían propuesto gobernar al país bajo moldes totalitarios.

Estaba en la lógica de los acontecimientos que el MNR y «radepa» se ligaran secretamente para conspirar, todo posteriormente revelado en el libro de Alberto Ostria Gutiérrez «Bolivia en la cruz».

Durante ese período prerrevolucionario desempeñó un curioso papel un civil que apenas figura en los anales: Gustavo Chacón. Personaje novelesco, inteligente, audaz, sin ideología definida, nacido para conspirar, fue quien asesoró a oficiales jóvenes, novatos en estos trajines y les sirvió de enlace con el MNR. Su casa era el sitio de los conciliábulos y las entrevistas secretas. Viajaba constantemente entre Cochabamba y La Paz, tejiendo los hilos de la revuelta, llevando y trayendo mensajes. Era uno de los raros civiles en quien confiaban los militares y no se equivocaron, pues el éxito final se debió a Chacón más que a nadie.

El golpe de la «radepa»

En una reunión de gabinete, a principios de diciembre de 1943, el ministro de Gobierno, Pedro Zilveti Arce, reveló la existencia de trajines de conspiración de oficiales de la «radepa» y miembros del MNR. Unos días más tarde, expuso el plan preventivo que debía ser puesto en ejecución el 22 ó 23 de diciembre: se imponía la detención y destierro de veinte militares y civiles. Es de advertir que el hijo de uno de los ministros figuraba entre los conspiradores, aunque por consideración al ministro no se mencionó su nombre. Se presume, sin embargo, que éste

fuera informado sobre las detenciones por realizarse el 22 ó 23 de diciembre, lo cual motivó que se anticipara el golpe.

Fue inútil que en una reunión de gabinete efectuada el 19, los ministros Zilveti, Calvo y Hertzog presionaran para que se ordenasen esas detenciones de inmediato. Por una razón inexplicable, Peñaranda y los demás ministros decidieron actuar el lunes 22. Por supuesto, el golpe estalló en la madrugada del 20 sorprendiendo literalmente en cama a Peñaranda y sus ministros.

He aquí el relato de Hertzog: «Al amanecer del día 20 de diciembre despertamos en La Paz con el tronar de fusilería y el ruido de las radios vecinas puestas a todo volumen que anunciaban algún acontecimiento importante. Todavía semidormido, percibí unas palabras que anunciaban haberse producido la revolución; que había caído el gobierno y que el pueblo se estaba apoderando rápidamente del palacio de Gobierno, de la municipalidad y de casas de ministros con intención de asaltarlas.»

«Me vestí apresuradamente con la consiguiente alarma de los míos, que esperaban la decisión que iba a tomar en semejante trance. El mayor de mis hijos, Enrique, de diez años, la segunda, Consuelo, de ocho, y la más pequeña, Teresita, de tres, junto con mi esposa me abrazaron, pidiéndome que no los dejara. Yo consideraba natural averiguar sobre la suerte que había corrido el Presidente. Aseguré a los míos que no tardaría mucho en volver.»

«El plan que me había trazado no era otro que ver, saludar y solidarizarme con el general Peñaranda y preguntarle si en algo podía servirle. En las radios se escuchaba que los presos eran llevados a la dirección de Tránsito. Pocos minutos después llegué a ese lugar y con gran sorpresa vi que el capitán Alberto Taborga, jefe de dicha dirección hasta el día anterior, era uno de los golpistas. Me dijo:

-¿En qué puedo servirle, doctor? Le contesté que era ministro de Peñaranda y venía a averiguar por la suerte del Presidente. Molesto me respondió:

- Usted ya no es ministro. Ordenaré que lo encierren por tener la osadía de mostrarse públicamente.»

«Unos segundos más tarde, fui tomado del brazo por uno de sus oficiales, quien me llevó hasta una gran sala dividida por canceles de vidrio que hacían las veces de celdas donde todos podíamos vernos. Ingresé en una de ellas y vi al Presidente y varios ministros que habían

sido capturados la noche anterior y al amanecer de ese día. Vi pasar al Presidente, a Pedro Zilveti, al general Angel Rodríguez y a su señora, y a los comandantes de los regimientos de carabineros. Luego me condujeron, junto con otros detenidos, al penal Panóptico donde estaban casi todos los miembros del gobierno de Peñaranda.»

«Me acerqué al general Peñaranda y lo saludé. Estaba sereno y me contó que toda la acción revolucionaria había sido producto de una gran traición en la que habían tomado parte varios de sus amigos y colaboradores. Más o menos a las once de la mañana llegó el embajador de Chile, Benjamín Cohen, que traía autorización para asilarle en su país. Peñaranda nos dio la mano y se marchó al exilio.»

Ahora seguramente lamentaba no haber accedido al pedido de Zilveti, Calvo y Hertzog para actuar cuando aún era tiempo. Estaba ya enterado de los trajines del general Antenor Ichazo, comandante en jefe del ejército, pero no sospechó que su ahijado el capitán Alberto Taborga, hombre de su absoluta confianza, le traicionara.

Hertzog quedó detenido dos días en el Panóptico, al cabo de los cuales se le permitió reincorporarse a su hogar y a sus pacientes.

Un día de febrero de 1944, lo visitó doña Julia Kommert de Zilveti y le solicitó visitara a su esposo que aún se encontraba en el Panóptico, al parecer en mal estado de salud. Hertzog se constituyó en dicha cárcel, en compañía de la señora Zilveti. Al cabo de dos horas de espera apareció Zilveti, custodiado por un soldado; «una palidez mortal cubría su rostro, sus ojos parecían dos llamas encendidas y tenía un aspecto tan demacrado que impresionaba», recuerda. Se le ordenó que lo examinara, sin tocarlo, a cierta distancia. Cuando explicó que era imposible hacerlo en tales condiciones y procedía a levantarle la camisa, ingresó en la celda el comandante de la cárcel, el tristemente célebre capitán Carmelo Cuéllar, quien lo obligó a auscultarle sobre la ropa. Pese a ello, el facultativo comprobó que Zilveti era víctima de una neumonía doble y que su pulso latía a 110 pulsaciones por minuto. Cuéllar se limitó a ordenar que retornara a su celda y que Hertzog se marchara. Luego se supo que Zilveti era extraído de su celda todas las noches del crudo clima junto con otros presos, para ser golpeado y sumergido en un pozo de agua helada durante varios minutos. La negativa a su pedido de auscultarlo sobre la piel desnuda se debía a la pretensión de ocultar las huellas de los golpes aplicados en el tórax.

Hertzog pidió una entrevista con el presidente Villarroel en el palacio de gobierno. Fue recibido de inmediato y relató el estado de gravedad en que se encontraba Zilveti. Villarroel le ofreció ocuparse del asunto, pero no lo hizo. «Este proceder de Villarroel me dio la pauta de su poca personalidad. A mi juicio, era un pobre hombre, incapaz de tomar una decisión con independencia.» Se dejó engañar por Cuéllar, quien le afirmó que el prisionero gozaba de buena salud. Fue necesaria la presión de algunos miembros del cuerpo diplomático para que Zilveti, semanas más tarde, fuera puesto en libertad y luego desterrado.

Hertzog y Zilveti guardaron siempre cordial amistad. Militaban en bandos opuestos del Republicanismo pero, ante todo, su ideal era servir al país, aun al precio de sufrir persecuciones y torturas físicas. Entre caballeros, como ambos lo eran, se mantuvieron leales a sus convicciones y a la amistad que los unía.

Respecto a las prolongadas inmersiones en agua helada, un tiempo más tarde Zilveti, ya en el destierro, las denunció en una carta a Villarroel: «...Una noche se realizó una verdadera orgía para martirizarnos. Se inició la jornada con el general Enrique Alcoreza y seguimos el suscrito, el coronel Melitón Brito y el teniente Eleodoro Galindo. Era numeroso el público de gozosos espectadores y hubiera continuado por muchas horas la monstruosa diversión, si manos humanitarias no cortaban la corriente de agua que surte a la cárcel de San Pedro. Innumerables ciudadanos independientes han sido apaleados en la policía. A muchos de ellos se les ha hecho beber dosis de aceite de ricino, entre ellos Humberto Duchén, diputado por Potosí, y Nicolás Ortiz Pacheco, ex director de «La Razón».

Zilveti Arce relató que estando confinado en Yungas recibió una carta del cónsul Melitón Brito, del 4 de junio, con la revelación de que la «radepa» había decidido eliminar a Enrique Hertzog y a José Antonio Arze, jefe del PIR. En efecto, el 8 de julio Arze fue baleado cuando ingresaba a su domicilio en La Paz. Herido de gravedad, nunca recuperó por entero la salud. Algún azar afortunado impidió que Hertzog y Zilveti Arce corriesen la misma suerte.

Apenas hubo exceso que el gobierno «radepa»-MNR no consumara. Hubo muchos: el secuestro del industrial minero Mauricio Hochschild que también se libró de ser fusilado gracias al pago de una cantidad de dólares a ciertos militares; la agresión al diputado Julio

Alvarado, golpeado en pleno día en una de las principales avenidas de La Paz, que consiguió presentarse maltratado en el hemiciclo legislativo y denunciar a sus agresores. Aprehensiones abusivas, incursiones en domicilios, correrías nocturnas con tiroteos atemorizantes... El terror se había impuesto en el país.

De retorno al Panóptico

Hertzog era un hombre de principios que no toleraba la crueldad ni el abuso. Pese a que el gobierno de Villarroel contaba con el apoyo de la «radepa» y la adhesión oportunista del MNR, comenzó a conspirar obedeciendo un impulso romántico, pues era bastante avisado para ignorar que cualquier intento era peligroso y tenía muy escasas probabilidades de buen éxito.

«La actitud de Villarroel fue decisiva en mi determinación, pues confieso que sentía una verdadera protesta interior contra ese gobierno arbitrario que constituía un verdadero baldón y un peligro para la ciudadanía.»

Tomó contacto con algunos militares y civiles amigos. Entre ellos el coronel Oscar Moscoso, agregado militar en Washington que se hallaba ocasionalmente en La Paz. Moscoso acogió con simpatía sus proyectos pero, vigilado de cerca, fue tomado preso y dado de baja.

Sin arredrarse, acudió también a sus amigos civiles, entre ellos Tobías Almaraz, un joven abogado cochabambino; Alfonso Crespo, ex secretario del presidente Peñaranda; Alfonso Velarde y otros cuya aptitud para conspirar lindaba con la ingenuidad. Ellos aceptaron colaborar por amistad, sin preguntarse de qué manera ni cuando entrarían en acción.

Como era de temer, fueron pronto delatados por un capitán apellidado Torrico, a quien Almaraz había incorporado al pequeño grupo de conspiradores aficionados, sin sospechar que estaba introduciendo a un Judas.

En la madrugada del 23 de abril de 1944, Hertzog, que dormía en su domicilio mientras su familia se hallaba en Santa Cruz, fue despertado por un grupo de seis o siete agentes de policía que irrumpieron en su dormitorio y lo encañonaron con sus pistolas y con la orden de vestirse.

Luego lo condujeron a la policía y al día siguiente al Panóptico en compañía de otro detenido, Néstor Galindo. Ambos fueron encerrados en la sección «guanay» reservada para los criminales, en estrechas celdas, sucias y malolientes.

Años más tarde relata lo ocurrido: «Al mediar la tarde vi por la pequeña abertura de mi celda la llegada de una comitiva de militares y civiles, que se instalaron en una habitación vecina de mi celda. Al rato oí que llamaban a Galindo. Un cuarto de hora después oí unos golpes acompasados y percibí claramente la voz angustiada de Galindo que gritaba «mentiroso, falsario, no es cierto» mientras seguían los mismos golpes hasta que claramente me di cuenta de que eran latigazos. Había visto a Galindo salir rubicundo haciendo un gesto amistoso al pasar frente a mí; ahora lo volvía a ver de regreso después de una media hora de torturas, pero esta vez blanco como un papel, desencajado, y con los ojos vidriosos que miraban erráticos.»

«En seguida alguien gritó: ¡Que pase ahora el doctor Hertzog!! Fui llevado hasta la habitación donde estaba reunido una especie de consejo de guerra formado por el mayor Jorge Eguino, el capitán José Escobar y el teniente Bacigalupo, más dos escribientes delante de sus máquinas de escribir. Cuando iba a traspasar el umbral de la puerta, alguien gritó: ¡clávelo! y sentí un golpe tremendo en la corva izquierda, como si se me hubieran dado un puntapié. Caí de rodillas sintiendo luego que gran parte del suelo quedaba mojado.

«El capitán Escobar empezó:

– ¿De dónde sacaba usted el dinero para la revolución?

– No tengo idea de su pregunta, porque no manejo ningún dinero para ninguna revolución –contesté.

– ¿Qué hablaba usted con los señores José Antonio Quiroga, Gustavo Carlos Otero y Javier Paz Campero?

– Al señor José Antonio Quiroga, ex correligionario mío, hace un año y medio que no lo veo. Con don Gustavo Carlos Otero, también correligionario, no tengo ningún contacto pues él está totalmente apartado de la política y sé que se encuentra enfermo. En cuanto al señor Javier Paz Campero, hace años que no converso con él.»

«Es de advertir que yo no conocía al capitán Escobar, pero sí al mayor Eguino en cuyos ojos busqué una mirada amistosa. Rehuyó mirar-

me y sentí que no debía esperar nada de él, a pesar de haberle salvado dos veces la vida...

...Escobar, irritado por mis respuestas negativas, ordenó a un suboficial que me aplicara la picana eléctrica, instrumento para obtener delaciones de delincuentes. Resistí la atroz sensación del paso de la corriente a través de mi cuerpo produciendo intensas sacudidas. Este acto fue repetido tres veces sin resultado, y al final Escobar me dijo:

– Tiene un cuarto de hora para contestar todo. Si no lo hace, acabaremos con usted.»

«Sentí que la sangre se me iba a la cara de indignación y repliqué: – Oiga usted, un cuarto de hora es mucho, me basta un minuto para morir. Pégueme un tiro y acabemos de una vez. El sádico salvaje continúo:

– Desvístanlo y sáquenle los zapatos.»

«Sólo entonces me di cuenta de que sangraba abundantemente, pues el piso se iba tiñendo de rojo. Lo que yo creí un puntapié no fue sino un bayonetazo dado en la corva. Sentí un vértigo y estuve próximo a caer. Pedí un cigarrillo. Un oficial, llamado Lucio Banegas, me quitó el saco, el pantalón, los zapatos y las medias y tomando un látigo de tres colas, una de las cuales era de alambre, comenzó a propinarme en la espalda, en los muslos y en las piernas, golpes tan fuertes que me fue imposible mantener el equilibrio; me apoyé en la pared pues sentía profundas náuseas y estaba al borde del desmayo. Uno de los escribientes gritó angustiado: – Basta, por favor y el mayor Eguino le contestó:

– ¡Salga usted, so cobarde! y al mismo tiempo ordenó a Banegas:

– Dele usted una silla y un poco de agua.»

«Me senté apoyándome en la pared. El tribunal, al ver que no podía seguir declarando, no tuvo más remedio que ordenar que volviera a mi celda.Cuando estuve en ella, era tanta mi debilidad que sólo atiné a echarme semidesnudo, en el suelo. Me saqué el calzoncillo anudándolo alrededor de la corva a guisa de torniquete, con los pies en alto apoyados en la pared.»

«Volvieron a llamar a Galindo para una nueva declaración y después de quince minutos me dieron la misma orden. Me volví a levantar; casi no podía sostenerme de pie, de modo que se contentaron con leer las quince o dieciocho preguntas que faltaban, estampando las respuestas que daba ya sin torturas. Al final, cuando me pidieron que firmara, haciendo un último esfuerzo de voluntad, le dije: «Deseo leer

personalmente mis respuestas antes de firmar. Me alcanzaron las dos o tres hojas que leí detenidamente poniendo mis iniciales al final de cada respuesta. Creo inútil decir que todas mis respuestas fueron negativas en cuanto a la participación de mis amigos y la mía en planes conspiratorios. Haciendo un gran esfuerzo durante la hora que duró el nuevo interrogatorio, me mantuve de pie, volví a leer la declaración y cuando estuve seguro de que no podían falsearla, regresé a mi celda. El legajo donde constan tanto mi declaración como la de Galindo fue hallado el 21 de julio de 1946 y guardado por el abogado José Jiménez Vega.»

Prosigue el relato: «Al día siguiente, Galindo y yo oímos voces y ruidos de pasos en el piso alto y advertimos que las celdas de arriba se habían llenado de nuevos prisioneros. En los momentos que abrían nuestras celdas tratamos de ponernos en contacto con los recién llegados comprobando que eran Tobías Almaraz, el coronel Hugo Ballivián, el general César Menacho, Alfonso Crespo Rodas, el capitán Isaac Vincenti y otros. En un momento dado Crespo nos echó una naranja que nosotros ahuecamos para poner un papel dentro con la breve relación de nuestras torturas. En la próxima salida de la celda tiré la naranja de nuevo hacia arriba para que estuvieran enterados de lo que nos habían hecho y prevenirlos de que podían ser víctimas de atropellos semejantes.»

Aquí nos permitimos interpolar la versión del incidente con el relato del testigo Alfonso Crespo:

«En efecto, al día siguiente del apresamiento de don Enrique y Néstor Galindo, a las siete de la mañana fuimos conducidos al Panóptico un grupo de amigos, entre ellos Tobías Almaraz y el capitán Isaac Vincenti. En la entrada de la cárcel vimos al capitán Escobar, frío y hostil, que nos miraba de soslayo. Se nos condujo al primer piso de la sección «guanay», y a eso de las nueve de la mañana vimos al doctor Hertzog que salía de su celda al pequeño patio contiguo. Vestía un abrigo gris, pero lo que nos llenó de pavor fue su palidez, palidez mortal. Nos hizo un gesto amistoso, cogió una florecilla del césped y se la puso en el ojal. Comprendimos el sentido del mensaje: nos mostraba su integridad y su valor. Sonrió, volvió a agitar las manos y reingresó en su celda...

...Entre tanto seguían llegando otros detenidos. Ya serían unos veinte, entre militares y civiles. El tercero o cuarto día llegó Mauricio

Hochschild. Estuvo hasta el final y fue el último en ser puesto en libertad.»

Hochschild soportaba con mucha entereza las obvias incomodidades de esa sórdida prisión. Se hizo franco amigo y participaba en las conversaciones del grupo. Entretanto, anoticiados de su presencia en el edificio, muchos presos comunes, considerándolo un magnate, comenzaron a pedirle pequeños favores de dinero que él ordenaba satisfacer mediante mensajes a sus oficinas en la ciudad. Debieron ser muchas y generosas sus mercedes pues un día recibió un «diploma» con muchas firmas e impresiones digitales, documento por el que «los prisioneros del Panóptico de La Paz nombraban su presidente vitalicio al doctor Mauricio Hochschild».

Al pasar los días iban llegando consignados a Hochschild pequeños paquetes enviados desde localidades del interior. Contenían objetos humildes como calcetines tejidos a mano, pañuelos, caramelos y galletas. Sonreía al recibirlos y luego los enviaba a los presos comunes. Crecía la curiosidad de saber quiénes le enviaban esos modestos regalos y él la aclaró con gran sencillez: «He socorrido a varias instituciones católicas de monjitas y asilos. Les impuse una condición: no divulgar esas pequeñas mercedes. Ahora esas monjitas, huérfanos y gente pobre son los que se acuerdan de mí.»

Al poco de salir de la cárcel fue secuestrado por la «radepa» y se libró de ser asesinado por la codicia de sus captores que aceptaron el rescate ofrecido por su liberación. Pero esa es otra historia.

«El 29 ó 30 de abril me sentí afiebrado –refiere Hertzog– y comencé a tener dolores en el punto donde había recibido el bayonetazo; temí que por la suciedad en que vivíamos pudiera producirse una infección. Mientras tanto recibíamos nuestros portaviandas con comida enviada desde nuestras casas. Un día dije al soldado que me la trajo: ...«Estos billetes son para ti, y quiero que tu familia disfrute de este arroz porque está muy rico.» Había logrado escribir a mi hermano Carlos, en un papel que puse bajo el arroz, este mensaje: «Estos desgraciados me han herido y estoy con una infección en la pierna. Procura que vengan a verme los ministros civiles de Villarroel, comenzando por Enrique Baldivieso que tiene tanto predicamento ante el Presidente... Los otros ministros eran Gustavo Chacón y Jorge Zarco Kramer. Estos dos últimos, sea por dejadez, por prudencia o cobardía, se negaron a acudir a

mi llamado. En cambio, Baldivieso, con su natural valor y señorío, vino a visitarme. Le conté lo que había pasado.»

La reacción de Baldivieso fue de espanto e indignación. Acudió de inmediato al palacio de gobierno y puso a Villarroel al corriente de la situación. Villarroel accedió a recibir a la esposa de Hertzog y a su hermano Carlos, quienes le enseñaron la ropa interior ensangrentada que Baldivieso había logrado sacar del Panóptico. Luego envió al médico Teodoro von Borries quien, alarmado por el mal estado del herido, consiguió que Villarroel ordenase el traslado de Hertzog y Galindo a Yungas.

Las intervenciones de Baldivieso y el doctor von Borries fueron providenciales pues, según informó tiempo después la esposa de Hertzog, uno de los asesores del Presidente, Germán Quiroga Galdo, la «radepa» había decidido fusilar a los prisioneros, no sólo a Hertzog y Galindo, sino a todos los detenidos en el panóptico. Ocurría que uno de los miembros de ese siniestro club secreto era hermano de Enriqueta Prudencio de Crespo. Al ver el nombre de este prisionero en la lista, pidió que se le eximiera de la matanza. La reacción fue: «O se los mata a todos o a ninguno», y se optó por lo segundo. Armando Prudencio fue uno de los pocos «radepistas», al igual que el coronel Celestino Pinto y el mayor Felsi Luna Pizarro, que no se mancharon con sangre.

Hertzog y Néstor Galindo salieron de la cárcel y fueron conducidos hasta Irupana, donde contaron con la asistencia del médico del pueblo, un alemán muy competente, el doctor Apfelbacher.

«Una noche que nos habíamos acostado a eso de las once y seguíamos conversando en la oscuridad, relata Hertzog, sentimos pasos y voces. Al oír que exigían alquilar la pieza que teníamos al lado nuestro y pagar de inmediato, pues tenían que seguir viaje muy temprano, recelamos e hicimos silencio. Poco después sentimos unos golpecitos en la puerta que nos comunicaba y como no contestamos, insistieron pronunciando nuestros nombres en voz baja. Al oír esto abrimos la puerta y nos enteramos con alegría de que se trataba de Alberto Crespo y Alfredo Otero. Acababan de llegar de Chulumani, a pie. Como había llovido el día anterior, supusimos la cantidad de dificultades que habrían sorteado en el camino, pues los vimos cubiertos de barro. Los abrazamos emocionados, al considerar el deber que se habían impuesto.»

«Más sosegados, nos informaron que llegarían los miembros del tribunal militar ante el cual debíamos hacer declaraciones coincidentes

con las que habían hecho en La Paz los demás detenidos políticos. Después de repetirnos cuidadosamente las instrucciones, nos recalcaron que era muy importante no apartarnos de ellas. Gracias a estos decididos muchachos se pudo lograr declaraciones coincidentes y evitar las consecuencias que habría tenido un fallo adverso.»

«Efectivamente, llegó el tribunal a los dos días y de inmediato prestamos nuestras declaraciones, iguales en todo a las de nuestros amigos de La Paz. El tribunal, que estaba constituído por algunos elementos militares muy sanos e independientes, acabó declarándonos sin culpabilidad y autorizándonos a volver a La Paz.»

Por suerte, esta vez la acción represiva del gobierno Villarroel se detuvo allí. Los detenidos en la cárcel fueron puestos en libertad y no se produjeron nuevas torturas; pero la advertencia había sido clara: la próxima vez se actuaría sin piedad. Los elementos más exaltados de la «radepa» reprocharon a Villarroel por su «laxitud» y decidieron tomar el asunto en sus manos.

De regreso de Chulumani y con la salud apenas recuperada, Hertzog volvió al ejercicio de su profesión abandonada durante los últimos meses. Gozaba de una clientela fiel y numerosa, de modo que no enfrentó mayor dificultad en volver a vestir el guardapolvo de médico.

Estaba ya demasiado comprometido en la política para que la relativa tranquilidad de su regreso se prolongase por mucho tiempo. Era ya una figura política nacional, prestigiosa y admirada por su coraje y la firmeza de sus convicciones. Se sabía de las torturas sufridas, de su confinamiento y de la vigilancia policial que se le imponía. Para el gobierno de Villarroel, era Hertzog quien simbolizaba a la oposición.

A estas alturas de la situación, bajo la presión americana que rehusaba reconocer a su gobierno, Villarroel convocó a elecciones parlamentarias con el fin de dar un viso de legalidad al régimen.

El partido Republicano Genuino decidió participar en ellas y designó a Hertzog, junto con Hugo Ernst Rivera y Waldo Belmonte, como candidatos a la senaduría por La Paz, en nombre del «Frente Democrático Antifascista» que congregaba a los partidos de oposición. Por supuesto, triunfaron los candidatos del MNR, pero Hertzog obtuvo la primera suplencia. El escritor y catedrático Roberto Prudencio, que en ese entonces militaba en el MNR –adhesión que lamentaría más tarde– fue elegido en el primer puesto de senador por La Paz y tuvo un

gesto hidalgo, muy propio de su persona: pidió permiso del Senado para que Hertzog pudiera ingresar a ese cuerpo legislativo. El generoso propósito de Prudencio era el de proporcionar de esa manera una cierta inmunidad que protegiera a Hertzog de eventuales atropellos policiales. Prudencio era un señor de la política, como no tardaría en ratificar con otras actitudes igualmente dignas.

A mediados de 1944 Demetrio Canelas renunció a la jefatura del partido Republicano Genuino, el cual, reunido en convención, eligió a Hertzog en su reemplazo. Tan combativo como Canelas, el nuevo líder del partido era la persona adecuada en ese trance. La oposición crecía en todo el país aguijoneando el desasosiego de un gobierno que se sabía impopular pero se mantenía decidido a sostenerse en el poder por todos los medios, inclusive la violencia.

Hertzog era objetivo de una vigilancia incesante. «Debo aclarar que yo estaba perfectamente informado sobre lo que se tramaba contra mí, gracias a las confidencias de dos agentes especiales que me seguían, los cuales, por gratitud a mis servicios profesionales a sus familias, eran más leales conmigo que con la policía.»

Estaba obligado a cambiar de escondite con frecuencia y en cierto momento acudió a la hospitalidad de los sacerdotes del colegio Don Bosco; estuvo en las casas de doña Adela de Rodríguez Vásquez y su hija Blanca, de don Alfredo Bricout y su esposa Juanita Tallansier y otros amigos, pero el acoso policial se agudizaba de día en día y corría riesgo de ser capturado en cualquier momento. Alguien le informo que su vida corría inminente peligro y le aconsejaron alejarse del país sin pérdida de tiempo.

Por decisión personal y caballerosa de Alfredo Flores, subsecretario del ministerio de Relaciones Exteriores, pudo obtener el pasaporte que hizo posible su partida a Santiago de Chile el 14 de noviembre de 1944, en compañía de Edna y sus hijos, poniéndose a salvo del inminente peligro.

En Arica encontró un grupo de ciudadanos bolivianos exiliados. El 23 del mismo mes se enteró por la radio de un movimiento subversivo en Oruro. Se decía también que en La Paz se habían producido ejecuciones de varios políticos, cuyos nombres aún no eran conocidos.

Por extraño que pudiera parecer, esta vez Hertzog no estaba enterado de la existencia de una conspiración. Había decidido esperar un

momento propicio y pensaba que un golpe aislado estaba destinado al fracaso, comprometiendo operaciones de mayor alcance. «Por lo visto –comentó más tarde– era muy grande el estado de desesperación e inquietud en Bolivia, abrumada por las contínuas arbitrariedades del gobierno y la absoluta falta de garantías para los ciudadanos opositores. Fue evidente que en Oruro se acentuó más esta impaciencia por la liberación definitiva. Entonces no era de extrañar que se hubiese producido ese levantamiento aislado, sin conexión alguna, bajo la sola esperanza de ser seguido por el resto de las guarniciones militares.»

Las torturas que sufrió en el Panóptico y la vigilancia a la que se le sometió después le tornaron más cauto. Sabía que la delación traicionera era difícil de ser detectada, como ocurrió en su frustrada tentativa de marzo. El gobierno estaba en manos de militares desalmados que no retrocederían ante nada; sobre todo ante una tentativa encabezada por civiles. Una cosa fue derrocar a Hernando Siles en 1930 o a Daniel Salamanca en 1935, y otra muy distinta derribar a Villarroel. Es por ello que, fatigado de saltar de escondite en escondite, resolvió darse un respiro en el extranjero.

Que esa intuición fue acertada lo demostraron los acontecimientos, a poco tiempo de su partida.

Los fusilamientos de Challacollo

El 18 de noviembre de 1944 celebraba el aniversario de la batalla de Ingavi en la cual, en 1842, el general José Ballivian derrotó a fuerzas invasoras peruanas comandadas por el general Agustín Gamarra, que halló la muerte en combate.

Aprovechando de esa conmemoración, el coronel Melitón Brito, apoyado por sus hermanos Alberto y Miguel, el general Ovidio Quiroga y el teniente coronel Luis Olmos se sublevaron en Oruro, depusieron a las autoridades y se apoderaron de la prefectura, la policía y los principales edificios públicos. No hubo derramamiento de sangre. El coronel Brito se declaró jefe de la revuelta, designó como prefecto del departamento a un conocido deportista, Armando Rengel, y como jefe de policía a Héctor Diez de Medina. Con tal acto, Brito revelaba su propósito de devolver el poder a los civiles.

Ese día llegaron a Oruro, procedentes de Cochabamba, detenidos por orden del gobierno, el general Miguel Candia, exministro de Defensa del presidente Peñaranda; los coroneles Fernando Garrón y Eduardo Paccieri Blanco, y los civiles Carlos Araníbar y Efraín Vega. Todos ellos debían ser trasladados a La Paz pero al coincidir su paso con la revolución de Oruro fueron puestos en libertad. El general Candia y los dos civiles se alojaron en casas de parientes, lo cual les salvó la vida. En cambio los coroneles Garrón y Paccieri se alojaron en un hotel, siendo aprehendidos nuevamente al ser sofocada la rebelión. Ambos se habían negado a la incitación de Brito de sumarse a la revolución, el primero por razones de familia pues era cuñado del coronel Pareja, prefecto de Cochabamba; el segundo por motivos de salud, por cuya causa debía viajar a la Argentina.

El mismo día, el mayor Armando Pinto, comandante del regimiento Ingavi, se levantó en armas y marchó sobre Oruro. El regimiento, Camacho 1 de artillería, de guarnición en esa ciudad, le secundó.

El gobierno de La Paz, que estaba al tanto de estos trajines, intimó la rendición de los oficiales de ambos regimientos, asegurándoles que no cobraría represalias. Los oficiales depusieron armas y la revuelta militar fracasó. Hay que agregar que en el plan revolucionario los ingenieros Miguel Brito y Fernando Loayza Beltrán debían trasladarse a Eucaliptos para tratar de levantar las vías del ferrocarril La Paz-Oruro. A su vuelta, el golpe había fracasado y ambos fueron capturados.

Los oficiales insurrectos, antes de rendir armas, facilitaron un camión a los militares Ovidio Quiroga, Melitón Brito, Luis Olmos, Armando Pinto, además de Alberto Brito y Diez de Medina, para que se pusiesen a salvo ganando la frontera con Chile.

El camión rodaba lentamente por los arenales, hasta detenerse por fallas del motor en el caserío de Turco. Los fugitivos continuaron la marcha a pie, formando grupos, hasta llegar a Sajama, ayudados por un guía indígena. A lo lejos divisaron una casa de adobe y se dieron cuenta de que estaban en territorio chileno, cerca de la población Caquena. Cuando ya creían estar a salvo, fueron alcanzados por el mayor Francisco Barrero, miembro de la «radepa», al frente de un pelotón. El coronel Brito, que había llegado unas horas antes, estaba durmiendo cuando fue despertado por Barrero. Momentos más tarde, se oyó un disparo de revólver. Según toda apariencia, Barrero había dado muerte a Brito,

tras agria discusión, pero después alegó que Brito se había suicidado. El crimen nunca fue aclarado.

El grave desafuero de Barrero al incursionar en territorio chileno provocó la cólera de los habitantes de Caquena y el militar optó por retirarse dejando a Alberto Brito el cadáver de su hermano, pero llevándose detenidos a Pinto, Olmos, Diez de Medina y Ovidio Quiroga. Este último, pretextando un olvido de ropa, saltó rápidamente del camión de Barrero, corrió hasta la casa donde estaba muerto Brito y entró en ella. Barrero ordenó que dispararan contra él, pero ya no se atrevió a regresar para apresarlo. De esta suerte, Quiroga logró llegar a Arica junto con Alberto Brito.

Mientras tanto, en las cercanías de Challacollo, cerca de Oruro, el teniente Oscar Suárez Mancilla, cumpliendo órdenes de La Paz, fusiló sin forma ni figura de juicio a los coroneles Fernando Garrón y Eduardo Paccieri Blanco, a los ingenieros Miguel Brito y Loayza Beltrán. El coronel Fernando Garrón era un militar apolítico, cuya actuación en la guerra del Chaco le valió la medalla de guerra. Luego fue ministro del presidente Peñaranda, comandante de la región militar de Cochabamba y posteriormente de La Paz. Ignoraba las razones por las que ahora se le conducía detenido a La Paz, pues no participaba ni estaba enterado de la existencia del complot.

Aún más espectacular era la trayectoria profesional del coronel Paccieri Blanco. Había combatido durante los tres años de la guerra del Chaco como comandante del regimiento Ingavi. Estuvo en primera línea en las acciones de Campo Jurado, Cañada Strongest, Laguna Loa, Cañada Chile, El Carmen, Carandaití, Algodonal, Villamontes y Tarairí. Fue el vencedor de la batalla de Cañada Strongest, en la que cayeron prisioneros dos mil soldados paraguayos en mayo de 1934. Al igual que Garrón, jamás intervino en política y su sorpresa fue grande al ser detenido por Villarroel.

Al comprobar que iba a ser fusilado, exclamó decepcionado: «Así se recompensan mis sacrificios por el país en el Chaco.»

Murieron mirando de frente a sus ejecutores.

Otra de las víctimas, el coronel Melitón Brito, era también un profesional prestigioso. Había combatido en primera línea durante los tres años de la guerra. Durante el interinato del general Quintanilla fue jefe

de la casa de edecanes. El suyo fue el irreflexivo y desesperado impulso de rebeldía de un viejo jefe militar ante la desmesurada crueldad demostrada por oficiales jóvenes. Se había lanzado a la aventura sin cerciorarse si disponía de apoyo suficiente en el ejército. Un sacrifico personal en aras del afán patriótico.

Los fusilamientos de Oruro no apaciguaron la vesania represiva del gobierno. En La Paz se detuvo, en el cuartel del regimiento de carabineros Calama, a una veintena de personas, entre ellos los senadores Luis Calvo, Mamerto Urriolagoitia y Félix Capriles; el diputado Humberto Duchén; los catedráticos universitarios Carlos Salinas y Rubén Terrazas; los generales Antenor Ichazo y Demetrio Ramos; los ex ministros Gabriel Gosálvez, Juan Manuel Balcazar y Edmundo Vásquez; los periodistas Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, Nicolás Ortiz Pacheco, Jorge Canedo Reyes y Mario Cornejo; los líderes sindicales Adolfo Paco Cariaga y Donato Flores, vale decir a cuantos opositores o neutrales estaban a su inmediato alcance.

En la madrugada del 20 de noviembre, Luis Calvo, Carlos Salinas, Rubén Terrazas, Félix Capriles y Demetrio Ramos fueron extraídos de sus celdas y obligados a subir a una camioneta donde los esperaban el mayor Julián Guzmán Gamboa y el suboficial Lucio Banegas, portadores de pistolas ametralladoras. La camioneta tomó rumbo a los Yungas. Al llegar a un recodo del camino llamado «el balconcillo», al borde de un precipicio de unos trescientos metros de profundidad, la camioneta se detuvo y Guzmán Gamboa conminó a los cinco detenidos a bajar y alinearse al borde del barranco, mirando al vacío. Luego les requisó los bolsillos, despojándoles de su contenido, algún dinero, llaves, pañuelos... Acto seguido, Guzmán Gamboa los ametralló por la espalda. Años más tarde, el propio asesino relató fríamente ante un juez instructor de La Paz: «Cayeron todos instantáneamente en las profundidades del barranco, sin darse tiempo para desatar las ligaduras que tenían en las manos. El sector de Chuspipata estaba cubierto de densa neblina. No se distinguía a cinco metros de distancia.»

Comentó Hertzog: «Estos sucesos conmovieron hondamente a toda América, despertando un unánime sentimiento de espanto y horror contra el gobierno que así procedía. La ciudadanía boliviana, sobre todo, estaba indignada por la crueldad y cinismo de los crímenes, al margen de intervención de jueces, tribunales o leyes, por la sola voluntad des-

atada de un grupo de desalmados pertenecientes al Movimiento Nacionalista Revolucionario y a la logia secreta «radepa».

Además de abominables, los asesinatos de Chuspipata resultaban inexplicables pues a ninguna de las víctimas se habría podido calificar como elemento peligroso para el gobierno: Luis Calvo, perteneciente al partido Republicano Genuino, tenía más de sesenta años y tras sí una de las trayectorias más límpidas en la política boliviana. Era un patriarca respetado por los políticos que le conocian, adversarios pero no enemigos. Viejo parlamentario, muchas veces ministro de Estado, demócrata de convicción, intachable en su vida pública y privada, fue uno de los fundadores de su partido, al que dio lustre. Amigo de Salamanca, se opuso a la guerra del Chaco, posición que los distanció política pero no personalmente, pues se tenían mutua estima. En 1944 se hallaba exiliado en Santiago cuando el pueblo lo eligió, sin consultarle, como senador por Chuquisaca. Acudió a este llamado de deber cívico, sabiendo que sufriría persecución, pero sin sospechar que también le aguardaba el martirio. Habría venido de todas maneras. Calvo era íntegro y valiente. Días antes de morir, profetizó: «La revolución del 20 de diciembre de 1943, pese a alguna intención patriótica de sus protagonistas, nació bajo el signo del odio que la esterilizó».

La segunda víctima, Félix Capriles, era senador por Chuquisaca, al igual que Calvo. Su condena se debió al haberse opuesto a la designación de Villarroel como presidente por no ceñirse a los preceptos constitucionales. Nunca había conspirado; sin embargo, fue incluido en la nómina fatal.

Carlos Salinas, jefe del partido Socialista, parlamentario y orador brillante, compañero de Hertzog en el último gabinete ministerial de Peñaranda, tampoco era un conspirador. ¿Por qué se lo sacrificó? Por el odio enloquecido de los militares gobernantes.

Puede afirmarse lo mismo respecto al cruceño Rubén Terrazas, brillante catedrático de derecho Civil de la Universidad de San Andrés y ministro de Educación Pública en el período de Peñaranda. Pertenecía al partido Republicano Genuino y era uno de sus más altos exponentes. Por último, el general Demetrio Ramos, ministro de Gobierno de Peñaranda, ex combatiente del Chaco, hombre sereno y sin ambiciones políticas, termina su vida en forma absurda, asesinado por gentes tenidas por compatriotas.

Hertzog escapó de ser una de las víctimas; también figuraba en una lista secreta de «radepa» junto a sesenta nombres, entre ellos Tomás Manuel Elío, José Antonio Arze, Luis Fernando Guachalla, Alberto Ostria Gutiérrez, Gabriel Gosálvez, Pedro Zilveti Arce, Manuel Carrasco, Alberto Crespo Gutiérrez, Ricardo y Franklin Anaya, Julio Alvarado. La nómina, publicada por el diario «Los Tiempos» de Cochabamba posteriormente, comprende no sólo a los adversarios de radepistas y del MNR, sino también a personas apolíticas, culpadas de mantener una actitud neutral, a disgusto de los malvados. Simplemente por pertenecer a un mundo de cultura, dignidad, talento y elegancia que jamás podían aspirar. Simplemente debían eliminar el paradigma. Es el consuelo brutal del que rompe el espejo.

Hertzog condenó enfáticamente los crímenes de Oruro y Chuspipata. Le afectó, sobre todo, la muerte de Luis Calvo, su compañero de partido, el varón de principios morales intachables. «Creo que los nombres de Calvo, Capriles, Terrazas, Ramos y Salinas Aramayo, así como de los que murieron en Oruro, seguirán siendo para el pueblo boliviano ejemplos que muestran el camino de la rectitud, lealtad y entereza en todas las circunstancias en que hay que luchar por los nobles atributos del alma humana.»

Los crímenes de Challacollo y Chuspipata señalan un hito crucial en su vida. A partir de entonces el principal móvil de todas sus acciones sería denunciar y combatir a ese régimen ajeno a la noción de los derechos humanos. Conmovido en sus fibras más íntimas, reaccionó con indignación inextinguible. No habría perdón para los culpables el día en que llegase la hora del castigo. Mientras tanto, dedicaría sus máximos empeños a denunciar las tropelías del régimen en cuanta ocasión se presentase. Fue así como se transformó en el implacable líder de la oposición a la «radepa» y el MNR.

Capítulo IV

DEL EXILIO AL PALACIO QUEMADO

Esperaban a Hertzog dos años de exilio y confinamientos. Por lo pronto, siguió viaje de Arica hasta Santiago, siempre acompañado por Edna y sus hijos. Le aguardaban tiempos económicamente difíciles pues en Chile no podía ejercer su profesión. Instalado en una modesta pensión, optó por abrir una «academia de bridge», juego de naipes que había aprendido en el Chaco y perfeccionado leyendo el manual de Culbertson. Su carisma personal y su aptitud para este tipo de ejercicio mundano motivó que la «academia» llegara a contar con doce alumnos pertenecientes a la sociedad santiaguina. Evidentemente, los ingresos eran insuficientes para cubrir las necesidades de una familia de cinco personas pero, por suerte, la generosidad de su hermano Carlos le permitía cubrir los déficit.

Hertzog nunca fue un hombre de fortuna, situación que se agravaría al final de sus días. Por ahora, si bien llevaba un austero tren de vida, se vio en el apremio de tener que enviar a Edna y sus hijos a Bolivia, donde durante un tiempo fueron acogidos por la familia de Edna. Después, por su hermano Carlos y Teresa Hertzog.

El exilio se prolongó todo el año 1945. Lo compartió con decenas de otros desterrados, entre ellos Julio Alvarado, aquel diputado liberal que unos meses antes fuera víctima de una agresión física de la policía en La Paz; Ricardo Anaya, Emilio Mendizábal, Manuel Arratia, miembros del partido de Izquierda Revolucionaria; el general Ovidio Quiroga, sobreviviente de Challacollo, además de otros civiles y militares desafectos al régimen.

Con quien trabó estrecha relación fue con Alberto Ostria Gutiérrez, radicado en Chile desde varios años atrás. Se habían conocido en época del presidente Salamanca, cuando Hertzog era ministro y Ostria

Gutiérrez diplomático en Lima. Mantuvieron su cordial relación en época de Peñaranda, con quien ambos colaboraron como ministro de Trabajo y Salubridad y canciller, respectivamente.

Desde entonces Ostria sufrió el acoso de miembros del MNR, celosos de su talento y de sus éxitos diplomáticos. De haberse encontrado en Bolivia en noviembre de 1944, tanto él como Hertzog habrían figurado entre las víctimas de Chuspipata. Se salvó porque en esa fecha ya se hallaba exiliado en Chile, ganándose la vida como asesor literario de la editorial Zig Zag de Santiago, fuera del alcance de sus perseguidores que jamás pudieron levantar la vibrante acusación del libro que desde su título lo resumiría todo: «Bolivia en la cruz».

La simpatía y el entendimiento entre ambos personajes fueron instantáneos y duraderos. Se erigieron en implacables fiscales acusadores del régimen de Villarroel, cuya crueldad ninguna reflexión habría podido amenguar. Respecto a Ostria emitió este juicio: «Era un demócrata convencido; luchó contra el totalitarismo del MNR con claridad, serenidad y denuedo, sin arredrarle jamás ni la calumnia ni el insulto de quienes veían en su talento un peligro terrible. Durante 1945, año que permanecí en Santiago, suscribimos varios documentos destinados al consumo interno y otros que la prensa democrática chilena publicaba con agrado, pues eran una denuncia de los métodos antidemocráticos y totalitarios del gobierno boliviano. En este orden no dábamos descanso a nuestra actividad, poniendo a la embajada de Bolivia en muchos aprietos por la cantidad y calidad de nuestros escritos. El embajador era Fernando Campero Alvarez, a quien personalmente yo estimaba, pero como representaba políticamente a un gobierno totalitario no tuve contacto con él. En un trabajo sobre las concomitancias entre el MNR y la logia de criminales militares, sinteticé lo siguiente:

El MNR y la logia «radepa» subieron juntos al poder porque eran análogas sus ideas sobre el gobierno; ambos creían en la violencia como método y en el autoritarismo como sistema. Sus estatutos eran parecidos, de modo que estuvieron íntimamente ligados hasta que supieron que el Departamento de Estado de los Estados Unidos sólo reconocería al gobierno Villarroel si se separaba del MNR. Por consiguiente, cuando se anunció la idea de la misión Avra-Warren a Bolivia, los miembros del MNR presentaron su renuncia únicamente por táctica, pues el reconocimiento era lo más importante para que pudieran seguir man-

teniéndose en el poder. Si no había reconocimiento, su caída sería inevitable.

Una vez reconocido, sobrevinieron los fusilamientos, siendo por puro azar que el MNR no estuviera en ese momento en el poder, pero como se hallaban ligados espiritual e ideológicamente, se podía prever que debían volver a juntarse tan luego como hubiera pasado la conmoción causada por los acontecimientos. Fue eso precisamente lo que ocurrió, pues el 1 de enero, es decir, a los cincuenta días justos de los sucesos de noviembre de 1944, el MNR fue nuevamente reincorporado al gobierno. Entraron al gabinete Víctor Paz Estenssoro, Germán Monroy Block y Julio Zuazo Cuenca, como demostración de que querían seguir siendo solidarios con los militares, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Muere la ilustre dama...

En octubre de 1945 doña Eduviges cayó gravemente enferma, al punto que Carlos y Teresa juzgaron oportuno el inmediato retorno de Enrique a La Paz. Este pidió a la embajada en Santiago una visa de ingreso, la misma que fue negada varias veces, pese a que el embajador Fernando Campero Alvarez había sido antes su amigo.

Doña Eduviges exhaló el último suspiro el 3 de noviembre, reclamando en su agonía la presencia del hijo ausente. Enrique llegó a La Paz a los cuatro días del entierro. «Con la saña inútil de negarme un retorno oportuno, el gobierno no hizo otra cosa que aumentar mi aversión a sus métodos inhumanos. Probablemente un gesto benévolo a tiempo me habría desarmado, pero esta sistemática maldad no hizo sino aumentar mi animadversión.»

Agradeció los numerosos artículos de prensa laudatorios de la difunta, en especial el conmovedor de María Josefa Savedra así como el epitafio en verso que el poeta don Gregorio Reynolds concibió para la tumba.

Cuando evocaba la memoria de su madre, Enrique Hertzog repetía, con lágrimas en los ojos, estos versos de Gabriel y Galán: «... dejad que el hijo que lo santo siente/ comience haciendo con respeto santo/ la señal de la cruz sobre la frente». Y Hertzog se persignaba.

Nuevas persecuciones

Vuelto del exilio, una mañana de fines de abril de 1946, apenas reinstalado Hertzog en su vieja casona, mientras dormía tranquilamente con su esposa y sus hijos, sufrió la invasión de agentes de policía resueltos a aprehenderlo. De nada valió que les dijera que estaba enfermo ni el llanto de sus hijos que lo abrazaban. El oficial se limitó a convocar al médico de policías, doctor Gambarte, quien llegó, lo examinó y recomendó su hospitalización. Al cabo de diez días, se le permitió ausentarse a la población de Palca. Allí se trasladó con su esposa y su hija Teresita. Tenía obligación de presentarse ante el subprefecto cada tres días.

Transcurrieron varias semanas. Un día, el 13 de junio, acudió a la oficina del telégrafo para comunicarse con su hermano Carlos. Advirtió un extraño silencio en las calles y en la plaza; el telegrafista le previno que no podría comunicarse con la capital pues se había producido una revuelta contra el gobierno.

En efecto, se trataba del intento armado por un osado grupo de rebeldes civiles encabezados por Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, que intentaron apoderarse de la base aérea militar de El Alto, mientras otros conjurados, al mando del mayor Carlos Lopera, operaban en la ciudad. El gobierno sofocó fácilmente este golpe. Lopera fue muerto con una ráfaga de ametralladora, mientras en El Alto ocurría lo mismo con Jorge y Arturo Ballivián Salinas y Raúl Zavala. Gutiérrez Vea Murguía quedó gravemente herido.

Aunque el golpe fracasó, quedó flotando en el ambiente la impresión de que los días del gobierno estaban contados. Habían brotado algunas disensiones entre los militares y pesaba sobre el régimen el repudio general provocado por los asesinatos de Chuspipata y tantas otras tropelías.

Gracias a la radio de un vecino se enteró de los sucesos: «Me impresionó conocer estas terribles novedades, pues las víctimas eran mis amigos y sabía de su devoción democrática y antitotalitaria. Murieron heroicamente, por un ideal.»

Aunque no había estado implicado en el complot, suponía que sería una de las víctimas de las medidas represivas que sin duda adoptaría Villarroel. Permaneció en Palca, esperando que la situación se aclarase.

«Una tarde, desde el corredor de mi casa, vi un auto que cruzaba el puente de Palca y se dirigía hacia nuestro hotel. Comprobé que las pasajeras eran dos amigas: doña Adela Rodríguez Vásquez y su hija Blanca. La sorpresa de ellas fue mayor que la mía, pues al reconocerme dieron gritos de asombro y bajaron emocionadas a abrazarme. En realidad venían en la creencia de que estaba muerto, pues habían corrido voces sobre «mi fusilamiento». Estas señoras venían a buscar mis objetos personales y a llevarse a mi hija Teresita, mi pequeña compañera. Después supe que a la embajada americana llegó la misma noticia: de haber sido fusilado.»

A los dos días lo visitó su hermano Carlos, para prevenirle de que la policía se dirigía a buscarlo para enviarle a un confinamiento más alejado. En efecto, el 25 de junio fue conducido al local de la policía en La Paz y encerrado en una habitación sin ventanas, junto a Carlos Ackerman y Carlos Montaño Daza. Al cabo de diez días fue conducido hasta Puerto Acosta en compañía de Luis Nardin Rivas, Guillermo Arancibia, el capitán Fernando Etchenique, Mario Cornejo y Eugenio Gómez. Dos días después el grupo fue trasladado hasta Pelechuco. «Fue un viaje penoso por el incesante viento de la altiplanicie; las piedras parecían barnizadas por el desgaste que hacían las partículas de arena sobre ellas. Después de tres días de recorrido a lomo de mula, llegamos a Ulla-Ulla y por último a nuestro destino, Pelechuco.»

Cuando en el pueblo se enteraron de que Hertzog era médico, pudo ejercer su profesión gracias a un pequeño botiquín de medicamentos que puso a disposición de los nuevos pacientes.

«Sólo nos permitíamos tomar un poco de alcohol los sábados y domingos, ocasiones en que preparábamos 'yungueños' de pisco y naranja. Esta determinación voluntaria la impusimos para mantener incólume la serenidad que procurábamos fuera siempre muy grande entre los confinados. Los domingos, Cornejo, Etchenique, Arancibia y el compañero apodado «señor mío», salían a pasear con algunas muchachas del lugar. Luis Nardín y yo pagábamos unos pesos al encargado del generador para que permitiera el funcionamiento de la radio desde la una a las cinco de la tarde. La propina nos permitía informarnos de los acontecimientos y distraernos todo el domingo por la tarde. Este guardián, a quien llamábamos afectuosamente Burgaleta –por alusión a don Vicente Burgaleta, el insigne ingeniero español encargado de los servi-

cios eléctricos de La Paz– tenía a su cargo la misma tarea en lo minúsculo: dar luz al pequeño pueblo.»

Es posible afirmar que el doctor Hertzog y sus compañeros de confinamiento fueron relativamente afortunados pues este tipo de represión política es más penoso sin compañía de amigos. Está dentro de las prácticas usuales el recurso de enviar a los adversarios a regiones alejadas e inhóspitas, por lo general situadas en zonas tropicales o desérticas, como Curahuara de Carangas, Chonchocoro, o las islas del Sol y Coati en el lago Titicaca. Allí los presos podían morir de hambre, como de verdad ocurrió en una ocasión.

Ningún partido político puede alardear de no haber usado y abusado de esta práctica, que irónicamente resulta moderada cuando se recuerda lo ocurrido a don Luis Calvo y sus cuatro compañeros de martirio, «confinados» a los Yungas en 1944.

Por el momento, Hertzog y sus camaradas procuraban hacer lo más llevadera posible su situación de relegados en Pelechuco. Su tranquilidad se disipó cuando un agente que Hertzog tenía en La Paz consiguió hacerle llegar noticia del próximo arribo a Pelechuco del capitán Nogales, quien, con el pretexto de comprar caballos en la feria del Pata, estaba encargado de asesinar a los confinados y hacer desaparecer sus cuerpos en el lago negro de Ololo. Los disturbios que estallaron en La Paz impidieron que este nuevo atentado llegara a consumarse.

Caída de Villarroel

Entre tanto, la situación se había agravado en La Paz y agudizado la resistencia al régimen, cada día más impopular. Ya no se trataba de trajines conspiratorios de los partidos políticos sino de un repudio general a la presencia de radepistas y MNR en el gobierno. Fue contraproducente para el gobierno la expropiación de los diarios opositores «La Razón» y «Ultima Hora» como la gota que rebasó la paciencia popular. El 8 de julio los maestros y los estudiantes de la Universidad de San Andrés se declararon en huelga saliendo a las calles en ruidosas manifestaciones. El gobierno reaccionó con violencia. En la madrugada del 16 de julio, miembros del MNR encabezados por Juan Luis Gutiérrez Granier y los ministros Julio Zuazo Cuenca y Germán Monroy

asaltaron el local de la Universidad destruyendo los gabinetes de física, química y odontología. En señal de protesta, el pueblo no festejó la clásica efemérides del 16 de julio; pero la tempestad rugía sordamente. No demoraría en desencadenarse.

En otra pública protesta universitaria la policía disparó hiriendo de muerte a un manifestante. El gobierno no se esperaba la reacción: los estudiantes de todo el país, la Federación Obrera Sindical y el sindicato de chóferes de La Paz se declararon en huelga. El 19 salieron a las calles mujeres de todas las clases sociales, fenómeno insólito hasta entonces. La policía empleó desesperada violencia para reprimir el descontento. En la plaza Murillo hubo cambio de disparos y cayeron varios heridos.

Finalmente, alarmado ante esa marea creciente, Villarroel juzgó prudente prescindir de la colaboración ministerial del MNR y despidió a Paz Estenssoro, Zuazo Cuenca y Monroy que aceptaron contritos la decisión. Villarroel intentó formar un gabinete netamente militar, pero ya no tuvo tiempo para ponerlo en acción.

Convocados de emergencia, los jefes del ejército deliberaron sobre la situación y algunos aconsejaron la dimisión de Villarroel. Reinaba el desconcierto y comenzaban las primeras deserciones castrenses. El frente militar quedó roto cuando los coroneles Calero, Ponce, Pinto y Nogales renunciaron a sus cargos de ministros.

El texto de su renuncia decía así: «Disconformes con el hecho producido en la noche del 16 al 17 del presente mes contra el edificio de la Universidad Mayor de San Andrés, acto que condenamos y que no traduce el pensamiento de serenidad y cordura de las Fuerzas Armadas de la Nación, a la que nos honramos en pertenecer, presentamos renuncia irrevocable de los altos cargos de ministros de Estado.»

Las renuncias resultaban tardías y sólo sirvieron para acelerar el desenlace inevitable. En la mañana del 21 de julio de 1946 ya no fueron sólo los estudiantes quienes se sublevaron, sino el pueblo todo: hombres, mujeres y niños que convergieron en forma incontenible hacia el Palacio Quemado capturando a su paso el regimiento Calama, la dirección de tránsito, el Panóptico, la escuela de policías y la prefectura.

El palacio estaba ya cercado cuando Villarroel suscribió su último documento: «en el deseo de contribuir a la tranquilidad del país, hago dejación del cargo de Presidente Constitucional de la República en la persona del señor Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación».

El tiempo ya se le había consumido. Sus más cercanos colaboradores militares huyeron del palacio saltando al patio de una casa vecina. El amo quedaba abandonado. Pudo también huir, si así lo hubiera deseado. Pero dominado por el fatalismo de sus indecisiones y acaso desilusionado de los hombres, prefirió quedar en su despacho, acompañado por sólo dos colaboradores leales hasta la muerte: su edecán, el noble capitán Waldo Ballivián, y el subsecretario Luis Uría de la Oliva. No se defendió a tiros ni se suicidó como lo haría años después Salvador Allende. Se parapetó detrás de un mueble, aguardando su destino.

Los atacantes prendieron a Villarroel en la sala de mapas del piso bajo y lo mataron a balazos. Luego lo subieron al primer piso, ya muerto, y lo lanzaron a la plaza por un balcón. La turba lo recogió y lo colgó de un poste. El edecán Ballivián y el secretario Uría colgaron de los postes laterales. Ambos murieron junto a su jefe mientras los militares huían por los tejados.

Aunque los sucesos de ese trágico día fueron el fin resultante de la violencia desencadenada por el régimen derrocado, no se justifica la cruel inmolación de Villarroel y sus dos leales colaboradores, ninguno de los cuales estuvo implicado en los crímenes del régimen.

El Presidente había sido en un principio un hombre bien intencionado, pero carente de la autoridad para imponerse a sus colegas y colaboradores exaltados o resentidos del MNR. Gobernaba, pero no mandaba. Las decisiones eran adoptadas por la logia «radepa» y encubiertas por el manto de cobarde anonimato. El era un ejecutor a quien se respetaba pero no se obedecía cuando su posición se consideraba contraria a la de sus malignos colaboradores.

Su frase «no soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres» y ciertas medidas que adoptó en favor de la clase indígena le ganaron popularidad en determinado momento, pero su pasividad ante los asesinatos de Chuspipata y las constantes violaciones de los derechos humanos enfriaron cualquier tolerancia. Desde un comienzo estaba condenado a desplomarse. Sus últimos días fueron de tortura interior, solo y abrumado por las culpas del MNR.

Conoció muy poco a Hertzog; apenas en la ocasión de enterarse de las torturas sufridas, pero nunca surgió la posibilidad de amistad entre ellos. Hertzog guardaba esta opinión: «Durante la guerra, el mayor Villarroel no había pasado de ser un modesto oficial de clave del co-

mando. Nunca comandó tropas frente al enemigo, nunca se distinguió por la originalidad ni por dotes de mando. Fue elegido jefe de la «radepa» simplemente porque era sobrio, muy disciplinado y no despertaba rivalidad entre los oficiales que constituían la mafia militar que dio el golpe del 20 de diciembre.»

Entretanto, todavía confinados en Pelechuco, Luis Nardin y Hertzog utilizaban la única radio existente, en el salón de la municipalidad. El 21 de julio, como de costumbre, comenzaron a oír la radio y súbitamente los arrebató la emoción al escuchar que un locutor narraba el curso de una revolución victoriosa en La Paz: un grupo nutrido de pueblo había asaltado la municipalidad donde el alcalde Gutiérrez Granier tenía acumulados trescientos fusiles con su respectiva dotación. Armada con ellos la multitud asaltó enseguida el palacio de gobierno. Los militares y los civiles del MNR, comenzando por Paz Estenssoro, habían dejado abandonado al Presidente.

El relato abundaba en detalles. En la parte posterior del segundo piso, un grupo de militares y otros acompañantes de Villarroel habían logrado abrir un boquete para saltar a la casa de los vecinos y así salvar su vida.

«La descripción que oíamos fue tan patética y vívida que nos abrazamos fuertemente y enviamos un mensaje anunciando las noticias a nuestros amigos pidiéndoles sumarse enseguida al relato que una y otra vez repetía el desarrollo de los hechos. Nuestros compañeros de confinamiento, al escuchar incrédulos lo que nosotros ya habíamos oído, no sabían cómo desahogar su intensa emoción y alivio; nos abrazábamos llorando de emoción. El teniente Pastén, oficial encargado del pueblo y de la seguridad del grupo de confinados, se nos sumó pues hacía tiempo que estaba espiritualmente ligado a nuestra causa al punto de quedar convencido para intentar una fuga con nosotros.»

El grupo de confinados decidió regresar a La Paz de inmediato, sin detenerse a considerar el hecho de que en la víspera había caído una fuerte tormenta en la peligrosa subida del Cololo, una montaña en el camino. Las cabalgaduras avanzaron toda la noche hasta llegar a una explanada donde esperaba un camión enviado por Juan Moro, amigo de Hertzog. Prosiguieron viaje a La Paz y llegaron el 23 de julio, cuando terminaba una inmensa manifestación que festejaba el triunfo. «Por supuesto –comenta Hertzog, sin asomo de amargura– los que habíamos

luchado sin descanso durante tanto tiempo pasamos poco menos que ignorados e inadvertidos. Sin embargo, seguimos la corriente de quitarnos las corbatas y nos sumamos a los vítores de la multitud. Nuestra alegría hacía que nos olvidáramos de nosotros mismos.»

Luego de un corto descanso, retornó a sus tareas profesionales. Fue reconfortante gozar por fin de la tranquilidad que le fuera negada tantos años y del placer de compartir su vida diaria sin sobresaltos junto a Edna, Enrique, Consuelo y Teresita. Sólo faltaba doña Eduviges...

Casi dos meses duró la tranquilidad hasta que un día, el 23 de setiembre, el teniente Luis Oblitas intentó asesinar al presidente Monje Gutiérrez. La multitud salió nuevamente a las calles y arrebató con furia la vida a Oblitas en la puerta de la policía de La Paz. «En ese momento, relata Hertzog, me hallaba trabajando en mi consultorio, cuando un amigo llegó a avisarme que la muchedumbre estaba asaltando el Panóptico para llevarse a los militares y civiles presos. Pensé con preocupación en el mayor Carlos Zabalaga, casado por entonces con Elena Saavedra, y cuñado, por consiguiente, de María Josefa Saavedra, que en una ocasión me había salvado la vida al hacerme saber por medio de su esposa que la policía me prendería y era preciso ponerme a buen recaudo.»

«Salí del consultorio a la carrera y fui al Panóptico que sólo quedaba a dos cuadras. Ahí me enteré de que el populacho se llevaba a Eguino y Escóbar a la plaza Murillo para ajusticiarlos.»

«Acordándome de mi juramento en el Panóptico dos años antes, llegué a la plaza donde una inmensa multitud la cubría íntegramente. Me situé junto a uno de los postes de luz en la acera de la catedral desde donde veía claramente colgar en un poste el cadáver de José Escóbar. Podía divisar algo del juicio que el populacho estaba haciendo con Eguino, frente al palacio. Vestía un impermeable cubierto de sangre, no había un solo milímetro de su cara que no estuviera lleno de coágulos sanguinolentos. Me pareció que pedía algún líquido para poder hablar y contestar a las numerosas preguntas que le hacía el tribunal popular en ese momento. El populacho, con un grito de exasperación, lanzó a Eguino desde el parapeto de tres metros de altura donde se encontraba y alguien pidió una cuerda para colgarlo. La muchedumbre estaba frenética; era una fiera sedienta de sangre. Apareció la cuerda y vi que la colocaban al cuello del sanguinario ex director general de po-

licías. Súbitamente fue izado en el poste. Fue un momento de terror colectivo al cual se sumaban los truenos de una tempestad eléctrica. La muchedumbre paulatinamente calló y fue desapareciendo poco a poco...

...A las seis de la tarde, quedamos solo unos pocos centenares. Me aproximé al lugar del ahorcado Escóbar. Estaba semidesnudo; solo un calzoncillo cubría su cuerpo de una albura impresionante. Lo miré fijamente, de frente, y vi sus ojos vidriosos que me recordaron los del doctor Galindo al volver de la tortura del Panóptico. Di una vuelta al cadáver para observarlo. Se veía claramente que uno de sus brazos era más corto que el otro a consecuencia de una herida recibida en la guerra. Ya muerto, casi no tenía sangre en la cara; como ser frágil que era, debió morir en el camino a consecuencia de los golpes propinados por la multitud...

...Luego me acerqué a Eguino que seguía con el impermeable convertido en una masa sanguinolenta, bamboleándose frente al palacio. El castigo, que él mismo había provocado, se había cumplido sin mi intervención. Ello apaciguó instantáneamente las enormes ansias de justicia que había sentido durante tantos meses.»

«Paso a paso volví a casa y por primera vez en mucho tiempo me sentí hondamente impresionado, pero a los pocos días ya había olvidado la pesadilla. Desde ese momento me dediqué por completo al trabajo. Podía sentirme tranquilo pues Bolivia había recuperado su libertad y yo había hecho cuanto estuvo a mi alcance para lograrla. Poco a poco una afectuosa amistad fue ganando a los bolivianos que me saludaban con más afecto y curiosidad que de ordinario. Podía sentirme satisfecho, pues no me remordía la conciencia: Dios había vuelto a tener una infinita misericordia conmigo.»

El de Eguino y Escóbar fue un final cruel, una ejecución sumaria de la que nadie debió sentirse orgulloso. Sin pretender exculparlos, ni mucho menos, ya que ellos habían protagonizado repudiables horrores, un análisis sereno de ese trance trágico podría argumentar que ambos, Eguino y Escóbar, purgaron la culpa de muchos de sus camaradas militares y civiles, cuya responsabilidad conjunta no debe ser ignorada. Ambos fueron ejecutores de las decisiones de otros, sin percatarse, en su ceguera, de que así mancillaban para siempre sus carreras profesionales. Habían combatido en la guerra del Chaco; Escóbar fue herido en un brazo y Eguino estuvo en diversos frentes de batalla durante el trans-

curso de la contienda. En su misión de sicarios, con un equivocado sentido de solidaridad y disciplina militar, se sumieron en excesos abominables.

El relato del espeluznante episodio merece ser analizado con cierto detenimiento. Es evidente que Hertzog fue torturado por Eguino y Escóbar en el panóptico de La Paz y sufrió constantes persecuciones y destierros durante el tiempo que gobernó Villarroel. Fue, sin duda, el más acosado líder de la oposición y salvó providencialmente de la muerte por lo menos en dos ocasiones: En los asesinatos de Chuspipata, de haber estado en La Paz, era más que probable que las víctimas de ese desbarrancamiento habrían sido seis y no cinco. Él pudo ser el sexto. La segunda vez fue en junio de 1946, cuando se envió a Pelechuco un sayón para ultimarlo.

Pese a tales antecedentes, no se puede dejar de pensar que tanto la imagen histórica de Hertzog como la de don Tomás Monje Gutiérrez habrían quedado revestidas de un aura de nobleza inmaculada si en vez de espectar el presidente los colgamientos y permanecer pasivo, y el segundo como observador, hubiesen alzado su voz desafiando la furia de la multitud. Ambos gozaban de suficientes prestigio y respeto para hacerlo, aun corriendo quizá cierto riesgo; pero no fue ese temor el que los detuvo. A Hertzog, quizá el sentimiento de contemplar un acto de justicia frente a los dos verdugos que lo habían torturado. Al presidente Monje Gutiérrez, la timidez de carácter. Era un probo magistrado que vivía abismado en sus expedientes y no estaba preparado para enfrentar a ese populacho enardecido.

Monje Gutiérrez había nacido en Coroico, provincia Yungas, de La Paz, en 1886. Tenía pues más de sesenta años cuando se vio precipitado en esa situación convulsiva. Fue varias veces diputado nacional, senador por Tarija, ministro de Educación y presidente de la Corte Superior de La Paz, autor de obras sobre temas de su profesión: «Derecho procesal Civil» y «Derecho constitucional boliviano». Producido el vacío de poder a consecuencia de la revolución de julio de 1946, los miembros de la Corte superior de justicia de La Paz fueron convocados para presidir el Ejecutivo. Luego de un breve interinato del vocal don Néstor Guillén, el doctor Monje Gutiérrez, repuesto de una dolencia física, asumió el mando. Su primera disposición fue convocar a elecciones populares para restablecer el orden constitucional. El país respiró con

alivio al comprobar que comenzaba a disiparse la pesadilla vivida durante años.

Las elecciones de 1947

Pocas veces, o nunca, en la historia boliviana se efectuaron elecciones presidenciales más correctas y pacíficas que las del 5 de enero de 1947. Fue el resurgimiento democrático después de los crímenes y tropelías cometidos por el régimen MNR - «radepa». Tras la sanción terrible aplicada, ahora el pueblo deseaba normalidad y días tranquilos.

Por fortuna, el presidente interino Monje Gutiérrez era un magistrado digno y probo, de rectitud y honradez acrisoladas, con un cabal concepto de la Constitución y de las leyes. Apoyado por la conducta correcta de los partidos contendientes, Monje presidió unos comicios ejemplares, sin candidatos favoritos, sin presión oficial y sin fraude electoral.

El «Frente Democrático Antifacista» formado durante el gobierno de Villarroel se escindió pacíficamente en dos grupos, integrados respectivamente por el partido Liberal y el PIR que apoyaron la fórmula Luis Fernando Guachalla-Guillermo Francovich y el segundo por los partidos Republicano Socialista, Republicano Genuino y el Socialista, con la fórmula Enrique Hertzog-Mamerto Urriolagoitia.

Fue una contienda entre caballeros, insólita y aleccionadora. Lejos de intercambiar cargos y vituperios entre sí, como era hábito tradicional en este tipo de competencias electorales, los candidatos rivalizaron en señorío, sin atacarse como adversarios y por el contrario, caso increíble, ponderando sus méritos políticos. El propósito era dejar al pueblo que decidiera quién debía gobernarles en los próximos cuatro años.

En el campo republicano socialista, inicialmente se había propuesto a Gabriel Gosálvez como candidato a la presidencia. Éste rehusó la nominación y propuso la de Hertzog, destacando su tenaz oposición desplegada contra Villarroel, las prisiones, las torturas sufridas y las constantes persecuciones. «No hay figura más meritoria que el doctor Hertzog, quien tiene una enorme experiencia de gobierno por su colaboración con el doctor Salamanca, además de su meritoria actuación

en la guerra del Chaco.» La proposición de Gosálvez fue aceptada con entusiasmo. Cupo luego a Hertzog elegir al candidato a vicepresidente.

Inicialmente invitó a Roberto Arce, que tenía fama de organizador. Era jefe del partido Social Democráta, un grupo selecto pero reducido de profesionales e intelectuales sin mayor arrastre popular. Cuando Arce agradeció sin aceptar la invitación, Hertzog recurrió a Enrique Finot, quien también rehusó prestar su nombre alegando que hacía poco había sido nombrado embajador en el Brasil y «ya había recibido sus sueldos adelantados».

Se invitó a Mamerto Urriolagoitia, quien sí aceptó y se trasladó de Sucre, donde residía, para emprender de inmediato la campaña electoral.

Recuerda Hertzog: «Tuvimos pocos incidentes en ese viaje: En Potosí nos enfrentamos con el PIR. Este, envalentonado por el prefecto de ese departamento, el pirista Gualberto Pedrazas, atacó nuestra base a pedradas. Otro pirista nos baleó. Contestamos a la provocación sin vacilaciones, para demostrar que no teníamos temor. Felizmente no hubo ninguna desgracia personal. En Vallegrande un amigo tuvo que desarmar la mano de un presunto asesino que disparaba sobre mí y finalmente en Oruro tuvimos una polémica en el teatro, el día de nuestra proclamación. Vale la pena narrar esta escena. Cuando estaba pronunciando mi discurso, alguien gritó desde la galería: «Háblenos más bien de la guerra del Chaco», a lo que contesté inmediatamente: «Voy a hablar de la guerra del Chaco ante todos los ex combatientes en esta sala, pero no contestaré a los gritos de los omisos, remisos y desertores de la guerra, ya que esos debieran estar rindiendo cuentas ante los tribunales militares en lugar de estar gritando aquí». Mis palabras fueron recibidas con una estruendosa salva de aplausos, acallando todas las interrupciones que podrían haberse producido posteriormente...

...En el resto de los departamentos, todo marchó tranquilamente y fuimos cordial y estusiastamente recibidos.»

Perteneciente a un aristocrático linaje chuquisaqueño, Mamerto Urriolagoitia nació en Sucre en 1895. Graduado de abogado en la Universidad de San Francisco Javier, efectuó estudios complementarios en la Sorbona de París. Había vivido alejado del país la mayor parte del tiempo, como miembro de la representación diplomática de Bolivia en Londres. Luego fue elegido senador por Chuquisaca. Hom-

bre de derecha, tanto por tradición como propia convicción, encerraba bajo una apariencia señorial y tranquila una gran firmeza de carácter que pronto demostraría en forma espectacular. Por el momento, acompañando a Hertzog, su conducta fue intachable, muy seria aunque levemente distante. Uno era paceño y el otro chuquisaqueño, y a veces parecía que las secuelas de la revolución Federal de 1899 se filtraban en las personas y situaciones menos pensadas.

En la fórmula liberal-pirista, Luis Fernando Guachalla aportaba no sólo el prestigio de su apellido –su padre, Fernando Guachalla, connotado personaje liberal, murió a poco de ser elegido presidente de la República– sino sus propios valores morales e intelectuales.

Hertzog, como todo el país, guardó siempre un altísimo concepto de Guachalla. Le define así: «Un gran patriota, un hombre sin tacha en el orden moral y un político de visión clara y sensata. Su leit motiv: servir a la Patria con lealtad hacia sus principios políticos. Si se analiza cuidadosamente cada una de sus actuaciones en el transcurso de su vida pública, no hay reproche que se le pueda hacer. Su comportamiento durante la elección presidencial fue digno de elogio. Acordamos frenar a nuestros respectivos partidarios y logramos un éxito completo en este punto.»

Guillermo Francovich, compañero de fórmula de Guachalla, era un intelectual, catedrático y diplomático excepcional. Escritor erudito y magnífico orador, ampliamente conocido en los círculos literario-filosóficos del continente, no lo era tanto entre la masa de electores bolivianos que, sin embargo, aprendieron a apreciar su sencillez auténtica y la inteligencia que trasuntaban sus discursos.

Como se ve, las dos fórmulas contendientes eran de lujo insólito en el ámbito electoral boliviano. Para pasmo de muchos, el día de las elecciones Hertzog y Guachalla aparecieron dándose las manos en una fotografía que «La Razón» publicó en su primera página. Ese día Bolivia parecía haberse convertido en Suiza.

Las elecciones se efectuaron con un alto porcentaje de votantes y sin el menor disturbio en todo el país. El resultado fue: Hertzog - Urriolagoitia: 44.077 votos, Guachalla-Francovich: 43.634; o sea, una diferencia de apenas 443 votos.

Fue entonces que Guachalla dio nueva muestra de su señorío. Como ninguno de los dos candidatos a la presidencia había obtenido la mayoría absoluta, pudo haber recurrido a la opción constitucional de una

decisión del Parlamento, pero se adelantó a reconocer el triunfo de Hertzog con estas palabras que merecerían figurar en los manuales de educación cívica: «Que nadie se sienta defraudado. Todos hemos cumplido con nuestro deber. Si unos pocos votos llevan a unos al poder y a otros a la sana oposición, está bien. Pudo ser a la inversa. No debe haber vencedores ni vencidos en este torneo de civismo. Saber ganar y saber perder. Digamos, más bien, saber servir.»

En esta oportunidad tanto Hertzog como Guachalla dieron al país una lección de civismo sin precedentes.

Años más tarde, en situación semejante ocurrida en las elecciones presidenciales de 1979, los dos dirigentes de un mismo partido, el MNR, actuaron en forma distinta. Aunque Siles había obtenido la mayoría relativa de votos en los comicios, su contendiente, Paz Estenssoro, olvidando su camaradería, rehusó admitir este triunfo, provocando un impasse lamentable que remató en beneficio de un tercero, Walter Guevara, presidente del Senado y siempre preterido candidato a la presidencia.

En 1947 los actores eran bien diferentes. Fue gracias a ese estilo político elevado y señorío que el doctor Enrique Hertzog Garaizábal asumió la presidencia de Bolivia.

Capítulo V

LA MEDALLA DE BOLÍVAR

Muchos pensamientos debieron de acudir a la mente de Enrique Hertzog cuando el 10 de marzo de 1947, en solemne ceremonia efectuada en el palacio Legislativo, el presidente de la Junta de Gobierno Tomás Monje Gutiérrez colocó en su pecho las insignias del Libertador Bolívar.

Cuánto habría dado porque su madre hubiese estado presente para ver recompensados sus sacrificios, pero Eduviges había muerto dos años antes; habría anhelado también que lo viera su mentor Daniel Salamanca en cuyo pecho lució la misma medalla, un día ya lejano. Pensó seguramente en los hombres y mujeres del 21 de julio sin cuyo heroísmo no se hallaría en este sitial.

Escuchó con atención las palabras de Monje Gutiérrez:

> «...Cuando la Historia tenga que escribir un juicio definitivo sobre esta página de la vida nacional, dejará constancia de las enormes dificultades que entorpecieron la acción gubernamental de la Junta. Mas, por encima de todas estas dificultades, supimos mantener los principios que norman la Democracia... Os dejo estas insignias redimidas de tantos ultrajes, abrigando las más firmes esperanzas de que, sobre el corazón del nuevo mandatario, inspiren en el ciudadano moldeado en el fragor de la lucha por la Democracia, los más puros anhelos de mejoramiento nacional.»

Detalle significativo de la modestia y sensibilidad cívica de Monje Gutiérrez fue su abstención de ceñirse para la ceremonia la banda tricolor y la medalla de Bolívar simbólicas del poder. Juzgaba que, no habiendo sido elegido por voto popular, no tenía derecho a ostentar dichos emblemas. Fue el único presidente de la República en proceder así, en contraste con buen número de otros que tramaron incluso golpes de

Estado para tener ese privilegio que formaba parte de sus vanidades personales.

Entregado el mando, Monje Gutiérrez se retiró calladamente a su domicilio particular, sin que nadie lo acompañara. Fue una de las figuras más nobles de la historia boliviana, pese a la brevedad de su tránsito por ella.

En seguida Hertzog inició su discurso con un elogio a Luis Fernando Guachalla y una exhortación amplia: «Tiendo la mano fraternal a los caballeros contendores de ayer e invocando sus más nobles y altos sentimientos llamo a todos los bolivianos a la concordia, a la solidaridad y al real esfuerzo común en servicio de la Patria». En la frase «todos los bolivianos» estaba sobreentendido un mensaje al propio MNR, aun sabiendo que no sería escuchado.

A este respecto, expresó:

«Respetaré la oposición legal y le daré la significación que tiene en toda democracia organizada. La función de las minorías opositoras equilibra la mecánica de la institucionalidad de un país libre. Tiempo es ya de que nuestra democracia restaurada repose de verdad sobre estos dos fundamentos: una mayoría constructiva y estabilizadora y una minoría de renovación y de fiscalización. Por juego de ambas fuerzas, en una atmósfera de libertades y de mutua comprensión, podrá desarrollarse auspiciosamente la cultura política en nuestro pueblo.»

Y refiriéndose al ejército, dijo:

«Consecuente con los ideales de la revolución de julio, que propugnaron el apartamiento absoluto de las actividades políticas y la mayor tecnificación del ejército, declaro que prestaré todo mi concurso en la reorganización de la institución armada. Será necesario crear el nuevo ejército sobre la base de los profesionales capacitados y honestos que forman en sus filas y que, para ventura de la Patria y la conservación de la paz pública, se hallan inspirados por los mismos nobles ideales cívicos que sustentó la revolución.»

Prometió implantar un plan de gobierno sencillo y de fácil aplicación. Afirmó que la democracia era, para él, una manera de sentir y de pensar que tomaba en cuenta principalmente al ser humano como un universo en sí mismo, es decir con necesidades espirituales y materiales que había de reconocerse y satisfacer, «pues para un demócrata no exis-

tían privilegios de sangre, ni de fortuna, porque todos son iguales ante Dios». Se declaró enemigo de los totalitarismos, de cualquier signo que fuesen.

Expresó que, como es natural, sus ideas en materia económica correspondían a sus ideas políticas, por lo cual era partidario de la libre empresa, de la iniciativa privada y del derecho de propiedad. Creía indispensables las inversiones de capital nacional y extranjero, dentro de una economía de mercado, todo ello sujeto a los preceptos constitucionales.

En su discurso sentó principios generales absteniéndose de dar un tono condenatorio del régimen derrocado el 21 de julio. Por el contrario, insistió en su llamado a la concordia, al tiempo que reclamaba el concurso de los partidos democráticos. Poseía la suficiente experiencia política para saber cuán difícil sería conseguir esa armonía. ¿Acaso no era prueba desalentadora el hecho de que en las recientes elecciones estos partidos democráticos se presentasen desunidos y que sólo la providencial presencia de Luis Fernando Guachalla había evitado una pugna enconada?

Tras otros conceptos igualmente constructivos, ingresó al Palacio acompañado por un cortejo de funcionarios y edecanes, vitoreado por la multitud congregada en la plaza Murillo. En ese momento nadie reparaba en el farol situado frente al palacio, en el que meses antes había sido colgado Villarroel.

¿Recordó Hertzog aquel macabro episodio? No. Según confidencia ulterior, en dicho momento de legítima ufanía pensó en doña Eduviges: «Cuán feliz se habría sentido mi madre al verme Presidente.»

En cuanto a sí mismo, sabía de sobra que entraba en la jaula de los leones y dentro de cuyos muros habían muerto trágicamente los presidentes Manuel Isidoro Belzu y Agustín Morales y un día había sido incendiado por una turba revolucionaria.

Las dificultades habían empezado el mismo día de la posesión del mando. Era su propósito formar un gabinete ministerial de unión nacional con la participación del partido Liberal y del PIR, partidos a los que ofreció cinco carteras, que de inmediato fueron rehusadas. En vista de este rechazo y la premura, se vio obligado a formar su primer gabinete con representantes de su propio partido, el PURS. La nómina era la siguiente:

Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Mamerto Urriolagoitia; de Gobierno, Justicia e Inmigración, Luis Ponce Lozada; de Hacienda y Estadística, Alcides Molina; de Defensa Nacional, Néstor Guillén; de Educación y Asuntos Indígenas, Armando Alba; de Economía, Germán Costas; de Agricultura, José Saavedra Suárez; de Trabajo, Salubridad y Previsión Social, Carlos Morales Ugarte; de Obras Públicas y Comunicaciones, Aniceto Quezada.

Augurio de los problemas que le esperaban en el futuro fue la prisa con que tuvo que designar a estos ministros, al punto que, por ejemplo, nombró a Armando Alba sin consultarle pues éste se hallaba en Potosí, y a Germán Costas, minutos antes de presentarse en el Congreso.

Había tenido la precaución de redactar su discurso varias semanas antes, evitando así la embarazosa situación en que pocos años después se encontraría Hernán Siles quien, mal asesorado, tuvo que detener la lectura e improvisar, en presencia de delegaciones extranjeras entre las que se contaban tres presidentes.

Opositor implacable y combativo, Hertzog revelaría ser un presidente conciliador y complaciente en exceso. Además, fallaba en el método de trabajo y se prodigaba en las tareas cotidianas. Llegaba a minucias para imponerse a fondo de los asuntos de su despacho, aunque jamás alcanzaría a sujetarse a un horario rígido. Aceptaba cuanta visita le anunciaban, demorando así el estudio de asuntos de Estado que tenía entre manos.

Los sucesivos gabinetes ministeriales fueron de alta jerarquía en lo relativo a los méritos y capacidad personal de sus miembros. Por desventura, debido a las crecientes dolencias físicas de Edna, que exigían reposo, tuvo que faltar su presencia de primera dama en muchas ceremonias oficiales, ausencia aliviada protocolarmente por doña Teresa Hertzog de Pacheco, consejera alerta y juiciosa.

Solitario en el palacio, se levantaba todos los días a las siete y media, hábito inculcado por su madre. Bajaba a su oficina a las nueve y treinta, donde trabajaba hasta las dos de la tarde. A esa hora almorzaba, acompañado por algunos amigos, y retornaba a las tres hasta suspender el trabajo a las ocho y media. Entonces regresaba a su departamento dejando en la puerta los asuntos de Estado. A veces jugaba al billar con los edecanes y leía en cama hasta pasada la medianoche.

Tenía hábitos sencillos y frugales. Gustaba de la comida criolla y sus platos favoritos eran el chairo y las papas a la huancaína. Sin embargo, no desdeñaba una copiosa cena o un buen vino que había aprendido a gustar en Francia. No era raro verle bailando hasta las tres de la mañana en alguna casa amiga. Era evidente que gozaba de la fruición de la presidencia; sabía conservar a sus viejos amigos, Desiderio Rivera, Roberto Arce y, sobre todo, Juan Manuel Balcázar.

Los fines de semana eran invariablemente consagrados a sus hijos Enrique, Consuelo y Teresa. A veces salía con ellos de excursión al lago Titicaca, eventualmente a Yungas o alguna comarca cercana. Olvidaba sus preocupaciones oficiales para dialogar con ellos, estimularlos en sus conocimientos, señalarles algunas normas sociales. Gustaba de hacerles preguntas sobre temas de historia o geografía universales. Todo ello sin adoptar posturas de magister, procurando dar amenidad a los diálogos que sus hijos recordarían siempre. Su hermano Carlos estaba habitualmente presente. En tal ambiente, el Presidente se sentía feliz y despreocupado.

Apenas dos meses después de ser designado su primer gabinete, juzgó necesario ampliar sus bases políticas para lo cual organizó otro gabinete, «de unidad nacional», esta vez con la cooperación del partido Liberal y del PIR. Pudo obtener la colaboración de Luis Fernando Guachalla, siempre dispuesto a servir al país sin discutir jerarquías ni buscar honores. Este segundo gabinete se posesionó el 14 de mayo de 1947: Luis Fernando Guachalla, canciller; Alcides Molina (PURS), de Hacienda; Luis Ponce Lozada (PURS), Gobierno; Armando Alba (PURS), Instrucción; Carlos Morales Ugarte (PURS), Salubridad; German Costas (PURS), Economía; Eduardo Montes y Montes (liberal), Defensa; Osvaldo Gutiérrez, Agricultura; Alfredo Mendizábal (PIR), Trabajo; y Gustavo Heinrich (PIR), Obras Públicas.

Más tarde explicó sus motivaciones: «Mis vinculaciones de amistad con el partido Liberal remontaban varios años. Había colaborado con algunos de sus personeros en el gobierno de Salamanca, había combatido junto a ellos a los gobiernos de Toro, de Busch y de Villarroel; tenía, como hoy mismo, el convencimiento de su inquebrantable adhesión a las instituciones; sabía que poseía una élite con profunda experiencia en los problemas de gobierno y en la vida administrativa, y lo sabía también leal en el cumplimiento de sus compromisos de honor.»

El partido de la Izquierda Revolucionaria tenía un largo historial de lucha y sacrificios. El Presidente se había acercado a él en 1944, cuando organizaba la «Unión Democrática Boliviana» con prestigiosos jefes de los partidos antitotalitarios. Conoció en repetidas ocasiones, en el país y en el destierro, la afirmación de sus personeros de que el PIR buscaba solamente un clima político de libertad y tolerancia para organizar sus cuadros, difundir su programa y ejercitar una acción política legal.

Durante cuatro meses, el gabinete de Unidad Nacional realizó sus tareas de gobierno en un ambiente de recíproca confianza y comprensión. No hubo que arbitrar desacuerdos entre los ministros.

El gabinete de unidad nacional tuvo vida efímera. Al cabo de pocos meses se produjo la renuncia de Guachalla y de los ministros piristas.

Según análisis del Presidente, este segundo gabinete se deshizo cuando los obreros de la Patiño Mines decidieron retirarse voluntariamente de la empresa. Ante tal hecho, el gobierno recordó que ese retiro fue una de las conquistas del régimen, porque por primera vez se aplicó la ley del Retiro Voluntario, ley promulgada con pleno auspicio del PIR. Los dos ministros piristas fueron los más estusiastas en aceptar el retiro de los obreros.

Reveló el Presidente: «Esa misma noche, con gran sorpresa, recibí la visita de José Antonio Arce y de Ricardo Anaya pidiéndome que permitiera retirar de la resolución suprema las firmas de sus dos correligionarios. Les repliqué que la firma de un ministro era muy sagrada en un documento de esa naturaleza, y por consiguiente no se podía retirar de ninguna manera. Al conocer mi negativa, me contestaron que con mucho sentimiento harían renunciar a dichos ministros del gabinete, a lo cual expresé que sentía de veras ese retiro, pero que no me quedaba otro camino que aceptar la renuncia. En efecto, los ministros piristas se habían desenvuelto con entera independencia partidaria de presiones políticas y desempeñaron sus cargos con toda corrección.»

Desde entonces tuvo escaso contacto con el PIR hasta que sus dirigentes procedieron a disolver el partido. Pusieron como principal razón el hecho de haber formado parte del gabinete.

En realidad, muchos dirigentes del propio partido de Hertzog apenas toleraban la participación del PIR en el gobierno, temerosos de que

éste cobrase una fisonomía de extrema izquierda. Apegados a añejos prejuicios, carecían de suficiente amplitud de miras para advertir que el ejercicio democrático impone a veces ese tipo de ensayos; pero era difícil para «viejos republicanos» abandonar ciertos moldes tradicionales. Sólo Hertzog, que tenía otras concepciones de la política, se atrevió a intentarlo.

Disuelto el gabinete concertado, Hertzog conformó uno nuevo, el tercero, el 11 de setiembre de 1947, con cuatro representantes del partido Liberal, encabezados por Tomás Manuel Elío; cinco del partido de la URS y un apolítico, Carlos Guachalla, hermano de Luis Fernando.

A los pocos días fue develado un plan conspiratorio del MNR y se impuso el estado de sitio el 18 de setiembre. Fueron apresados y confinados varios dirigentes del partido hasta que, a los tres meses, se suspendió la medida de emergencia. Apenas comenzado el año 1948 fue descubierta una nueva conspiración que constriñó al gobierno a decretar por segunda vez el estado de sitio, y en este caso, igual que en el anterior, fue levantado en el plazo de ley.

Esta vez renunciaron los ministros liberales. Un nuevo gabinete, el cuarto y último, fue designado el 18 de marzo de 1948, con siete miembros de la Unión Socialista Republicana y tres ciudadanos independientes, Héctor Ormachea, Guillermo Gutiérrez Vea Murguía y Gastón Arduz Eguía.

Una de las características del gobierno fue la inestabilidad de sus formaciones políticas reflejada en el excesivo número de gabinetes instalados y desbaratados durante los dos años de desempeño.

Este ritmo acelerado comenzó en tiempo de Villarroel, cuando Hertzog formó con el partido Republicano y el PIR, la Unión Democrática Boliviana (UDB), concertación que reveló su eficacia en la acción opositora. Luego, para ampliar la coalición, se formó el Frente Democrático Antifacista al que se incorporaron el partido Liberal conducido por el general José Luis Lanza, y el partido Socialista encabezado por Francisco Lazcano Soruco.

A consecuencia de la revolución del 21 de julio se deshizo esa coalición formada por cinco partidos de ideologías diversas pero unidos por el afán de combatir una sangrienta dictadura. El partido Liberal y el PIR se habían unido para propugnar la candidatura de Luis Fernando Guachalla frente a Hertzog que formó un nuevo partido llamado Unión

Social Republicana (USR). Esta fue la primera denominación adoptada por los partidos Republicano, Socialista y Republicano Genuino.

La fragilidad de las fórmulas ministeriales era provocada por el ambiente conspiratorio reinante en las minas. Durante los dos años y dos meses que duraría el gobierno, tiempo demasiado breve para completar un vasto programa de gobierno, aquellos factores disociantes entorpecerían su labor sin lograr esterilizarla por completo.

En orden a la articulación territorial, Hertzog concebía que cada departamento debía tener su propia función económica y beneficiarse preferentemente de sus propios recursos, para lo cual procuraría impulsar por igual a todas las regiones bolivianas. Esta iniciativa de Hertzog ha sido adoptada cincuenta años más tarde en países vecinos.

Al departamento de La Paz, que por su cuádruple vinculación ferroviaria y su desarrollo industrial minero tenía función económica propia, procuró beneficiarlo con la creación de numerosas escuelas en sus provincias; lo mismo que a Potosí y Oruro, también importantes centros ferroviarios. Como Cochabamba y Santa Cruz poseen yacimientos de petróleo, alentó esta industria al no agobiarla con cargas impositivas. Dispuso que la empresa petrolera fiscal emprendiera la construcción de la moderna planta de refinería de Mesaverde en las afueras de Sucre.

Tarea prioritaria del gobierno fue ordenar la economía. El deterioro de las estructuras económicas mundiales resultante de la Segunda Guerra debía repercutir inevitablemente en Bolivia.

Si durante el conflicto bélico la presión americana constriñó a Bolivia a vender materias primas estratégicas, el estaño y la goma, a precios dictados por la potencia dueña de la refinería de Houston, al firmarse la paz se restableció la ley del mercado. Bolivia resultó perjudicada en ambas coyunturas pues para los pequeños países no hubo ningún «plan Marshall». Disminuyeron los ingresos fiscales y aumentó el costo de vida; sin embargo, el nivel de tal costo fue inferior al de los demás países americanos. No hubo restricciones, tarjetas de racionamiento ni desocupación.

Recordando lo ocurrido más tarde, es ponderable que el gobierno no recurriera al crédito externo ni se agravara la deuda pública.

Para elevar los ingresos del presupuesto nacional, la Presidencia envió al Congreso un proyecto de reforma impositiva que, sin aumentar

las cargas existentes, imponía mayor estrictez en el control de recaudaciones fiscales.

Asimismo, para restablecer el crédito de la Nación, remitió al cuerpo legislativo un plan de reducción de la deuda externa. Ambos proyectos se estancaron en el Congreso. Pareciera que los parlamentarios suponen, muchas veces, que su misión es estorbar las labores del gobierno.

Los fondos públicos se administraron con escrupulosa honradez. Puede afirmarse que durante este gobierno ningún funcionario público se enriqueció ilícitamente. Prueba de que el ejemplo venía de arriba fue la estrechez económica en la que el propio Hertzog vivió siempre, agudizada hasta límites intolerables en sus últimos años.

Era exageradamente escrupuloso a este respecto. Ya en tiempo del presidente Salamanca, cuando fue designado ministro de Guerra, solicitó y obtuvo que el Presidente dictara una resolución suprema inhibiéndolo de cualquier trámite o adquisición que el Estado pudiera realizar de la firma comercial Cornelio Gundlach, de la que era gerente Carlos Hertzog. Se estableció, asimismo, que el ministro de Hacienda, Joaquín Espada, lo reemplazaría en los trámites con la mencionada empresa. Esta disposición fue cumplida al pie de la letra.

Jamás tendría fortuna personal. Su sueldo de Presidente, que ascendía a 50 mil bolivianos, es decir mil dólares mensuales, era invertido en su hogar y en la construcción pausada de una pequeña casa en Calacoto. Era escrupuloso hasta el exceso en el manejo de los fondos oficiales destinados a la Presidencia.

Las relaciones internacionales

Hertzog buscó estrechar contactos internacionales, en especial con los Estados Unidos y los países vecinos, y para ello acreditó a representantes diplomáticos de alta categoría.

En la Argentina, Gabriel Gosálvez; en Chile, Alberto Ostria Gutiérrez; en el Brasil, David Alvéstegui; en el Perú, Jorge Sáenz García; en los Estados Unidos, Ricardo Martínez Vargas; en el Paraguay, Raúl Botelho Gosálvez; en Francia, Jorge Ortiz Linares y ante las Naciones Unidas, Eduardo Anze Matienzo.

Una de sus primeras disposiciones fue reconocer al gobierno español presidido por el general Francisco Franco y restablecer las relaciones diplomáticas suspendidas por el gobierno de Villarroel. España volvió a ocupar el sitio preferencial que le corresponde con los países latinoamericanos. Entró en acción la hispanofilia de Hertzog, producto de su ancestro vasco. Madrid agradeció este acercamiento enviando una misión de arquitectos para reconstruir los edificios dañados por un temblor ocurrido en Sucre en 1947.

Las resistencias que el gobierno de los Estados Unidos guardaron respecto al gobierno de Villarroel se disiparon cuando Hertzog asumió el poder. Sus antecedentes de lucha por la democracia y la limpidez de su carrera política motivaron que las relaciones de ambos países ingresasen en el plano de la normalidad.

Bolivia cooperó con la política americana relativa a la defensa de las entidades democráticas en los países latinoamericanos. Cuando el Departamento de Estado emitió en diciembre de 1948 una declaración que hacía conocer su rechazo de regímenes impuestos por la subversión y no por sufragio popular, Bolivia respondió ofreciendo su colaboración para mantener un constante intercambio de informaciones. Sugirió, asimismo, una más estrecha ayuda financiera y económica con el fin de alentar a los países en vías de desarrollo estimulando sus fuentes de producción.

Al igual que los países latinoamericanos, Bolivia acogió con beneplácito el «punto cuatro» dictado por el presidente americano Truman en 1948 en cuanto a la ayuda para los vecinos sudamericanos. Como hecho efectivo, obtuvo que el Banco de Exportaciones e Importaciones otorgara un crédito suplementario de 16 millones de dólares para la continuación de los trabajos de la carretera Cochabamba-Santa Cruz.

Sin llegar a los niveles que alcanzaría a partir de 1952, la ayuda económica americana a Bolivia fue significativamente incrementada durante el período de Hertzog.

Vínculos con el Brasil

Tenía plena conciencia de lo vital que es para Bolivia acrecentar sus relaciones con el Brasil, país hacia cuyo territorio gravita la hidrografía boliviana y en cierto modo la región oriental del territorio. Una de las

coordenadas de su política internacional fue la de mantener y reforzar la acción iniciada durante el breve gobierno de Busch por el entonces canciller Alberto Ostria Gutiérrez. Bolivia era «tierra de contactos» según la definición de Luis Fernando Guachalla, y acaso el principal era el contacto con el poderoso vecino del este.

La eventual decadencia de la industria minera que tenían el altiplano y la cordillera de los Andes como epicentro, podría motivar que en el futuro la economía del país reposara de manera creciente en la región oriental, petrolera, agrícola y ganadera. Esta región es precisamente limítrofe con el Brasil.

De ahí arrancaba la trascendencia del ferrocarril Corumbá-Santa Cruz, iniciado en época del presidente Peñaranda.

Con motivo de la inauguración del tramo El Portón-San José de Chiquitos, el 22 de agosto de 1948 Hertzog se entrevistó en esta última población con el presidente del Brasil, general Eurico Gaspar Dutra. En la entrevista dijo en su discurso: «Estamos reunidos en suelo boliviano para poner de relieve la calidad de las relaciones y de amistad boliviano-brasileña. Hoy inauguramos un nuevo tramo del ferrocarril, obra en la que el esfuerzo de bolivianos y brasileños demuestra la pujanza de dos pueblos libres y soberanos que quieren vencer las distancias y poner al servicio de América las riquezas de su suelo. Sentamos también las bases para la construcción del ferrocarril Vila Vila-Santa Cruz, con la cooperación técnica y financiera brasileña. El día en que sean concluidas estas obras y quede empalmada la línea férrea que, desde las márgenes del Pacífico, en Arica, llegue hasta el Atlántico, en Santos, se habrá realizado la aspiración de nuestros mayores que vislumbraron los horizontes de nuestras tierras y quisieron aproximarlos con el vuelo de sus sueños.»

Respondió el presidente Dutra: «El carácter de nuestras relaciones es el del respeto mutuo y de la cooperación fraternal. Firmamos con ese propósito como el que mi país asumió la tarea de cooperar con Bolivia en la construcción del ferrocarril de Corumbá a Santa Cruz de la Sierra... Corresponde al interés del Brasil acortar el camino de unión entre los dos grandes océanos y a través del territorio boliviano. Obedece este propósito procurar a Bolivia, que aún respira por un solo pulmón, una salida sobre el Atlántico como factor de su desenvolvimiento económico y, aun más, de su seguridad.»

En seguida de la inauguración del tramo El Portón-San José de Chiquitos fueron enrielados treinta kilómetros más, durante el gobierno de Hertzog. El ferrocarril fue concluido pocos años más tarde.

Del 15 de agosto al 3 de setiembre de 1947 se efectuó en Petrópolis la «Conferencia Interamericana en el Continente». La conferencia sirvió para reafirmar la voluntad de los pueblos de América para mantener la paz y repeler cualquier agresión. Fruto de la conferencia fue el «Tratado interamericano de asistencia recíproca», suscrito el 2 de setiembre: los Estados americanos condenaron formalmente la guerra, se obligaron en sus relaciones internacionales a no recurrir al uso de la fuerza; la agresión armada por parte de cualquier Estado contra un país americano sería considerada como un ataque contra todos los Estados del continente.

El Tratado con la Argentina

Bolivia ha prodigado a la Argentina una amistad a menudo correspondida con cierta actitud arrogante. Sin embargo, por una de esas ironías de la Historia, en el único conflicto militar que sostuvieron ambos países la victoria correspondió a Bolivia. En las batallas de Humahuaca, Iruya y Montenegro, libradas en 1837, las tropas del mariscal Santa Cruz derrotaron a las de Juan Manuel de Rosas. Un traspié que los argentinos ignoran o aparentan ignorar...

Durante la guerra del Chaco, Argentina respaldó al Paraguay tanto en el frente diplomático como en el militar. El canciller Saavedra Lamas acosó a los diplomáticos bolivianos con veladas amenazas mientras los servicios secretos argentinos, que habían descifrado las primitivas claves del ejército boliviano, las trasmitían al gobierno paraguayo, al cual dieron también decisiva ayuda económica y militar.

En tiempos del general Peñaranda, la conspiración de los oficiales de la «radepa» y del MNR fue alentada desde Buenos Aires. Los militares argentinos confiaban en esos primeros años del decenio del cuarenta en el triunfo del Tercer Reich de Hitler y soñaban con crear uno semejante en América del Sur, absorbiendo fácilmente a Bolivia, Paraguay y Uruguay, los vecinos débiles.

Cuando cayó Villarroel la mayoría de los dirigentes del MNR buscaron refugio en la Argentina y el general Juan Domingo Perón les otor-

gó amplias posibilidades de trabajo al tiempo que oponía dificultades al gobierno de Monje Gutiérrez, primero, y luego al de Hertzog.

Desde el 21 de julio de 1946, la Argentina suspendió el transporte de trigo de ese país hacia Bolivia alegando que todo su material rodante en las líneas férreas del norte estaba destinado a la zafra azucarera. Su propósito era provocar penuria de pan en Bolivia, cuyas reservas de trigo y harina sólo cubrirían el consumo durante tres meses a lo sumo. Bolivia recurrió a los Estados Unidos y obtuvo envíos de urgencia que por suerte llegaron a tiempo.

Sin previo aviso, a fines de enero de 1947 llegó al aeropuerto de La Paz una delegación argentina compuesta por veinte personas que exigieron firmar ipso-facto un tratado comercial. Repuesto de su sorpresa, el presidente Monje Gutiérrez, con cabal concepto de la dignidad nacional, hizo informar a los argentinos que el gobierno no admitía imposiciones y no firmaría ningún tratado pues, eventualmente, cabía hacerlo al gobierno constitucional de Hertzog que se posesionaría en marzo. Al mismo tiempo instruyó al embajador boliviano en Buenos Aires que informara a Perón sobre la necesidad de fijar un plazo razonable para el estudio y suscripción de dicho documento. Perón accedió.

Hertzog procuró guardar buenas relaciones con el vecino del sur. Con este propósito, designó embajador en Buenos Aires a su amigo y correligionario Gabriel Gosálvez, político dúctil y cauteloso que consiguió establecer cierto grado de amistad con Perón y Evita, y ello gracias a un episodio pintoresco.

Evita, adorada por las clases humildes y vilipendiada por las aristocráticas, era víctima de incesantes burlas en los altos círculos. En una recepción ofrecida en el Plaza Hotel, durante una visita privada de Adolfo Costa du Rels, ministro de Relaciones Exteriores, circularon anécdotas ofensivas contra Evita. Gosálvez permanecía callado y con mirada reprobatoria, lo cual motivó que uno de sus colegas le preguntara: –Y usted, embajador, ¿no tiene algo que contarnos respecto a Evita?

Gosálvez respondió: –Perdone usted, pero mi madre me enseñó una máxima: No ofendas a una mujer ni con el pétalo de una rosa. Silencio absoluto.

Lo que los asistentes ignoraban era que entre los camareros del almuerzo había agentes del gobierno, uno de los cuales no tardó en referir la anécdota a la agraviada.

El tratamiento al embajador boliviano fue especialmente cálido; entre las constantes muestras de aprecio figura una invitación para asistir a las ceremonias conmemorativas del centenario de la fundación de la ciudad de La Plata. Ese día, Perón, Evita y el gobernador de la provincia de Buenos Aires recogieron personalmente a Gosálvez de su modesto domicilio de la calle Florida, seguidos de una caravana de automóviles y motociclistas. Fue el único embajador asistente.

Pese a todos estos empeños y la buena voluntad de Evita, no se pudo impedir que Perón siguiese protegiendo a los exiliados bolivianos y alentando sus planes conspiratorios. Evidentemente, era mas provechoso entenderse con ellos que con un presidente constitucional... Algo que ni Perón ni los exiliados sospechaban era que entre los dirigentes peronistas estaba un delator pagado por la embajada en Buenos Aires, informando sobre los trajines conspiratorios. Esa fue una de las causas por las que ninguno de los golpes revolucionarios tramados desde Buenos Aires tuvo éxito positivo.

El 23 de octubre de 1947, los presidentes Perón y Hertzog se entrevistaron en la localidad fronteriza de Yacuiba, donde suscribieron varios acuerdos, entre ellos la continuación del tendido del ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz y el de Sucre-Camiri, así como la creación de una comisión mixta boliviano-argentina para la ejecución de lo acordado en Yacuiba. Eva Perón estuvo presente.

Hertzog condecoró a Perón con la gran cruz del Cóndor de los Andes. Ambos presidentes acordaron iniciar contactos tendentes a la suscripción de un amplio acuerdo económico, comercial y cultural. Pocas semanas después, encomendó a Alfredo Alexander, uno de sus mejores colaboradores, que se trasladase a Buenos Aires con ese objeto. Como resultado de la inteligente labor desplegada por Alexander, el 27 de marzo de 1947 fue firmado el tratado en La Paz.

En este documento se declaraba libres de pago de derechos aduaneros de importación a los productos y mercaderías originarios del territorio de uno de los dos países exportadores al otro.

En lo relativo a disposiciones financieras se fijaba el compromiso del gobierno argentino de otorgar a Bolivia, durante el término de tres años, un crédito rotativo de hasta 50 millones de pesos argentinos destinado exclusivamente a cubrir el saldo desfavorable que, eventualmen-

te, pudiera arrojar el intercambio de mercaderías entre los dos países. Las sumas utilizadas devengarian un interés del 3,5% anual.

Capítulo importante era el relativo a la organización de una sociedad mixta boliviano-argentina de fomento económico. El gobierno argentino aportaría 100 millones de pesos argentinos para promover nuevas actividades económicas e industriales en Bolivia y aumentar la exportación a la Argentina de estaño, antimonio, plomo, cobre, hierro, petróleo, carbón, caucho, coca, maderas, castañas y otros productos naturales.

La Argentina se comprometía también a estimular la inversión de capitales privados argentinos en Bolivia y creaba modalidades para la concesión de un empréstito de 100 millones de pesos argentinos. Esto, para llevar a cabo un plan de obras públicas de carácter ferroviario, vial, agropecuario y de regadío en territorio boliviano, todo destinado a facilitar las comunicaciones entre ambos países, además de establecer las condiciones en que dicho interés de cambio sería ejecutado. Se consideraba también el régimen de seguros sobre las exportaciones de uno y otro país.

Por último, se planteaba la urgencia de intercambio cultural mediante facilidades a intelectuales, artistas, periodistas, profesores y alumnos, técnicos y obreros, para su perfeccionamiento profesional.

Los acuerdos consideraban tres finalidades primordiales: conseguir créditos para los ferrocarriles, caminos e industrias; aprovisionar al país de artículos de primera necesidad, para el caso de una disminución de las exportaciones de estaño. Este primer objetivo no pudo ser logrado por la demora por parte de la Argentina en organizar las comisiones mixtas y el desgano que luego mostraron los comisionados.

El segundo objetivo era de orden económico: obtener para las exportaciones de estaño un nuevo comprador, la Argentina, liberando así al país del monopolio ejercido por los Estados Unidos, que fijaba precios caprichosamente. En efecto, la mención de la entrega de 8 mil toneladas de concentrados de estaño a la Argentina facilitó la suscripción de un contrato con la Metal Reserve, que accedió a pagar un dólar americano por libra de estaño, en vez de los 75 centavos de dólar que pagaba hasta entonces. La razón era sobre todo política: los Estados Unidos buscaban mortificar a Perón.

La tercera finalidad era de orden político: tratar de obtener que el gobierno argentino dejase de apoyar al MNR en sus trajines

conspiratorios. Si bien el primer objetivo no llegó a ser realizado, los dos restantes lograron vigencia parcial.

Hertzog conservó un alto concepto personal de Perón. Expresó en una carta a un amigo: «Durante nuestra entrevista de Yacuiba, Perón me pareció un hombre honrado y caballeroso. Cuando algunas veces he expresado esta opinión, he sido calificado de utopista y demasiado confiado, pero la verdad es que, por lo menos durante mi presidencia, el gobierno argentino no hizo nada directo y visible para alterar la estabilidad del orden. Después ya no sé lo que ocurrió»...

En verdad, acaecieron muchas cosas.

Como detalle curioso de la relación entre ambos mandatarios cabe relatar que en noviembre de 1946, al hablar a los mineros de Milluni, Hertzog proclamó los derechos del trabajador en ocho puntos; y tres meses más tarde, Perón enumeró esos mismos derechos. Siete de los ocho puntos expuestos por Hertzog estaban copiados casi al pie de la letra. Hertzog no pudo resistir la tentación de decir risueñamente al ex embajador argentino Manuel Buitrago Carrillo que «haría valer sus derechos de autor».

Hertzog había declarado: «Nuestro credo es la necesidad de una distribución equitativa de la ganancia ofrecida por la producción. La unión de las fuerzas productoras, capital y trabajo, acrecienta la producción y por ende el valor distribuible, permitiendo esa alianza la creación de medios suficientes para lograr la tranquilidad material y espiritual de los asociados.»

Definió después los derechos del trabajador estableciendo, junto a sus deberes, el derecho a la salud y a la vida, por el cual debe poseer casa, alimentación y ropa adecuadas a sus necesidades, edad y clima en el que vive, además de satisfactorias condiciones de seguridad industrial y agrícola. Le corresponde el derecho a la cultura, que impone a la sociedad dar al trabajador y a sus hijos educación, capacitación técnica y desarrollo deportivo. Derecho al trabajo supone que todos deberán encontrar, por acción del Estado, trabajo de acuerdo con sus capacidades y ser suficientemente remunerados. El derecho a la independencia económica obliga a que, después de una vida de trabajo, todo boliviano debe poder independizarse económicamente.

Después expuso lo que llamó «estímulos del trabajo». Estableció como estímulo básico la necesidad de «definir el salario no sólo como retri-

bución justa por el servicio prestado, sino como la retribución para atender todas las necesidades familiares». Planteó estimular la «seguridad social» entendida como la garantía de una renta que reemplace a las entradas normales cuando éstas se ven interrumpidas por enfermedad, accidente o desocupación. Como tercer estímulo fijó la participación que debe tener el trabajador en las utilidades de la empresa que lo contrata.

Estrechando lazos con el Perú

A través de la historia, la mayoría, por no decir la totalidad de los presidentes bolivianos, han procurado aproximar a Bolivia con el Perú. El ejemplo clásico es, por supuesto, el mariscal Andrés Santa Cruz.

Es evidente que la geografía y la historia unen irrevocablemente a los dos países. Hertzog no intentó ser la excepción. A los tres meses de su gobierno reunió en La Paz una comisión peruano-boliviana para actualizar las recomendaciones formuladas por un protocolo de 1937.

Fruto de este contacto fue el tratado comercial y económico suscrito en Lima el 15 de junio de 1948 entre el embajador Eduardo Sáenz García, por parte de Bolivia, y el general Armando Revoredo y el senador Emilio Romero, por el Perú.

El tratado encaraba los siguientes problemas: el régimen de libre tránsito; intercambio comercial; régimen de comercio fronterizo y represión al contrabando; cooperación económica y financiera, para cuyo objeto ambos gobiernos acordaron la creación conjunta de un instituto técnico-económico boliviano-peruano. Otro tema importante fue el de las comunicaciones; se trataba de los sistemas ferroviarios que vinculan a ambos países, a los cuales hacía falta la finalización, por parte del Perú, del tramo Matarani-La Joya. Asimismo, debía realizarse la construcción del ferrocarril Puno-La Paz; el mejoramiento de la carretera que une Arequipa-Puno-Copacabana-Estrecho de Tiquina. Cada gobierno debía tender el asfaltado de las secciones La Paz-Copacabana con la frontera, y Arequipa-Puno y Yunguyo. Por último, se comprometieron a llevar a cabo la construcción de los tramos de la carretera La Paz-Charaña-Tacna.

Otras disposiciones apuntaban a la creación de cámaras de comercio peruano-bolivianas y garantías sociales. Ambos gobiernos debían

aplicar las respectivas leyes sociales sin establecer diferencias de ninguna especie.

Paralelos al tratado, fueron suscritos convenios relativos al intercambio de productos minerales, agrícolas, cueros, materiales de construcción, petróleo y gasolina; libre tránsito para toda clase de productos naturales, manufacturas, mercaderías, material bélico, materias primas y cualquier clase de artículos transportables, ya fuera que procedieran de los países contratantes o de terceros. La mención de material bélico se debía sin duda a la intención de evitar la experiencia que Bolivia tuvo con Chile, cuando este país, al comienzo de la guerra del Chaco, en 1932, opuso dificultades al tránsito de armamento por Arica.

Otros convenios se referían a la sanidad animal y vegetal, caza, pesca y reforestación; pasaportes y salvoconductos; turismo e intercambio cultural.

Poco después de suscritos estos acuerdos, se produjo en el Perú, en octubre de 1948, el derrocamiento del presidente José Luis Bustamante y Rivero y, ocho meses más tarde, la renuncia de Hertzog. Ambos presidentes mantenían cordial amistad personal nacida en los años cuarenta, cuando Bustamante era embajador en La Paz. Alejados ambos del poder, algunas de las estipulaciones del tratado comercial y económico sufrieron retardo en su aplicación y otras fueron postergadas indefinidamente.

Las relaciones entre Bolivia y Perú sufrieron cierta tirantez cuando el nuevo presidente del Perú, general Manuel Odría, exageró la ayuda material prestada a algunos exiliados miembros del MNR de quienes se sabía intentaban acción subversiva en la región fronteriza. Presentada la reclamación, el gobierno de Lima negó cualquier intromisión de su parte en política interna boliviana y como demostración de buena voluntad dispuso que en adelante los exiliados bolivianos deberían residir en Lima y no en Arequipa ni en zona fronteriza.

La gestión marítima

«El problema de la mediterraneidad de Bolivia fue desde mi época de estudiante una preocupación constante. No es de extrañar que al llegar a la Presidencia de la República constituyera la meta principal de mi gobierno», escribió Hertzog años después.

Manos a la obra. Su primer acierto fue designar embajador en Santiago de Chile a Alberto Ostria Gutiérrez de quien dijo este elogio: «Fue uno de los bolivianos más insignes y completos que he conocido. Era un gran estudioso de la historia en general, de la historia de América y de Bolivia en particular. Sus libros de historia están escritos con un singular método y en un estilo elegante y claro. Consagró esfuerzos para convencer a Chile de la necesidad de dar a Bolivia una salida al mar. Fue el luchador más denodado de nuestros derechos portuarios y el mejor negociador para el trato directo con Chile. Gozaba en Santiago de un predicamento muy merecido por su extraordinaria competencia, su honradez personal y la gran simpatía que inspiraba a los gobernantes de Chile, a los cuales habló en un lenguaje severo y directo, no exento de sagacidad, hasta convencerlos de entrar en negociaciones capaces de dar a Bolivia una salida soberana.»

En verdad, no habría podido encontrar negociador más eficaz para gestión tan delicada y vital. Su talento iba realzado por un señorío sin jactancias y por una devoción patriótica sin grietas. Ostria amó con devoción a Bolivia y a su servicio consagró la vida entera, dentro y fuera de la carrera diplomática. Fue fino escritor, a quien la literatura boliviana debe varias obras de mérito. Como tratadista, publicó valiosos comentarios sobre derecho Internacional y, como periodista de élite, fue director de «El Diario» de La Paz, al que prestigió como nadie lo hizo durante décadas. Después de la guerra del Chaco inició una hábil política de acercamiento con los países vecinos, indispensable luego del terrible episodio bélico. Era, pues, el hombre indicado para el nuevo intento portuario.

El 2 de junio de 1948 Ostria inició su gestión ante el presidente de Chile, Gabriel Gonzales Videla. Este mandatario declaró «que no solamente comprendía la significación del problema marítimo boliviano», sino que este le inspiraba viva simpatía pues era «una aspiración legítima, más todavía si se considera que Bolivia tuvo una salida al mar».

Según Ostria, Gonzales Videla estaba dispuesto a ceder a Bolivia una parte de territorio de cinco kilómetros al norte de Arica. Gonzales Videla informó a Ostria que la marina chilena había hecho algunos estudios y que de ello deducía la posibilidad de construir allí un puerto. Sin embargo, respecto a la aspiración boliviana de obtener Arica advirtió que Chile no la aceptaría nunca: «Arica es el santuario de las glo-

rias guerreras de Chile y a mi juicio el ejército no aceptará su cesión a otro país. Distinto sería el caso de una franja de territorio al norte de Arica, a lo que el ejército no haría oposición porque significaría positivamente la supresión de una frontera.»

Preocupaba al presidente chileno la oposición del Perú y la eventualidad de su negativa. Ante tal posibilidad coincidió con el embajador boliviano en la conveniencia de mantener la reserva en esta etapa preliminar de las conversaciones.

Finalmente, Gonzales Videla pidió que sobre las bases por él señaladas se pronunciara el gobierno de Bolivia o hiciera alguna contrapropuesta para estudiarla detenidamente.

Habían transcurrido muchos años desde que Chile se mostrara asequible a encarar el problema marítimo boliviano. La primera vez fue en 1895, cuando se acordó un protocolo, luego no ratificado, que establecía: «la cesión definitiva del litoral de Bolivia en favor de Chile quedaría sin efecto si Chile no entregara a Bolivia, dentro de un término de dos años, un puerto en la costa del Pacífico». Luego, el 10 de enero de 1920, en un acta protocolizada suscrita por Emilio Bello Codecido, ministro de Chile (aquel que firmó el tratado de 1904), declaraba que «Chile está dispuesto a procurar que Bolivia adquiera una salida propia al mar cediéndole una parte importante de esa zona al norte de Arica y de la línea del ferrocarril que se halla dentro de los territorios sometidos al plebiscito estipulado en el tratado de Ancón». Adviértase que este compromiso tenía lugar nueve años antes de 1929, cuando se firmó el protocolo complementario del tratado por el cual el Perú cedió Arica a Chile.

Gonzales Videla ratificó aquellos propósitos cuando Hertzog (que ya había renunciado a la presidencia) visitó Santiago en 1949 antes de dirigirse a España como embajador. Luego advino una nueva gestión, bajo la presidencia de Urriolagoitia.

Cuán distintas eran las expresiones del presidente chileno de aquellas otras formuladas por Abraham Koening, ministro de Chile en La Paz, en 1900: «Es un error muy esparcido que se repite cada día en la prensa y en la calle, de opinar que Bolivia tiene derecho a exigir un puerto de compensación en su litoral. No hay tal cosa. Chile ha ocupado el litoral con el mismo título que Alemania se apropió de Alsacia y Lorena. Que el litoral es rico y vale muchos millones, eso ya lo sabía-

mos. Lo guardamos porque vale, porque si nada valiera, no tendríamos interés en su conservación. Terminada la guerra, la nación vencida no tenía con qué pagar y entregó su litoral.»

Insolencia semejante a la del presidente chileno Carlos Ibáñez del Campo, de visita a Bolivia en 1955, invitado por el presidente Paz Estenssoro: «¿Para qué quieren ustedes mar, si no tienen puerto?». Lo cual no había inhibido a Ibáñez para recibir 40 mil dólares del gobierno movimientista para su campaña presidencial.

Muchos años después, en 1973, Adolfo Costa du Rels mencionaría en carta personal a Hertzog: «Recordará usted, como yo, la gestión secreta que hicimos juntos, aprovechando una negociación con Chile sobre el río Llauca, tendente a asegurar por fin, aunque modesta, una salida al mar. Dicha negociación la llevamos a cabo en común acuerdo, contando para ello con la inteligente colaboración del embajador Alberto Ostria Gutiérrez, y con mi amistad personal, entablada pocos años antes en Vichy, con el que iba a ser presidente de Chile, Gonzales Videla. El embajador de Chile Saavedra Agüero, que estaba al corriente de todo lo obrado, supongo que se creyó obligado, por el tratado de 1929, de ponerse en contacto con la embajada del Perú. Y si mis recuerdos son exactos, el agregado militar peruano en Santiago informó al jefe del estado mayor chileno. Este último se presentó al presidente de la República Gonzales Videla, a quien expresó en nombre de las fuerzas armadas: «No permitiremos nunca que los diplomáticos pongan en tela de juicio los frutos de la victoria.»

La guerra que no dejó cicatrices

Una de las primeras decisiones del gobierno fue continuar las relaciones con el Paraguay, sometido en esa época al régimen dictatorial del general Stroessner.

Esta medida entrañaba concesión de un gobierno constitucional en favor de un régimen de facto, el paraguayo. Ello fue explicado en una nota circular enviada el 28 de abril de 1949 por el canciller Luis Fernando Guachalla a las misiones diplomáticas bolivianas en el exterior: «No corresponde, por cierto, juzgar el grado de democracia que impera en una nación. Debemos, hasta cierto punto, guiarnos por factores ex-

ternos, para comenzar. Entre éstos, no vemos otro de mayor magnitud y significado que el de la consulta plebiscitaria para la organización de los poderes públicos. Producida una quiebra del orden institucional, la consulta plebiscitaria es, desde luego, una reintroducción al campo de la democracia, siendo siempre posible esperar que la norma constitucional vaya reasumiendo su imperio paulatinamente, particularmente en el capítulo de los derechos del hombre. De ahí que realizadas las elecciones presidenciales en el Paraguay el 17 del presente, consecuente con los anteriores enunciados, haya nuestra Cancillería comunicado que Bolivia continuará sus relaciones diplomáticas con el vecino del sudeste.»

Porque fue una guerra en la que los varones salieron a pelear al campo, sin bombardear ciudades, violar mujeres o matar niños, la del Chaco no creó odio entre los dos pueblos. Por el contrario, paradójicamente los aproximó hasta cierto punto al permitirles conocerse mejor. Desde entonces las relaciones entre Bolivia y el Paraguay han sido amistosas. El Paraguay construyó luego una carretera a través del Chaco hasta la frontera con su vecino y posteriormente surgió la posibilidad de utilizar la vía fluvial, lo cual daría a Bolivia acceso al Atlántico. Hertzog careció del tiempo necesario para dar concreción a estos proyectos.

En cuanto a las Naciones Unidas, casi desentendida del conflicto boliviano-paraguayo, a pedido del gobierno de Bolivia destacó una misión de asistencia técnica presidida por el economista canadiense Robert Keenleyside. Su objetivo principal era elaborar un plan de reforma administrativa del país.

Impulso a la cultura

Educado en buenos colegios y familiarizado con el ámbito universitario, era natural que Hertzog confiriera atención a la educación y la cultura. «Tengo la impresión, afirmó en un mensaje ulterior, de que nunca se fundó mayor número de escuelas que en mi período presidencial. Y si el problema de la construcción de edificios escolares no ha sido aún resuelto, hay algo que es importante destacar: nunca se difundió tanto la enseñanza en Bolivia.»

Esta afirmación peca, tal vez, de un exceso de optimismo, pero en el fondo refleja un hecho contundente. Fue durante este gobierno que el

presupuesto de Educación sobrepasó a todos los demás. ¿Sería permisible pensar que aún operaba en el Presidente el espíritu de doña Eduviges, que consagró su vida a la instrucción pública?

Durante su presidencia se concluyó la construcción del edificio de la Universidad de San Andrés, con quince pisos de salas de conferencias, aulas y laboratorios modernos, fruto del tenaz empeño del rector Héctor Ormachea Zalles quien, durante el gobierno del general Toro, había adquirido el antiguo colegio militar de la avenida Villazón, donde luego edificó la nueva Universidad.

Cultura significa también tolerancia. Pudo presenciarse el respeto que su gobierno guardó hacia la prensa, incluso aquélla enconadamente opositora. Ningún periódico fue clausurado o censurado, pese a los desbordes en que se incurrió. Pudo decir, después de su mandato: «Si cien veces se me presentara la ocasión, otras tantas volvería a otorgar esa libertad irrestricta, convencido como estoy de que los excesos en que incurre cierta prensa encuentran su antídoto en el recto criterio de la opinión pública.»

También respetó al magisterio cuya situación remunerativa procuró atender, sin lograr impedir movimientos huelguísticos urdidos por el sindicato correspondiente.

Respecto al papel de la Universidad en la sociedad, comentó: «Se puede comparar a la Universidad con un taller de escultor, donde se moldea permanentemente esa inmaterial arcilla que es el alma de la juventud. En todas las latitudes, nadie que haya pasado por sus aulas –maestros, egresados y alumnos– puede sentirse ajeno a las inquietudes y esperanzas reflejadas en su Alma Mater. La Universidad viene a ser, así, no sólo una extensión de la patria, sino también del hogar. En Bolivia –y en América toda– después de los fastos heroicos de la guerra de la Independencia, en los que tanta influencia tuvo nuestra vieja Academia Carolina, el pueblo ha debido más de una vez a sus Universidades su reencuentro con una libertad que parecía perdida.»

Perduraron para siempre en su mentalidad las convicciones religiosas que le impartió doña Eduviges. Ahora, como Presidente, le era factible disponer arbitrios legales para estimular los alientos de cultura.

Obedeció a este móvil el decreto que dictó estableciendo la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en los ciclos primario, secundario, profesional y normal en establecimientos fiscales y particulares. Ratifi-

caba así los decretos de enero de 1942 y de marzo de 1947 que ya habían abordado este tema.

El nuevo decreto disponía la obligación magisterial de agregar a los programas de primaria la enseñanza de moral religiosa dentro del horario general de clases; y, para los colegios secundarios, escuelas profesionales, industriales y normales, se estipulaba la contratación de profesores especiales. Quedaba prevista la instalación de una escuela normal en Cochabamba para la formación de profesores especiales de religión.

La asignatura de religión tendría igual derecho que las demás materias de enseñanza reconociéndose valor oficial a las calificaciones, promedios y exámenes finales. Rezaba la pía disposición, y en su obediencia los directores de establecimientos debían fijar el número de horas destinadas en los horarios generales de clases. Se exceptuaba de esta obligación a los alumnos cuyos padres o apoderados declararan por escrito al director del establecimiento su devoción a religiones diferentes.

En setiembre de 1948, el Presidente encabezó el Primer Congreso Interamericano de Educación Católica efectuado en Santa Cruz con participación de representantes de toda América.

La economía pública

En materia hacendaria, cabe encomiar el empeño puesto por el gobierno para mantener la relación cambiaria del peso boliviano con el dólar –el cambio oficial se marcó en 42 bolivianos por dólar– con el fin de favorecer la importación de artículos de subsistencia que no se producen en el país o se producen en volumen insuficiente. Se favorecía con la salud de la moneda a la importación de maquinarias e implementos de trabajo industrial y agrícola.

Por primera vez tuvo Bolivia un presupuesto fiscal de divisas, antes librado al criterio de funcionarios del Banco Central. Fue suprimido el comité de importaciones, causante del sobregiro de divisas por un monto de 27 millones de dólares al 31 de diciembre de 1947. Se promulgó el estatuto del importador que puso fin a una sospechosa proliferación de importadores ficticios.

Por decreto de abril de 1948 se encomendó al Banco Agrícola la misión de adquirir materias primas requeridas por las industrias para

poner coto a la voracidad especulativa de ciertos industriales que más se dedicaban a «moler divisas» como los harineros, o «fabricar dólares» como los fabriles de la industria textil. Simultáneamente se procuró impulsar la compra de materia prima nacional, como trigo y algodón.

Se alcanzó menor éxito en el equilibrio de los presupuestos fiscales, pues las necesidades del país habían crecido en forma desmesurada, en tanto que los ingresos se mantenían en un nivel casi estacionario. Se habría querido introducir una reforma integral del sistema tributario siguiendo la línea aconsejada por la misión Keenleyside, que recomendó la simplificación de impuestos y su fácil percepción bajo el lema de que «los pobres paguen menos impuestos y los ricos paguen más». El proyecto no llegó a prosperar pues había en su contra muchos intereses de difícil control.

Uno de sus afanes fue el de restablecer el crédito externo venido a menos desde que el servicio de la deuda externa fue suspendido por un gobierno anterior. Al 31 de diciembre de 1947, la deuda externa alcanzaba a 135 millones de dólares, cantidad exigua si se tiene en cuenta los montos a los que se elevó en gobiernos posteriores.

Con ese propósito destacó a Washington al ministro de Hacienda, José Romero Loza, eximio economista, ante el consejo de tenedores de bonos, con la misión de conseguir algún acuerdo tendente a aligerar la deuda. Romero tuvo buen éxito pero el Congreso demoró en aprobarlo debido a la oposición de diputados piristas y movimientistas.

Otra de sus preocupaciones fue la de impulsar la producción nacional, en particular de artículos alimenticios y materias primas para la industria. Con tal propósito se proyectó el Banco de Fomento a la Producción.

En el recuento de éxitos financieros, entre lo conseguido y lo que escapó de las buenas intenciones, queda la impresión de que el gobierno Hertzog hizo prodigios. Y es que, cuando el presidente es honrado y se rodea de colaboradores honrados, es posible producir milagros.

En lo referente a obras públicas, prosiguieron los trabajos de los ferrocarriles Corumbá-Santa Cruz, Yacuiba-Santa Cruz y de la carretera central Cochabamba-Santa Cruz. Pero no sería dado a Hertzog el privilegio de inaugurarlas.

Se procuró mantener los precios de artículos de primera necesidad a niveles razonables con una ligera alza que no sobrepasó el 16% en rela-

ción con los precios de 1945. En esos dos años del gobierno de Hertzog, el costo de la vida en Bolivia era inferior al de los países vecinos, lo cual provocó que algunos artículos fuesen exportados, en particular al Perú.

Se decretó reajustes en los salarios y sueldos tanto de los obreros de la industria como de los empleados públicos, fijando para éstos mejores sueldos mínimos.

Fue extendido en casi toda la República el desayuno escolar para niños pobres; veinte mil recibieron ese beneficio. Se dispuso que la atención médica, hospitalaria y farmacéutica en favor de los obreros, instituida por la ley general del Trabajo, se hiciese extensiva a todos los familiares que viviesen al amparo del trabajador. Fue establecido que el desahucio e indemnización por años de servicios del obrero que fallezca sin haberlos cobrado, se convierta en un derecho trasmisible a herederos legales.

Por otra ley, en noviembre de 1947, fue creado el impuesto de un centavo de dólar americano a cada libra fina de estaño exportada en favor de la adquisición de clínicas, establecimientos de reposo y readaptación, granjas, campos deportivos, material ortopédico y viviendas higiénicas; todo en beneficio de los trabajadores mineros en general.

Además, un mes después, se estatuyó que de los diez millones asignados al festejo del centenario de La Paz se destinasen cien mil bolivianos para la construcción de viviendas obreras en La Paz y tres millones para la construcción de la escuela nacional de asistencia social y educación popular.

Son numerosas las disposiciones sociales de este tipo dictadas durante los años del gobierno Hertzog, medidas reveladoras de la preocupación gubernamental.

En suma, sin ser posible afirmar que fue un período de bonanza económica excepcional, la población vivió dentro de límites de holgura, aun en sus clases tradicionalmente desfavorecidas. Las minas continuaron trabajando pese a las huelgas crónicas y la desocupación era mínima en los centros urbanos. Los campesinos se autoabastecían en escala suficiente y podían comerciar sus productos excedentes en los mercados urbanos. La mendicidad era mínima en las ciudades. Por cierto, persistían sectores y regiones de triste atraso, pero nada en este cuadro general justifica la ansiedad por tumbar al régimen creando descontento y desorden.

Subsistían, sin embargo, problemas profundos que Hertzog no alcanzaría a encarar: el sistema de distribución de la tierra, el analfabetismo, la situación sanitaria en algunas regiones alejadas, la insuficiencia de caminos y otros medios de comunicación. Dos años serían plazo de angustia para resolverlos. Sobre todo cuando se tenía que encarar un clima de subversión permanente.

Resulta evidente que dos años y dos meses resultan plazo exiguo para que cualquier gobierno pueda ejecutar vastas políticas económicas y sociales. Ese fue el problema de Hertzog. Los hechos señalados en este recuento quedan como ejemplos de su paso por la presidencia. Lo que debe ser subrayado y encomiado es el respeto que guardó por los preceptos constitucionales democráticos, su tolerancia con la oposición y su afán de introducir altura en los hábitos políticos. Todo ello, dentro de un marco de absoluta honradez y decencia, tanto de parte del Presidente como de sus colaboradores.

En su mensaje al Congreso de 1948 formuló este llamado a la concordia:

«Llamo a todos los partidos que tienen representación en este parlamento, a buscar los puntos de contacto de sus programas ideológicos; a encontrar el vértice histórico en que pudieran juntarse sus esfuerzos; a hacer que grandes soluciones institucionales, económicas, educativas y patrióticas, en una palabra, salgan de sus deliberaciones. Una opinión pública limitada es incapaz de contrarrestar los atentados y desenfrenos de las multitudes mal dirigidas. Fundado en este criterio, mi gobierno desea que existan partidos políticos capaces de contrapesar la gravitación del poder. Es imperioso que aparezcan esas fuerzas legales y legítimas. En los conceptos expresados está la explicación a los amigos que a veces acusan de debilidad a mi Gobierno por no tener una mano brutal para las represiones políticas. También está la explicación para los adversarios, en cuanto se me tacha de arbitrario por no permitir que la oposición demagógica corrompa las fuerzas del orden y envuelva al país en vorágine de represalias y sangre.»

No fue escuchado. No había intención de reflexión sobre los planteamientos del mandatario. La oposición era un búfalo ciego, que sólo buscaba el alimento del poder, pisoteando razones a su paso. Tampoco era una situación nueva. La historia nacional cuenta, cada tantas páginas, las tropelías de los tiranos de turno. Bolivia en la cruz...

Capítulo VI

LA ENCRUCIJADA

A la luz de lo que ocurrió después, puede afirmarse que la victoria del 21 de julio de 1946 fue la reacción pasajera de un pueblo sacudido por los desmanes del gobierno. Se trató, en el fondo, de un fenómeno urbano circunscrito a la ciudad de La Paz, sin que el resto de la República jugara un papel importante; los sindicatos mineros, por su parte, lamentaron el final de Villarroel mientras el malestar social continuaba latente.

Que el trance era complejo y acaso sin compostura lo advirtió Hertzog desde el primer momento de su mandato presidencial. «El día que, como Presidente, tuve que afrontar este problema sentí la impresión de haber saltado a las aguas de un torrente desbordado que amenazaba arrastrarme», confió más tarde.

La dinámica opositora resurgió poco después del 21 de julio, al amparo de las garantías otorgadas por la Junta que presidía Monje Gutiérrez. El gobierno de Villarroel había dictado providencias relativas a problemas sociales tales como el fuero sindical y el retiro voluntario; además, decretó la abolición del pongueaje así como la obligación de los terratenientes de crear escuelas en los distritos campesinos. En su mayoría, estas disposiciones pragmáticas quedaron sin aplicación y, por el contrario, cuando los indígenas de Las Canchas, en el departamento de Cochabamba, quisieron ocupar esas tierras, fueron baleados sin piedad por tropas gubernamentales. Comenta E. Rey, un politólogo argentino: «En lo social el gobierno de Villarroel se distinguió por una desenfrenada demagogia de carácter obrerista e indigenista. Pero todo se redujo a promesas.»

Pese a ello, y quizá por lo mismo, el sindicalismo obrero había medido su potencialidad y estaba resuelto a utilizarla. Su primer paso fue la convocatoria a un congreso que se efectuó en Pulacayo en octubre de

1946 (es decir tres meses después de la revolución contra Villarroel) con la asistencia de delegados de cerca de cincuenta sindicatos miembros de la Federación de mineros.

El Congreso recomendó la creación de una central obrera única que a poco dio origen a la Central Obrera Boliviana (COB). Juan Lechín la presidiría durante muchos años.

Luego aprobó la llamada «tesis de Pulacayo», documento que tras proclamar al proletariado como la clase social revolucionaria por excelencia y a los trabajadores de las minas como el sector más avanzado y combativo, trazaba ciertos principios sobre los cuales debía cimentarse la revolución social. Insinuaba que no podía pasarse por alto la etapa demoburguesa ni negaba la existencia de la pequeña burguesía «sobre todo los campesinos y artesanos». Reconocía que no existían condiciones objetivas para una inmediata revolución socialista en Bolivia, pero insistía en que la revolución proletaria estaría siempre subordinada a la lucha de clases.

Un «programa de reivindicaciones transitorias» incluía el salario básico vital y la escala móvil de salarios; la semana de cuarenta horas con escala móvil de horas de trabajo; la ocupación de las minas (frase que alarmó a las grandes empresas); el contrato colectivo y la independencia sindical; tales fueron las armas de los trabajadores, con la creación de fondos pro-huelga, reglamentación de pulperías baratas y supresión del trabajo bajo contrato.

Fue un planteamiento típicamente marxista, que por el momento quedó en enunciados teóricos, pero que generó en la clase trabajadora una nueva conciencia de sus aspiraciones. A partir de ese momento, el sindicalismo adoptó una actitud agresiva y hostil contra el gobierno, al que tildaba de defensor de los intereses de la derecha. El Presidente poseía suficiente integridad y conciencia de sus deberes de mandatario para obrar con imparcialidad frente a los intereses contrapuestos de las empresas y los trabajadores.

Renace el malestar

1947 se anunció como un año de creciente agitación en las ciudades, en los distritos mineros y en el campo, promovida principalmente por elementos del MNR.

En los primeros días de enero estallaron en La Paz huelgas de gráficos y obreros fabriles con ruidosas manifestaciones callejeras. Como les era habitual ya, reclamaban aumento de salarios. La «tesis de Pulacayo» había sido un acicate para las reivindicaciones de los trabajadores, algunas justificadas y otras exageradas, que cobrarían en el futuro un tinte de agresividad promovida por los dirigentes del MNR que habían quedado en el país. Día a día cobraban más popularidad Hernán Siles y el líder sindical Juan Lechín, cuyo carisma subyugaba a los mineros, de suyo adustos y desconfiados.

El 28 del mismo mes, los mineros de Potosí descendieron del cerro a la ciudad acompañados por sus familias, en actitud belicosa y disparando cartuchos de dinamita. Intervino la policía y restableció el orden con un saldo de diez muertos y cincuenta heridos. Fueron apresados los cabecillas, a quienes se amnistió en noviembre con motivo de las elecciones municipales.

El episodio dejó un sabor amargo y distanció a los trabajadores de la Junta de Gobierno. En señal de protesta, decretaron paros escalonados en otros distritos mineros. Mal augurio para quien debía asumir la presidencia ese mismo año.

Con su cerro legendario, Potosí era símbolo de la industria minera boliviana y excelente tema de propaganda para el MNR que acusó al gobierno de haber perpetrado una masacre. Cerca de treinta años después, un gobierno de «segunda generación» del MNR sofocó, también en Potosí, una manifestación de los pocos mineros que quedaban después de la nacionalización de 1952. Resultado: diez muertos y cien heridos de bala. Algo más. El presidente de la comisión de derechos humanos, Waldo Albarracín, fue golpeado brutalmente por las «fuerzas del orden» acusado de haber declarado que un coronel caído en aquellos enfrentamientos fue victimado por un disparo de uno de sus propios soldados.

La Historia suele tener esas ironías.

El 8 de mayo de 1947 los obreros de Catavi, Llallagua y Siglo XX se declararon en huelga en señal de protesta contra el laudo dictado por un tribunal de arbitraje en un conflicto surgido entre la Patiño Mines y los trabajadores que pedían un aumento de salarios a partir del 60%, con escala descendente y tomando como base un salario de 40 bolivianos diarios. El laudo arbitral fijó una escala de 30% en salarios de 40

bolivianos y 15% para salarios de 50 bolivianos. Los trabajadores rechazaron esta fórmula alegando que habían presentado su petición ocho meses antes y que desde entonces su situación económica era diferente.

Por su parte, la empresa declaró que su representante no había suscrito el laudo. En vista de ello el Gobierno pidió a los obreros que constituyeran una delegación en La Paz con el propósito de revisar el acuerdo arbitral.

La Patiño Mines procedió al despido de un centenar de trabajadores del campamento de Catavi y, después de varias tratativas, se logró que las labores se reanudasen normalmente. No hubo que lamentar violencias de un lado ni del otro, y en mayo se firmó un convenio que dejó a todos igualmente descontentos. Lo cual era ya un progreso.

Las bases del acuerdo fueron éstas: la empresa accedía a reiniciar sus actividades el sábado 24, con el retiro simultáneo de algunos elementos agitadores a quienes la empresa se comprometía a pagar los desahucios e indemnizaciones de ley. Se procedería de inmediato a la disolución y desarme de la denominada «policía sindical». Por último, los sueldos y salarios serían pagados a aquellos obreros que ingresaran al trabajo, controlados por empleados de la empresa.

Estaba escrito que los mineros no darían sosiego al gobierno. Al precario acuerdo de Catavi sucedió otro conflicto en la mina San José, cuya empresa había resuelto clausurarla porque los costos de producción eran excesivos. Ofreció entregar la mina y sus instalaciones al Banco Minero previo despido de cierto número de trabajadores, proposición rechazada por los mineros que se declararon en huelga. Gracias a la intervención del ministro Germán Costas, la empresa aplazó el plan y los trabajadores desistieron de su actitud de protesta.

Los conflictos reaparecieron, primero en la mina Huanchaca y luego nuevamente en Catavi y otros distritos. En Huanchaca, de propiedad de la empresa Hochschild, los obreros se declararon en huelga en julio de 1947, en señal de protesta por la detención de dos de sus dirigentes inculpados por la policía de trajines conspiratorios en complicidad con Juan Lechín y el MNR. Atendiendo al pedido del sindicato, los dos detenidos fueron puestos en libertad.

Apenas resuelto este desacuerdo, recrudeció la crisis laboral en Catavi en setiembre. La Patiño Mines había presentado un plan de reorganiza-

ción que implicaba el desahucio de algunos centenares de trabajadores, previas las indemnizaciones establecidas por ley. La finalidad declarada era aumentar la producción mediante el mejoramiento de los salarios vigentes sobre unidad de trabajo realizado, creando una bonificación para el aumento de la producción.

El sindicato minero se opuso violentamente y decretó paro de labores en respuesta al despido de mil seiscientos trabajadores, o sea la quinta parte de la plantilla.

Un grupo de unas doscientas personas entre hombres y mujeres apedreó e intentó descarrilar el tren que debía partir de Siglo XX hacia Catavi transportando 200 trabajadores que viajarían a cobrar sus liquidaciones. Como secuela del ataque cayeron algunos heridos. Al final, unos tres mil trabajadores percibieron sus respectivos haberes.

Ante la eventualidad de que estos problemas degeneraran en disturbios conducentes a requerir eventualmente medidas de fuerza, el Presidente puso empeño en que la empresa y el sindicato llegaran a acuerdos pacíficos y equitativos. Impartió instrucciones en ese sentido a su ministro del Trabajo, quien se trasladó en repetidas ocasiones a los sitios de conflicto.

Su política consistía en favorecer la aplicación del sistema de arbitraje con rigurosa sujeción a las leyes sociales. En la mayoría de los casos esta práctica se reveló positiva, si bien no logró resolver el problema que, pese a estos empeños, iría agravándose día a día. Declaró, refiriéndose a este reciente conflicto de Catavi: «Creo que para una solución satisfactoria es necesario que los bolivianos interesados en el problema, sean mineros o patronos, pongan lo máximo de su voluntad, buscando una conclusión que satisfaga a ambas partes. La agitación no lleva nunca a un resultado efectivo. El país requiere paz y tranquilidad y, conseguidas éstas, cualquier otro problema será resuelto en forma favorable. Por eso, tanto la empresa como los obreros deben llegar a la solución que espera toda la Nación.»

Pese a la ecuanimidad derrochada en los dos años de su mandato, nunca conseguiría el Presidente popularidad en los sindicatos mineros. Se le respetaba personalmente pero la conducta de los trabajadores estaba socavada por la acción disociadora de los sindicatos encabezados por Juan Lechín y otros dirigentes instigados por el MNR.

En 1948 Hertzog visitó varios centros mineros siendo recibido correctamente pero sin efusión. Recorrió Huanuni, Catavi y Corocoro. Escuchó solícitamente las reclamaciones demostrando su valentía y dignidad apartándose «tanto de la demagogia obrerista como de la obsecuencia de los poderosos», según sus propias palabras. Añadiría más tarde: «Creo haber hecho en materia social, silenciosamente, mucho más de lo que en varios años se había realizado y pocas cosas me produjeron más satisfacción como saber que la ley del seguro social obligatorio, en la que pusimos tantos esfuerzos y ciframos tantas esperanzas, fue aprobada por el Parlamento.»

Es innegable que a pesar de que sus sentimientos personales le acercaban al pueblo proletario, esa simpatía fue siempre unilateral.

Los corazones de los mineros habían sido entregados a Juan Lechín, el dirigente sindical que más amargó la vida al Presidente. Lechín, quien en un principio fue miembro del MNR como el más eficaz de sus agitadores, en realidad gozaba de autonomía en el mundo sindical. Poseía carisma y habilidad peculiar para aparecer o desaparecer de escena, según el trance se presentara. En constante movilidad, a menudo incógnito, surgía siempre en los momentos críticos, en particular cuando había que organizar o proclamar huelgas y paros, para esfumarse antes del acoso policial.

Su apariencia física cautivaba a los trabajadores, que encontraban en él mucho de lo que ellos habrían deseado poseer. Bien plantado, blanco, con fisonomía atractiva, sabía convencer cuando hablaba en público y seducir cuando galanteaba en privado. Su vida no era austera, ni mucho menos, y gustaba de los placeres hedonísticos del vestir elegante, la comida refinada y el goce de las mujeres bonitas. Todo ello no sólo le era perdonado por los humildes mineros sino que contribuía a acrecentar su admiración. Ellos sabían cuán sincera era su conducta y cuán eficaz su acción en defensa de sus intereses.

Lechín había nacido en Corocoro en 1914, hijo de un inmigrante libanés y de una boliviana. Había estudiado en el Instituto Americano de La Paz, asistido a la guerra del Chaco y trabajado como laborero en las minas de Patiño. Fue subprefecto de Uncía en el período de Villarroel. ¿Cuándo nació su inquietud social? Probablemente cuando se percató de que los trabajadores precisaban de un líder con suficiente personalidad para guiarlos. Ingresó en el MNR gracias a su amistad con Hernán

Siles y Rafael Otazo, compañeros de estudios en el Instituto Americano. Desde entonces participó en las conspiraciones movimientistas manteniendo siempre cierta independencia. Más tarde sería uno de los principales autores de la revolución del 9 de abril de 1952 encabezada por Hernán Siles.

Al igual que Hertzog, poseía una cualidad poco frecuente en la política boliviana: no era rencoroso ni sabía odiar; no abrigaba placer en perseguir a sus adversarios y, por el contrario, en más de una ocasión intenvendría personalmente para evitar violencias contra ellos. Tal era el hombre que ahora acosaba al Presidente. Después lo haría contra el propio Siles.

Lechín fue el máximo e insustituible líder de los mineros, cuyos problemas comprendía plenamente y con gran lucidez. En 1952, triunfante la revolución del MNR, sería el primero en exigir la nacionalización de las minas hasta obtener su conquista. Cuán lejos estaba de sospechar que esa medida causaría la larga decadencia de la industria minera y el despido y desocupación de decenas de miles de trabajadores... La Historia suele tener este tipo de sarcasmos.

Por no haber concluido sus estudios del ciclo secundario y menos frecuentado la universidad, Lechín carecía de formación teórica y su inquietud social era más bien producto de su origen familiar y de su experiencia personal, bien que, como alguien lo calificó, era «un proletario con alma de burgués y un burgués con alma de proletario». Su vida matrimonial así podría sugerirlo.

Sin pretenderlo, fue él quien mantuvo el espíritu revolucionario después del colapso del 21 de julio. Él, con Hernán Siles; pero él fue quien efectuó el mayor aporte: sus mineros.

Era concebible que, disponiendo de ese poderoso factor de poder que eran los mineros, Lechín abrigara ambiciones presidenciales, pero no fue así. Coqueteaba con la idea y sería varias veces aspirante a la candidatura; pero, en el fondo, prefería seguir siendo líder sindical. Era más astuto y cómodo exigir mejoras sociales y más apasionante conspirar que, como gobernante, tener que satisfacer pedidos a menudo exagerados o imposibles, además de estar atado al escritorio y régimen de mandatario.

Hertzog y Lechín siempre actuaron en frentes antagónicos, pero en lo personal se respetaban mutuamente. Ambos eran hombres incapa-

ces de deslealtades o traiciones. Que durante el gobierno de Hertzog el camarada Lechín le hiciera la vida problemática, estaba en la lógica de la situación.

Desórdenes en el agro

Aunque desprovistas de la amplitud y persistencia de las huelgas mineras, las esporádicas sublevaciones indígenas en el Altiplano y el valle cochabambino revelaban que allí también yacía un problema. Un problema complicado por sus concomitancias con la política.

El campesino indígena, que soportaba con resignación un estado social y económicamente subyugado, se había desperezado desde la guerra del Chaco donde aprendió el uso de las armas y descubrió las debilidades de blancos y mestizos. Todavía carente de líderes y de educación básica, el indígena señalaba sin embargo indicios de desasosiego a medida que se percataba de su potencial latente. Resentía cada vez el no ser dueño de las tierras que labraba, de no gozar las comodidades que brindaban las ciudades, de la escasez de escuelas para sus hijos y, en suma, de un nivel de vida más humano. La motorización de los trasportes le permitía ahora llevar en camiones sus productos a los mercados de las capitales, para alivio de su ancestral compañera, la llama. Algo más: gracias a la radio podía ahora enterarse de lo que ocurría en La Paz y otras ciudades, así como en los campamentos mineros. Oía discursos, a menudo ininteligibles, de los políticos y cada vez con más frecuencia era cortejado por mestizos que aspiraban a convertirse en sus líderes.

En tiempo de Villarroel se efectuó el primer congreso nacional indígena, con numerosa asistencia aunque escasos resultados concretos. Simultáneamente, algunas comunidades próximas de los campamentos mineros fueron tomando contacto con los sindicalistas, lo que no había ocurrido hasta entonces. Así fueron germinando factores destinados a modificar las estructuras sociales existentes. Algo trascendental estaba en marcha.

Tal fue el estado de cosas que Hertzog encontró al asumir la Presidencia. En su discurso inaugural aludió al problema: «El Supremo Gobierno guarda especial consideración para la clase indígena y tiene el propósito de hacer cuanto esté a su alcance para levantar su nivel mo-

ral y económico por medio del incremento de la educación rural y el desarrollo de un plan que contribuya a la solución del problema agrario. Mas para la realización de estas posibilidades es indispensable que los agricultores indígenas ciñan sus actos estrictamente sin pretender emplear la fuerza para obtener sus reivindicaciones y se sustraigan a la influencia nociva de los agitadores extremistas.»

En efecto, pocos días antes se había producido un levantamiento indígena en Ayopaya. Los campesinos atacaron una casa de hacienda y dieron muerte a un coronel del ejército. Luego saquearon varias propiedades vecinas victimando a los propietarios. El gobierno atribuyó estos sangrientos desmanes a un plan sedicioso concertado por la oposición. «Tan grave era el plan, declaró el ministro de Gobierno, que éste se habría desarrollado en sólo ocho o diez días, en medio de la mayor violencia. En primer término debían producirse sublevaciones indígenas en diversas zonas altiplánicas. Simultáneamente se iba a declarar huelgas en los distritos mineros. En las ciudades, elementos del MNR y la logia militar debían provocar desórdenes con ataques a los cuarteles y locales policiales. El gobierno, cumpliendo su deber, adoptó medidas de precaución procediendo a la captura de los principales dirigentes del MNR y de la logia.»

Juan Lechín, por ese entonces senador, dio otra versión, afirmando que el levantamiento de Ayopaya había sido provocado por un alza de impuestos a la producción de chicha y, sobre todo, porque los dueños de las fincas vecinas estaban cancelando las pocas escuelas existentes en ese distrito. Según él, los disturbios no obedecieron a móviles políticos.

Sin embargo, casi simultáneamente se produjeron movimientos indígenas similares en Caquiaviri, Arque, Pucarani, Comanche y otras comunidades, lo cual indicaba que se trataba de acciones concertadas.

El gobierno insistió en denunciar la existencia de una conspiración planeada por la federación obrera local y la federación agraria departamental cuyos objetivos eran la abolición del servicio militar obligatorio, de la prestación vial y del carnet de identidad; la parcelación de haciendas y comunidades, y la creación de escuelas alfabetizadoras e indígenas, clausurando aquellas sostenidas por el Estado.

Curiosamente, ése era lenguaje familiar para Hertzog, pues su madre lo había pronunciado más de una vez en el pasado. Por ejemplo, en la

Segunda Conferencia Panamericana de Mujeres dictó una charla en la que dijo: «Cuando contemplo una hermosa propiedad rural pienso que toda esta belleza proviene del sudor del indio mal remunerado y peor tratado.» La señora insistió en que la conferencia se ocupase de este problema, recomendando que los dueños de fundos o fincas fuesen obligados a crear escuelas rurales en sus propiedades; a llevar dos veces al año a un médico que vacunase a los niños contra la viruela y la fiebre tifus, enfermedades epidémicas en esos años. Los propietarios estarían obligados a pagar de su propio peculio los sueldos del maestro, del médico y el sostenimiento del botiquín y la escuela. En suma, doña Eduviges iba más allá de lo que, decenas de años después, dispondría la reforma agraria dictada en 1953.

Algo era evidente. La situación económica y social vigente en el campo desde épocas coloniales no podía perdurar. El indígena iba adquiriendo conciencia de sus derechos y cada vez los reclamaría con mayor apremio. La reforma agraria estaba ya germinando entre los maizales cochabambinos y las estepas altiplánicas.

Hertzog lo admitió implícitamente en su mensaje anual al Congreso el 6 de agosto de 1948:

> «Gran parte de las agitaciones indígenas son provocadas por los abusos que realizan algunos terratenientes, a cuya falta de humanidad se suma un afán desmedido de lucro. Por ello, creo de mi deber anunciar que el Gobierno considera oportuno preparar un completo proyecto de estatuto agrario destinado a regular las relaciones jurídicas y económicas de los colonos con los propietarios de los fundos, bajo la inspiración de corrientes avanzadas de derecho y teniendo como principios el incremento de la producción agrícola, una progresiva participación en los beneficios y un armónico régimen de convivencia.»

Ni él ni los dos presidentes provisionales que le sucedieron (Urriolagoitia y Ballivián) llegaron a dictar dicho estatuto agrario, lo cual sí realizó en 1952 el MNR en el poder. El gobierno se vio constreñido a apaciguar el campo destacando fuerzas armadas y confinando a los principales agitadores indígenas al Chapare, donde se les otorgó tierras gratuitas aunque no los medios requeridos para labrarlas. Más tarde, los Mamani, Choque y Quispe regresaron a sus sayañas altiplánicas o vallunas de origen. Fueron contados los que quedaron en el oriente.

¿Qué pensaban de Hertzog los indígenas? Pues nada. Era una figura para ellos lejana y algo abstracta. Que se sepa, nunca visitaron el Palacio Quemado ni fueron invitados a hacerlo.

Aunque Hertzog había heredado de su madre la conciencia del problema indígena, no alcanzó a ejecutar durante su breve período gubernamental ningún programa orgánico relativo a la condición social y económica del campesino.

La endemia huelguística

Si hubiera que otorgar un calificativo genérico al gobierno de Hertzog, podría denominársele «el gobierno de las huelgas».

Interminentes en los distritos mineros, se extendieron a otros campos de actividad, en una alternancia que, al abordar la atención del Presidente, ministros y autoridades impedía atender muchos otros problemas apremiantes.

1947 fue año de huelgas en los campamentos mineros y de alzamientos en el campo. Siguiendo aquel ejemplo, a inicios del año siguiente se declararon en huelga los empleados judiciales, bancarios y los maestros.

El 14 de abril los empleados del palacio de Justicia de La Paz emitieron una declaración de amenaza de huelga si el gobierno no aprobaba una petición de aumento entre 100 y 40 por ciento de los haberes de magistrados, jueces y empleados subalternos. Este personal tenía por paga 8 mil, 5 mil y 4 mil bolivianos mensuales (un dólar se cotizaba entonces en 100 bolivianos). El Gobierno accedió a un aumento menor.

Durante el mismo mes de abril, los maestros de Cochabamba exigieron un aumento de 20% sobre los haberes del magisterio y un reajuste de 100% en el pago de «categorías», denominación del subsidio que recibían los maestros por cada cinco años de antigüedad de servicios. Como el gobierno no respondiera de inmediato, entraron en huelga, siendo secundados por los maestros de Oruro, Potosí y el Beni. No se plegó el magisterio de La Paz que ya había recibido aumentos anteriormente; esta vez era el interior de la República que veía propicia la ocasión de reclamar sus derechos.

Los maestros de Oruro eran más específicos en sus exigencias: sanción del estatuto orgánico de Educación; reposición del consejo nacional de Educación; reconocimiento del derecho de sindicalización para todos los maestros; reajuste de haberes en 45% siempre que no se otorgue el subsidio familiar ofrecido por el gobierno; reajuste de categorías en 100%.

Los demás conflictos tampoco se resolvieron llanamente y en la mayoría de los casos revistieron carácter conspirativo. Entre los más graves, que llegaron hasta la etapa de la huelga durante 1947, figuraron la huelga de los empleados de Banco y ramas anexas; del sindicato del ferrocarril Guaqui-La Paz; del ferrocarril Machacamarca-Uncía; el de la fábrica de cartones y la de cemento de Viacha. Entre los laudos arbitrales dictados en los casos anteriores, los relativos a los conflictos ferroviarios fueron declarados obligatorios mediante resoluciones supremas. En el caso del conflicto bancario, el gobierno dictó el decreto que dispuso el aumento equitativo y proporcional de los sueldos y el reconocimiento de nuevos beneficios sociales, tales como la asignación matrimonial. Treinta y nueve conflictos de igual importancia fueron resueltos en el transcurso del año. Pero otros pleitos semejantes habrían de surgir en 1948. Básicamente, la situación social no había mejorado y persistía el malestar subversivo.

Como anécdota digna de ser relatada, cabe referir que en una huelga decretada por el Banco Central en 1947, parte del personal de empleados fue despedido. Entre ellos, una apuesta muchacha cochabambina llamada Lydia Gueiler Tejada. Con sorprendente audacia, ella pidió ser recibida en audiencia por el Presidente, a quien relató su cuita.

La reacción del hombre, galante como era, fue también típica: «Unos ojos tan lindos no deben llorar» y acto seguido ordenó su reposición.

El 4 de mayo de 1947, en horas de la madrugada, la población de la ciudad de La Paz despertó sobresaltada por un nutrido tiroteo en los alrededores de la escuela de mecánicos y armeros del ejército, cuyo cuartel era atacado por un grupo de civiles armados. Reaccionó la guardia y consiguió rechazarlos después de herir a dos atacantes. El grupo asaltante se dispersó dando vítores al MNR.

Unos días antes, el 1 de mayo, la policía había apresado al teniente coronel Armando Fortún y a los movimientistas civiles Federico Álvarez Plata, José Fellman Velarde y Víctor Andrade.

A fines de octubre de 1947 un grupo de movimientistas desterrados en la población fronteriza brasileña de Guajaramirim incursionó en el pueblo beniano de nombre similar, Guayaramerín.

Ambas poblaciones están separadas por el río Mamoré. El incidente fue provocado por un error del gobierno al designar alcalde de Guayaramerín a un tal Edmundo Alpire, miembro del MNR, lo cual provocó la protesta de una gran mayoría del pueblo compuesta por elementos demócratas. El flamante alcalde reaccionó desarmando a miembros del ejército y a sus correligionarios desterrados que cruzaron el río y, provistos con armas del ejército, apresaron a varios ciudadanos. Se produjeron choques sin que, por suerte, hubiese bajas graves. Poco después, el gobierno destacó una compañía de carabineros para restablecer el orden.

Este asalto, intrascendente en sí, fue sin embargo signo de que el MNR aún tenía adherentes dispuestos a internarse en el país en la primera oportunidad propicia. Ocurría lo mismo en las fronteras con la Argentina y el Perú.

Aniversario del 21 de julio

Que aún no se había disipado el fervor cívico despertado por la revolución del 21 de julio de 1946, fue patente al cumplirse su primer aniversario.

El pueblo salió nuevamente a las calles, esta vez no para combatir sino para afirmar su apego a la democracia y libertades ciudadanas. Una grandiosa manifestación reunida en la Universidad se encaminó al palacio de Gobierno, en cuyo balcón principal esperaban el Presidente y sus ministros. Frente a la multitud reunida en la plaza Murillo, emocionado habló el Presidente:

«Estad seguros de que, si el pueblo supo en determinado momento defender sus libertades, las defenderá siempre... El pueblo de La Paz no ha sido nunca vengativo ni ha alentado odio de ninguna clase; pero hace una advertencia: que no intenten volver a desafiarlo los que conculcaron sus libertades, porque entonces este magnífico pueblo se levantará otra vez. No queremos más sangre ni venganzas. Queremos que la paz, la fraternidad y la unión imperen en Bolivia.»

Mas, si el fervor popular se mantenía intacto, los partidos democráticos beneficiarios de la revolución aún nutrían sus rivalidades, reflejadas en la frecuencia con que Hertzog tenía que cambiar sus gabinetes ministeriales. En cuanto a los dirigentes del MNR, muchos de ellos exiliados en la Argentina, alimentaban la esperanza de retornar al poder por cualquier camino que fuese. Democrático si ello era posible, conspiratorio de preferencia. Para eso seguían disponiendo del apoyo del régimen peronista y del espíritu rebelde de los sindicatos mineros, así como de los ex oficiales de la logia, no dispersos del todo, que esperaban la ocasión para reanudar las andanzas de antaño.

El Presidente sabía por qué utilizaba ese lenguaje severo, pues ya se habían producido algunas intentonas, frustradas por el momento.

Ese clima conspirativo se agudizaría a medida que trancurriesen los meses en el período presidencial de Hertzog y proseguiría en los de Urriolagoitia y Ballivián, hasta rematar en la revolución de abril de 1952. La crónica política de esos años es una relación de constantes disturbios, choques armados, intentos de asalto a cuarteles, huelgas y paros que se sucedían, uno tras otro o simultáneamente. Apenas hay día de sosiego para el Ejecutivo y las autoridades policiales.

En enero de 1948, el director general de Policías, Isaac Vincenti, valiente y leal oficial que compartiera la prisión con Hertzog cuando se dio el golpe de Villarroel y que ahora era incorruptible y celoso guardián del orden público, anunció haber develado un golpe sedicioso que debía estallar el 25 de ese mes en forma simultánea con una huelga en Catavi. Lo encabezaba el general Félix Tavera y participaban el MNR, por supuesto, y ex oficiales de la logia militar. Fueron detenidos los dirigentes del MNR Luis Peñaloza, su jefe en La Paz; Federico Álvarez Plata, Ernesto Ruiz Rada, Jorge Ríos, Augusto Cuadros, Luis Cárdenas y algunos más.

Por segunda vez, el gobierno había derogado el estado de sitio. El primero había sido suspendido en setiembre de 1947 para garantizar la libertad ciudadana en las elecciones municipales. Con estado de sitio o sin él, prosiguieron los afanes conspirativos, focalizados de preferencia en el distrito minero de Catavi y en la ciudad de La Paz.

Muy a su pesar, el Presidente se vio constreñido a dictar nuevamente el estado de sitio el 24 de octubre, ante la evidencia de una conspiración del MNR. Lanzó un manifiesto al pueblo: «Graves amenazas de

perturbación del orden público me obligan a dictar nuevamente el estado de sitio en todo el territorio de la República... La huelga general anunciada por los sindicatos ferroviarios es ilegal y revolucionaria. Ilegal porque no existe ningún conflicto obrero patronal que la justifique y revolucionaria porque está dirigida contra los poderes Ejecutivo y Legislativo... Hemos llegado al límite extremo de esta carrera demagógica y no es posible por más tiempo mostrarse tolerantes ni débiles.»

El adiós de una sociedad

Unos días antes, el 20 de octubre de 1948, la ciudad de La Paz celebró el cuarto centenario de su fundación. Entre los diversos actos conmemorativos figuraba un «baile colonial» organizado por los Amigos de la Ciudad en el Teatro Municipal redecorado para la ocasión con motivos arquitectónicos de aquella época.

Fue el rendez vous máximo y final de una sociedad burguesa que presentía la aproximación de su ocaso. Las damas asistentes vistieron trajes coloniales en una exhibición vistosa. Todo dentro de un ambiente elegante y artificial. Bien entendido, el presidente Hertzog fue la figura central, esta vez sin Edna, cuyo estado de salud le impidió asistir.

Nunca más se repetiría ceremonia semejante. Analizando a posteriori aquel acto social, se lo puede interpretar como la despedida simbólica de toda una sociedad y de la época liberal y tradicionalista que algo de tres años más tarde cedería el protagonismo a otras clases sociales.

Los opositores movimientistas, que no perdían ocasión para vilipendiar al gobierno y censurar cualquiera de sus actos, intentaron dar al baile «colonial» un significado político demagógico.

Acusaron la presencia del Presidente como la demostración palpable de su identificación con la «Rosca», es decir con las grandes empresas mineras y los propietarios terratenientes. Inclusive procuraron sabotear aquel acto, pero la reacción popular paceña se lo impidió. Numerosas mujeres del pueblo se congregaron frente a las puertas del Teatro Municipal y otras en las galerías interiores, en parte por curiosidad, pero la mayoría para aplaudir a las parejas y prevenir desórdenes.

Ese acto, que desató la rabieta de la oposición, se llevó a efecto con la mayor teatralidad. Estaban sus actores en el Teatro Municipal, es decir, en el escenario, y representaban su salida por el foro de la Historia; eso sí, muy elegantes.

La oposición movimientista acusaba al gobierno de ser un dócil instrumento de los tres «barones del estaño», es decir Patiño, Aramayo y Hochschild. Mencionaba como prueba la composición de sus gabinetes y las medidas adoptadas en los campamentos mineros para evitar o apagar desmanes.

Con pleno conocimiento de causa, se puede aseverar que el Presidente procuraba en toda circunstancia mantener una posición de absoluta independencia respecto a la gran minería. La consultaba, la escuchaba, pero no habría aceptado imposiciones. Frente a una oposición que no vacilaba en emplear la violencia, era explicable que buscara apoyo en las fuerzas de derecha; pero que no estaba alineado con ellas como lo demostró cuando, en su segundo gabinete, incluyó a dos ministros del PIR, venciendo la oposición de miembros de sus propias filas, la Unión Socialista Republicana.

El Presidente era hombre de gran integridad en lo personal y en lo político. Posteriormente podría acusársele de debilidad y vacilaciones, jamás de deshonestidad material o intelectual. Sabía mantener la dignidad e independencia del cargo. Lo dijo alguna vez: «En lo social, mi máxima ha sido siempre esta: Si por derecha se entiende amar a Dios, respetar las leyes, hacer culto de las tradiciones patrióticas, procurar el bienestar de los bolivianos y luchar por la independencia y la libertad, soy de derecha. Sería tan erróneo decir que la derecha son los ricos, como decir que la izquierda son los pobres, como arguyen los comunistas. Las clases humildes no tienen más defensor ni abogado que el gobierno y deben merecer de éste toda su atención para satisfacer sus necesidades personales y familiares, entre ellos los obreros.»

Prueba palmaria fue el apoyo que dio a la sanción de la ley del seguro social obligatorio que señalaba un importante progreso en ese campo y que, por las obligaciones financieras generadas, era en su esencia resistida por las grandes empresas mineras.

Prosiguió la agitación en las minas, con mayor intensidad que antes. En febrero de 1949, el nuevo ministro del Trabajo, Fernando Loayza Beltrán, acudió a Catavi para tratar de dar solución a un nuevo paro y

fue apresado por los trabajadores. Fue preciso el envío de fuerzas policiales para liberarlo. Volvió a reaccionar Hertzog: «Este atropello no constituye un hecho aislado y forma parte de un plan subversivo sustentado por elementos derrocados el 21 de julio de 1946. Su propósito es impedir las elecciones parlamentarias de mayo próximo.»

Elecciones de mayo de 1949

Acatando el precepto constitucional, en mayo de 1949 se efectuaron elecciones para la renovación de un tercio del Senado y la mitad de la Cámara de Diputados.

Con el propósito de revestir este acto de un cariz de imparcialidad, se formó un gabinete integrado por personeros del partido Liberal y de Acción Social Democrática, como elementos independientes, aparte de aquellos afiliados al partido de gobierno: Luis Fernando Guachalla, canciller; Héctor Ormachea Zalles, José Chávez Suárez y Miguel Mercado Moreira, en las carteras de Hacienda, Educación y Agricultura; Guillermo Gutiérrez Vea Murguía en la de Obras Públicas; Alfredo Mollinedo, Waldo Belmonte Pool, Juan Manuel Balcázar y Germán Zegarra Caero en Gobierno, Defensa, Salubridad y Economía y Gastón Arduz en la cartera de Trabajo.

Con el concurso de estos prestigiosos ciudadanos se dio al país la sensación efectiva de que se abrigaba el firme propósito de presidir elecciones libres. Los propios partidos totalitarios contaron con el más escrupuloso respeto de las autoridades en la emisión del sufragio y en su propaganda partidista.

Luis Fernando Guachalla declaró que el pueblo debía elegir sin coacciones pero cuidando que los elegidos preservasen intactos sus derechos y libertades.

Quedaba muy en claro que el plebiscito sería decisivo para la democracia boliviana.

Hertzog y Guachalla fueron escuchados sólo hasta cierto punto. Las elecciones fueron correctas y la votación popular se desarrolló en un ambiente aparentemente tranquilo; sin embargo, pudo advertirse que el número de votantes era escaso. El PURS obtuvo 28 diputados; el PIR 5 y el MNR 9, entre ellos Hernán Siles, elegido diputado por La

Paz. En Tarija fueron elegidos Raúl Lema Peláez y Renán Castrillo, del mismo partido.

Resultado sorpresivo que mostró, para preocupación del gobierno, que el MNR recobraba popularidad y que la lección del 21 de julio había servido de poco. «Los bolivianos no tienen memoria», dijo un gobernante.

Envalentonados ante este éxito parcial, grupos de movimientistas se congregaron frente al palacio de gobierno atacándolo a pedradas, luego levantaron una barricada y precipitaron un automóvil, sin conductor, por la pendiente de la calle Ayacucho entre el palacio y la calle Mercado, provocando la muerte de tres transeúntes.

Hernán Siles hizo una aparición espectacular en la plaza Murillo y, encaramado en un banco, arengó a la multitud conminando a Hertzog a «entregar el gobierno al MNR» y ofreciéndole «amplias garantías para que abandone el palacio presidencial». Algunas cargas de la policía lograron dispersar a los manifestantes, sin causar bajas. Siles se retiró a su domicilio procurando calmar los ánimos por él mismo excitados.

Los disturbios recrudecieron en la noche cuando grupos armados asaltaron los puestos policiales de Puente Negro, la garita de Lima y Chijini. La primera fue atacada a las diez de la noche con la destrucción de sus muebles y documentos. Aquí se produjo un serio enfrentamiento armado como consecuencia del que resultaron muertos dos carabineros y siete fueron heridos. En total, esa noche hubo ocho muertos y sesenta y tres heridos de ambos bandos.

El gobierno restableció el estado de sitio y el Presidente dio un mensaje a la Nación: «Como primer mandatario de la República, interpretando la indignación de todo el pueblo boliviano, llamo a la ciudadanía toda a levantarse contra una organización que pretende arrastrarnos a la guerra civil para sembrar, como antes, el luto y el terror.»

Debido a su extrema violencia, los disturbios del 1 y 2 de mayo afectaron a Hertzog echando por tierra su ilusión de pasar a la Historia como el presidente durante cuyo mandato no se derramó una sola gota de sangre. A partir de ese momento empezó a invadirle la idea de dejar el mando. Temía que los choques se repitiesen con más sangre tiñendo las calles o que, para prevenirlos, tuviese que tomar medidas que significarían apresamientos y destierros, lo cual también le repugnaba. Quizá era mejor marcharse.

Percibía que lo ocurrido en esos dos días de mayo desbordaba el aspecto meramente político del resurgimiento de un partido y significaba algo más: si hasta la fecha el sector proletario había estado integrado primordialmente por el sindicalismo minero, ahora hacía su aparición un nuevo segmento sindical, los obreros fabriles concentrados en Villa Victoria, donde funcionaban fábricas de textiles, vidrios y otras. Hasta entonces el proletariado industrial, creación de las últimas décadas, no había hecho acto de presencia en los conflictos políticos, por más que los votos de los obreros fueran cortejados individualmente en tiempos de elecciones. Ahora la situación cobraba otra fisonomía. Los sindicatos proletarios industriales, además de intervenir en las elecciones, manifestaban ruidosamente y enfrentaban a la policía en las calles. Se habían convertido en la fuerza de choque del MNR. Tres años más tarde, el 9 de abril de 1952 le abrirían las puertas del Palacio Quemado.

En las dos jornadas de mayo de 1949 tañeron campanas que pregonaban el deceso del partido Liberal, gran perdedor de esas elecciones. Concluía así un período histórico que durante más de medio siglo se caracterizó por la predominancia de dicho partido, cuyo símbolo fue Ismael Montes. Fallecido el patriarca, la declinación fue paulatina e irreparable. A pesar de que en sus filas militaban ciudadanos esclarecidos como José Luis Tejada Sorzano y Tomás Manuel Elío.

Este partido fue incapaz de renovar sus filas y muchos jóvenes de las nuevas generaciones acabaron ingresando a otras tiendas políticas. Por lo demás, las corrientes socialistas prevalecientes en varias regiones del mundo situaban al liberalismo como un partido de ideas obsoletas. Un ciclo que perduró para dar origen, a partir de los años ochenta, al neoliberalismo aún vigente.

Bolivia no habría podido sustraerse a estos fenómenos sociales.

Del otro lado de la barricada, la oposición movimientista festejaba el triunfo, aunque parcial, y se aprestaba a redoblar sus conspiraciones para derribar al gobierno.

Hernán Siles surgió como el impulsor de esa dinámica revolucionaria. Mientras los demás líderes movimientistas disfrutaban de la hospitalidad más que generosa del gobierno argentino, comentando en los cafés de Buenos Aires lo que ocurría en Bolivia, Hernán Siles había preferido retornar para reagrupar las huestes del partido y conspirar, como reflejo infatigable de su temperamento. Ahora, el resultado de

las elecciones de mayo le había retemplado insuflándole nuevos ímpetus y confianza en sus andanzas. Su destino era un alud y no podía, ni intentaba, detenerlo.

Cabe señalar que siendo adversarios políticos a todo lo largo de sus vidas, Hertzog y Siles nunca fueron enemigos personales y se guardaron mutuo respeto. Por coincidencia, sus respectivas carreras políticas declinarían hasta caer en el recurso de la renuncia.

Abrigando diferentes ideologías políticas, ambos poseían cualidades semejantes: coraje personal y nobleza con el adversario. Mas, por encima de cualquier análisis personal, el uno, Siles, destinó la pasión de su vida a arrebatar al otro, Hertzog, el poder que el pueblo le había encomendado.

Capítulo VII

DE CHULUMANI A MADRID

Apenas una semana después de las elecciones del 1 de mayo y de los disturbios en la plaza Murillo y Villa Victoria, Hertzog convocó al vicepresidente, a los ministros, a los jefes de partidos, Tomás Manuel Elío, jefe del partido Liberal; Edmundo Vásquez, del PURS; Alberto Crespo Gutiérrez, del PSD; al general Felipe M. Rivera, jefe del comando militar y al coronel David Terrazas, jefe del estado mayor general.

Ante la sorpresa de los asistentes, dio lectura a la siguiente comunicación al vicepresidente:

«Señor vicepresidente: Hace tiempo que mi salud quebrantada debió haberme obligado a dejar la Presidencia de la República. No lo hice entonces, porque comprendía que la situación política y social se habría agravado con este hecho. Jamás gobierno alguno recibió la herencia que el mío, ni ninguno tampoco tuvo que debatirse tan dramáticamente entre el caos social y una difícil situación económica. Esta lucha incesante ha minado aún más mi resistencia.

Hoy, que el país ha verificado en una consulta libre la elección de sus representantes en el Parlamento y que he salvado una difícil etapa de gobierno, me es forzoso resignar en vuestras manos el poder que me confió el pueblo boliviano en las elecciones del 5 de enero de 1947. Retenerlo, cuando el agotamiento de las fuerzas físicas impide una eficaz labor, sería grave cargo de conciencia.

Me voy con la frente alta, seguro de no haber personalmente dañado a nadie y orgulloso de haber respetado la vida, la honra y la dignidad de mis conciudadanos. Las medidas constitucionales que tomé en resguardo del orden público se fundaron en la de-

fensa del pueblo boliviano que me confió, ante toda otra cosa, su tranquilidad y la defensa de su libertad tan caramente readquirida el 21 de julio de 1946.

De nada me arrepiento en la obra realizada en los dos últimos años. Ni de la bondad con que traté a mi pueblo en todo ese tiempo, ni de la energía con que defendí el orden público, salvando con ello la paz de miles de hogares de esta ciudad, frente a la subversión armada de quienes pretendían arrasarla a sangre y fuego.

Por lo demás, la Historia dará su veredicto sobre mis actos de gobernante y su inapelable fallo; dirá si me hice digno de la confianza del pueblo boliviano o si, por el contrario, lo defraudé actuando fuera de los preceptos de la ley.

No manché mis manos con un solo centavo ajeno y jamás confundí mi peculio particular con el del Estado. Salgo de mi altísimo y honroso cargo ostentando con orgullo mi modestia económica. Me voy más pobre de lo que vine, ya que sólo mis deudas han sido acrecentadas y en nada mi acervo privado. Mi fortuna fue contar con el afecto y la devoción de mi pueblo. Mi única riqueza son mis hijos a los que educaré como a mí me educó mi madre, en el temor de Dios y en el respeto de las leyes divinas y humanas.

He llamado muchas veces a la concordia y a la unión de todos los bolivianos. En esta hora, solemne para mí, repito el llamado y pido a mis conciudadanos conservar el orden y la libertad que tanto aman.

Esta renuncia, por lo demás, excelentísimo señor, abre a usted la posibilidad de un viraje en la política nacional.

Comencé mis labores de gobernante invocando la protección del Altísimo. Al dejar el gobierno le pido que ilumine vuestros actos y no permita que vuelva a ensangrentarse el suelo boliviano.

Con este motivo presento a usted los testimonios de mi respetuosa adhesión y estima.

Enrique Hertzog G.
Presidente constitucional de la República.»

Los asistentes, que esperaban todo menos una decisión semejante, demoraron unos momentos en reaccionar.

El primero en hacer uso de la palabra fue Urriolagoitia, lamentando que el Presidente se juzgara obligado a dar ese paso por razones de orden personal y sugirió, en cambio, la designación de un nuevo gabinete para ampliar las bases del gobierno.

El doctor Elío expresó que la renuncia no podía ser examinada exclusivamente por el gabinete y que, de acuerdo con la Constitución, debía ser sometida al Congreso, en próximo agosto. Mientras tanto se podría conceder licencia temporal al Presidente, si su enfermedad así lo exigía.

Todos los asistentes coincidieron con la opinión de Elío y, en consecuencia, el gobierno expidió un decreto que concedía la licencia y encargaba al vicepresidente Urriolagoitia el desempeño del poder mientras durase la ausencia del Presidente. Hertzog se retiró luego a una hacienda en Chulumani facilitada por un amigo que ya le había acogido en tiempo de Villarroel.

¿Estaba realmente tan enfermo como para renunciar?

Según su propia versión, su corazón «registraba algunas fallas y los riñones trabajaban irregularmente; además, en las extremidades inferiores advertía un estado cardiorrenal que requería largo tratamiento».

Respecto a las dolencias de los gobernantes, la Historia registra ejemplos espectaculares. El caso más reciente es el de Boris Yeltsin, presidente de Rusia, hospitalizado en forma casi permanente desde que asumió el poder y que sin embargo, por lo menos hasta finales de 1997, seguía aferrado al Kremlin.

Lo mismo puede afirmarse del presidente de la China, Den XiaoPing cuya senilidad tampoco fue motivo para desprenderse del mando hasta el día de su muerte, en febrero de 1997.

Francisco Franco fue otro caso semejante en que sólo la muerte logró despojarle del poder, cuando tenía 83 años de edad.

Entre los presidentes de los Estados Unidos, es sabido que Woodrow Wilson y Franklin Roosevelt soportaron graves dolencias en épocas cruciales para su país. Wilson cayó enfermo durante las negociaciones del tratado de Versalles y Roosevelt en la entrevista con Stalin y Churchill en Yalta.

En 1919 Wilson sufrió un ataque de hemiplejia que le causó parálisis del lado izquierdo, y Roosevelt sufría de poliomielitis desde 1921, lo cual no le impidió ejercer tres veces la presidencia. Murió en abril de 1945, de un ataque cerebral, siendo aún presidente.

Francia registró dos casos recientes en los cuales dos presidentes, pese a ser atacados por enfermedad terminal, el cáncer, prosiguieron ejerciendo sus mandatos hasta la muerte: Georges Pompidou y François Mitterrand. Éste gobernó, enfermo, durante catorce años.

En la Argentina, el presidente Roberto M. Ortiz renunció al poder sólo cuando quedó totalmente ciego.

Menos gravedad, aunque también se trataba de una dolencia crónica, fue la del presidente John Kennedy, afectado desde su juventud de una lesión dorsal incurable. Ello no le impidió efectuar fatigosas campañas electorales, giras al extranjero y atender puntualmente los tediosos compromisos inherentes a una presidencia.

En Grecia, el presidente Andreas Papandreu, pese a estar casi senecto y enfermo, se afirmó en el mando hasta morir, en 1976.

La historia de Bolivia presenta sólo un caso semejante, el del presidente Adolfo Ballivián (1873-1874) quien, aquejado por un cáncer terminal, renunció pocos días antes de morir. El presidente Salamanca sufrió durante toda su vida una enfermedad gástrica que soportó con estoicismo, en especial durante la guerra del Chaco que exigía esfuerzo imponderable.

Hubo y habría otros presidentes que renunciarían por otros motivos. Entre ellos los dos Siles, Hernando y Hernán. El primero, por un equivocado cálculo político para reasegurar su reelección, abandonó el Palacio antes de tiempo pero no pudo regresar más. El segundo, Hernán, renunció en 1982, no por causa de dolencias físicas, sino porque comprendió que su alejamiento de la presidencia ayudaría a resolver el problema económico que azotaba al país.

A principios de la era republicana hubo dos grandes presidentes que también renunciaron: Simón Bolívar, porque otros países demandaban su presencia; y el mariscal Antonio José de Sucre cuando cumplió su misión de afianzar la independencia de Bolivia.

Estos y otros antecedentes hacían algo complicado razonar sobre la lógica de la renuncia. Al parecer, sus dolencias no eran tan agudas como para adoptar tal decisión frente a un trance que requería su permanencia en el puesto de mando.

Muchos se preguntaban: ¿cuáles podrían ser los motivos reales que pesaban sobre ese aguerrido luchador que antes había soportado torturas, prisión y destierros?

Cuando algunos de los amigos le visitaron en Chulumani para disuadirle de su renuncia y citaron los ejemplos de Roosevelt y Salamanca, recibieron esta respuesta: «Precisamente ellos demuestran que se debe renunciar, pues cabe preguntarse si la muerte de Roosevelt, por exceso de trabajo y sacrificado cumplimiento de sus deberes de gobernante hizo bien a su país y a la humanidad. Sería también de preguntarse si, en el caso de Salamanca, no hay que atribuir a su condición de enfermo algunas de sus fallas de gobernante. En resumen, el gobierno exige una condición física y mental a toda prueba; lo contrario crea, para quienes se empecinan en gobernar sabiéndose enfermos, una gran responsabilidad.»

No había nada que hacer. Estaba decidido a esfumarse pero sin indicar la fecha, creando inquietud en el país y especialmente entre sus partidarios.

Esta indecisión delataba tal vez un declinar de las facultades volitivas del Presidente. Su intelecto continuaba intacto, pero su voluntad flaqueaba. Algunos actos anteriores de su gobierno habrían podido confirmarlo. Como ocurrió después con el presidente Perón y con Hernán Siles en sus segundos mandatos respectivos, cuando iban perdiendo gradualmente la aptitud para decidir. Quizá ocurrió lo mismo con Hertzog. Hay que tener presente un aspecto humano de su problema: la soledad. Estaba absolutamente solo en Chulumani. Le faltaba el calor de su hogar, el amor de Edna, la ternura de sus hijos. Cuán interminables debieron ser esas noches de los Yungas, entornado de montañas y de una vegetación semitropical; de fragancias en el aire y un cielo profundo cuajado de estrellas. Rumores nocturnos, riachuelos que se deslizaban en la espesura... Y él, solo, abismado en sus angustias, entre las que se deslizaba la imagen obsesionante de Edna, la esposa bien amada... y ausente.

Edna

A los entresijos políticos se añadía una penosa situación personal que quizá fue una de las mayores causas de este desapego de Hertzog por la presidencia: la enfermedad de Edna, su esposa amada.

Edna, mujer sensitiva y de salud delicada, había sobrellevado con coraje y abnegación duras situaciones emergentes de la actividad política de su esposo; desde las torturas en el Panóptico hasta los reiterados

destierros y confinamientos; desde las ausencias frecuentes en giras o reuniones políticas hasta problemas económicos provocados por las forzosas interrupciones de la práctica médica, principal medio de vida de una familia con tres hijos pequeños a quienes era preciso educar.

Existía un factor agravante: al contrario de lo que ocurría con las esposas de otros presidentes, por ejemplo Matilde Carmona de Busch, a Edna no le interesaba la política y más bien la abominaba. Siempre solidaria con su esposo, añorándolo, su alma se confortaba en el amor de sus hijos.

Cuando su marido asumió la presidencia, la familia tuvo que trasladarse a ese ambiente tétrico y algo siniestro del Palacio Quemado, donde faltaban el calor y la intimidad indispensables para cualquier hogar. Edna habría querido vivir en otro ambiente, frecuentar otras amistades, conversar sobre otros temas, como lo había hecho en otros tiempos. En los destierros procuró adaptarse también a esta nueva situación.

Su salud frágil no pudo soportar por mucho tiempo esa permanente tensión en que vivía su esposo: huelgas, crisis políticas, intrigas, rumores, habladurías.

Ocurrió lo que era de temer. Un día cayó víctima de una crisis depresiva que exigió su hospitalización inmediata. La recomendación médica fue que debía recibir cuidados especializados. Estaba en una clínica del Brasil cuando Hertzog decidió renunciar a la Presidencia. Y cabe suponer que dicho internamiento no fue ajeno a esta determinación política.

Carlos, el Hermano

Así, con mayúscula. El hermano Carlos Hertzog fue la persona que junto a Edna ejerció influencia poderosa en la vida de Enrique. Si hubo alguien absolutamente entregado a defenderle y protegerle en todos los trances de la vida, fue él. En la prensa, en los comités políticos, entre amigos y adversarios, allí estaba Carlos como un ángel guardián del prestigio y bienestar de su hermano. Lo socorrió en los apremios económicos; aplaudió sus aciertos y señaló sus errores. En las ausencias de Enrique veló por Edna, preocupándose de que fuese bien atendida y

nada le faltara. Él protegió a Enrique junior, a María Consuelo y María Teresa, albergándolos y controlando su educación en colegios extranjeros, pagando sus pensiones. En suma, un Hermano y asimismo mentor, padre y amigo.

Para ayudar a su madre y a sus hermanos empezó a trabajar desde muy joven en una firma comercial de la ciudad de Oruro. En marzo de 1933 se trasladó a La Paz y en noviembre de dicho año partió a la guerra del Chaco, como combatiente. Permaneció en la línea de fuego sin interrupción durante dieciséis meses, hasta que se firmó el armisticio; intervino en importantes acciones de armas como simple soldado y, al final de la guerra, tuvo que ser evacuado a un hospital de retaguardia, víctima de una grave dolencia.

Los enemigos políticos de su hermano le acusaron de haber utilizado la influencia del Presidente en favor de la firma comercial Cornelio Gundlach para la cual trabajaba. El cargo fue fácilmente desbaratado. Siendo el más próximo y escuchado de los consejeros, fue también quien se opuso a la dimisión. Le escribió a Chulumani: «Por el bien del país, debes meditar seriamente sobre la grave responsabilidad que tomarías y lo que podría ocurrir a causa de ello.»

Tenía razón, pues fue entonces que estalló en todo el país el más ramificado y peligroso intento revolucionario tramado por el MNR contra el gobierno.

La guerra civil de 1949

Hertzog aún no había renunciado formalmente y seguía reposando en Chulumani cuando el 27 de agosto de 1949 estalló una guerra civil. Regimientos acantonados en Cochabamba, Oruro, Potosí, Sucre, Camiri y Yacuiba se alzaron en armas; alguna delación permitió que el gobierno descubriera antes de su inicio la rebelión de la guarnición de La Paz, donde elementos del MNR se aprestaban a actuar.

Esa misma noche del 28 de agosto, Hertzog llamó por teléfono a Urriolagoitia pidiéndole información sobre lo sucedido y sobre las posibilidades que tenía el gobierno de sofocar la sedición. Urriolagoitia le dio cuenta detallada pidiéndole aprobar las medidas adoptadas. Hertzog las estimó acertadas, expresando que si las circunstancias exigían su

presencia en La Paz estaba dispuesto a retornar de inmediato. Urriolagoitia respondió que sería bienvenido en cualquier instante. No llegaron a una decisión categórica y Hertzog continuó en Chulumani entendiendo que el gobierno estaba en buenas manos.

Declararía más tarde: «Si todos los buenos bolivianos se aprestaban a ocupar su puesto de honor, yo quise que se me llamase, aun poniendo a prueba mis vacilantes fuerzas. Y al final preferí sacrificar prestigio político y popularidad, a la gloria que iba a obtener Bolivia entera defendiendo sus instituciones.»

Entre tanto, el Congreso autorizó al Poder Ejecutivo para que dictase el estado de sitio en todo el territorio de la República. La ciudad de La Paz declaró cabildo abierto en una asamblea efectuada en el palacio consistorial, con asistencia de las autoridades y personeros de las instituciones cívicas y religiosas, juntas vecinales, Amigos de la Ciudad, la Cruz Roja y otras entidades democráticas.

Diferente era el clima imperante en los campamentos mineros, en particular en Llallagua. En la mañana del estallido revolucionario, un avión arrojó volantes que conminaban a la revuelta y de inmediato estallaron sangrientas refriegas con las fuerzas militares de guarnición.

El lunes 30, Catavi, donde también estaban concentrados los rebeldes, fue sometido a nutrido fuego de artillería, morteros y ametralladoras. Las bajas fueron crecidas, tanto en Llallagua como en Catavi, hasta que el orden fue restablecido.

En la tentativa de agosto, mientras en el resto del país los revolucionarios combatían con tibieza, dispersándose o rindiéndose fácilmente, fueron los mineros quienes desplegaron furor al enfrentarse con potencial desigual a las tropas del ejército.

Cuán sarcásticos aquellos sacrificios, caldo de cultivo de la revolución del 9 de abril de 1952, comparados con la situación sufrida veinte años más tarde: miles de mineros serían despedidos, «relocalizados» para recordar el eufemismo utilizado aquella vez.

Ese amargo proceso remataría así; pero en aquel entonces los mineros que se batían con dinamita y esperanzas no podían sospecharlo. Llegaría el día en que en los socavones de una mina nacionalizada apareciera la inscripción «Que vuelvan nuestros antiguos patrones».

Urriolagoitia demostró temple al sofocar por las armas esta insurrección, asumiendo personalmente el control de las operaciones. Convo-

có a los generales Ovidio Quiroga, Armando Ichazo y Antonio Seleme, así como al director general de policías, Isaac Vincenti, para movilizar las fuerzas gubernamentales.

Para intimidar a los golpistas, aviones del ejército lanzaron unas bombas de disuasión sobre los aeropuertos de Cochabamba y Sucre, sin causar daños. Al cabo de varios días de escaramuzas, triunfaron las fuerzas gubernamentales reduciendo uno a uno los reductos rebeldes. La última plaza en caer fue Cochabamba, liberada por la división que comandaba el general Ovidio Quiroga.

Urriolagoitia lanzó un mensaje a la Nación: «Demando al pueblo mantener ahora la más profunda serenidad, sin ejercitar contra los revoltosos vencidos represalia de ninguna naturaleza. El castigo de éstos corresponde a la ley. Le pido también reafirmar su profundo bolivianismo, a fin de que nunca en el futuro puedan los malos bolivianos renovar su criminal atentado contra la paz interna y contra la seguridad y la unidad nacional.»

Era Hertzog al que habría cabido desempeñar papel protagónico, y su ausencia en Yungas sorprendió a quienes esperaban una actitud decidida de su parte. Las explicaciones serían insuficientes en ese momento para disipar el desencanto de sus partidarios. Cuánto habría ganado su popularidad si, enfermo como estaba, hubiese subido a un automóvil en Chulumani y retornado a La Paz para asumir, junto al caballeroso Urriolagoitia, la responsabilidad del momento...

Le faltó en ese instante la resolución que la suerte encomienda al hombre en la crisis. Desoyó el consejo de algunos amigos que le animaban a la acción. Uno de ellos, acaso el más ponderado, fue el doctor Tomás Manuel Elío quien, sin pertenecer al PURS, llamó a Carlos Hertzog y le dijo que era deber del Presidente estar en su puesto «hasta el sacrificio, si era necesario»; su alejamiento de la capital iba en desmedro de su propia persona, pues su presencia tendría un efecto psicológico muy importante en la población, unificando a sus propios partidarios del PURS, cuya desunión era evidente.

Elío obraba con absoluto desinterés, movido por una legítima preocupación patriótica. No fue escuchado. Tampoco lo fue Juan Manuel Balcázar, cuyo lúcido criterio y firme lealtad se pusieron una vez más de relieve en este trance. Le escribió: «No le queda más que resolver el regreso. Mejor cuanto antes, en el curso de una prórroga de treinta

días, como máximo. Las soluciones a medias, artificiales y forzadas, desmedran la figura de los actores; tienen consecuencias contraproducentes. Es mejor tomar actitudes radicales, gallardas, categóricas, dignas del papel que se desempeña y de la prestancia moral e intelectual que la opinión pública ha creado para sus hombres representativos.»

A esas talentosas opiniones se sumaron numerosos amigos, parientes y partidarios que en tonos amistosos le sugerían volver a La Paz para retomar las riendas del poder.

Vacilaba y vacilaba. ¿Qué era mejor para el país: su presencia o su ausencia? ¿Estaba en condiciones físicas para afrontar con buen éxito una situación tan complicada? ¿Para qué perturbar la acción de Urriolagoitia?

Ese hombre que antaño fuera tan rotundo y decidido en sus actitudes parecía ahora monologar el *to be or not to be* del personaje shakesperiano.

Surgen los conflictos

Aunque sofocada militarmente, la guerra civil de agosto de 1949 contribuyó a endurecer el propósito de renuncia que atenazaba a Hertzog. Mientras Urriolagoitia había ganado popularidad, el Presidente advirtió que la opinión pública comenzaba a olvidarle. Replegado en Chulumani, sin su esposa ni hijos, en tanto se acrecentaba la soledad y las visitas de amigos y partidarios, antes frecuentes, eran cada vez más espaciadas. Sólo su hermano Carlos y el doctor Balcázar mantenían la asiduidad de siempre.

Se hizo más concreta la impresión de que muchos deseaban su renuncia. Pocos se interesaban ya en su salud e incluso sus adversarios le atacaban con menor gana. Para colmo de decepciones, ahora eran algunos de sus propios partidarios los que censuraban actos del gobierno. Un día recibió una carta del jefe de su partido, el senador Edmundo Vásquez, que le sacó de quicio. Hombre honrado pero hermético y moldeado a la antigua, Vásquez se distanciaba temperamentalmente de Hertzog con quien nunca llegó a ligar amistad personal, aunque ambos mantuvieron relaciones formales. Tan formales que medían distancias infranqueables. Vásquez era un caballero de antigüedad, con polainas,

sombrero de ceremonia, traje cortado por algún sastre esperpéntico, clavel en la solapa y mirada dirigida al infinito. Hertzog tenía mente ágil, comprensión rápida, porte de hombre movedizo, capaz de bailar sin descanso hasta el alba, valiente, apasionado en su lucha de oposición... ¿Cómo podrían entenderse?

Como buen economista, Vásquez aspiraba a desempeñar cargos políticos encumbrados, acaso la presidencia de la República, pero nunca pudo alcanzar más que ministerios y senadurías. Una vez fue embajador en el Brasil, por poco tiempo. Quizá resentía la trayectoria espectacular de Hertzog, a quien censuraba el haber incorporado al PIR y al partido Liberal en gabinetes ministeriales que, según él, debieron ser patrimonio exclusivo de la Unión Republicana Socialista. Era un pomposo señor, arrellanado en un mundo pasado, y su carta reprochaba al Presidente no haber desplegado mayor energía en combatir y reprimir a la oposición movimientista y no admitía tolerancia con las «exageradas» demandas de los trabajadores.

Hertzog replicó en una larga carta, levantando esos cargos. El debate concluyó allí, pero sus efectos fueron negativos tanto para los dos protagonistas como para su partido y el gobierno que no podía ocultar ya sus grietas. ¿Cómo exigir medidas drásticas cuando el mismo firmante de la carta nunca se asomó al terreno de peligro?

A la carta de Vásquez siguió otra, más seca y expeditiva de Urriolagoitia, en la cual planteaba a Hertzog alternativas perentorias. La primera: regresar de inmediato para reasumir la Presidencia; segunda, en caso de no poder hacerlo, renunciar enviando el documento pertinente al Congreso. Urriolagoitia no aceptaba una nueva solicitud de prórroga de la licencia y advertía que en caso de ser solicitada renunciaría con carácter irrevocable.

Era un ultimátum, y así lo comprendió Hertzog. Había llegado el momento de tomar una decisión definitiva.

Cuando Juan Manuel Balcázar y otros amigos de Hertzog hicieron una tentativa ante Urriolagoitia para que retirara su carta o modificara su tono perentorio, éste exclamó:

> «No retiro el texto de mi carta. La situación es para mí de incertidumbre. No tengo autoridad para tomar disposiciones que son urgentes. Hasta el cuerpo diplomático está molesto con esta dualidad, que es una vergüenza para el país. Mientras mantiene

relaciones diplomáticas conmigo, las tiene que mantener también con el Presidente. Hay dos presidentes en la práctica, y esto no puede ser. He pedido al doctor Hertzog que vuelva cuanto antes, y nada he podido conseguir.

Entonces, esto debe acabar. O él viene de inmediato o yo me voy. Por todo esto, me es imposible acceder a la proposición de continuar en el interinato, mientras el Presidente busca su curación, dentro o fuera del país. Es preferible que concluya este estado de cosas. De manera que les ruego hacer conocer al doctor Hertzog que esta es mi palabra definitiva, que ratifica el texto de mi carta.»

Urriolagoitia tenía sus razones. Había expuesto su vida al sofocar por las armas una sangrienta rebelión, asumiendo una responsabilidad que en realidad no le correspondía. Había guardado todo tipo de consideraciones al exiliado voluntario de Chulumani, mientras éste cavilaba en sus dilemas. La situación del país estaba lejos de haber sido apaciguada, y en las minas y otros centros cobraba nuevos bríos la conspiración. No era posible tener por más tiempo dos presidentes. Los términos perentorios de Urriolagoitia estaban plenamente justificados por muy humanas que fuesen las razones invocadas por Hertzog para mantener una situación en suspenso.

El 17 de octubre de 1949 se produjo el siguiente intercambio de telegramas entre el Presidente y Urriolagoitia:

DE CHULUMANI. - 17 de octubre de 1949. - Excmo. Sr. Mamerto Urriolagoitia. Vicepresidente Constitucional de la República.- La Paz.- Al comprobar que mi estado de salud no me permitirá reasumir las altas funciones de Presidente Constitucional de la República y no deseando que los importantes asuntos de Estado sufran más entorpecimientos, me hago un deber anunciar a Vuestra Excelencia que el día miércoles de la presente semana será enviado al Honorable Congreso Nacional el texto de mi renuncia indeclinable a mi cargo. Anhelo para Bolivia días de paz y progreso, así como ventura personal para Vuestra Excelencia. Muy atentamente, Enrique Hertzog.»

RESPUESTA

Palacio de Gobierno.- La Paz, 17 de octubre de 1949.- Excmo. señor Enrique Hertzog, Presidente Constitucional de la República. Chulumani. Lamento profundamente que el estado de su im-

portante salud no le permita reasumir las altas funciones de Presidente de la Nación, como tuve el honor de proponer que lo hiciera durante mi reciente visita a esa ciudad. Estimo que el pueblo boliviano me acompañe en este sentimiento puesto que durante el alejamiento de V.E. del poder, ha seguido con vivo interés las alternativas de su enfermedad formulando votos por el pronto restablecimiento que le hubiera permitido reiniciar su importante labor. Me anuncia V.E. que no deseando que los importantes asuntos de Estado sufran más entorpecimientos se hace un deber anunciar que el día miércoles de la presente semana enviará al Honorable Congreso Nacional el texto de la renuncia indeclinable de su alta investidura, el que con facultad constitucional la resolverá en definitiva y hará honor a su Gobierno que con perjuicio de su salud tanto ha hecho por la felicidad de los pueblos y agradezco los votos que se ha dignado formular V.E. por mi ventura personal. Muy atentamente, Mamerto Urriolagoitia, Presidente de la República.

El mensaje final

Al día siguiente, 18 de octubre de 1949, Enrique Hertzog oficializó su renuncia ante el presidente del Congreso Nacional mediante su extenso mensaje en el que rememoró episodios salientes de la Historia boliviana. Fue una especie de testamento político, concebido y redactado por un estadista que se desprendía del poder sin mayor amargura.

Inició su renuncia con estas palabras: «Al decidir, después de serena y patrótica meditación, la indeclinable renuncia que contiene el presente documento, pido al Ser Supremo que ilumine mi espíritu para que al dar este paso trascendental lo haga sin dejar huella que mancille su verdadero propósito y con la aspiración de que esta mi actitud sea comprendida y valorada como un nuevo tributo a mi Patria, al cerrar esta etapa de mi vida pública.»

Más adelante hizo referencia a su hogar y a su madre: «Nací y fui educado en un hogar católico donde por obra del más querido de los seres, mi venerada madre, el culto a Dios, el amor a la Patria, la devoción de la Justicia y práctica del Bien, constituyeron enseñanzas de

cada día y donde, por las limitaciones de la pobreza, tuvieron que ser la disciplina y el trabajo guías permanentes para afrontar la lucha por la existencia y mantener incólume la dignidad.»

Volvió a evocar el tema de la pobreza: «Nunca mis manos se mancharon con peculado alguno. Me voy más pobre que el día en que me presenté ante vosotros al jurar la Presidencia, ya que sólo he acrecentado mis deudas. Mi fortuna fue contar con el afecto del pueblo.»

Reiteró los motivos de su dimisión: «Porque la experiencia de mi profesión me ha llevado a ese convencimiento declaro que mi quebrantada salud, que requiere un prolongado reposo y adecuado tratamiento, incompatibles ambos con el ejercicio de la primera magistratura, me impide reasumir las altas funciones de Presidente Constitucional de la República. Este es, honorable señor Presidente, el motivo fundamental por el cual formulo renuncia irrevocable de la Presidencia Constitucional de la República y pido por vuestro elevado intermedio al Honorable Congreso Nacional que se digne aceptarla.»

Más tarde, dio las siguientes explicaciones:

«Me han preguntado muchas veces por qué razón renuncié a la presidencia de la Nación. Mi contestación es muy sencilla y sincera: Renuncié porque no quería cargar con las responsabilidades ajenas, hacerme cómplice de atropellos y soportar el juicio de la Historia por actos que no cometí, por errores que denuncié y rechacé de antemano. Aun estando sano habría renunciado por lo mismo. Nadie me presionó ni nadie podría haberlo hecho. Tenía suficiente poder y autoridad para hacer las cosas conforme a mi conciencia y mis ideales. Si hubiera vuelto a mi cargo una vez comenzada la guerra civil –en el supuesto caso de que hubiera estado ya completamente sano– habría tenido ante mí un dilema: afrontar las graves medidas tomadas en mi ausencia o rectificarlas y anularlas. Ambos extremos hubieran sido indignos de un gobernante honrado y consciente. En el primer caso, porque sin saber las razones que se había tenido para ir tan lejos en el camino de la represión violenta y haber derramado tanta sangre, habría demostrado una extraña y patológica naturaleza sanguinaria. En el segundo, una inconsciencia absoluta, pues me habría sido imposible prever el curso de los acontecimientos, a menos de ser un mago o un adivino.»

«Medí y sopesé todos los antecedentes y los hechos con frialdad y muy bien aconsejado. Después de maduras reflexiones, tomé la deter-

minación de dejar al responsable con sus responsabilidades. No me cabía salvar a nadie de ellas. He ahí, en pocas palabras, la verdad de los hechos. Como razón secundaria, sin mayor importancia, me cabe decir que mi salud estaba casi en el mismo estado que al comienzo de mi licencia.»

El Congreso aceptó la renuncia el 24 de octubre de 1949 y designó presidente a Mamerto Urriolagoitia.

Aunque previsto, este desenlance fue acogido en forma diversa por la opinión pública. Como era presumible, la oposición, vale decir el MNR, explotó este cambio como una muestra de inestabilidad del régimen, lo cual alentaba su prurito conspiratorio.

Varios sectores y personas reaccionaron de diversas maneras. El jefe del partido Liberal, doctor Tomás Manuel Elío, reconoció el espíritu de conciliación y respeto a las normas democráticas del ex Presidente.

Alberto Crespo Gutiérrez, jefe del partido Social Demócrata, luego de hacer parecido elogio, expresó la preocupación de su partido al ver que esta incipiente etapa democrática iniciada el 21 de julio de 1946, en vez de vigorizarse, se debilitaba.

El jefe del PIR, Ricardo Anaya, encomió su obra social agregando: «Se ha tachado al doctor Hertzog de debilidad porque no accedió a las exigencias de algunos miembros de su propio partido que preconizaban mano fuerte y eran adversos a una colaboración con otros partidos en la labor gubernamental.»

Oscar Unzaga de la Vega, jefe de la Falange, que años atrás había compartido el exilio con Hertzog, recordó que durante la reciente guerra civil éste había pedido que se le llamara para reasumir la presidencia y cumplir su deber en circunstancias difíciles.

Amigo de siempre, Juan Manuel Balcázar dijo: «El mensaje al Congreso es un modelo de sinceridad y de abnegación. Parece que hubiera querido poner de relieve ante los hombres que lo combatieron durante su breve gobierno, el más grande de sus defectos: la tolerancia. Fuerte, mientras estuvo en el llano; débil, desde que llegó al poder; débil porque no pudo abastecer la concesión de prebendas, porque no quiso ser instrumento de la venganza.»

Pese al respeto que todos guardaban hacia él cundió una sensación de alivio cuando, después de tantas semanas y meses de incertidumbre, la situación presidencial se aclaraba. Así lo sentían los ciudadanos de-

mócratas. Los otros sabían que con Urriolagoitia el ejercicio del mandato presidencial, así interino como era, estaría en manos firmes porque Hertzog como presidente había demostrado ser más vulnerable que como opositor.

Entre todas esas palabras de homenaje al Presidente dimisionario resaltaban las de ese gran señor de la política boliviana, Luis Fernando Guachalla:

«Presidente Enrique Hertzog. Chulumani. Lamento profundamente su alejamiento y puedo asegurarle que el pueblo boliviano, de verdad, también ha de lamentar su retiro, pues ese pueblo tiene un hondo sentido de justicia y sabe que el doctor Hertzog es la personificación de la rectitud, de la honestidad y del desinterés al servicio de la Patria. Me honro en declarar en esta ocasión que pocas veces he conocido a un estadista más esforzado por el bien público y más empeñado en mejorar la suerte de su pueblo. La actitud de usted y la mía fueron ejemplo y lección que deben recoger los hombres de buena voluntad para buscar leales entendimientos en bien de la patria que tanto amamos.

En esta hora en que acaso penetre en usted un hálito de soledad espiritual, créame si le aseguro que, como nunca en intensidad, va hacia usted mi devoción de amigo y mi admiración de ciudadano. Su leal y afectuoso,

Luis Fernando Guachalla.»

Tampoco escasearon palabras de aliento de su familia. De su hermano Luis, siempre discreto: «Querido hermano: Con verdadero y profundo pesar he recibido anoche la noticia de tu renuncia a la Presidencia. Con igual pesar ha sido recibida en todas las esferas de La Paz, que veían en ti al hombre probo, de corazón, y sin ambiciones de ninguna clase y que solamente buscaba la paz, la libertad y el progreso del país. Admiraban tu profundo respeto y consideración por las personas e instituciones, lo que te ha granjeado la admiración y el profundo y ascendrado cariño que te profesa el pueblo boliviano.»

Esta carta conmovió hondamente a Hertzog, pues sabía que su hermano Luis transitaba silencioso por la vida, como previendo la muerte prematura que le aguardaba. Sin intervenir en política, dedicado a su cátedra, ahora sólo hablaba para alentar a su hermano en un trance conmovedor.

Presentada su renuncia, regresó de Chulumani a La Paz, acompañado por su hermano Carlos. Se encaminó directamente a su domicilio particular donde le esperaban solo unos cuantos amigos. Su presencia pasaba esta vez inadvertida públicamente.

Al cabo de unos días, recibió un mensaje de Urriolagoitia invitándole a asumir el cargo de embajador en España. Hertzog aceptó.

En los últimos meses se había producido cierto distanciamiento entre ambos, nacido por un lado de la suspicacia de Hertzog, avivada por versiones falsas de gente de su círculo, de que era finalidad de Urriolagoitia la de despojarle de la presidencia. Por su parte, Urriolagoitia soportaba mal la indecisión de retomar el poder o renunciar definitivamente.

Las relaciones fueron enfriándose al punto que, según palabras de Hertzog «cuando fui nombrado embajador mi despedida del presidente Urriolagoitia no duró ni diez minutos. A sus frases de halago y congratulación, me limité a decir un frío gracias y después me retiré».

No fue un proceder feliz. Analizadas las cosas a la distancia y con la perspectiva que otorga el tiempo, se recoge la impresión de que la conducta de Urriolagoitia fue impecable. Estuvo pendiente de la decisión de Hertzog y presto a devolverle el mando en el instante que lo reclamara. Entre tanto apagó una insurrección armada que de triunfar habría despachado a ambos al exilio.

En todo caso, las futuras responsabilidades serían del nuevo presidente y suyos los problemas que lo acechaban, pues persistía la acción subversiva del MNR a pesar de su fracaso en la guerra civil y la evaporación del triunfo psicológico logrado en las elecciones parlamentarias del 1 de mayo de 1947.

Entrevista con Gonzales Videla

Como etapa preliminar del viaje a España, hizo una escala en Santiago de Chile invitado por el presidente Gonzales Videla, con quien se entrevistó el 23 diciembre de 1949.

Ostria Gutiérrez relata la entrevista:

«Gonzales Videla le manifestó que estaba dispuesto a proseguir las negociaciones directas iniciadas anteriormente y expresó su

convencimiento de que una obra de paz era esencial para ambos países. Calificó de grave error el de las pasadas guerras entre naciones americanas.

Manifestó después que Chile, al satisfacer el anhelo portuario de Bolivia dándole una salida libre y soberana al océano Pacífico, haría una reparación histórica y aclararía un horizonte de sus fronteras, frente a una Argentina más fuerte y a un Perú siempre dudoso.

Por lo que toca a la solución misma del problema portuario boliviano, expresó que la cesión de Arica habría que descartarla, no sólo porque el pueblo y el ejército chileno no la aceptarían, sino también porque el Perú se opondría a ella; pero que, en cambio, al norte de esa ciudad podría tener Bolivia su puerto, habilitándolo apropiadamente con el concurso económico de los Estados Unidos.

Se refirió luego a la posibilidad de que el gobierno del Perú se opusiera a la cesión que hiciera el gobierno chileno, frustrando así las negociaciones iniciadas, y agregó que la única manera de facilitar el asentimiento necesario era obtener la cooperación del gobierno de los Estados Unidos.

Recordó el decidido propósito de dar solución al problema portuario de Bolivia durante su administración y agregó que había adelantado algunos sondeos entre los principales hombres públicos de Chile, recogiendo en general muy favorables impresiones.

No vaciló en decir que, logrado el entendimiento con Bolivia, Chile podría inclusive reducir sus gastos militares y emplear los recursos correspondientes en beneficio del pueblo y del progreso nacional.

Hizo hincapié en que Chile no exigiría de Bolivia territorio alguno a cambio de la zona que le cedería y que las compensaciones por considerarse serían de otro orden, principalmente económicas, y las cuales en ningún caso significarían sacrificio para la nación boliviana, siendo destinadas más bien a dar a la solución un aspecto de equidad y recíproco beneficio.»

Como se advierte, el presidente chileno reiteró al ex presidente boliviano los conceptos emitidos en la entrevista con el ministro Ostria Gutiérrez el 2 de junio de 1948.

Durante su estancia en Santiago, fue objeto de reiterados actos de homenaje. Después de entrevistarse con Gonzales Videla visitó al canciller Germán Riesco. Previamente había depositado una corona de flores en el monumento al general O'Higgins. En la tarde fue recibido en sesión solemne por la municipalidad de Santiago, cuyo alcalde José Santos Salas le hizo entrega de una medalla de oro. Uno de los regidores, Jaime Egaña, tuvo estas palabras: «Hablar de la personalidad y los méritos del excelentísimo señor Hertzog es tarea difícil si se pretende hacer un cuadro exacto de toda su trayectoria con todos sus contornos de éxito ganados a fuerza de capacidad, honradez y tesonero afán que le ha permitido, siendo un hombre joven, escalar las grandes alturas que puede mente humana anhelar.»

Hertzog, que pocos años antes había vivido como simple exiliado en la capital chilena, apreció debidamente el significado de este homenaje.

¿Se sentía aliviado por haberse despojado de la coyunda presidencial? No lo sabremos, pero es posible que al cruzar el Atlántico y cada vez más distante de las montañas andinas, le invadiera cierta nostalgia del país del que ahora se alejaba por su propio designio.

La embajada en España

Hacía años que no disfrutaba de sosiego. Por ello, la embajada en España fue un paréntesis bienvenido en su vida agitada. Sería, asimismo, su último desempeño de una función pública.

De Santiago se dirigió a Buenos Aires, donde se entrevistó con el presidente Perón y Eva. Ésta última lo invitó a visitar los hogares y almacenes de la fundación organizada por ella. Eva fue una anfitriona encantadora, pero Hertzog no pudo menos que advertir la palidez de su rostro. Ya no era la mujer que conociera en la entrevista de Yacuiba.

Se dirigió luego a Montevideo, donde el presidente Luis Battle Berres ofreció un banquete en su honor. Asistió acompañado por Aniceto Solares, el embajador de Bolivia y ex miembro de la Junta de Gobierno.

Retornó a Buenos Aires, esta vez para embarcarse en el «Conte Biancamano» rumbo a Barcelona, donde llegó ocho días después. Enseguida se dirigió a Madrid.

Presentó credenciales en el palacio de Oriente. En la puerta del hotel Ritz, donde se alojaba, lo esperaba una carroza oficial y le escoltó la guardia mora luciendo sus vistosos uniformes. El generalísimo le acogió cordialmente.

El personal de la embajada estaba integrado por su amigo Desiderio Rivera, como ministro consejero; Santiago Schulze, secretario; y el agregado militar, futuro presidente, general Hugo Ballivián.

El gobierno de Franco soportaba una suerte de aislamiento internacional, sanción a su colaboración con los gobiernos alemán e italiano durante la Segunda Guerra Mundial. En esas circunstancias, fue bienvenida la presidencia de un embajador, así fuese de un pequeño y lejano país. La personalidad de Hertzog contribuía a que la embajada estuviese rodeada por una atmósfera cordial. Franco simpatizó con él, lo cual señaló una pauta para la conducta de sus colaboradores.

Aumentó la obsequiosidad de Franco el día en que el embajador impuso al generalísimo la condecoración del Cóndor de los Andes. La ceremonia se efectuó en el palacio de El Pardo con asistencia de Martín Artajo, ministro de Relaciones Exteriores, y el personal del Palacio.

El embajador dijo que Bolivia sentía a la distancia las alegrías y los dolores de España y jamás demostrará desapego en las horas de desesperanza. Y que «estará lista para acudir al reclamo cuantas veces sea necesario porque sabe que España pide comprensión y verdadera amistad.»

Franco se emocionó, adelantándose al lugar en que se hallaba el embajador, lo abrazó con efusión. Luego se refirió al afecto que sentía por Bolivia y al peligro que se cernía sobre la civilización cristiana, en cuya defensa «los españoles estamos dispuestos a combatir y, si es necesario, a morir con valor».

En el período en que fue embajador no existían asuntos especiales entre España y Bolivia. Su labor consistía, en buena parte, en asistir a algunos congresos y conferencias que se efectuaban por lo general en Madrid.

Logró vincularse con escritores representativos, entre ellos Eugenio D'Ors, con quien trabó buena amistad. Se visitaban frecuentemente para intercambiar ideas sobre temas políticos y literarios. Fue recibido por el Instituto de Cultura Hispánica y visitó sitios históricos, el Valle de los Caídos, Toledo, El Escorial y, con frecuencia, el Museo de El Prado.

Le atraía la vida social de alto nivel y por lo tanto Madrid era su elemento. Invitaciones frecuentes, cacerías (uno de sus deportes favoritos), recepciones. Entre sus amistades de la nobleza figuraban el marqués de Encinares, Pilar Primo de Rivera, don Juan Carlos de Borbón, el duque de Alba, las duquesas de Medina de Río Seco, de Montpensier; el general Gonzales Galarce, ministro de la Guerra, el conde de Mayalde y la duquesa de Pastrana, de Andria.

Las formalidades protocolares y la frivolidad de la vida social no le impedían ocuparse de problemas más trascendentes. Hizo una gestión para obtener facilidades en favor de eventuales inmigrantes españoles que deseaban radicarse en Bolivia. La respuesta del gobierno fue positiva:

> «Están abiertas las puertas del territorio nacional para todos los inmigrantes, preferentemente agricultores, a quienes el gobierno está adjudicando la extensión de 50 hectáreas para cada jefe de familia, dentro de la zona de reserva fiscal. Se concederá las tierras a perpetuidad y con carácter gratuito, pero los gastos relativos a pasajes y fletes de carga desde el lugar de origen hasta su residencia definitiva, así como la construcción de sus casas, adquisición de implementos, y su sostenimiento en Bolivia durante un año, correrán por cuenta exclusiva de los interesados. Como facilidad secundaria se concederán visas gratuitas de los pasaportes y la liberación de derecho aduanero para el inmigrante y sus familiares, así como la rebaja de 50% de los fletes ferroviarios dentro del país.»

Este proyecto no llegó a concretarse por falta de la propaganda necesaria en España y, además, por los cambios políticos ocurridos luego en Bolivia.

El mayor Elías Belmonte

Hertzog poseía un innato sentido de justicia. Un ejemplo de ello fue su exitoso empeño para rehabilitar la imagen del mayor Elías Belmonte, víctima de una intriga del servicio secreto inglés que fraguó la carta por la cual aparecería implicado en una conspiración nazi. Eso le valió largos años de ostracismo y, por supuesto, una gran amargura ante la injusticia. Al asumir Hertzog la embajada en España, logró que se restable-

ciera su amistad con Alberto Ostria Gutiérrez, también engañado por los ingleses en aquella ocasión. En una carta a Ostria Gutiérrez, describió la situación de Belmonte:

> «Once años duros fuera del país tienen que cambiar forzosamente a cualquiera. Y Belmonte ha sufrido ese cambio serenamente, con una sempiterna añoranza de la tierra y anheloso de ayudar en algo a la tranquilidad general. Antes quería volver a Bolivia para ver, sobre todo, a su madre y sus hijos; pero ahora que ella ha muerto y que sabe que sus hijos están bien, ya no tiene deseo ninguno de moverse de España...
>
> ...Vive modestamente en Churriana, Málaga, con su segunda mujer y un niño de pocos meses y está convertido en un pacífico granjero ocupado de sus colmenas, aves y conejos. Niega haber colaborado con los alemanes, de quienes guarda mal recuerdo; niega haber tenido convenios con el MNR, a cuyos jerarcas dirigió cartas de severa crítica. Y afirma no pertenecer a la falange Socialista. No ha abrigado rencor ni odio para nadie. Conserva ese rictus irónico permanente que muchos interpretan como altanería y que tal vez lo fue, pero que yo creo que ya no es sino la única manera de mostrarse amable.»

Gracias a estos buenos oficios se logró la reconciliación entre Belmonte y Ostria Gutiérrez que presentó excusas por el error cometido en 1942 y Belmonte reaccionó con altura, aceptándolas.

Hertzog hizo cuanto estuvo a su alcance para facilitar el retorno de Belmonte a Bolivia, objetivo que finalmente consiguió. Belmonte fue caluroso en su agradecimiento.

Elías Belmonte retornó a Bolivia luego de nueve años de ausencia. Más tarde fue rehabilitado y ascendido en su grado militar.

Fue también durante su estada en Madrid que Hertzog recibió la triste noticia de la muerte de su hermano Luis, en junio de 1950. Carlos le informó: «Aún no se me pasa la impresión, aunque la pena será eterna, por la muerte de nuestro querido hermano Luis. Al arreglar sus papeles en las noches, lo mismo que sus libros, el dolor de su muerte es más lacerante. Todo en él era admirable. Su talento, su austeridad, su honestidad. Jamás cambió su modo de ser. Ni cuando las persecuciones del MNR a los Hertzog, ni cuando su hermano Enrique llegó a la más alta magistratura del país.»

«Así ha sido Luis, la vida inmaculada. Entre las muchas personas que me han dado pésame, ninguna me conmovió más que Roberto Arce, quien me dijo: Parece que Luis hubiera sido uno de los pocos para quien Rudyard Kipling escribió su famoso «If.»

Entre tanto habían ocurrido en Bolivia, durante los dos años en que Hertzog desempeñó la embajada en España, acontecimientos de gravedad que hicieron tambalear la vida nacional.

Capítulo VIII

UN SEÑOR DE CHUQUISACA...

Ningún antecedente personal permitía prever el papel espectacular que cabría desempeñar en un crítico período de la historia de Bolivia a ese señorito de familia aristocrática que había pasado gran parte de su vida en Europa. El destino suele tener designios sorprendentes.

Mamerto Urriolagoitia era un caballero de porte esbelto dotado de una fisonomía que habríase dicho extraída del cuadro «El entierro del conde de Orgaz»: frente amplia, cabellera negra y leves barba y bigote, siempre atildados. Un accidente sufrido en la niñez le invalidó parcialmente dos dedos de la mano derecha. Culto, mesurado en sus opiniones, más atraído por la diplomacia que por la política, había preferido al partido Republicano Genuino, más por amistad con Luis Calvo y otros dirigentes que por impulso.

En cualquier régimen democrático el cargo de vicepresidente es meramente representativo y en algunos casos sólo decorativo. Urriolagoitia no escapó a la regla y durante la presidencia de Hertzog mantuvo una conducta discreta y de segundo plano.

Fue un sacudón en su vida pasar de esa vida marginal durante la licencia del Presidente al reemplazo del Presidente en reposo. Cumplió el llamado con desinterés y lealtad, guardándole el puesto e incitándolo a retomarlo. Sólo cuando éste presentó renuncia irrevocable, asumió plenamente la tarea presidencial, sin alardes.

Al hacerse cargo de la presidencia interina, estaba lejos de sospechar lo que le aguardaba.

Durante dos años tendría que luchar de manera incesante contra una desbordada anarquía en las minas; sofocar cuatro intentos revolucionarios del MNR, el último transformado en cruenta guerra civil; se vería obligado a exiliar a los líderes sindicales Juan Lechín, Mario To-

rres y al jefe de la Falange Oscar Unzaga de la Vega. No tendría un día de sosiego.

Fue entonces que reveló su auténtica personalidad: bajo esa apariencia tranquila y señorial acechaba un hombre de carácter con plena conciencia de sus responsabilidades y presto a adoptar sin vacilaciones medidas indispensables para mantener el orden público y sofocar las sediciones.

A las pocas semanas de la renuncia de Hertzog, fue descubierto otro complot del MNR y los sindicatos mineros. Urriolagoitia dispuso el destierro a Chile de veintitantas personas, así como el apresamiento de Juan Lechín y otros líderes sindicales. Al tener noticia de esto, los trabajadores de Siglo XX invadieron las oficinas de la empresa capturando como rehenes a siete ingenieros americanos, un empleado argentino, un danés y siete bolivianos al tiempo que apedreaban sus viviendas y hacían estallar cartuchos de dinamita en las calles. Ya no era huelga, sino un motín armado. Los cautivos fueron vejados y maltratados en el camino hacia la sede del sindicato, donde se les encerró.

Reaccionaron las tropas del ejército acantonadas en las inmediaciones. Al aproximarse al local del sindicato intercambiaron disparos con los mineros, cayendo muertos dos, cuyos cadáveres fueron llevados en andas por sus compañeros que clamaban venganza. Los cautivos fueron nuevamente golpeados y un disparo hirió al empleado argentino Hauser. Horas más tarde, la turbamulta volvió a invadir el local donde estaban los rehenes y reemprendió los golpes, tan brutales como antes, al extremo de causar la muerte de uno de ellos, David Vargas, jefe de bienestar social. Dos disparos mataron a los ingenieros americanos Albert Kerfting y John O'Connor, éste último asesinado en presencia de su esposa que esperaba un niño.

Por una razón inexplicable, los mineros se ensañaron con sus rehenes. Recogemos la versión que da Lupe Cajías: «¿Qué sucedió? Unos dicen que fueron los propios militares que, en la confusión del tiroteo, impactaron en la dinamita acumulada. Las viejas del almacén dicen que con saña y premeditación los mineros encerraron a los rehenes, les pusieron dinamita, los hicieron volar y que luego se dispararon entre ellos. Amarraron a sus rehenes para que no escaparan, los golpearon y escupieron. Las mujeres se reían de su terror. Les hicieron «callejón

oscuro» para que el que más y el que menos dé su patada al gringo. Les hicieron creer que los iban a soltar y luego los dinamitaron.»

Al anochecer, cuando las tropas militares estrecharon el cerco, los mineros se dispersaron y los rehenes pudieron escapar por un boquete abierto gracias a una explosión de dinamita. Sólo entonces el ejército atacó el campamento y el enfrentamiento se prolongó hasta el amanecer. Las bajas fueron considerables: 40 muertos y 80 heridos, incluyendo algunas mujeres y niños víctimas de balas perdidas.

Nunca se había producido violencia semejante en un campamento minero. ¿A qué atribuir este desenfreno? En esencia, el minero no es ser sanguinario por más que a veces acuda a vías de hecho, como pedradas o disparos de dinamita. En esta ocasión parecía poseído de un «amok», fiebre homicida contra seres inermes que nunca le habían agraviado.

Después circuló la versión de que en el campamento habían logrado infiltrarse agitadores extranjeros, aunque esta versión no fue comprobada. Lo evidente era que el MNR provocaba el máximo de agitación en las minas, como prolegómeno de un golpe de mayores alcances que ya urdía desde hacía varios meses. Eso fue confirmado por lo que ocurrió poco después.

Los amagos en Villazón

El 4 de junio de 1949, un grupo de movimientistas exiliados en Buenos Aires se trasladó hasta la localidad fronteriza de La Quiaca con el propósito de atacar la población boliviana de Villazón. Un militar, Clemente Inofuentes, se internó con anticipación para distribuir armas y proyectar el ataque al cuartel de policía, la jefatura de la zona militar, la aduana y los depósitos de YPFB. El plan consistía en sincronizar la operación con los desórdenes previstos en centros mineros y el tramo ferroviario Atocha – Villazón.

Entre los asaltantes figuraban el ex mayor Carmelo Cuéllar (aquél que torturara a Hertzog en el Panóptico de La Paz) y el mercenario chileno Luis Gayán; simultáneamente, otro grupo integrado por Julio Zuazo Cuenca, Gustavo Chacón, German Monroy y Hernán Bolan se concentró en Tartagal y Aguaray, avanzando luego hasta Pocitos, don-

de fueron detenidos por las autoridades argentinas. Ocurrió lo mismo con los atacantes de Villazón que fueron repelidos por las fuerzas bolivianas.

Dos días antes, Víctor Paz Estenssoro se había trasladado a la localidad argentina de Abra-Pampa, en la provincia de Jujuy (considerablemente distante de la frontera), desde donde lanzó una proclama revolucionaria afirmando que se encontraba ya en territorio boliviano, lo cual no era cierto.

Las de Villazón y Abra-Pampa resultaron pantomimas enderezadas a distraer la atención de las autoridades mientras cuajaba la conspiración en el interior de la República, con las minas como foco de diversión.

En los dos años por venir (1949 – 1951) Urriolagoitia seguiría bregando por mantener el orden público y reprimir el inagotable acoso de las huestes movimientistas, cada vez más osadas desde que disponían del creciente apoyo de los mineros definitivamente hostiles al gobierno a partir de los sucesos de Catavi. Ahora se sumaban otras clases sociales: estudiantes, obreros fabriles, bancarios, aquellos mismos que hicieran tan difícil la vida a Hertzog.

El 16 de mayo de 1950 se produjo una huelga de maestros, obreros, universitarios, empleados de banco y comercio y estudiantes de secundaria. La Paz quedó completamente paralizada. El MNR y el PIR se habían sumado a la acción revolucionaria para derrocar al gobierno, lo que ocasionó choques cada vez más intensos. El 18 de mayo la revuelta se propagó a Villa Victoria, donde se produjeron nuevas violencias con numerosas bajas entre los insurrectos. Los principales instigadores y promotores fueron desterrados.

La tranquilidad duró poco. El 23 de agosto, estudiantes universitarios y alumnos de los colegios de La Paz provocaron una nueva huelga pidiendo la amnistía general para los desterrados y confinados. Organizaron demostraciones hostiles contra el gobierno y contra algunos diarios cuyos edificios fueron atacados. En una de esas manifestaciones fueron heridos varios estudiantes. Finalmente el Congreso concedió amnistía general.

El 6 de septiembre hubo una nueva acción revoltosa de los estudiantes y esta vez fue herido el presidente del Congreso Waldo Belmonte Pol. En última instancia, los universitarios, atrincherados en su casa central, tuvieron que rendirse.

El 24 de abril del año siguiente las madres y esposas de los confinados políticos ocuparon un salón de la Corte Suprema de La Paz y se declararon en huelga de hambre, consiguiendo que el Gobierno accediera a sus pedidos.

El mar, como siempre...

Revela la calidad de estadista que poseía Urriolagoitia el hecho de que encontrase tiempo para entender el problema de la salida al mar.

Imprimió nuevo ímpetu a la gestión portuaria iniciada por Ostria Gutiérrez en la gestión de Hertzog. Cumpliendo sus instrucciones, el 1 de junio de 1950 Ostria remitió una nota al canciller chileno Horacio Walker Larrain quien, además, era su amigo personal.

Luego de citar varios antecedentes tendentes a probar que en oportunidades anteriores el gobierno de Chile había aceptado la cesión a Bolivia de una salida propia al océano Pacífico, propuso que ambos gobiernos ingresasen formalmente a una negociación directa «para satisfacer la fundamental necesidad boliviana de obtener una salida propia y soberana al océano Pacífico, sobre bases que consulten las recíprocas conveniencias y los verdaderos intereses de ambos pueblos».

Walker Larrain respondió el 20 de junio: «...Tengo el honor de expresar a Vuestra Excelencia que mi gobierno, animado de un espíritu de amistad hacia Bolivia, está llano a entrar formalmente en una negociación directa destinada a buscar la fórmula que pueda hacer posible dar a Bolivia una salida propia y soberana al océano Pacífico, y a Chile obtener las compensaciones que no tengan carácter territorial y que consulten efectivamente sus intereses.»

Con el alborozo consiguiente, Ostria Gutiérrez trasmitió de inmediato esta nota a la cancillería boliviana. Era la primera vez (y única) en que el gobierno chileno no oponía la condición *sine qua non* de la compensación territorial, que hizo fracasar todos los intentos anteriores.

Habría sido de esperar que, por una vez, todos los bolivianos reaccionaran en forma unánime y entusiasta para dar apoyo a esta oportunidad excepcional. No fue así. En el MNR se diseñaron dos corrientes. La primera, encabezada por Hernán Siles, estuvo de acuerdo en conceder una «tregua» política a Urriolagoitia con el fin de no entorpecer la

gestión marítima; la segunda, personificada por Paz Estenssoro, se declaró contraria a ello. El 12 de agosto, un grupo de movimientistas exiliados en Lima, Hernán Siles, Luis Peláez Rioja, Humberto del Villar y Alvaro Pérez del Castillo enviaron una carta a Paz Estenssoro residente en Montevideo, en la que al tiempo de adjuntarle una declaración sobre el asunto portuario y sin pronunciarse sobre ninguna fórmula de arreglo, proponía una tregua circunscrita al período parlamentario. Gesto de evidente sensibilidad cívica que se sobreponía, por una vez, a la pasión política.

La respuesta de Paz Estenssoro, fechada el 25 de septiembre, rechazó la proposición. Uno de los párrafos de ese documento decía textualmente:

> «Para nosotros, el problema del puerto no figura entre los de primera fila que confronta Bolivia. La afirmación que a menudo se hace de que nuestro atraso proviene principalmente de la falta de una salida al mar, a más de pueril, es tendenciosa, pues busca desviar la atención pública de las verdaderas causas del estancamiento de Bolivia. Más premioso y convincente, desde el punto de vista del interés nacional, es poner toda nuestra capacidad, energía y recursos en desarrollar los grandes factores potenciales en el orden económico y humano que encierra Bolivia. Paradójicamente, a nosotros no nos conviene que la cuestión del puerto tenga solución inmediata, sino más bien postergarla para el futuro».

Conceptos imprudentes que llegaron a noticia de los chilenos quienes, en reuniones internacionales futuras, como la X Asamblea de la OEA realizada en La Paz en 1979, las citaron en su intento de desacreditar gestiones emprendidas por Bolivia en el ámbito multilateral.

En efecto, el MNR logró «postergar para el futuro» negociaciones que tampoco alcanzaron éxito, como la de 1987 durante la cuarta presidencia de Paz Estenssoro. El problema siguió irresuelto. Seguía siendo «la cuestión que convenía postergar para el futuro».

Hertzog condenó enérgicamente los conceptos de Paz Estenssoro: «En esa carta del doctor Paz a sus amigos aparece su odio político capaz de anteponerse a toda consideración patriótica y a todo sentimiento nacional. La patria puede esperar, el partido no. Todos los historiadores, sociólogos y hombres públicos, nacionales y extranjeros que han

estudiado el problema portuario de Bolivia están conformes en señalar como la principal causa de nuestro atraso esa desconexión directa con el mar y, por consiguiente, con las grandes corrientes migratorias del mundo.»

Algo que ignoraron deliberadamente los opositores a la gestión Ostria fue la inesperada concesión de Chile en sentido de no exigir compensación territorial a cambio del puerto. Fue una oportunidad que no volvería a repetirse, porque en realidad sería difícil para cualquier gobernante chileno, sobre todo si militar, conseguir que la opinión pública de su país, y en particular las fuerzas armadas, aceptasen un cercenamiento de cualquier porción de territorio. Habríase sentado así un precedente moral, si no jurídico, que podría algún día ser invocado para reivindicaciones mayores, tanto por parte de Bolivia como del Perú.

Se criticó en Bolivia la exigüidad del territorio que Chile estuvo dispuesto a ceder a Bolivia olvidando que, por ejemplo, Jordania dispone de una mínima franja de tierra cedida por Arabia Saudita sobre el Mar Rojo, y que sin embargo es suficiente para abrirle una puerta al mundo. Y no hay más que echar un vistazo al mapa para comprobar que la geografía del Congo es semejante.

Tarde o temprano, los bolivianos tendremos que persuadirnos de que lo importante es un acceso y que él no nos será concedido sin una compensación justa. Son las leyes de la *real politik*...

Varios años más tarde, Hertzog expresó estos conceptos sobre el tema marítimo:

> «A través de los años he llegado a la conclusión siguiente: Que el ideal para Bolivia sería salir al mar con el acuerdo y el apoyo del Perú y de Chile, pero sería necesario para ello que el Perú y Chile comiencen por ponerse de acuerdo en la necesidad de dar un puerto a Bolivia. El dilema es que para salir al mar se necesita el acuerdo y el apoyo del Perú, pues en ese caso no habrá razón para que Chile se niegue a ceder a Bolivia una franja al norte de Arica. El Perú no puede oponerse, no puede hacer el papel de guardián que impida a Bolivia salir al mar, si Chile estuviera dispuesto a conceder dicha salida. Sería como si tuviera derecho a echarle doble llave a su enclaustramiento...
>
> ...Pero si el Perú, al oponerse a la entrega de un puerto por Chile, quiere decir que tiene la intención de reconquistar en el futuro

esos territorios militarmente, en ese caso debe hacérselo saber a Bolivia en una forma o en otra, pues Bolivia se unirá en este legítimo reclamo.»
Gabriel Gosálvez opinaba: «Es preciso decir a Chile que el derecho y no sólo la necesidad de nuestra reintegración marítima, tendrán que ser satisfechos con la soberanía absoluta sobre un puerto y no sólo con una mera «salida»... Habría en ello –ya que de compensaciones se habla– algo así como una compensación de un puerto por los cuatro puertos, las siete caletas, los 158.000 kilómetros cuadrados y las ingentes riquezas de que fuimos desposeídos por la guerra injusta y su desacertada liquidación.»
Opinaba también que «si en esas circunstancias no fuera posible obtener semejante acuerdo tripartito, sería preferible dejar a las generaciones del futuro la solución del problema y no reatar a la Nación a transacciones de artificio que nada solucionan y que significarían el renunciamiento al derecho supremo y al máximo ideal de los bolivianos de ayer, de hoy y de siempre. Jamás renunciaremos al territorio que fue, que es y que un día será otra vez nuestro.»

Las elecciones de mayo de 1951

Urriolagoitia veía con alivio que se aproximaba el fin de su mandato pues, según la Constitución, debía trasmitir la presidencia a quien eligiera el pueblo en los comicios de mayo de 1951.

Arrancó la actividad electoral de los partidos, incluido el MNR que se reponía rápidamente del fiasco de la guerra civil de 1949. Republicano-socialistas, liberales, piristas, socialistas, lejos de buscar una candidatura única que diera cierta posibilidad de triunfo, revivieron sus ambiciones y rencillas. Como los Borbones en el exilio, «nada habían olvidado y nada habían aprendido».

Surgieron las candidaturas de Tomás Manuel Elío, por el partido Liberal; Bernardino Bilbao Rioja, por la Falange; José Antonio Arze, por el PIR; Guillermo Gutiérrez Vea Murguía como independiente.

El PURS, partido del gobierno, auspició a Gabriel Gosálvez, para presidente y a Roberto Arce, del partido Social Demócrata, para vice-

presidente. El MNR presentó a sus candidatos Víctor Paz Estenssoro para presidente y Hernán Siles para vicepresidente.

Gabriel Gosálvez había nacido en los Yungas, La Paz, el 15 de noviembre de 1899. Como licenciado en ciencias financieras y comerciales desempeñó gran número de funciones públicas bajo varios gobiernos. Desde secretario privado del presidente Hernando Siles, hasta ministro de Instrucción Pública bajo Tejada Sorzano y luego ministro sin cartera en el período de Busch. Ocupó cargos consulares y diplomáticos: cónsul en Italia, embajador ante la Santa Sede y la Argentina. Fue diputado por la ciudad de La Paz y director del diario «La República», además de desempeñar otras funciones políticas de importancia.

Era un estadista probo, inteligente, pero frío y reservado, horro del carisma requerido en las circunstancias para intervenir en unas elecciones que se anticipaban muy disputadas. Detrás de sus perennes gafas ahumadas, dosificaba sus palabras y medía sus actos, evitando contrariar y menos ofender a nadie. Respetuoso de la ley, tolerante y sin una verdadera pasión de mando, esta vez había aceptado intervenir en elecciones presidenciales, más para contribuir a la solución de un estado de cosas crítico que por ambición personal. Habría podido pensarse que, de antemano, estaba resignado a perder y que habría preferido seguir actuando como consejero de presidentes.

Roberto Arce, nieto del presidente Aniceto Arce, había heredado la prestancia del abuelo; trabajó un tiempo en la Patiño Mines que no supo conservarle. Errores como éste fueron los que contribuyeron, en parte, a la pérdida de las minas.

Considerado como el mejor ingeniero de minas que ha tenido el país, Arce había mostrado ya sus méritos personales y profesionales durante la guerra del Chaco. Fue él quien levantó el puente sobre el río Pilcomayo, en Villa Montes, mitigando la irresponsabilidad de un comando militar que desviaba, para la construcción de una casa de tolerancia, parte de los fondos y recursos humanos destinados al puente que habría salvado al ejército si los paraguayos capturaban Villa Montes. Cuando advino la paz, Roberto Arce y un grupo de profesionales fundaron Acción Social Democrática, partido de élite, sin mayor arraigo popular pero animado de vocación de servicio. Luego fue contratado por las Naciones Unidas que lo enviaron como técnico a la India y otros países.

Iniciada la campaña electoral, Paz Estenssoro anunció su propósito de reingresar al país y tras obtener autorización del gobierno tomó un avión en Buenos Aires, rumbo a La Paz. Signo del desconcierto del gobierno y admisión anticipada de debilidad fue que el ministro de Gobierno, José Saavedra Suárez impartiera una contraorden obligando a Paz Estenssoro a emprender el camino de regreso. Más que un atropello, esto fue un craso error pues con él se acababa de sellar el triunfo de la nómina electoral del MNR. ¿Quién aconsejó esta medida? En todo caso, la responsabilidad recaía sobre Urriolagoitia que, como presidente, no debió autorizar el hecho. El hombre que, casco de acero en la cabeza, había salido a las calles a sofocar la rebelión de 1949, acababa de incurrir en una debilidad contradictoria con la entereza mostrada hasta entonces.

Hertzog, que observaba desde Madrid el proceso electoral, comentó más tarde: «Me decían mis informantes que el señor Gosálvez quería un ministro de Gobierno tan enérgico y hábil como el doctor Alfredo Mollinedo o don Ernesto Monasterio, pero que el presidente Urriolagoitia tenía poca simpatía por ellos, aunque eran del mismo partido, y prefirió dejar a otro ministro para que presidiera la elección. Saavedra Suárez descuidó los asuntos electorales y abandonó a Gosálvez, mesa por mesa, sin encontrar delegados y, en algunas, sin que hubiera papeletas de voto para la Unión Republicana Socialista. El candidato oficial se hallaba en completa orfandad, sin amigos, sin delegados, sin papeletas y con la hostilidad oficial que no merecía.»

El fruto de tal negligencia era previsible. En elecciones correctas y tranquilas, perdió la lista oficial y triunfó la del MNR. Los resultados de la votación fueron pasmosos para los oficialistas.

Cundió el desconcierto en el Palacio Quemado cuando las cifras del voto popular registraron el triunfo de Paz Estenssoro y Siles. De inmediato, Urriolagoitia convocó a sus ministros y al general Ovidio Quiroga, comandante en jefe del ejército, a una reunión de emergencia.

Era tarde para las lamentaciones, y al no haber obtenido la mayoría absoluta el MNR quedaba el recurso constitucional de proceder a la elección por el Parlamento, en el que el PURS contaba con una mayoría suficiente. Este arbitrio no fue empleado, ni siquiera por el candidato Gosálvez, que ya se había resignado a la derrota.

Todos veían con aprensión el retorno del MNR al poder, ahora más poderoso que cuando aceptó un papel subalterno durante el gobierno

de la logia «radepa». Pero, sugestivamente esta vez, los partidiarios del MNR, en vez de salir a las calles en ruidosas o agresivas manifestaciones, guardaban inusitada compostura. Seguros de su triunfo que no querían malograr apelando a una violencia ahora innecesaria.

En la reunión de emergencia, Urriolagoitia mostró gran preocupación pues temía que «las masas movimientistas y comunistas enardecidas por su fácil triunfo iniciaran el asalto al Palacio provocando todo tipo de violencias». A su juicio, para evitar males mayores, las fuerzas armadas debían hacerse cargo del gobierno ipso facto. Los presentes estuvieron de acuerdo, salvo el general Quiroga que no veía tan grave la situación y que solicitó consultar previamente a la oficialidad.

Tras varios conciliábulos, las fuerzas armadas decidieron hacerse cargo del gobierno, pero Quiroga rehusó asumir la presidencia designando en su lugar al general Hugo Ballivián, comandante de la primera región militar.

El flamante Presidente juró el cargo a las cuatro de la madrugada del 17 de mayo de 1951. A esa hora el Palacio Quemado estaba más sombrío que de costumbre y en la plaza Murillo no había ninguna multitud para ovacionar a su nuevo locatario.

Además de una violación constitucional, éste fue un error político fatal. ¿Qué grado de ofuscación sufrieron Urriolagoitia y sus colaboradores para incurrir en el atropello que desprestigiaba al gobierno y lejos de enmendar una situación crítica, pero no imposible, vigorizaba al MNR y abría el cauce de la revolución?

Más tarde Hertzog emitió este juicio: «Muy diferente habría sido el destino de Bolivia si el Presidente, como era su deber, hubiera dejado el mando en manos de Paz Estenssoro. Se habrían evitado muchas desgracias y sufrimientos para el país.» Pero él estaba en Madrid, y nadie iba a consultarle tan lejos.

Siendo evidente que la óptica de la situación era distinta desde Madrid, lo cierto es que al despojarse de un sello de legalidad constitucional al desconocer el veredicto de una elección popular, Urriolagoitia se hizo daño a sí mismo, desdoró su imagen histórica y, lo que es más lamentable, empeoró la situación. En adelante, el camino de la revolución estaba expedito, esta vez con bastante justificación.

Se puede no coincidir con Hertzog en el sentido de que si hubiera respetado el cómputo electoral «se habrían evitado muchas desgracias

y sufrimientos para el país», pues es probable que ellos se habrían producido de todos modos, aunque quizá en un grado menor del que surgió en 1952. Pero ello no disculpa el atropello cometido el 17 de mayo.

¿Cuáles fueron las motivaciones sicológicas que pesaron en el ánimo de Urriolagoitia para adoptar esta decisión? Su coraje personal estaba por encima de sospecha; su madurez de estadista, más que probada en el tiempo que desempeñó la presidencia; su patriotismo, fuera de toda duda. ¿Qué le impulsó a proceder de esa manera? Nunca lo aclaró en forma convincente. El hidalgo de Chuquisaca era demasiado orgulloso para dar explicación de sus actos. Quizá aplicaba a sí mismo aquella añeja máxima castellana: «Procure el noble acertalla si es honrado y principal pero si la acierta mal sostenella y no enmendalla.»

El tercer Ballivián

Desde los albores de la República, el linaje Ballivián ha estado ligado en forma destacada y permanente con el acontecer histórico de Bolivia. Su más preclaro exponente fue el general José Ballivián, amigo de Bolívar, Sucre y Santa Cruz; vencedor de Ingavi, rival de Belzu y símbolo de una clase social elevada cuya vigencia política se prolongó durante siglo y medio. José Ballivián fue un Presidente progresista que aparte de consolidar la independencia de Bolivia laboró por su adelanto fomentando la minería, buscando una salida al Atlántico a través de los ríos tributarios del Amazonas; reformó la instrucción pública contratando pedagogos extranjeros y, en suma, gobernó con criterio lúcido y auténtica voluntad de progreso. Autoritario como era, sofocó con energía frecuentes intentos sediciosos, en especial aquellos encabezados por Manuel Isidoro Belzu, aquel militar populista que un día, ya presidente, exclamó en un banquete: «Brindo por que mi sucesor sea un hombre de poncho». Su voto aún no se ha cumplido, pero la fecha se aproxima. Por supuesto, a su debido tiempo Ballivián fue derrocado y sufrió largos exilios, como cumple a todo presidente boliviano. Falleció en Río de Janeiro en 1852.

Diferentes fueron el temperamento y trayectoria del segundo Ballivián, Adolfo, hijo del anterior.

Uno de los personajes más conmovedores de la historia republicana, Adolfo Ballivián añadía al coraje y señorío de su padre una considerable cultura literaria y artística, rara entre los hombres de su tiempo. Ingresó en política por honrar la memoria de su padre y consolidar su obra. Era militar como él, pero sin auténtica vocación castrense. Presidente, sin buscarlo, habría anhelado gobernar con sosiego y ocuparse sólo del progreso material e institucional del país. Al igual que su padre, pretendía vincular el oriente y noreste del territorio con el resto del país y habilitar al mismo tiempo una salida fluvial al Amazonas. Con este propósito emprendió la construcción del ferrocarril Madera-Mamoré, empresa arriesgada que se malogró por la corrupción de algunos de sus gestores.

Adolfo Ballivián padecía de un cáncer al estómago que se agravaba sin remedio pese a lo cual persistía en cumplir sus funciones. Un día, como Hertzog más tarde, ya no pudo soportar el dolor físico y entregó la presidencia legalmente a Tomás Frías, otro patricio ilustre, presidente del consejo del Estado. Murió pocas semanas después. Y ahora llegaba a la presidencia un tercer Ballivián, también militar: Hugo.

Una extraña secuencia de hechos motivó que otros Ballivián figurasen en episodios políticos que desventuradamente se saldaron en sangre, en 1946.

En la tentativa revolucionaria efectuada contra Villarroel en junio de ese año murieron, armas en la mano, Arturo y Jorge Ballivián, dos civiles sin antecedentes políticos pero cuya sensibilidad les indujo a expresar así su repudio a un régimen comprometido en los asesinatos de Chuspipata. En el bando opuesto, el capitán Waldo Ballivián, edecán de Villarroel, moriría también, armas en la mano, defendiendo a su presidente en el Palacio, el 21 de julio de 1946.

Ahora correspondía a Hugo, el general, participar en la saga Ballivián. Recibió órdenes de presentarse en Palacio y allí fue notificado de que era el nuevo presidente de Bolivia. Su sorpresa fue mayúscula pues nunca soñó «con ese cambio de destino». «Cuando me llamaron pensé que era para enviarme a otra guarnición», comentó más tarde.

Como militar disciplinado, tuvo que obedecer. Organizó su gabinete como pudo, designando ministro de Gobierno a su compadre y camarada de armas el general Antonio Seleme, hombre de su confianza. Como jefe del estado mayor nombró al general Humberto Torres Ortiz, en quien también confiaba.

Ballivián se sentía incómodo en la presidencia, y una de sus primeras decisiones fue convocar a elecciones, que no llegarían a efectuarse.

Pese a su inexperiencia administrativa, demostró ser un buen mandatario que procuraba dar organicidad al gobierno. Solicitó la asistencia técnica de las Naciones Unidas para la modernización del sistema administrativo estatal, como etapa previa a un vasto programa de desarrollo económico y social. En octubre de 1951 llegó al país esa misión de alto nivel, dirigida por Hugh Keenleyside, renombrado economista canadiense e integrada por un selecto conjunto de técnicos internacionales. Al cabo de tres meses Keenleyside entregó al gobierno un amplio programa de gobierno que ni Ballivián ni sus sucesores llegarían a poner en práctica.

Creó una comisión investigadora de bienes del Estado, encargada de sancionar a personas de cualquier tendencia o partido que hubiesen medrado en el desempeño de cargos públicos. Tampoco llegaría a cumplir este objetivo.

Percatado de la inestabilidad de su gobierno de facto, contaba los días para entregar el mando a un presidente constitucional, de cualquier partido que fuese. Estaba enterado de que la conspiración movimientista había cobrado nuevas alas y se hallaba inseguro sobre la adhesión de algunos de sus colegas militares. Incluso de aquellos que, como Antonio Seleme, le juraban y rejuraban lealtad con lágrimas en los ojos. «¿Cómo crees, hermanito, que yo pueda traicionarte?».

Reconocimiento de la Junta de Gobierno

Producida la designación de Ballivián como jefe de la Junta de Gobierno, tarea inmediata del embajador en Madrid fue obtener su reconocimiento por el gobierno español.

El 17 de mayo fue recibido por el ministro de Asuntos Exteriores Martín Artajo, quien expresó sin reservas su satisfacción por la forma tan afortunada como se habían producido los hechos en Bolivia y le manifestó su complacencia por que «se hubiera cerrado en absoluto la posibilidad de que el comunismo llegara al gobierno de la Nación».

Para un régimen autocrático como el de Franco, la petición boliviana probablemente no ofrecía mayor dificultad; mas es concebible que

fuese Hertzog quien debía encarar un problema de conciencia. Por más que debiese solidaridad con su Partido y fuese amigo personal de Ballivián, esta vez debió sentirse perturbado al tener que defender a un gobierno de facto que había asumido el poder por medios controvertibles. Tuvo que hacerlo, quizá con un vago remordimiento de conciencia. Seguramente conocía aquella frase: «Un político debe acostumbrarse a tragar sapos».

Sea como fuere, decidió defender al nuevo régimen con la lealtad que le era propia, guardando para sí la reflexión de que tal vez habría sido preferible que Urriolagoitia declinara el poder en el legítimo sucesor, el presidente del Congreso, y confiando a éste la tarea de entregar el gobierno a las fuerzas armadas. El distingo era juridícamente sutil y quizá tampoco habría tenido validez ante la opinión pública.

Hertzog y Hugo Ballivián eran antiguos y buenos amigos. El general había sido adjunto militar a la embajada en España y ambos trabajaron en perfecta armonía. Luego Ballivián fue transferido a Washington primero y a La Paz después como comandante de la primera región militar. Fue entonces que recibió la orden de presidir la Junta militar que sucedió a Urriolagoitia.

De la nutrida correspondencia intercambiada merece ser citada esta carta de Hertzog a Ballivián, fechada el 21 de mayo de 1951:

> «Estás en una encrucijada de la historia de Bolivia y de ti depende el que las cosas se enderecen favorablemente o que el país se vaya a convertir en un nuevo campo de batalla... No olvides que todas las limitaciones que tiene un Gobierno constitucional y la imposibilidad de realizar muchas obras en virtud de los impedimentos legales, han desaparecido para ti, pues, aunque muy prudentemente te has acogido a la Constitución de 1947, en el hecho puedes realizar por medio de decretos-leyes y en ausencia del Parlamento, mucha obra efectiva... Piensa en lo muy importante que sería para tu gobierno el encarar la nacionalización de las minas. Así, lisa y llanamente, sin alharacas demagógicas pero también sin vacilaciones. Debes partir del principio de que la nacionalización de las minas es un hecho inevitable que se hubiera producido si el MNR llegaba al poder. Entonces... es inevitable que el fenómeno se produzca; no esperes a que lo haga otro, realízalo tú y así pondrás tu nombre y el de tus hijos en una de las

más brillantes páginas de nuestra historia. Anuncia, si es posible públicamente, tu propósito. Una vez que tengas estudiado un plan no vaciles en llevarlo a la práctica en cuanto tengas los detalles resueltos, pero no te fíes sino de unos pocos; no olvides que la Gran Minería tiene ojos y oídos en tu propio gabinete.»

«No se me oculta que en el seno del gobierno y con más razón fuera de él, se suscitarán objeciones y resistencias, véncelas; esta es la hora. Puede ser tu hora. Si quieres sostener el poder con decoro y sobre todo si quieres que en el próximo período electoral no vuelva a triunfar el Movimiento, enarbola una gran bandera, la bandera de la Redención y no te contentes con pequeñas oriflamas.»

Tampoco escatima otros consejos, esta vez de carácter casi paternal:

«No olvides que nuestro país es fundamentalmente católico y que el veneno se infiltra más rápidamente cuando se van perdiendo las creencias o cuando se supone que ya no le importa al gobierno el destino religioso de un pueblo. Procura mantener contacto permanente no sólo con las agrupaciones religiosas sino con las entidades femeninas que tienen a su cargo estas tareas.»

A este respecto, insiste:

«No olvides que las mujeres tienen una capital importancia en el destino de los hombres y así como el 21 de julio fueron las mujeres quienes tuvieron el papel principal, serán las mujeres también las que vuelvan a despertar los dormidos sentimientos de las masas.»

Ballivián carecería de tiempo suficiente para poner en práctica estas admoniciones. Tenía otras preocupaciones perentorias y entre ellas la estabilidad de su gobierno amenazado por una conspiración cada día más evidente. Como de costumbre, la infidencia y la traición rondaban en su torno.

Delaciones sobre los trajines conspiratorios de Seleme concertados con el MNR y con la Falange llegaban cada día a oídos de Ballivián. En una reunión de gabinete, Seleme fue despojado del cargo de ministro de Gobierno y esa misma noche juró su ingreso al MNR. Al día siguiente lanzó a los carabineros a las calles, en franca revuelta. Ballivián había incurrido en la imprudencia de no apresarlo la víspera.

El resto es conocido. En la madrugada del 9 de abril el Presidente fue sorprendido por los primeros disparos e intentó dirigirse desde su

domicilio particular, donde había dormido en vez de hacerlo en el Palacio, hacia El Alto, sitio previsto para la concentración de la guarnición de La Paz en caso de emergencia. Ya era tarde. Las calles estaban obstruidas y Ballivián tuvo que variar de rumbo encaminándose hacia el colegio militar de Irpavi, donde estuvo dos días hasta que, triunfante la revolución del MNR, se asiló en la embajada de Chile.

Al ingresar en el edificio tropezó con Seleme quien, el día 10, creyendo que la revolución había fracasado, se había apresurado a asilarse en la misma embajada. Como la situación había cambiado súbitamente, ahora pensaba dirigirse al Palacio a reclamar la presidencia.

Seleme estrechó la mano de Ballivián. «Tuve la impresión de que me tocaba un reptil», declaró éste, más tarde, antes de dirigirse al exilio. Así concluyó la breve pero límpida trayectoria política del tercer Ballivián.

Al mismo tiempo, y esto es mucho más trascendente, concluyó una etapa de la historia de Bolivia. Merece la pena citar el juicio del escritor Mariano Baptista, por muchos conceptos digno de ese patronímico:

> «La revolución de 1952 es un hecho fundamental en la historia contemporánea de Bolivia pues cambia de un modo radical al país, al punto de que es imposible comprender la Bolivia de hoy sin entender la significación de la revolución. Por una parte se modifica totalmente la estructura económica. De una economía semifeudal se pasa a una economía básicamente controlada por el Estado. La reforma agraria elimina el latifundio y determina el comienzo de un proceso de integración del campesino a la vida nacional. En lo político, al establecerse el voto universal se permitió la opinión mayoritaria en las elecciones; obreros y mineros tienen una participación directa en las decisiones económicas y políticas del país...»

El 15 de abril, Juan Manuel Balcázar, el leal amigo de Hertzog le dirigió una extensa carta a Madrid, informándole sobre la revolución del 9:

> «El golpe movimientista que en un principio consistió simplemente en la toma del palacio de gobierno y algunos edificios públicos se convirtió, a partir de la madrugada del miércoles hasta el atardecer del viernes, en una batalla campal sin precedentes. Tomaron parte ocho unidades del ejército, incluso el colegio militar, en defensa del régimen de Ballivián contra las turbas

movimientistas y los carabineros, con alternativas de victoria y derrota para cada parte.»

Como Balcázar relata, la tarde del viernes santo, el ejército se declaró en derrota. Cosa ilógica e increíble. Una vez más fue demostrada la inutilidad de nuestras fuerzas armadas. Prácticamente esa tarde quedaron liquidadas, con toda su potencialidad de fuego y modernas armas en sus manos.

¿Cómo explicar semejante desastre? Hay una sola explicación. Aquel «ejército joven» con que amenazaba el MNR fue el que precipitó la debacle. Maniobró a traición, porque en buena parte estaba compuesto o dirigido por antiguos miembros de la logia «radepa» recién e imprudentemente reincorporados. Simuló disparar contra el adversario y se dispersó en cuanto pudo hacerlo entregándose a las turbas con presteza.

«Otras traiciones más se hicieron patentes. El general Seleme traicionó al ejército, a la Junta de la que formaba parte, y a la causa que sostenía el régimen de Ballivián. Es el caso más negro que registra nuestra historia.»

Hertzog respondió al doctor Balcázar:

«...Lo que ha ocurrido con ocho regimientos y el pueblo es una lección tremenda. Quien quiera que haya de reorganizar el ejército tiene que escoger muy bien a los que vayan a vestir el uniforma militar, pues ni ese «ejército joven» del que tanto se habla, tenía derecho de faltar a su juramento de defender la Constitución. Ballivián es indiscutiblemente un hombre bueno pero sujeto a la desgracia de seguir una ruta errada que era la que había formado su espíritu durante muchos años. No podía liberarse de aquellos amigotes con los cuales se reunía todas las tardes en el Club de La Paz o en el de los Sargentos, gente desaprensiva, sin talento aunque con mucha picardía. De Seleme no sé qué decirle, pues los sentimientos contra él son el odio y el asco».

Obviamente, el cambio político ocurrido en Bolivia determinaba que la embajada en España había llegado a su término. Aquel hombre torturado en el Panóptico, confinado, exiliado, blanco de incesantes ataques durante su presidencia, no podía representar a un partido que, a su vez, había combatido y seguiría combatiendo sin reposo. No había ningún dilema al respecto. Comenzó a hacer valijas.

Capítulo IX

VEINTIOCHO AÑOS DE EXILIO

Producido el cambio político en Bolivia, Hertzog presentó inmediata dimisión de su cargo de embajador y se aprestó a abandonar España, rumbo a la Argentina, donde habría de pasar el resto de su vida, con breves y azarosas visitas a Bolivia. En adelante sería un exiliado perenne.

Acudió a despedirse del generalísimo Franco, quien tuvo frases encomiosas para su labor y lamentó su alejamiento. Vendió sus muebles y su automóvil y, en compañía de sus hijas Consuelo y Teresa, partió de Barcelona en mayo de 1952, rumbo a Buenos Aires, a bordo del «Cabo de Hornos». En la travesía gozó de la compañía y la charla siempre apasionante de Roberto Prudencio, quien retornaba al país luego de una breve permanencia en Europa.

Al desembarcar en la capital bonaerense, se enteró de que la Argentina atravesaba en esos momentos un estado de congoja por la prolongada agonía de Eva Perón, que finalmente murió el 25 de julio. Fue testigo del dolor de un pueblo y, por haber conocido personalmente la acción de Evita en favor de los humildes, pudo medir la hondura de la pérdida sufrida por esa multitud.

Anticipando que sería un destierro prolongado, alquiló un modesto departamento en la calle Maipú, y allí se instaló con sus hijas. Edna seguía bajo tratamiento en una clínica de Sao Paulo. Hertzog se puso a buscar trabajo hasta conseguir el puesto de traductor de dos agencias argentinas. En adelante debería ganarse la vida con esas labores ocasionales.

No tardaron en escribirle sus amigos exiliados. La mayoría estaba en Santiago, Lima y localidades argentinas, en otras capitales sudamericanas o en los Estados Unidos. Unos pocos habían quedado en Boli-

via, soportando el acoso gubernamental, despiadado en esos primeros tiempos.

Gabriel Gosálvez, jefe de su partido, que se encontraba enfermo en Santiago de Chile, le pidió que le visitara y asumiera la jefatura del partido con carácter provisional. Apoyaban esta solicitud diversos comités regionales. Hertzog aceptó la responsabilidad sabiendo lo que ella significaba frente a los demás partidos poco operantes como el Liberal o el Social Demócrata. Recaería sobre su persona el liderazgo de la oposición en el extranjero y su coordinación con los sectores civiles y militares descontentos: una «misión imposible».

Otra persona con la que establecería inmediato contacto fue Alberto Ostria Gutiérrez, ex embajador en Chile, ahora exiliado en Santiago. En los años por venir, serían ellos quienes mantendrían viva la llama de la resistencia.

De todos modos, Hertzog, Alberto Ostria Gutiérrez y Unzaga de la Vega fueron los más enconados adversarios del MNR en el poder. Los dos primeros guardaban entre sí una amistad personal, estrechada ahora por el empeño de combatir al nuevo régimen. Ostria publicó dos libros: «Una revolución tras los Andes» y «Un pueblo en la cruz» mientras Hertzog produjo innumerables manifiestos. Ambos fueron los pivotes opositores y la correspondencia que cambiaron demuestra cuánto se ayudaban y complementaban. Unzaga actuaba en otro terreno; aparte de que su nivel intelectual era diferente, su temperamento tendía a obrar en forma aislada. Su cooperación con Hertzog y otros opositores sería ocasional y de menguada eficacia.

Hertzog y Ostria observaban con ansiedad el curso de la situación abrigando esperanzas sobre cualquier manifestación de cambio. «Nuestro mejor aliado es el General Descontento y sus ayudantes Miseria y Hambre», pensaban y escribían.

El 11 de agosto comentaba Hertzog que la inactividad de los partidos de oposición era algo que no tenía justificación ni explicación. Era indispensable que se revelara la verdad acerca del país, decía. Así lo había reclamado cien veces a los jefes de los partidos. Pero éstos insistían en mantenerse mudos. El resultado, naturalmente, era funesto. La oposición que se calla da la impresión de que ha muerto. Luego hizo esta confidencia: su estrecha situación en el exilio le obligaría a regresar a Bolivia pues «preferiría morir a balazos en su propio país a perecer

de hambre en el extranjero». Con la intención del regreso solicitó infructuosamente pasaporte en la embajada boliviana, por lo cual se acogió al «pasaporte argentino para no argentinos» que el gobierno de Buenos Aires otorgaba a los refugiados de los países europeos fugitivos del nazismo y el comunismo. Entre tanto, se negó a que se abrieran los baúles traídos de Madrid. «Cuando llegó a embarcarse hacia Bolivia, relata Consuelo, fuimos al aeropuerto a despedirlo y vimos con ansiedad que el avión, a poco de carretear por la pista, se detenía. Se abrió la puerta, papá quedó en tierra y el avión reinició su partida. Había ocurrido que el gobierno del MNR, enterado del viaje, cablegrafió a la oficina de la compañía aérea amenazando con impedir el aterrizaje en La Paz si Hertzog iba en el pasaje. Obviamente, la compañía tuvo que acceder.»

Hasta el día de su muerte, en 1980, Hertzog sería el adversario implacable del movimientismo, combatiente sin tregua con las únicas armas de que disponía: su prestigio personal, una voluntad infatigable y una aptitud polémica que, sin descender jamás a la diatriba, constituiría en el futuro una voz acusadora respetada por amigos y adversarios.

Mientras Ostria se preocupaba en forma preferente de denunciar los atropellos, algunos de ellos lindantes con la vesania, en los primeros años de gobierno del MNR, Hertzog se consagró sobre todo a combatir la nacionalización de las minas, la reforma agraria, otras disposiciones políticas y los actos de latrocinio cometidos por hombres en el mando.

El 1 de noviembre de 1952 publicó un manifiesto titulado «Denuncia de una dictadura», condenando la nacionalización de las minas y el contrato «Chacur».

«No hablo en nombre de partido alguno. Hablo como boliviano que ha servido devotamente a su patria y que vive preocupado y embargado por sus problemas. Culpable indiferencia, cuando no cobardía, sería callar en esta ocasión por el temor a ser tildado de servir al imperialismo o a la oligarquía. Las minas de estaño de Bolivia se cuentan entre las más grandes del mundo. Produjeron en pasadas épocas de bonanza, con costos bajos y escasos impuestos, rendimientos importantes, pero desde hace algunos años la situación ha cambiado totalmente pues el empobrecimiento de los yacimientos, los altos salarios y los gravámenes fiscales, aparte de las leyes sociales en favor del obrero, han elevado los costos y hecho más compleja la producción. Lejos de

procurar la independencia económica de Bolivia, la estatización de la industria minera, tal como ha sido realizada por Paz Estenssoro, producirá la ruina y el colapso total de su economía.»

Probó tal aseveración enumerando los sectores que serían perjudicados. Mencionó a los propios trabajadores, luego a los técnicos nacionales y extranjeros, al gobierno y, por último, al pueblo boliviano. Concluyó con estos conceptos:

«Bienvenida habría sido la expropiación legal de las empresas, si con sus despojos se hubiese de beneficiar al país, pero si lejos de sobrevenir la era de bienandanzas prometidas advienen más bien horas de amargura, de sacrificio y dolor, que no se trate de buscar ajenos culpables y que se sepa desde ahora quiénes son los responsables.»

En suma, criticaba la nacionalización de las minas que había demostrado la incapacidad gubernamental. El propio presidente Paz declaró, decepcionado, que el ciclo del estaño estaba concluido. Pudo haber dicho, con más verdad, que las minas mantuvieron la economía del país y que ahora era necesario que la nación entera sostenga la explotación minera y pague sus pérdidas.

«La reforma agraria es un completo fracaso, tanto porque el problema boliviano no es de tierras sino de población, cuanto porque esa reforma, en lugar de estimular la producción, sólo ha servido para disminuirla. El hecho de haber llevado la inclemente lucha de clases al agro boliviano, ha producido el éxodo de trabajadores, la destrucción de casas de hacienda y de los implementos agrícolas, el incendio de las cosechas, asesinatos, escasez, miseria.»

Prosiguieron las críticas en un mensaje al país, lanzado en enero de 1958:

«Con la nacionalización de las minas se ha conducido a Bolivia a una inenarrable situación de miseria colectiva. Se ha destruido la base de la economía nacional y se ha aplazado por cincuenta años el progreso de la República. Su único resultado tangible fue la abolición de la libertad sindical y el sometimiento de sesenta mil mineros a la voluntad dictatorial de la COB, nuevo poder del Estado. En cuanto a la reforma agraria, instrumento de odio para destruir el derecho de propiedad y desencadenar la lucha de razas, sólo ha traído como consecuencia la ruina de la agricultura y ganadería como factores de grandeza del país, en reemplazo de la minería declinante.»

Otro de los cargos de Hertzog contra el gobierno fue el contrato denominado Chacur. El 12 de septiembre de 1952 el presidente Paz Estenssoro convocó a los ministros de Estado, miembros de la comisión de nacionalización de minas y representantes de la prensa «a objeto de hacerles conocer los alcances y ventajas de un convenio con el grupo de inversiones Chacur para la instalación de una fundición de estaño y fábricas de explosivos y fósforos en el país».

Para la instalación de una fundición de estaño con capacidad para absorber 50 mil toneladas de metal fino al año, se constituyó una sociedad anónima en la que el Estado se comprometía a participar con 51% de las acciones. La fábrica de explosivos produciría un mínimo de diez toneladas mensuales de dinamita y cantidades proporcionales de fulminantes y guías. Tendría un capital autorizado de 2.500 millones de bolivianos y un capital pagado de 950 millones de bolivianos. En igual forma que la fundición de estaño, el Estado poseería 51% de las acciones y el grupo Chacur 49.

Atractivo aparentemente, ¿no es cierto?

Uno de los primeros en observar este contrato fue Hertzog: el contrato significaba un drenaje de divisas, ya que Chacur recuperaría su capital antes de diez años. El gobierno admitía en favor del grupo Chacur una situación de privilegio, pues no sólo no lo obligaba a vender sus divisas al Banco Central y al cambio oficial, sino que le otorgaba un cambio de tasa arbitraria y preferencial.

Se entregaba gran parte de la utilidad bancaria del país a un consorcio extranjero desconocido, otorgándole ventajas, franquicias, liberaciones y exenciones jamás acordadas a ningún otro organismo nacional.

Además, se estipulaba que «las condiciones establecidas no podrían ser revocadas por ninguna ley ni decreto futuro», y que las propiedades del grupo Chacur tampoco serían incautadas ni confiscadas durante veinticinco años.

En suma, Hertzog acusó al gobierno de entregar el país a manos extranjeras.

Previno, al formular la crítica del contrato, que «no se conocía la identidad de las personas que formaban el grupo Chacur ni la naturaleza, cuantía y ubicación de sus bienes». Se refirió luego a que en los

aspectos «sin riesgo» el gobierno no tenía participación de ninguna clase, contrariamente a lo estipulado respecto a la fundición de estaño y la fábrica de explosivos, «los más aventurados, los más difíciles de realizar técnicamente y los de menor rendimiento inmediato» para los cuales no habían presentado informes técnicos ni económicos que demostraran la viabilidad del proyecto. La entrega de más de tres millones de dólares para instalar fábricas de fósforos y el edificio del Banco de Crédito, no tenía justificativo alguno.

Concluyó: «Tan monstruoso ha debido parecer este contrato al propio gobierno que, temiendo un rechazo, se hurta a toda aprobación legislativa, despojando así al Congreso, es decir al poder Legislativo, de sus legítimas prerrogativas de control.»

Nadie le escuchó en esa oportunidad. Por el contrario, la prensa oficial agotó ditirambos y loas al contrato, calificándolo como «un paso firme y decisivo hacia la independencia económica de nuestro país».

El desengaño no tardó en producirse. Se comprobó que Chacur era un modesto comerciante de origen turco radicado en Buenos Aires, que había prestado alguna asistencia financiera a Paz Estenssoro durante su exilio. El contrato tuvo que ser desahuciado poco después, pues Chacur desapareció de la escena.

El gobierno prefirió guardar silencio...

El otro fiscal implacable

Tanto como Enrique, fue su hermano Carlos un acusador constante de los desmanes del gobierno.

En enero de 1953 Carlos fue encarcelado por el sicario chileno Gayán y luego desterrado a Chile, acusado de complotar contra el gobierno. Exiliado durante muchos años, fijó su residencia alternativamente en Chile y Argentina.

Erudito en materia económica, dotado de una gran cultura literaria y con el mismo temple combativo de su hermano, metódico en sus investigaciones, completó una serie de documentos, muchos de ellos publicados por la prensa o distribuidos de manera particular que forman uno de los expedientes mas prolijos de numerosos negociados tur-

bios de los movimientistas. Carlos Hertzog tenía intención de publicarlos en un libro; la muerte se lo impidió.

En amplios relatos desenmascaraba las operaciones con libras esterlinas y barras de oro de los contratos Chacur, Marcus (camiones Volvo), Arpic, Titeux, Mainer, Hovart, Yáñez y Lorenzo. Objetó las compras de sacos metaleros para el Banco Minero y de explosivos para Comibol; la importación de chinchillas y la venta clandestina de minerales a la Unión Soviética; el rescate de bonos de la deuda externa y la venta de monedas de cobre; el ingenio azucarero «Guabirá» y la fábrica de leche «Pil»; las importaciones de ganado vacuno y adquisiciones de reproductores ovinos; la adquisición de arados y tractores, y la venta de alambre para cercos; los remates de divisas y la cédula de importadores; el ganado cebú y las importaciones de manteca de cerdo para Comibol; el desmantelamiento de la Casa Suárez y la destrucción de los hornos «Tainton» para volatilización de minerales en Potosí; los «préstamos de honor» a los miembros del MNR; el wolfram del Banco Minero y el azufre de Lípez; la venta de franquicias diplomáticas; el tráfico de cocaína. Todo ello, debidamente documentado. Fue una maraña de trapacerías escandalosas. Un carnaval de pillaje.

La protesta de Roberto Prudencio

Al volver a Bolivia en 1952, Roberto Prudencio retomó la cátedra de filosofía en la Universidad de San Andrés, a la que ya había dado enorme prestigio en época anterior. Ahora como opositor al gobierno de Paz Estenssoro, no tardó en sufrir represalias por sus protestas contra los atropellos oficiales. En una carta dirigida a Hertzog desde Santiago, relató sus peripecias:

> «10 de agosto de 1954. Mi querido Enrique: Hace pocos días que estoy en Santiago en calidad de exiliado, mejor diremos de asilado, pues yo me asilé en la embajada de Chile en La Paz después de lanzar una carta política con motivo de los sucesos universitarios. Usted sabe que la Universidad era el último refugio de libertad que había en Bolivia, pero naturalmente eso no podía durar mucho. El gobierno decidió tomarla y se aprovechó de una huelga estudiantil. Hizo que invadieran la Universidad grupos de obre-

ros, cholas, empleados públicos y hasta estudiantes que, en un cabildo abierto, nombraron nuevas autoridades, desconociendo al legítimo Consejo universitario...

«El juego no podía ser más sucio y más indigno. Yo era decano de la Facultad de Filosofía y Letras y el golpe me indignó de tal manera que publiqué una carta abierta, acusando al gobierno de todas las arbitrariedades y violencias que sufre el país. Como respuesta me mandó quince policías que destruyeron toda mi casa. No quedó ni un solo mueble, ni un solo libro. Yo me había asilado felizmente la tarde en que llegó la policía, pues de lo contrario estaría hoy en un campo de concentración...

«Creo que no ha habido en toda la historia de Bolivia un gobierno de mayor barbarie. No hay violencia, no hay brutalidad que no hubieran cometido. Se cuentan verdaderos horrores de los campos de concentración. Usted sabe que hay cárceles de mujeres en La Paz y que han apresurado inclusive a niñas de quince y dieciséis años sólo porque se expresaban mal del gobierno. El país está amedrentado y por eso el gobierno no ha dubitado en apoderarse incluso de la Universidad, pues sabían que los catedráticos iban a inclinar la cabeza. Es verdad que algunos, muy dignos, no han vuelto, pero tampoco han protestado. El único que se ha atrevido a hacerlo he sido yo. La consecuencia es que me han destruido todo lo que tenía y ahora no tengo más que las calles de Santiago para andar.»

Doce años después...

Hertzog, acusador infatigable, en los doce años siguientes a la asunción del MNR al gobierno, en un mensaje a los universitarios de La Paz volvió a hacer una crítica puntual de lo ocurrido durante ese tiempo:

«Hemos caminado estos doce años, desde abril de 1952 hasta abril de 1964, el sombrío camino que de la libertad retrocede al despotismo; de la democracia a la intolerancia; de una economía de abundancia y de trabajo pleno a otra de escasez; de una época de dignidad y solvencia internacionales a una mendicidad hu-

millante; del gesto digno a la mano tendida en actitud mendicante; de los recursos fiscales propios a los humillantes «refuerzos presupuestarios»; de la austeridad administrativa al sistemático saqueo de los recursos fiscales; de la salvaguardia de la persona humana a la financiación de cuadros represivos de «comandos»; del progreso industrial y comercial al contrabando oficializado...»

Igualmente impresionante fue el cuadro económico que describió:

«La producción estañífera, de más de 33 mil toneladas en 1951, ha descendido actualmente a 19 mil toneladas; el cambio oficial de 60 bolivianos por dólar ha bajado a 12.000.»

Sobre las universidades:

«Hemos transitado de la autonomía universitaria a la ocupación de las universidades por las milicias armadas del Movimiento; de la independencia económica de los tesoros universitarios, a su presente bancarrota financiera; del respeto y protección a profesionales y universitarios, al éxodo de médicos, ingenieros, técnicos y estudiantes en busca de seguridad y mejor nivel de vida; de la ocupación, al despido actual. De un equivalente a 65 dólares como sueldo promedio de una maestra en 1951, al actual de 30 dólares.»

Y sobre el Poder Judicial:

«Hemos descendido de un Poder Judicial independiente y digno, a uno envilecido y convertido en dependencia del partido oficial; del respeto a la dignidad de la persona y los derechos humanos a los campos de concentración y las torturas a los presos.»

Tampoco escatimó críticas a la nacionalización de las minas:

«La nacionalización de las minas ha destruido la economía y provocado la ruina de esa industria, exponiendo a la miseria a miles de trabajadores del subsuelo. Cualquiera que sea la explicación que quiera darse, la nacionalización sólo ha producido daños. En un documento publicado en diciembre de 1952, titulado «Denuncia de una dictadura», tuve el privilegio de anunciar, antes que nadie, lo que ocurriría. A la luz de la experiencia podemos decir que la nacionalización fue la medida peor concebida y ejecutada de todas las del MNR. Sin embargo, ha hecho millonarios a muchos de sus dirigentes.»

Sobre la reforma agraria:

«La reforma agraria era un objetivo político de mi partido, que la comenzó con la compra y repartición de tierras en la misión de Machareti y con la instalación prudente y paulatina de colonos. No creíamos, ni creemos, en la eficacia de la violencia, de la precipitación y de la improvisación. La mera expropiación de tierras de los adversarios políticos y personales no es reforma agraria sino simple latrocinio. A doce años de la reforma de 1952, el gobierno confiesa que los indígenas siguen usando arados de palo. Y conste que en esos doce años, miles de millones de pesos se esfumaron con el pretexto de comprar tractores y máquinas agrícolas modernas...

...Pero hay algo más grave: Las tierras entregadas a los indígenas, con sendos títulos repartidos en épocas electorales, en realidad no les pertenecen. El artículo 163 de la nueva Constitución dice que «corresponde al Estado la distribución, redistribución y reagrupamiento de la propiedad agrícola.» Es decir que lo distribuido puede ser redistribuido. Ese aditamento constitucional es un arma poderosa en manos de un gobierno totalitario. Hay que darle al campesino no un simple título expropiatorio e ilegal sino un verdadero título de transferencia de propiedad. Hay que mencionar, además, que a miles de propietarios, a quienes la reforma había dejado parcelas o casas en sus antiguas propiedades, no se les deja asomar, bajo amenazas de muerte. El MNR ha llevado la estéril lucha de odios a la raza campesina, sin haber hecho nada por arrancarla de su miseria y su incultura.»

Por suerte, hechos posteriores mostraron que los temores de Hertzog no se cumplieron de pleno. Los indígenas quedaron de propietarios de las tierras sin ser perturbados. Es cierto que su nivel de vida continuó siendo el mismo o mejoró muy poco: pero es indudable que la reforma agraria resultó ser una medida necesaria.

Respecto al voto universal, la opinión de Hertzog fue igualmente crítica y condenatoria:

«Si el voto universal y la reforma agraria hubieran liberado a los campesinos ¿cómo se explica el hecho de que en el norte argentino, en las minas del sur de ese país y en las «villas miseria» de

Buenos Aires existan trescientos mil trabajadores bolivianos, la décima parte de la población, que han huido sin documentación alguna, dejando atrás el paraíso movimientista?»

Finalmente, esta opinión sobre la reforma educativa:

«Con la reforma educativa tampoco ya se puede engañar a nadie. Cuando, en esta época de inflación, se afirma que nunca el presupuesto de Educación tuvo tan altos índices, hay que replicar que para apreciar con exactitud las cosas, es preciso reducir las cifras y valores presentados a valores reales, es decir a dólares. Se verá entonces que en 1961 tuvo un equivalente de menos de 4 millones de dólares contra cerca de 8 millones que representaba el presupuesto de 1951. En 1964 la equivalencia es casi la misma. Los gobiernos de la llamada oligarquía destinaban el doble de recursos que ahora al presupuesto educacional.»

Que las críticas de Hertzog eran más que justificadas, quedaría probado por la contundencia de los hechos.

Años después, el 5 de junio de 1964, «La Prensa» de Buenos Aires registró estos datos en su nota editorial:

«El régimen revolucionario creyó asegurar su perpetuidad por la expropiación de la gran minería. Con todo, pronto debió recurrir a la ayuda del gobierno norteamericano, ya que su explotación de las minas resultó un desastre. De un estudio reciente del Comité sobre Política Panamericana, de Nueva York, podemos tomar algunas cifras reveladoras. Bajo la explotación «nacionalista» de Comibol el personal de las minas aumentó de 12.300 a 34.500 empleados. Los salarios reales bajaron de 7 dólares diarios (que ganaban cuando la propiedad era privada) a 0,75 dólar por día. El actual presidente reconoció oficialmente que las pérdidas de explotación fueron de 12.477.311 dólares en 1960; 9.464.529 dólares en 1961 y 16.156.999 dólares en 1962. El peso boliviano, por el apremio de disimular la catástrofe con la inflación, cayó de 60 por dólar en 1952 hasta 12.000 por dólar en 1958. La recaudación fiscal ha bajado de 80 a 22 millones de dólares entre 1952 y 1960. Esta quiebra ha sido cubierta por las subvenciones «capitalistas» de los Estados Unidos, que no tuvieron límite. Pero con ellas no se ha conseguido detener el derrumbamiento, fruto natural de los métodos colectivistas.»

La ayuda norteamericana

Otro de los temas cardinales de la oposición de Hertzog al gobierno fue su crítica a la ayuda económica y financiera que el gobierno norteamericano prestaba a sucesivos gobiernos movimientistas.

En una carta a «Time», expresó:

> «Los 170 millones de dólares de ayuda de los Estados Unidos a los gobiernos movimientistas no han servido para obtener algún beneficio del pueblo boliviano e incluso no han merecido el agradecimiento de nadie. Esta no es solamente una locura económica sino también un grave error político. Yo aconsejaría que en vez de poner estos dólares a disposición del gobierno, ellos fueran depositados en una cuenta especial del ministerio de Educación, bajo la supervisión de funcionarios del Punto Cuarto que trabajan en La Paz, con el fin de pagar los salarios de los pobres profesores que en la actualidad sólo perciben el equivalente a 20 dólares mensuales. El resto debería ser empleado en construir escuelas, tanto urbanas como rurales. Hasta la fecha, los fondos de la ayuda americana sólo han servido para pagar los salarios de las milicias armadas que torturan a los ciudadanos decentes.»

En octubre de 1954, cuando Henry Holland, subsecretario estadounidense para los asuntos latinoamericanos, visitó Buenos Aires, Hertzog pidió audiencia, que no le fue concedida. Más bien se le sugirió que enviara un memorándum. Accedió a tomar esta vía. Holland habría ahorrado tiempo escuchándole, pues el memorándum constaba de 49 páginas (una de las características de Hertzog era su facundia en este tipo de documentos). El memorándum subrayaba que el poder político en Bolivia residía en la COB, entidad de tendencia comunista, y que un intento militar producido el 6 de enero de 1953 sólo tenía como propósito liberar al presidente Paz Estenssoro del cerco al que lo tenía sometido el comunismo. Al fracasar dicho golpe la influencia de esa doctrina se había acrecentado.

Seguía una relación prolija de ejemplos tendentes a convencer a Holland de la inminencia de un golpe comunista en Bolivia. La reacción del gobierno americano fue contraria a lo que Hertzog esperaba: lejos de intentar la sustitución de ese gobierno tildado de comunista,

incrementó su ayuda económica. El hermano del presidente Eisenhower visitó Bolivia y recomendó que se adoptara esa política.

Durante los doce años en que el MNR se mantuvo en el poder, el apoyo financiero y económico americano fue decisivo, a punto de ser considerado como partida normal de los ingresos presupuestarios.

En 1963 el presidente Kennedy recibió personalmente a Paz Estenssoro, de quien hizo un elogio. Al parecer, fue en esta oportunidad que le sugirió la idea de un tercer período presidencial.

Es evidente que, pese a sus errores y a la corrupción de muchos de sus miembros, el régimen movimientista gozaba de cierto prestigio en el continente, como lo prueba la actitud de Kennedy.

Ello se debía, en gran parte, a que algunos de sus miembros actuaban con desinterés y sentido patriótico. Sin negar que Paz Estenssoro también los tuviera con la ambición personal como factor predominante, existían algunos a quienes movía exclusivamente el sentido de servicio público. Era un plantel mínimo: Hernán Siles, Alfonso Gumucio, Manuel Barrau, Fernando Iturralde, Rafael Otazo y Fulvio Ballón que apuntalaron el buen nombre de su causa logrando que la opinión pública tolerase las fallas de los demás miembros del gobierno.

El pacto de Santiago

Los esfuerzos conjugados de Gabriel Gosálvez, del partido Republicano; Crisanto Valverde, del Liberal y Roberto Arce, del partido Social Demócrata, a los que se agregaba la adhesión reticente de Oscar Unzaga de la Vega, jefe de la Falange, cristalizaron en un documento secreto intitulado «Pacto de Santiago», suscrito en esa ciudad el 20 de marzo de 1954. Eficaces promotores del mismo fueron Alberto Ostria Gutiérrez, en Santiago, y Enrique Hertzog, desde Buenos Aires.

El texto del Pacto de Santiago puede ser resumido así:

> Frente al comunismo que detenta el poder en Bolivia y niega las libertades, es un imperativo patriótico la conjunción de los partidos políticos con absoluto y leal olvido de sus discrepancias pasadas. En consecuencia, se acordó unir fuerzas hasta conseguir el derrocamiento del gobierno imperante, la consolidación de un gobierno posrevolucionario y la restauración de las instituciones

democráticas. Esa unión se denominaría «Coalición de los partidos anticomunistas» y sería dirigida por una jefatura colegiada compuesta por los jefes de los partidos pactantes.

La jefatura colegiada entraría en relación con personeros del ejército nacional para el estudio de los planes de acción revolucionaria. Derrocado el comunismo se constituiría un gobierno provisional presidido por el señor Oscar Unzaga de la Vega. El gobierno provisional tendría las facultades extraordinarias de un gobierno de facto, pero ceñiría sus actos a los principios esenciales de la democracia respetando los derechos humanos proclamados por las Naciones Unidas.

Estipulaba: «El gobierno provisional deberá proceder a la reorganización del ejército, del cuerpo nacional de carabineros, de la corte suprema de Justicia, de la Educación pública, del código del Trabajo, de la Corporación Boliviana de Fomento. Asimismo, dictará un código agrario que establezca un régimen justo de remuneración monetaria del trabajo, de habitación, higiene, asistencia sanitaria, educación. Por último, se fomentará la inmigración seleccionada, mediante tratados con gobiernos europeos con excedentes de población.»

El pacto afirmaba, como corolario de su acción, que el gobierno provisional debería convocar a elecciones directas para la constitución de los poderes Ejecutivo, Legislativo y municipalidades, dentro del plazo de un año. El acuerdo debería permanecer rigurosamente secreto.

Una de las causas, y acaso la principal, de la inoperancia del «pacto de Santiago» fue la conducta obcecada del jefe de la Falange, Unzaga de la Vega.

Si los demás jefes de partido participantes en la discusión y redacción de dicho documento mostraron en todo momento un espíritu solidario y desinteresado, distinta fue la actitud de Unzaga, envanecido al verse situado al mismo nivel y ansioso de utilizar en provecho de un grupo los dividendos políticos que eventualmente se esperaba extraer de la coalición. Hertzog fue uno de los primeros en detectarlo. En carta a Gosálvez fechada el 6 de enero de 1956 expresó: «La táctica de Unzaga es ganar tiempo y utilizar todos los recursos para capitalizar exclusivamente en favor de su partido, y en desmedro de los demás, las posibilidades de toda índole, políticas, económicas, militares, etcétera, que se

le presenten. La Falange ha venido especulando con la revolución desde el principio y desde hace dos años lo hace con eficacia utilizando el nombre y la representación de los partidos democráticos. Unzaga, sobre la errada base de una tolerancia, tal vez excesiva, cree en la posibilidad de jugar a su guisa y seguir engañando indefinidamente a los otros tres jefes de partido, añadiendo al engaño el menosprecio por los partidos aliados y amigos a los que llama públicamente «partidos tradicionales desprestigiados».

Sus discrepancias nacían no sólo de la táctica en la lucha política; también eran principistas: «Frente al argumento repetido por Unzaga, de que «la revolución es lo primero», yo pienso que la revolución sería un mero accidente en el camino del país y que lo principal es saber qué es lo que se debe hacer después de la revolución. Los demócratas convencidos no podemos hablar desaprensivamente de lo que constituye el porvenir de nuestros hijos. Debemos averiguar a ciencia cierta si con nuestra generosidad no hemos de cambiar una dictadura por otra. Nosotros jamás nos opondremos a la unidad siempre que sea alrededor de los ideales democráticos. Nuestra diferencia con la Falange estriba precisamente en eso.»

Ocurrió lo que tenía que ocurrir. La Falange fue endureciendo cada vez más su conducta, persuadida de que era el único partido que podría destronar al Movimiento. Conspiraba por su cuenta e impedía con sus destemplanzas que los grupos opositores pudieran actuar con alguna eficacia. Pero, comenzando por su jefe, la Falange era un partido de románticos ingenuos que se sobrestimaban. Un día de abril de 1959 pagaron ese error en una celada que costó la vida a Unzaga y muchos de sus partidarios. Acorralado, vencido y sin armas, fue muerto a tiros en su escondite.

El doloroso final de Unzaga de la Vega provocó estos juicios de Hertzog y Ostria Gutiérrez. En una declaración formulada el 20 de abril de 1959, Hertzog expresó: «Yo conocí mucho a Unzaga de la Vega y puedo afirmar, con profunda convicción, que sus creencias religiosas y su fe católica hacen imposible e inadmisible la tesis de su autoeliminación. Desde otro punto de vista, se trataba de un luchador infatigable que no conoció nunca el abatimiento ni la desesperanza...»

Y, por su parte, reconoció los méritos de Unzaga: «Consciente de su sacrificio, Unzaga de la Vega fue hacia la muerte. Amaba demasiado a su patria para desfallecer y menos aun para retroceder. Renunció a la

tranquilidad que su anciana madre tenía por derecho. Juntos conocieron la persecución y el destierro; él, lleno de abnegación filial siempre; ella, serena y valiente en las horas de prueba.»

Las cartas de Canelas

Demetrio Canelas, cochabambino de nacimiento y de temperamento, uno de los fundadores del partido Republicano Genuino y fiel discípulo de Salamanca, era hombre de gran integridad ligada a la intransigencia característica de los políticos cochabambinos.

Las relaciones de Canelas con Hertzog fueron siempre correctas y cordiales, aunque nunca íntimas, y estaban lejos de semejarse a las que éste mantenía, digamos, con Ostria Gutiérrez o Balcázar.

El 6 de noviembre de 1952 había dirigido una carta a Canelas, por ese entonces director de «Los Tiempos» de Cochabamba, solicitándole la publicación de un documento titulado «Denuncia de una dictadura» relativo a la nacionalización de las minas y al contrato Chacur. Canelas le respondió que «en vista de las condiciones políticas imperantes en Bolivia se hacía difícil y aun peligroso dar a publicidad críticas sobre los actos del gobierno, en especial en lo referente a la nacionalización de las minas que acababa de ser dictada».

Comprendió este razonamiento y no insistió. Ello no fue óbice para que algún tiempo más tarde las instalaciones de «Los Tiempos» y el domicilio particular de Canelas fuesen asaltados por una turbamulta.

El carácter ríspido de Canelas no impedía para que le guardase respeto. En una carta a Gosálvez fechada el 14 de enero de 1955, expresa: «¿Quién más que yo debería estar resentido con don Demetrio, de quien sólo recibí injustas y acerbas críticas durante mi gobierno? ¿No fue acaso él quien ayudó y estimuló a los movimientistas en sus campañas? Otro tanto podemos decir de los falangistas que tanto nos insultaron y ofendieron. Y sin embargo aliados vamos y aliados seguiremos con ellos, en procura de mejores días para nuestra patria. Don Demetrio es sin duda uno de los hombres más experimentados en la política boliviana y el más vigoroso periodista de la oposición. Es indispensable mostrarle y exigirle solidaridad.»

Está retratado en esta carta. No guarda rencores personales ni los antepone ante las exigencias de una situación política que reclama unidad entre los opositores.

La amistad con Aramayo y Guillermo Gutiérrez

Hertzog y Carlos Víctor Aramayo eran amigos de vieja data, desde tiempos de cónsul en París. Esa relación se acrecentó con el andar de los años; cuando Hertzog era presidente Aramayo sostuvo a su gobierno a través de «La Razón».

Exiliados ambos a partir de 1952, intercambiaron frecuente correspondencia, de la cual se extractan algunas cartas.

El 11 de octubre de 1953, Hertzog le escribió desde Buenos Aires a París: «No soy viejo, pero ya no puede darme casi nada la vida y por ello, porque quiero actuar en defensa de mi pueblo y no puedo hacerlo, es que veo, con mayor inquietud cada día, la inercia de los más y el egoísmo de unos pocos. Formemos un escuadrón de sacrificio. Usted siente, estoy seguro, estas mismas inquietudes y por lo mismo que su patriotismo lo llevó a invertir sus bienes en nuestra patria, está recogiendo respeto y afecto incluso entre los obreros de sus minas. Creo que es indispensable gestionar la nueva salida de «La Razón» y si fuera preciso que un ex presidente encabezara el cuerpo de redacción, yo no vacilaría en prestar mi nombre y mi persona. Entraría al país y aunque no ignoro los peligros, estoy dispuesto a arrostrarlos con alegría.»

Noble ofrecimiento el de volver a Bolivia para dirigir «La Razón». Mas, para esa época, las instalaciones del diario habían sido destruidas deliberadamente y hurtadas las máquinas de imprenta. En el hermoso edificio funcionaba ahora un ministerio.

De tono semejante fue también la frecuente y larga correspondencia que mantuvo con Guillermo Gutiérrez Vea Murguía:

> «Mi querido Willy: Por mil razones podría yo llamarme a retiro, pero esa es tarea de paz y reposo y hay que dejarla para después. Mientras los bárbaros están en las puertas no hay más remedio que olvidarse de la salud, de los reveses de la vida y de la vida misma, para enfrentarlos. Y en esa tarea estamos y estaremos hasta el último hálito que Dios quiera darnos.»

La respuesta fue ésta: «No he tomado muy en serio las conspiraciones organizadas por amateurs y pusilánimes. No creo en las células de «triangulación» ni en las disquisiciones de los doctorcillos altoperuanos. Cuando la cosa esté madura, todo lo que se necesitará serán pantalones.»

Que Willy «poseía pantalones» lo había demostrado en el fallido golpe durante tiempos de Villarroel, en el cual estuvo a punto de perder la vida. Fue un hombre de acción, de acción ambiciosa y atrevida. Héroe en la guerra del Chaco, candidato a parlamentario que impuso su libertad desde la prisión política y fundador del mayor diario del país, «La Razón». Allá donde intervenía, dejaba señales de su acción constructiva y renovadora.

Jefe de la Unión Socialista Republicana

Cuando Gabriel Gosálvez, jefe de esta agrupación, falleció en Santiago, en su reemplazo fue elegido Hertzog con carácter interino. En esa ocasión emitió un manifiesto denunciando la política gubernamental del MNR.

Lo que él, Ostria, Unzaga, Canelas y otros políticos de su época tardaron en comprender, o deliberadamente rehusaron aceptar, es que el declinar de los partidos tradicionales era inevitable y que sus esfuerzos por reintegrarlos al mando serían vanos. Con todos sus excesos y errores, pese a la corrupción y crueldad de algunos de sus hombres, la revolución de abril, para bien o para mal, significaba precisamente eso, una Revolución. Había arrancado de muy atrás y penetrado muy profundamente en el devenir boliviano que en adelante sería diferente. Hertzog y sus amigos no lograrían jamás recuperar las posiciones perdidas lo cual, en cierto sentido, hace más dramática y digna de respeto su conducta. Lucharían por lo imposible.

Apedreado en La Paz

En marzo de 1959 Hertzog viajó de Buenos Aires a La Paz con el propósito de analizar la eventual participación de su partido, el PURS, y de otros de oposición, en las elecciones por efectuarse el próximo mayo.

Al descender de El Alto, el automóvil en que venía fue atacado a pedradas por un grupo de movimientistas; por suerte salió del atentado sin sufrir daños físicos, pero la advertencia era clara: no encontraría cuartel durante su permanencia en el país.

Poco tiempo después tuvo que volver al exilio, despidiéndose con un mensaje titulado «Hasta pronto, amigos»:

> «Me dirijo a los bolivianos que conservan intacto el afán cristiano y democrático de la vida y con cuyos sentimientos y angustias por el porvenir de Bolivia me siento tan unido, para expresarles que mi ausencia sólo significa un simple y momentáneo desplazamiento del terreno de combate. Vine al país al reclamo de numerosa ciudadanía independiente y en cumplimiento de mis deberes de jefe de partido, con el fin de continuar desde el interior la lucha desigual emprendida por un puñado de valientes... No he de recordar la forma indigna con que el régimen descargó su furia contra mí, que comenzó con una lluvia de piedras el día de mi llegada y alcanzó su culminación con las repetidas y fracasadas tentativas intimidatorias de que fui objeto. He compartido con ustedes, ciudadanos y amigos, algunas alegrías y enormes dolores. He visto morir a nobles amigos, roto el corazón angustiado por la humillación paulatina de la patria, y he visto a otros, destruidos el alma y el cuerpo en los campos de concentración. He sentido el renacer y el morir de muchas esperanzas. He sentido a cada momento el hondo latir del país. Me considero un testigo de sus sufrimientos. Pese a la miseria y a la desesperanza, la Patria no puede ni debe morir. Y no morirá si todos unidos nos proponemos salvarla. Hasta pronto, amigos.»

Retornó a Buenos Aires para proseguir la lucha. Como arbitrio ineludible, decidió la abstención de su partido en las elecciones efectuadas del 4 de julio. Días antes pronunció por radio un discurso titulado «Pega, pero escucha». En efecto, dos días después su casa en la calle Reyes Ortiz fue asaltada por una turbamulta que causó serios destrozos.

Retorno al país, 1964

Acogiéndose a la amnistía decretada por Paz Estenssoro para dar un viso justificativo a su reelección, Hertzog retornó nuevamente a Boli-

via en enero de 1964. Con este motivo dirigió una circular a sus correligionarios:

«Vuelvo al seno de la Patria animado del vivo anhelo de contribuir con todas mis fuerzas a vigorizar el espíritu cívico de mis correligionarios y en general de todos los bolivianos, hombres y mujeres, para oponer nuestra máxima resistencia a los desmanes y atropellos consumados por el régimen que ilegítimamente detenta el poder y que amenaza con desafiante descaro perpetuarse mediante la prórroga o reelección del autor del triste estado en que se halla el país.»

La réplica sería el asalto de su casa y destrucción de su biblioteca.

Al anochecer del 12 de marzo de 1964, una turbamulta de unas cuarenta personas, atacó violentamente el domicilio de Enrique Hertzog, en la calle Reyes Ortiz. Los asaltantes dispararon armas de fuego, dando mueras contra él. Luego apedrearon el edificio y penetraron en el departamento en el que se encontraba su hermana Teresa y cuatro nietos de corta edad. Luego procedieron a destruir los muebles y apoderarse de aquellos de valor. Se ensañaron contra la biblioteca que quedó reducida a un montón de libros estropeados, desparramados por el suelo.

Cuando, bajando del segundo piso, intentó contener a los asaltantes, fue agredido a golpes de puño y puntapiés. No obstante logró derribar a uno de sus agresores con un golpe de puño; los facinerosos lo arrastraron hasta la calle donde fue nuevamente golpeado. La policía hizo su aparición media hora después, cuando los vándalos se habían retirado.

Declaró luego a la prensa: «El asalto a mi domicilio, la destrucción de mi biblioteca, el saqueo de los muebles y bienes de mi hermana, que culminaron con una tentativa de asesinato a mi persona, han sido la directa consecuencia de la incitación del presidente Paz Estenssoro que una hora antes pronunció un discurso azuzando a turbas embriagadas a cometer desmanes contra sus adversarios políticos.»

Este atropello despertó protestas en todo el continente. «La Prensa» de Buenos Aires editorializó: «Atentado contra un político boliviano. El asalto y saqueo de la casa del doctor Enrique Hertzog en la capital de Bolivia es un episodio típico de las peores épocas de despotismo en nuestro continente. Fue cometido por grupos regimentados de partidarios del actual presidente, que aspira a ser reelecto después de haber

reformado la Constitución para conseguirlo... El estadista boliviano que acaba de ser objeto de tan bárbaro atentado simbólicamente caracterizado por la destrucción de una gran biblioteca, cuenta en nuestro país, donde habitualmente reside, con tantas amistades y simpatías. Las merecen la superioridad de sus dotes y el ejemplo de su conducta cívica.»

Los partidos políticos de oposición también expresaron su protesta. De la Falange Socialista Boliviana: «FBS se solidariza y contribuye al desagravio que debe el país al señor Enrique Hertzog, víctima del atropello que una turba aleccionada consumó sobre su hogar.»

«Alianza Popular Boliviana» (APB), que agrupaba al partido Liberal, al PURS, FSB y al PRA, emitió un comunicado suscrito por Eduardo Montes y Montes, Mario Gutiérrez y Jorge Ríos: «El «ajuste de cuentas» prometido a los jefes de APB por el presidente Paz Estenssoro, se ha iniciado con el inaudito atropello cometido por hordas contra el domicilio del ex presidente de la República, doctor Enrique Hertzog.»

La Unión Republicana Socialista adoptó una resolución: «Ante el inaudito atentado cometido por una turba aleccionada y dirigida por empleados del palacio de Gobierno, resuelve expresar su más enérgica protesta por el atropello y llama a la ciudadanía boliviana a cerrar filas en un frente de común resistencia a la tiranía.»

Numerosas entidades cívicas y culturales de todo el país emitieron votos semejantes, junto a las expresiones de protesta de decenas de personas particulares, inclusive la de funcionarios de la embajada de Estados Unidos en La Paz, entre ellos Bill Gibson, amigo personal de Hertzog.

Habría podido esperarse alguna expresión del presidente de la República, pero éste guardó silencio.

Entre las numerosas cartas enviadas a Hertzog, he aquí una de Alberto Ostria Gutiérrez, remitida desde Santiago a Carlos Hertzog:

> «Ya podrá usted suponer mi indignación ante el ataque a Enrique, instigado directamente por Paz Estenssoro. Una nueva hazaña... ¡Y contra quién! Contra quien fue un gobernador inmaculado, de la estirpe de Sucre, de Frías, de Adolfo Ballivián. Me cuentan que ante el justificado reproche de Enrique, Paz Estenssoro dijo del gran ex presidente que «debía estar en un museo». A lo que contestó Enrique: «Si por sesentón debo estar

en un museo, Paz Estenssoro, por delincuente, debía estar en la cárcel.» Excelente respuesta, por todo concepto.»

La caída anunciada...

Engolosinado con el poder, Paz Estenssoro logró en 1964 hacerse elegir por tercera vez, para lo cual tuvo que modificar previamente la Constitución. Para asegurar el apoyo del ejército llevó como compañero de fórmula al general René Barrientos, aquel turbulento aviador que lo condujo a La Paz en abril de 1952. Desde entonces, Barrientos había vociferado su apego al régimen proclamándose su defensor. Le seguía en estas expresiones de lealtad el general Alfredo Ovando. Ambos eran considerados como sus más firmes puntales. Lo que incomprensiblemente escapó al carácter desconfiado de Paz fue que desde un principio los dos militares conspiraban para derribarle.

Fue una obra maestra de hipocresía y astucia. Barrientos asumió el papel de colaborador díscolo e inquieto que debía ausentarse continuamente para inspeccionar las guarniciones militares del interior, en tanto que Ovando permanecía al lado del Presidente para garantizar su seguridad y controlar a su colega. Cuando las cosas estuvieron a punto, Barrientos se insurreccionó en Cochabamba y Ovando abandonó por unas horas el palacio de Gobierno para «asegurarse de la fidelidad de la guarnición de La Paz». La comedia llegó a tal punto que Ovando se hizo amarrar en una silla por oficiales supuestamente rebeldes, para ser públicamente desatado luego.

Volvió al palacio, siendo recibido con un abrazo por Paz Estenssoro, conmovido ante tanta fidelidad. Con cara contrita, Ovando le informó que, desgraciadamente, la situación estaba perdida, pero que él confiaba en restablecer pronto. Entre tanto era conveniente «para seguridad del señor presidente», que éste se ausentase brevemente al Perú, con la promesa de ser llamado en pocos días más. Paz Estenssoro tragó el infundio y partió el 4 de noviembre de 1964 hacia Lima, en compañía de su familia. Al desembarcar del avión ponderó la lealtad de Ovando, quien en esos mismos instantes asumía el mando conjuntamente con Barrientos. La ausencia temporal del líder movimientista duraría siete años y su partido perdería el poder por doce.

La caída de Paz Estenssoro en noviembre de 1964 permitió a numerosos exiliados, entre ellos Hertzog, volver temporalmente a Bolivia. Sin haber tenido ninguna intervención directa en el golpe de Barrientos y Ovando, mantuvo contactos personales con ellos, los mismos que no cuajaron en la participación de su partido, el PURS.

Al cabo de cierto tiempo observó que la situación política se deterioraba. Sus comentarios constan en carta a su hermano y confidente Carlos:

> «Prácticamente, Bolivia es un barco sin capitán, brújula ni radar, que va derecho a la escollera. El general Barrientos es un espíritu débil, cambiante, inestable, sacudido por dispares ambiciones a la vez, y sin la serenidad y el reposo que necesita un hombre de gobierno. Como médico, y habiendo estudiado cuidadosamente algunas reacciones suyas, estoy seguro de que se trata de un típico caso de neurosis de angustia, igual que el del pobre Germán Busch.»

Cuando los jefes políticos enviaron una carta al comando militar indicando que Barrientos debía renunciar previamente si deseaba presentar su candidatura a la presidencia en elecciones populares, Barrientos se sintió ofendido y en una reunión de los jefes militares amenazó con suicidarse si ellos no lo amparaban. Tenía esa manía.

Ciertas expresiones insólitas delataban su extraña mentalidad: «He bajado del cielo para lograr la felicidad de los bolivianos»; «Vamos a elevar a veinte mil hombres el núcleo de la fuerza armadas y entonces no habrá partido político que pueda derrocarnos»; «Si hay que matar, vamos a matar»; «Si hay desbordes, los vamos a pisotear»; «Si hubiera algunos que no están conformes con el resultado de esta lucha democrática recaerá sobre ellos la fuerza bruta»...

Era problemático que un hombre como ése pudiera llegar a un entendimiento razonable con los dirigentes políticos civiles.

Barrientos buscó asumir la presidencia bajo cierta apariencia de legalidad mediante elecciones populares, que fueron convocadas para el mes de julio de 1966. Con la vaga esperanza de que ellas se desarrollasen correctamente, se presentaron los siguientes candidatos: Enrique Hertzog, por el PURS; Víctor Andrade, Mario Diez de Medina, Felipe Iñiguez Medrano y, por supuesto, el propio Barrientos, cuyo compañero de fórmula era Luis Adolfo Siles, del PSD.

Hertzog, que acudió a La Paz para organizar al electorado de su partido, juzgó conveniente retirar su candidatura alegando motivos de salud y volvió a Buenos Aires.

Quizá retornaba insatisfecho consigo mismo porque en esta ocasión había cometido un error de juicio al apoyar con su presencia la candidatura de Barrientos. Eso trasluce una carta al subjefe del PURS, Constantino Carrión:

> «La Unión Socialista Republicana fue el primer partido que propició la candidatura del general Barrientos a la presidencia, como un homenaje a las fuerzas armadas que hicieron posible el derrocamiento de Paz Estenssoro poniendo fin a la anarquía y la miseria provocadas por casi catorce años de dictadura movimientista. Ahora mismo, creo que la candidatura de un militar que represente auténticamente al ejército como institución nacional y no como parcialidad, es una necesidad en la dinámica política, con la condición de desterrar por completo toda demagogia que no hará otra cosa que mellar el prestigio del ejército. Si el general Barrientos cumple con el deber constitucional de renunciar a la copresidencia y a su actividad militar para habilitarse legalmente, entiendo que nuestro partido debe prestar su apoyo a esa candidatura.»

Pero Barrientos no renunció y las cosas siguieron su curso.

Capítulo X

EL LARGO CREPÚSCULO

A partir de esa ocasión fue declinando paulatinamente la actividad de Hertzog. Continuó manteniendo contacto con gente de su partido y con otros dirigentes políticos, siguió prodigándoles consejos y orientaciones, pero ya sin el énfasis que distinguió sus actividades durante la época en que gobernaba el MNR.

Entre tanto, a Barrientos sucedió interinamente Luis Adolfo Siles, luego derrocado por Ovando y éste a su vez por Torres, quien se desplomó pronto ante Hugo Banzer. Así pasaron los dos decenios, en los cuales la imagen política de Hertzog, sin esfumarse por entero del escenario actuante, se retraía lentamente.

Ahora ya no era sólo la política la que absorbía su tiempo. Seguía con interés el acontecer boliviano, pero su atención se había diversificado hacia otros campos: su hogar, las lecturas, las preocupaciones financieras, el cuidado de una salud declinante. Había pasado la sesentena y viejas dolencias reaparecían agravadas. Se encaminaba inevitable y tristemente al período final de su existencia. Como médico, él lo sabía mejor que nadie, y lo aceptaba con filosófica resignación.

Había que gozar de los pocos atractivos que aún le ofrecía la vida. La lectura era uno de ellos.

Las preocupaciones literarias

Se entregó a la lectura, en particular de libros de carácter histórico y, mas aún, si ellos eran relativos a la historia de Bolivia.

En una carta fechada el 9 de setiembre de 1960, dirigida a su amigo Manuel Carrasco, que había publicado un estudio sobre el general

José Ballivián, se encuentran estos párrafos referentes a Manuel Isidoro Belzu:

«Es impresionante la coincidencia de unos hechos históricos que parecerían frutos exclusivos de una época muy distinta en el tiempo. El belzuísmo, que en su momento culminante fue un cataclismo, no sólo por lo que tuvo de sangriento e inhumano sino por el perverso abismo que abrió en la todavía inmadura familia boliviana fue, después de Belzu, hecho imitado y repetido con destructoras consecuencias. Cuando yo leía emocionado sus páginas sobre los sucesos que siguieron a 1848, estaba viendo el cuadro de la época actual de nuestra desventurada patria...

«En Bolivia, cada nuevo Belzu que la historia ha ido procreando sirvió no para procurar al pueblo una nivelación por lo alto ni para mejorar la condición espiritual y moral de nadie, sino para aplastar a los civilizados hasta llegar a las limitaciones de la vida primitiva. Por eso todos los belzuísmos fueron y serán siempre un retroceso en nuestra vida pública. Y por eso también Ballivián, en su lucha con Belzu, aparece como un símbolo, no de fortuna ni de estirpe, como lo han pretendido los demagogos, sino de civilización, de patriotismo y de decencia.»

Hertzog, cuando fue embajador de España, había escrito al presidente Ballivián informándole sobre el hallazgo en la biblioteca del Palacio de Oriente, de un original del autor potosino Arsanz y Vela y que era nada menos que la «Crónica de la Villa Imperial». Se había elaborado una copia fiel del libro, que estaba lista para edición. Solicitaba recursos para ello. Obtuvo que el Instituto de Cultura Hispánica contribuyese con un millón de pesetas, pero se requería otra suma igual para concluirla. ¿Podía sufragarla el gobierno de Bolivia? La gestión no alcanzó buen éxito debido a los sucesos políticos que motivaron la caída de Ballivián.

Durante toda su vida había sido un lector asiduo, afición redoblada durante los decenios de su exilio.

En los años de su presidencia, algunas mañanas los sorprendidos transeúntes de El Prado de La Paz contemplaban con simpatía a ese apuesto señor de gafas y sobretodo que miraba acuciosamente el escaparate de la librería «Selecciones» o inquiriendo sobre las últimas novedades bibliográficas. Entre los escritores bolivianos sus favoritos eran Gabriel

René Moreno, Alcides Arguedas y Franz Tamayo. Había conocido a Arguedas en París y a Tamayo en época de Salamanca. Apreciaba, asimismo, la «Historia de Bolivia» de Luis Mariano Guzmán. Leyó con deleite «Masamaclay» de Roberto Querejazu, los libros de Alberto Ostria Gutiérrez, Adolfo Costa du Rels, Gustavo Adolfo Otero, Augusto Guzmán y un poco a regañadientes (por otras razones) las novelas de Augusto Céspedes.

Era vasta su erudición sobre literatura clásica y sabía también de la contemporánea. Con su hermano Carlos recitaba de memoria estrofas íntegras de «Divina Comedia», poesías de Baudelaire y entre los prosistas modernos gustaba de Albert Camus, André Malraux y Jean Paul Sartre.

Entre los autores españoles había leído a casi todos en los dos años que estuvo en Madrid. Era amigo de Eugenio D'Ors. Apreciaba especialmente el «Antonio Pérez» de Marañón y las obras de Pedro Antonio de Alarcón, Unamuno y Azorín. Recitaba también de memoria poesías de García Lorca y Jorge Guillén. Asimismo, le interesaba Camilo José Cela.

Había conocido en Chile a Pablo Neruda, amistad que mantuvo a través de los años. A lo largo de su vida había formado tres importantes bibliotecas en La Paz, Madrid y Buenos Aires. Lo que no fue destruido en los asaltos fue donado en 1969 a la Universidad Mayor de San Andrés, mediante carta de su hijo Enrique: «Señor rector: Cumpliendo la voluntad de mi señor padre, quiero hacer llegar a esa prestigiosa casa de estudios la donación de su biblioteca médica y archivos, cuya lista adjunto. En esta forma él aspira a contribuir, siquiera modestamente, a la formación de nuestra juventud estudiosa, la cual ha sido siempre motivo de su preocupación y desvelos.»

La biblioteca universitaria se enriqueció con cuatrocientos libros, la mayoría en español pero un buen número en francés, obras relativas a la ciencia médica.

Gustaba también de escribir pequeños aforismos, derivados a veces de sus lecturas. Entre varios papeles examinados después de su muerte se encontró el borrador de una página que había titulado «Sentencias, ideas y pensamientos», con las siguientes frases: «Cuando Goethe murió dijo: «Luz, más luz». Yo, parafraseando humildemente, diría: «Ganarás tu luz con la fatiga y las lágrimas de tus ojos; con las ansiedades de

tu espíritu; con la esperanza dolorosa de las ilusiones perdidas; con la sabiduría aprendida en las largas vigilias.»

***

«Los griegos no tenían el reloj en tiempo de Pericles, pero no lo necesitaban porque llevaban, latiendo dentro de su ser, el eterno reloj helénico de la mesura y del conocimiento de sí mismos que habían aprendido a la entrada del oráculo de Delfos.»

***

«Gobernar es defender al país que se gobierna; es defender al pueblo que se gobierna; es defender el espíritu de sus habitantes y el cuerpo de la Nación.»

***

«Hay hombres que aterrados por la idea del insulto se placen en insultar como un medio de darse valor. Y cuántos insultos podrían cruzarles las cara como latigazos si hubiera que tomarlos en serio.»

***

«No son precisamente los simples, los humildes, los buenos obreros y campesinos los que han transformado Bolivia; ellos siguen más humildes y más pobres que nunca, mientras la corrompida cohorte de los envenenadores del espíritu ha irrumpido en los salones de la antes odiada oligarquía a la que han dejado atrás en sus extravagancias y su amor al deleite, al buen whisky y a las buenas hembras.»

***

«Cholería es una calidad de alma que impide ver la vida en su inmensa belleza. Por eso llamar cholo al que piensa con bajeza es decir una inmensa verdad. Cholo, socialmente hablando, puede significar caballero o gentilhombre, cuando el aludido tiene nobleza.»

Diálogos con Yolanda Bedregal

Gustaba de la amistad femenina, en particular cuando las interlocutoras eran mujeres cultas. De ahí, por ejemplo, su larga relación con María

Josefa Saavedra. La tuvo también con la poetisa Yolanda Bedregal. De un largo intercambio de correspondencia posterior, se extrae el siguiente párrafo revelatorio de los meandros de la mentalidad de Hertzog:

«Cuando yo no tenía muebles protestaba contra quienes los tenían y me amargaba la sangre; y cuando los tuve me indignaba contra los que tenían casa y auto; ahora que Dios me ha dado, muy modestamente por cierto, ambas cosas, no protesto ni me indigno porque ya he visto demasiado; pero anhelo sinceramente poder tener una finca con una amplia casa de campo y una biblioteca y las demás pequeñas cosas que hacen tan grata la vida fuera de las ciudades. Como usted ve, nadie está libre de esa ansia de mejoramiento que sólo los privados de razón desconocen.»

En otra misiva confiesa:

«Le voy a hacer una declaración que le llamará la atención. Yo soy y he sido siempre partidario de la nacionalización de las minas y de una legítima distribución de las tierras entre los desheredados, pero eso no lo llamo yo comunismo ni creo que éste sea necesario como doctrina o como técnica en ningún pueblo. Yo le doy a eso su verdadero nombre: cristianismo puro y simple, cumplimiento leal de las dos encíclicas sociales, las de León XIII y Pío XI, al lado de las cuales el marxismo es una cosa fría y sin emoción.»

La correspondencia con Yolanda Bedregal prosiguió durante mucho tiempo.

De tarde en tarde volvía a invadirle la angustia por el destino de la patria, o la rememoración del pasado. Una de las notas encontradas entre sus papeles reza así:

«Felices tiempos aquellos en que la vida de la República seguía un ritmo evolutivo sin los odios, violencias y venganzas del cataclismo revolucionario que sobrevino después. Felices tiempos en que el país gozaba de libertad irrestricta, en que los ciudadanos podían cruzar sin temor por todos los ámbitos del país en que las leyes tenían vigencia y servían por igual a todos, grandes y chicos, ricos y pobres, y en que no se pedía a los magistrados judiciales la interpretación abusiva de ellas en nombre de un arbitrario derecho revolucionario...

...Felices tiempos en que la moneda tenía un valor real, en que el producto nacional era muy alto y en el que el ingreso per cápita no era el más bajo del continente...
...Felices tiempos en que un maestro ganaba un sueldo real tres veces más elevado que ahora y el obrero minero un salario cuatro veces más alto. Felices tiempos en que no había campos de concentración ni control político ni torturadores profesionales; tiempos, en suma, en que se respetaban los atributos y la dignidad de la persona humana.»
Un día, formuló el siguiente autoanálisis:
«Nunca ambicioné para mí la primera magistratura de la Nación. Fui militante de un partido o su jefe en períodos sucesivos; ministro de Estado o perseguido, arrojado a los confinamientos y al destierro; vejado y martirizado en las prisiones políticas. Puse siempre mi pensamiento y mi voluntad al servicio de la Patria, exponiendo mi vida varias veces a las iras de la tiranía, únicamente con el propósito de cooperar con el restablecimiento del orden legal...
...En más de un cuarto de siglo, largo tiempo de ser hostilizado y perseguido, no lograron nunca mis perseguidores doblegar mi voluntad y mi espíritu cívico, y en todo ese tiempo no pasó por mi mente la tentación de llegar al poder. ¿Acaso no era ya honra excesiva en la República llegar a los días de madurez teniendo tranquila la conciencia por el deber cumplido, limpios de mancilla la honra y el nombre, inagotables las fuentes del perdón y del olvido, detrás de las cruentas luchas partidistas?»

La familia dispersa

Gran parte de la vida, desde su graduación profesional e incorporación a la política, fue una renuncia a la tranquilidad hogareña. Y fue la vida entera para la esposa y los hijos, porque no conocieron otra hasta la prueba de despedir en cada trance al jefe de la familia en zozobra.

Como gitanos recorrieron la ciudad, primero, y después otros países. El matrimonio Hertzog-Sánchez tuvo un corto tiempo feliz en la calle Aspiazu, donde nació Enrique, el primer hijo. Y poco más tarde se inició la dispersión. Se sucedieron los domicilios de breve morada, la ave-

nida Arce a una cuadra de la plaza Isabel La Católica; la calle México, una breve morada con consultorio médico; la casa propia en la calle Reyes Ortíz; etapas que los encontraron inquietos, pero juntos.

La separación se impuso pronto, todas las veces que el jefe de familia era confinado a remotos parajes del país o debía mantenerse oculto de los asesinos que lo buscaban, en casa de amigos y hasta en un establecimiento religioso. Las hijas, cuando no acompañaban al padre en sus exilios, en pensiones sin privacidad de hogar, eran recogidas por el tío Carlos, por el abuelo en Santa Cruz, o internadas en colegios religiosos de La Paz o Montreal. Enrique, el hijo, compañero en los exilios o estudiante en el exterior. Edna, acosada por el sufrimiento de la separación, en una clínica de Sao Paulo. Después vino la experiencia de acompañar al padre embajador en la residencia de Madrid. Tanto cambio de lugar hizo que la dispersión familiar pareciera una situación normal. Casas sin personalidad, sin sello propio, aunque no inquietante. Como lo fue para las niñas acompañar al padre en el Palacio Quemado, en el cual, según Consuelo, todo era sombrío, congelado y poblado de los fantasmas de quienes sufrieron y murieron en su recinto.

En Buenos Aires, cambiaron de domicilio con menos frecuencia: las calles Maipú y Arenales.

Duro precio el que cobró la política... Renunciar a la vida hogareña, a la rutina cordial de volver todos los días a la mesa familiar, al goce de la esposa y los hijos. Sí, precisamente eso: tener una esposa bellísima y dulcemente adicta, y estar separado de ella... Una tortura quemante.

El ideal de su vida fue siempre la libertad dentro del orden, y el orden y la ley como bases del bienestar del pueblo. Su larga docencia en medicina lo acostumbró a ir de lo simple a lo complejo. Sabía que nada se produce de la nada y que toda producción humana es fruto de tres factores: el trabajo, el capital y la técnica, y que cada uno de ellos es tan importante en sí mismo que no se puede prescindir de ninguno sin poner en peligro el resultado final.

Era partidario de la libre empresa, de la iniciativa privada y del derecho de propiedad que era preciso garantizar para poder cumplir eficientemente su función social. Creía igualmente que eran indispensables las inversiones de capital nacional y extranjero dentro de la economía de mercado para que ésta le sirviera de atracción Todo ello en los marcos constitucionales.

Enemigo de los totalitarismos, de cualquier signo que fueran, tenía una máxima que repetía con frecuencia: «Si por derecha se entiende amar a Dios, respetar las leyes, hacer culto de las tradiciones patrióticas y luchar por la independencia y la libertad, yo soy de derecha.» Y continuaba: «Sería tan erróneo decir que la derecha son los ricos, como decir que la izquierda son los pobres.» Pensaba que el comunismo, con su odio a la propiedad, al derecho, la tradición y el pasado, es el veneno más corrosivo de un pueblo. El comunismo es como la morfina: gusta y adormece al comienzo, impide pensar y razonar después y finalmente esclaviza al individuo totalmente.

Profundamente creyente, la influencia de su madre, doña Eduviges, maestra insigne de arraigados sentimientos religiosos y su educación en colegios católicos, marcaron indeleblemente su vida. Tenía pasión por la justicia, y nada le irritaba más que la injusticia, cualquiera que fuese la víctima.

Luchó denodadamente por estos principios y fue muchas veces perseguido por defenderlos. Era, al igual que su correligionario y amigo Demetrio Canelas, el político que padeció mayor número de prisiones, confinamientos y destierros en defensa de sus ideales.

Las penurias económicas

Ya está dicho que Hertzog nunca fue hombre de fortuna y vivió siempre dentro de marcos estrechos, salvo durante la Presidencia y la embajada en España, en las que erogó hasta el último centavo de sus haberes.

Su situación se vio seriamente agravada a partir de 1952 cuando tuvo que retornar de Madrid a Buenos Aires, esta vez en condición de asilado. No podía ejercer su profesión y no tenía otros ingresos que las magras sumas que recibía colaborando con algunos diarios argentinos o la menguada renta de su casa en La Paz.

Un ejemplo de esta precariedad se refleja en una carta dirigida a su cuñada Raquel Sánchez de Herrera, el 7 de agosto de 1955:

> «Querida Nena: ... Hasta hoy logramos sobrevivir gracias a mis ahorros traídos de España, provenientes de la venta de mi automóvil y de los muebles. Tuve luego que vender mis grabados, cuadros y algunos valiosos libros antiguos, para terminar con mis

joyas personales. Pero todo tiene su límite y dentro de pocos meses llegaré a él. El alquiler de mi quinta en Calacoto es pequeño y no alcanza ni para la mitad de los gastos de una familia. Lo grave no es esto, sino la situación de Edna. Otra vez estoy muy atrasado en los pagos al sanatorio y es indispensable hacer un abono a cuenta para que no disminuya la buena atención y sigan teniendo la misma confianza en mí. No me resigno a hacer que la trasladen a un establecimiento popular donde el trato, la promiscuidad y el descuido provocarían su agravamiento. Por eso tengo que hacer lo posible para que continúe en el sanatorio Jabaquara, en el Brasil.»

Raquel, la menor de las tres hermanas Sánchez Cronembold, le remitió de inmediato mil dólares, de sus propios ahorros. Ella era así, generosa y desprendida. Tenía la misma belleza de su hermana, atributo físico al que añadió un espíritu cultivado, adicto a la lectura. Podía discutir sobre Sartre o Camus, Neruda o Borges, Hemingway o Faulkner con sensibilidad y erudición. Para Enrique Hertzog fue más que una hermana: una consejera y un apoyo. Confiaba ciegamente en ella.

Además de una salud declinante, su situación económica, nunca próspera, era ahora apremiante. La soportaba con discreción y dignidad, pero algunos de sus amigos la advertían claramente. Reza una carta enviada por uno de ellos desde Buenos Aires a La Paz en fecha 19 de octubre de 1979:

«El doctor Hertzog, de quien tengo el honor de ser amigo desde hace muchos años, y a quien visito con alguna frecuencia, está atravesando por una situación muy difícil. Para mantenerse en la Argentina y atender su prolongada y costosísima enfermedad, no cuenta con otros recursos que su magra asignación de ex presidente de la República que, tengo entendido, apenas alcanza a 700 dólares mensuales, que con el actual costo de vida de la Argentina no le alcanza para nada, a tal punto que en los dos últimos años no puede someterse a nuevos exámenes y tratamientos para controlar su enfermedad. Eso le está ocasionando el estancamiento de su mal y con frecuencia recaídas que agravan su salud. Está de más decir que cualquier tratamiento médico aquí en la Argentina es absolutamente prohibitivo por su elevado costo si no estás asegurado en alguna institución de seguridad social.»

Dichos apuros están reflejados en una carta enviada desde Buenos Aires a su hija Consuelo, el 21 de septiembre de 1967: «...Tu me preguntaste cómo me sentía de verdad y te dije que no me sentía nada bien y en realidad estoy declinando cada día. Necesito urgentemente ir a centros especializados que serían el hospital Walter Reed o el Mount Sinai de los Estados Unidos. Si se llega a realizar el viaje yo estaré en La Paz para ayudarte en la venta de la casa de Calacoto... Estoy pensando en enviarte desde Buenos Aires mis paquetes de libros, seleccionándolos un poco por materias para ir aumentándolos con los que tengo aquí con la finalidad de ofrecerlos todos juntos, sea a la Universidad, sea a la Municipalidad. No hay la menor duda de que por ayudarme, Porfirio Díaz Machicado procurará comprar los libros para la biblioteca universitaria que dirige... Cuadros: he ofrecido a la alcaldía la Virgen de Remedios, los dos Rimsa, los dos Guzmán de Rojas y una talla de madera... A mí me habría gustado regalarte la Virgen de Remedios, pero ahora sería un placer demasiado caro...»

Ahora mismo, después de la impresión que tuvo Consuelo al recibirla, el conocimiento de esa carta inspira pena a quien la lea. Los libros, al final, no llegaron a ser vendidos y fueron obsequiados a la Universidad de San Andrés. Los cuadros quedaron en posesión de sus hijos. En el transcurso de sus largos años de exilio y enfermedad, había gastado el producto de la venta de su casa en Calacoto, de la casa en Reyes Ortiz y de unos terrenos pertenecientes a Edna en Santa Cruz. Todo fue consumido poco a poco. En cierta ocasión tuvo que pedir un préstamo a su amigo Ostria.

Hertzog buscaba afanosamente trabajo. Leía los anuncios que aparecían en la prensa bonaerense en busca de una oportunidad. Como un ejemplo entre decenas, basta con resumir esta carta:

> «De mi consideración: Acabo de leer en «La Prensa» de hoy, el anuncio adjunto en el que para una «gran revista continental» se busca «persona de gran experiencia, cultura y responsabilidad para cargo directivo. No sé si con los 64 años que cuento, puedo tener probabilidades de alcanzar ese cargo... Hablo y escribo el francés correctamente, soy de religión católica y de sentimientos profundamente democráticos, carezco de prejuicios raciales o religiosos y vivo exiliado en Argentina desde 1932. Un sueldo de 20 mil pesos será suficiente para mí, en los momentos actuales.»

No obtuvo el puesto.

Otro desencanto, esta vez proveniente de la «Editorial Atlántida»:

> «De mi consideración: Enterados de su deseo hemos procurado hallar la oportunidad de complacerlo, pero ni aquí ni en otras publicaciones hemos conseguido datos satisfactorios. Pensamos que podría usted averiguar si en las editoriales de libros necesitarían sus servicios. Firmado: Constancio C. Vigil.»

Y esta carta a Raúl Botelho Gosálvez, novelista y uno de los diplomáticos capaces que ha tenido Bolivia. Gran amigo de Hertzog, intentó ayudarlo procurándole un cargo en «El País», de Montevideo:

> «Mi querido amigo Raúl: Le agradezco mucho su gestión ante el doctor Rodríguez Larreta, director de «El País» y me pondré de inmediato a escribir algo sobre la realidad boliviana. La cuestión de la remuneración es lo de menos pues, si bien en los momentos que vivimos nunca está de más el dinero que uno gana con su trabajo honrado, no es precisamente ese el impulso más importante para seguir adelante con la obra emprendida». En efecto, escribió algunas colaboraciones para «El País».

Bien entendido, no solicitó ni recibió ayuda de los gobiernos movimientistas. En cambio, la recibió de algunos de los presidentes militares como Barrientos, Banzer y García Meza, quienes, invocando su condición de ex presidente, le hicieron llegar algunas sumas modestas mediante resoluciones supremas.

Banzer fue más lejos al enviarle a Buenos Aires, por intermedio de su canciller Mario Gutiérrez, el título de «embajador honorario». Pero este documento no llegó a conocimiento de Hertzog pues la embajada lo escondió y sólo años más tarde fue descubierto en un escondrijo.

El documento había sido retenido por la embajada hasta que fue encontrado en un cajón de doble fondo en el escritorio del funcionario José Monje Roca.

La situación económica se tornó más apremiante cuando su hermano Carlos, que hasta entonces había contribuido a su sostén, fue apresado y desterrado a Chile, pese a su abstención en política activa. Carlos perdió su puesto en la casa Gundlach y a su vez tuvo que ganarse la vida en tierra extranjera. Como era un profesional de alta competencia, no le fue problemático conseguir trabajo.

La luz que se apaga

En ese melancólico ocaso de su vida, Enrique Hertzog fue víctima de dolencias sucesivas que lo acosaron hasta terminar en su muerte. Primero, la vista: la miopía congénita se convirtió con los años en cataratas en ambos ojos. El resultado de una operación no fue satisfactorio y sólo aumentó su pérdida de la facultad visual, al punto que en sus últimos años andaba casi a ciegas, apoyado en un bastón. Un día estuvo en riesgo de sufrir un accidente al cruzar una esquina donde un automóvil debió maniobrar para eludir atropellarlo. Desde entonces abandonaba raramente su domicilio, el modesto apartamento en la calle Arenales. Por supuesto, tuvo que abandonar toda lectura, pero por suerte contaba con la eficaz e inestimable ayuda de una amiga argentina, su abnegada secretaria y dactilógrafa de las cartas que Hertzog nunca cesó de dirigir a sus amigos.

Al problema de la vista se sumó una hemiplejia que lo dejó paralítico del brazo derecho, desde entonces vendado y en cabestrillo. Al final, también le era penoso caminar y debía hacerlo apoyado en alguien.

Soportó estas vicisitudes físicas con entereza espartana. Nunca una queja o un lamento por las flaquezas de su cuerpo. Sabía que sus males no tenían remedio y los aceptaba con cristiana resignación. Fue tornándose cada día más silencioso y a veces algo sombrío, sentado la mayor parte del día en un sillón, meditando y sin duda sumido en sus recuerdos.

De gran estímulo para él era la visita cotidiana que le hacía Edna en las primeras horas de la mañana para ayudarle a vestirse. No cambiaban muchas palabras, acaso porque entre ellos todo estaba dicho, pero aún quedaban gestos de ese amor apasionado que les uniera otrora. Ahora ambos soportaban, cada uno en su persona, estas pruebas que el destino les había deparado.

En este melancólico atardecer volvía a unirles un amor acrisolado por la ausencia, la espera y el sufrimiento. Edna había superado sus males, vivía bajo el cuidado solícito de su hija Teresa confortada por el tierno cariño de sus nietos. Consuelo y sus hijos velaban por ese abuelo cuya faz se iluminaba al oír las voces de la edad feliz. Una felicidad bañada de ternura retornó a esa familia sacudida por tantas vicisitudes.

Hasta que la muerte llamó a las puertas.

María Teresa, la menor de las hijas y por quien don Enrique guardó siempre gran ternura, recuerda sus últimos días:

«Papá cayó enfermo a principios de diciembre de 1980. Lo internamos en el hospital Militar, pues no se podía pagar una clínica particular. Unos días antes de que lo operaran, una monjita le propuso que recibiera la unción de los enfermos, y él aceptó emocionado. Nos pidió, a Consuelo y a mí, que lo ayudáramos a reposar en una silla para recibir al sacerdote. Papá lo saludó con su amabilidad habitual y con unción, poniendo las manos en el pecho y la cabeza inclinada, pronunció devotamente cada una de las oraciones, como paladeándolas. Recibió despaciosamente la comunión. Cuando terminó el sacerdote, papá nos abrazó y dijo que estaba feliz de haber recibido este sacramento y que no le tenía miedo a la muerte. Nos dejó la lección: como se vive se puede morir, como un hombre de bien.»

Dejó a sus hijos el encargo final: mantenerse unidos y solidarios a través de todas las circunstancias. Ellos constituyeron su íntima satisfacción: «Mi única riqueza son mis hijos, a los que eduqué como a mí me educó mi madre.» Así lo había declarado en un documento importantísimo en su vida, la renuncia a la Presidencia.

Su final se asemeja por muchos aspectos al de otro presidente ejemplar: José María Linares, cuyos últimos días de vida en Valparaíso fueron conmovedoramente descritos por Mariano Baptista.

Enrique Hertzog Garaizábal murió en la mañana del 18 de diciembre de 1980. Tenía 82 años.

Para sufragar los gastos del entierro, Consuelo tuvo que obtener un préstamo.

Edna le sobrevivió algunos años. Murió víctima de un enfisema pulmonar, el 5 de agosto de 1987.

Él reposa en el cementerio de La Recoleta; ella en el Parque Memorial de Buenos Aires.

Hertzog recibió muchos homenajes póstumos; pero los más entrañables son los recuerdos de sus hijos. María Teresa le rinde tributo a sus muchas virtudes: «era paciente, comprensivo, optimista, sereno y al mismo tiempo tenía fortaleza para defender sus ideales. Fue siempre muy cariñoso con su familia. Su carácter era parejo. Nunca lo vi fuera de sí, jamás le escuché decir un insulto. Y no hablaba mal de los demás.

He admirado siempre cómo hacía las cosas más corrientes de la vida con la elegancia propia de sus valores interiores.»

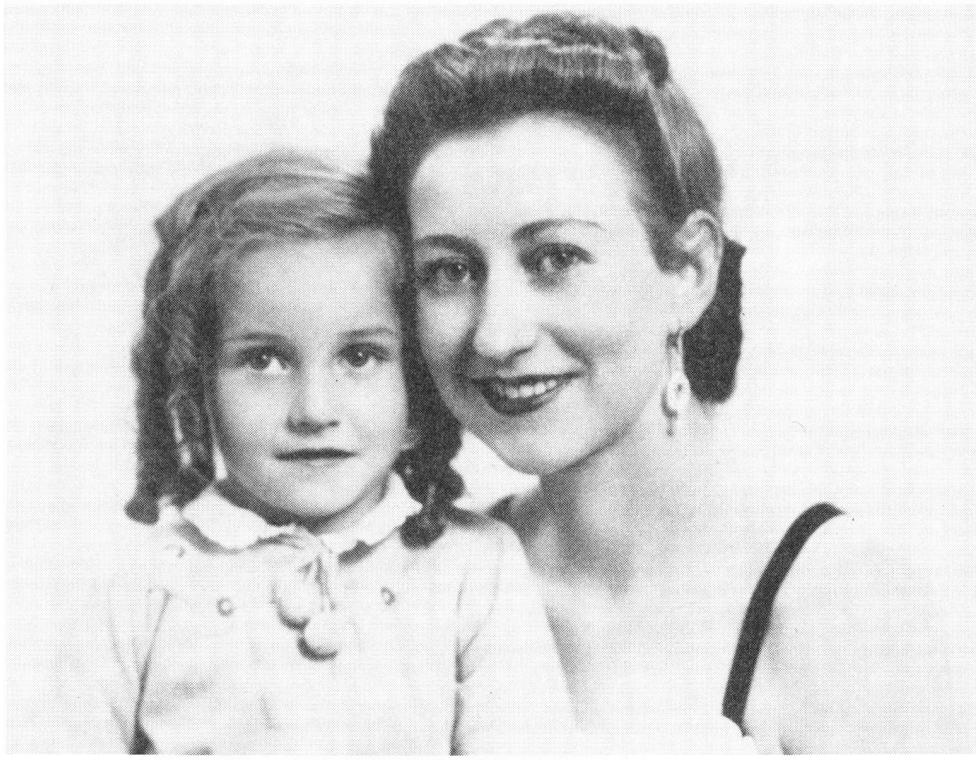
Consuelo, por su parte, ha vertido sus opiniones a lo largo de sus testimonios como confidente de ese varón insigne. Todo quedará sellado con una sola frase: «Vivo con el orgullo de ser su hija y compañera.»

Enrique, el hijo, ausente por sus estudios, sintió la pena por la pérdida de su padre con igual desgarramiento que el de sus hermanas y se mostró como lo hacen los hijos varones, con la serena y oculta congoja que evita salir por el camino de las lágrimas para acogerse a abrazos apretados en silencio. El cúmulo de afectos y de esperanzas depositadas en él, como el hijo que el padre sabe llevará el apellido de la familia, estaba grabado en lo íntimo, esa emoción que los varones no declaran por recato o por instintos de hombría.

Rebasando el natural sentir de los seres íntimos, la muerte de Hertzog hiere la sensibilidad social. Su amigo Juan Manuel Balcárcel, conmovido profundamente, sintetizó la trayectoria de Hertzog: combativo en el llano, pacifista en el poder. Su contendor en elecciones, el noble don Luis Fernando Guachalla, despidió a su amigo con una precisa definición: «Fue la personificación de la rectitud, la honestidad y el desinterés personal en servicio de Bolivia.»

Al colocarnos en el trance de cerrar el relato de su vida desde las manos de su madre hasta convertirse en el hombre más importante de su patria, no podemos olvidar las pasiones de su época que se cebaron en él. Duele profundamente comprobar cómo ese ciudadano perfecto, poseedor de todas las virtudes exigibles, fue maltratado sin misericordia. El presidente hidalgo, el caballero sin tacha, se marchó de la existencia como se había despedido al retornar al exilio la última vez, con su dolido mensaje «hasta pronto, amigos». Ese «hasta pronto» ha llegado desde el pasado y nos hace levantar la mano agitándola tristemente, respondiendo a su despedida y consiguiendo que Enrique Hertzog Garaizábal quede para la posteridad en su imagen culminante, gallardo en su dignidad, con la banda tricolor y la medalla de Bolívar al pecho.

El presidente de Bolivia, Enrique Hertzog Garaizabal.

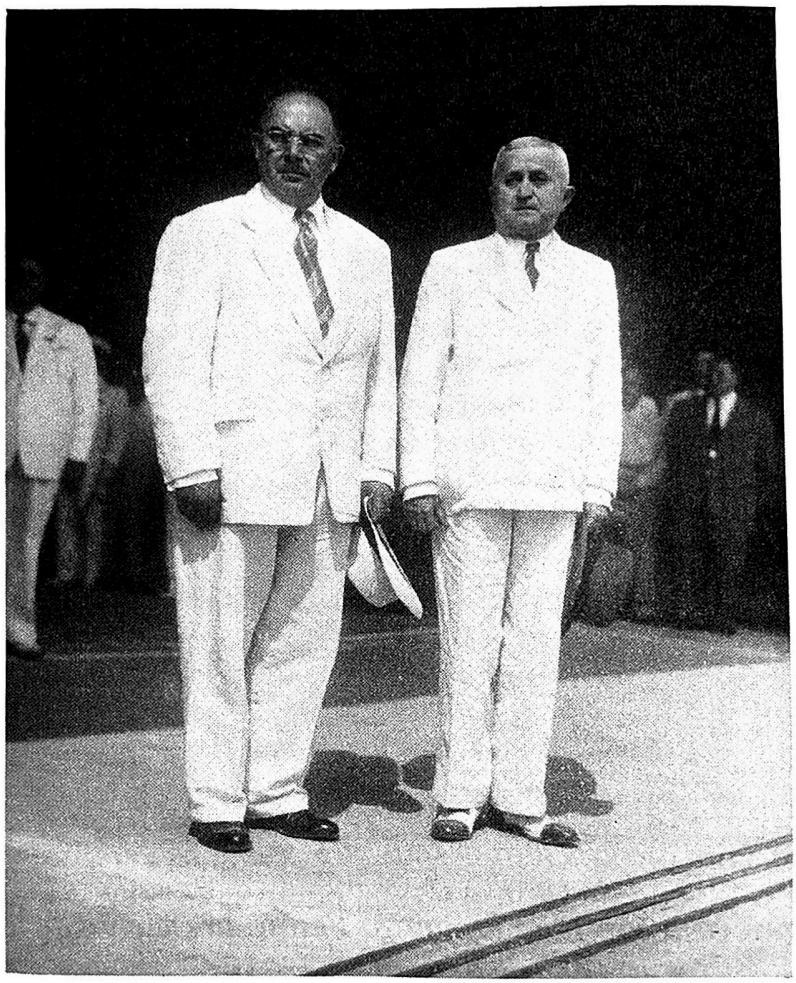


Edna Sánchez Cronembold, la esposa, y la hija Consuelo.

Doña Eduviges Garaizabal en 1925, con amigos en Francia.

En la guerra con el Paraguay, en visita al frente como ministro de guerra y luego cirujano jefe de la VIII división.

Entrevista con Juan Domingo Perón, presidente de la República Argentina, en 1947.



Entrevista con Enrico Gaspar Dutra, presidente del Brasil.

Entrevista con Luis Batlle Berres, presidente del Uruguay.

El Generalísimo Francisco Franco, caudillo de España, saluda a Enrique Hertzog, embajador de Bolivia.

La casa del Presidente en La Paz, asaltada por las turbas.

Al salir de su designación en el Congreso, asume la Presidencia en el Palacio Quemado.

CURRICULUM VITAE DE
ENRIQUE HERTZOG GARAIZABAL

NACIMIENTO	:	La Paz, el 10 de noviembre de 1897.
PADRES	:	Enrique Hertzog Lazcano y Eduviges Garaizábal.
HERMANOS	:	Carlos, Teresa, Mercedes, Luis.
ESPOSA	:	Edna Sánchez Cronembold.
HIJOS	:	Enrique, Consuelo y Teresa.
ESTUDIOS	:	Colegio del «Niño Jesús», La Paz Colegio de los Sagrados Corazones, La Paz Colegio de San Calixto, La Paz Universidad de San Andrés de La Paz - Titulado médico cirujano en 1925.

ACTUACIONES PÚBLICAS:

- Cónsul general de Bolivia en París, en 1927.
- Prefecto de La Paz - 1931.
- Ministro de Gobierno - 1932.
- Ministro de Fomento y Comunicaciones - 1932.
- Ministro interino de Guerra y Colonización - 1933.
- Inspector general de Sanidad Militar en Campaña - 1933.
- Cirujano del regimiento Pérez 3 de infantería - 1934.
- Cirujano jefe de la 8ª División - 1935.
- Catedrático de Medicina Quirúrgica y de Anatomía Topográfica de la Facultad de Ciencias Médicas - Universidad de La Paz - 1936.
- Senador por el departamento del Beni - 1942.
- Ministro de Trabajo y Previsión Social - 1943.
- Decano de la Facultad de Medicina - 1946.
- Presidente constitucional de la República 1947 - 1949.

- Embajador en España 1949 - 1952.
- Exiliado en la Argentina - 1952.

DISTINCIONES Y CONDECORACIONES: Gran Maestre de la Orden del Cóndor de los Andes; Oficial de Instrucción Pública de Francia; Gran Collar de la Orden del Libertador General San Martín; Gran Cruz de la Orden del Mérito del Ecuador; Gran Cruz de la Orden de Pablo Duarte de la República Dominicana; Gran Cruz de Oro de la Orden de Cristóbal Colón, Caballero de la Orden de San Lázaro de Jerusalén y otras condecoraciones.

Miembro honorario del Instituto Médico de Sucre. Miembro honorario de la Asociación Médica de los Hospitales de México. Miembro honorario del Instituto Médico de la Argentina. Perteneció a la Sociedad de Anatomía de Córdoba. Catedrático honorífico de la Facultad de Medicina de La Paz. Miembro de las Asociaciones Médico-quirúrgicas de la ciudad de La Paz.

FALLECIMIENTO:

18 de diciembre de 1980 en Buenos Aires, donde reposan sus restos hasta el momento de su repatriación a Bolivia.

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES 7

Capítulo I. AQUELLA MUJER... 11

Capítulo II. SALAMANCA Y LA GUERRA DEL CHACO 29

Capítulo III. DE PEÑARANDA A VILLARROEL 55

Capítulo IV. DEL EXILIO AL PALACIO QUEMADO 79

Capítulo V. LA MEDALLA DE BOLÍVAR 95

Capítulo VI. LA ENCRUCIJADA 123

Capítulo VII. DE CHULUMANI A MADRID 143

Capítulo VIII. UN SEÑOR DE CHUQUISACA... 167

Capítulo IX. VEINTIOCHO AÑOS DE EXILIO 185

Capítulo X. EL LARGO CREPÚSCULO 209

GALERÍA FOTOGRÁFICA 225

CURRICULUM VITAE DE
ENRIQUE HERTZOG GARAIZABAL 235

Impresión:
Didi de Arteta S.A.
Ediciones e impresiones
Domingo Casanova 458, Lince
Teléfono 4211113 - 4227466
LIMA - PERÚ

ALFONSO CRESPO
fue compañero en prisión del presidente Hertzog; atento observador a su gobierno como director del importante periódico "La Razón" de La Paz, y entrevistador en sus frecuentes visitas al exiliado Presidente en Buenos Aires.

MARIO LARA
periodista y colaborador de confianza fue secretario privado durante el período entero del Presidente.

• • •

A ellos expresamos profunda gratitud por su cordial tributo a la memoria de su amigo, nuestro padre.

Enrique Hertzog Sánchez
Consuelo Hertzog de Puiggari
María Teresa Hertzog de Bedoya

Bolivia ha sido un país convulsivo. En siglo y medio de existencia sufrió mas de 200 revoluciones y vio entrar en su Palacio Quemado a 60 presidentes de los cuales la mayoría fue de militares.

Enrique Hertzog, en agosto de 1947, fue el presidente que encarnó las expectativas de su país entre dos períodos de violencia desenfrenada. Gobernó apenas 957 días, acosado sin tregua por los adversarios ávidos de poder que habían intentado todo, nazismo incluido, hasta tomar las armas para derribarlo.

Su vida fue la de un perseguido, aprisionado y torturado cruelmente, fugitivo de sus asesinos y exiliado hasta el fin de sus días.

Una historia en claroscuro, de zozobra, que permite observar la mente y los sentimientos de un hombre de paz en medio de una tormenta de odios.